ARIADNA BAKER

DIME LA *verdad*

Bilogía completa



ARIADNA BAKER

DIME LA *verdad*

Bilogía completa

Primera edición.

Dime la verdad. Bilogía completa

©Ariadna Baker.

©julio, 2025.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

No puedo estar contigo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

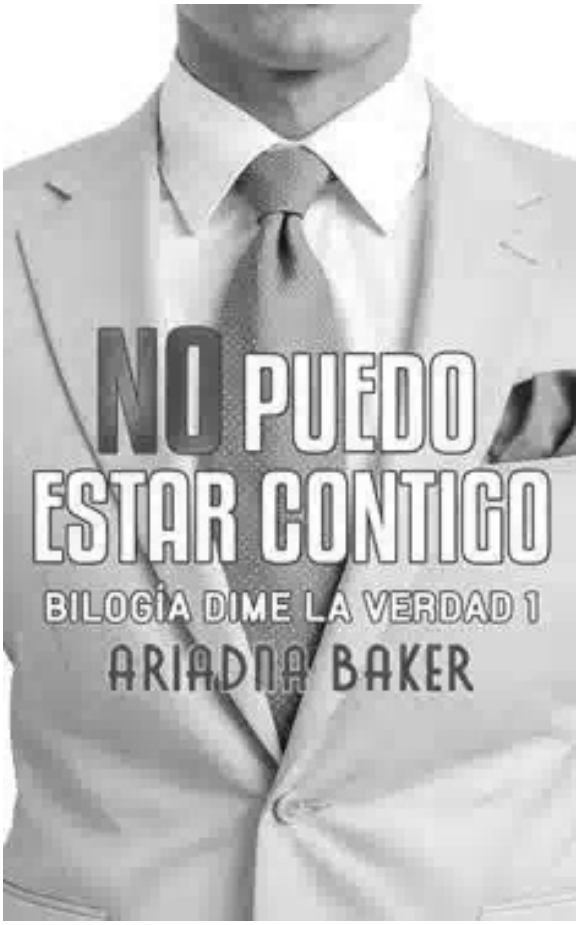
Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Si quiero estar contigo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
RRSS

No puedo estar contigo



Capítulo 1



Intenté abrir la puerta sin hacer el menor ruido para no despertar a mis padres. No había forma, parecía que se había atascado y no iba ni para adelante ni para atrás. Se mascaba la tragedia…

Sentí cómo me quitaban la puerta de la mano y se abría dejando paso a un primer plano de mi madre que, como siempre, tenía los labios fruncidos.

—¿Otra vez, Eliana?

—No pienso hablar sin la presencia de mi abogado, y como le debo mil euros, mejor que ni le llame. —Entré viendo cómo el camino sesgaba por completo y no sabía si tenía que tirar para el frente, para la derecha o para la izquierda—. Este pasillo se mueve mucho.

—Vergüenza te debería de dar.

—Ya empezamos. Mamá, déjame y pega la vuelta.

—Desde luego. —Su tono era de lo más enfadado.

—Ya te has cargado la canción. —Solté el aire antes de entrar en mi habitación.

—Aquí no es Eliana. —Escuché decir a mi hermano Fernando.

—Si es que me habéis cambiado en un ratito la casa. —Abrí la otra puerta.

—¡Ahí tampoco! —gritó frenándome mi madre— Vas a despertar a tu padre. —Me señaló hacia la otra puerta indicándome que era la mía.

—Si no lo despiertas tú con esos gritos, no lo despierta nadie.

—No tienes vergüenza.

—Ni educación, ni trabajo fijo, ni dinero, ni nada de nada y todo por tu culpa.

—Te daba una hostia que ibas a saber lo que son los principios.

—Pégame, bonita, pégame —la reté mientras me adentraba en mi cuarto.

—Lo haría y de muy buena gana. —La escuché decir.

✣ ✣ ✣

Sentía una especie de martilleo en mi cabeza que me impedía abrir los ojos. El olor a alcohol era evidente en mi habitación. Fui levantándome como buenamente pude, abrí las ventanas para ventilar y cogí la ropa limpia para llevar al baño y darme una ducha.

Estuve como diez minutos debajo del grifo recreándome hasta que mi madre, después de repetirme en numerosas ocasiones que me aligerase, y viendo que hacía caso omiso, cortó el agua caliente para que así diera por finalizada mi ducha.

Aparecí por la cocina donde estaban los tres mirando hacia la mesa mientras desayunaban. Me preparé un café echándomelo en mi vaso de llevar y me dirigí a la puerta, ya que tenía una entrevista de trabajo. ¿A quién se le ocurría ponerla un sábado por la mañana cuando aún escuchaba la música en mi cerebro de las casetas de la feria?

La relación con mi familia era de lo más tediosa. Ismael, mi padre, tenía cincuenta y cinco años, de apariencia joven y cuidada, era bombero. Sonia, mi madre, tenía cincuenta y dos años, enfermera en el hospital principal de la ciudad. Fernando, mi hermano, tenía veintitrés años, tres menos que yo y estudiante de Ingeniería Industrial, al que solo le faltaban dos meses para finalizar la carrera, era el orgullo de mis padres.

Y luego estaba yo, Eliana, nombre que me pusieron por una actriz cubana que le gustaba mucho a mi madre. En principio todo debía ser normal hasta que, comenzaron los conflictos familiares cuando yo tenía dieciséis años y comencé primero de bachillerato.

Hasta ese momento no me dejaron tener móvil, pero a mi hermano con catorce años ya lo tenía y de último modelo. A mí con dieciséis años me dejaban hasta las diez, pero a él con catorce hasta las doce. Yo tenía una paga semanal de quince euros, él la tenía de veinte. Si vosotros no veis las diferencias, os puedo seguir poniendo muchísimos ejemplos de los que me llevaron a ser la que hoy era, el ser con el carácter de mierda que tenía para ellos.

Terminé bachillerato a lo justo, ni ganas de estudiar, con lo cual la selectividad la saqué aprobada pero no con la nota suficiente que me pedían para estudiar la carrera que yo quería, Periodismo. Así que con mi sueño frustrado por la poca motivación que tenía familiar, terminé por no hacer nada y convertirme oficialmente en la oveja negra, que ya lo era desde que llegó mi hermano al mundo, pero ahora me lo hacían saber a boca llena.

Obviamente me terminaron quitando la paga y no me quitaron la habitación de milagro. Fue el momento en que comencé a limpiar casas para buscarme las papas y poder salir, comprarme ropa y mantener la línea de teléfono. Siempre con un mal rollo familiar y tratándome como si fuera la apestada de la familia.

Y esa mañana, tenía una entrevista de trabajo para el puesto de recepcionista en las oficinas de un inversor muy importante que era considerado como uno de los cinco hombres más ricos del país, casi nada.

—Hola. —Sonrió la chica de recepción. Era monísima, rubita de pelo liso con pecas y los ojos claros. No debía de tener más de treinta años.

—Hola, soy Eliana Blanca, tengo una entrevista a las once.

—Yo soy Rebeca. Sígueme. —Salió de la recepción, que era bastante grande—. La señora Susan la espera. —Me acompañó hasta su despacho donde llamó a la puerta antes de abrir y apartarse para que entrase.

—Hola, permiso —murmuré antes de que me sonriera y me hiciese un gesto de que entrase.

—Hola, yo soy Susan. —Extendió la mano por encima de la mesa de su despacho y con la misma señaló a la silla invitándome a sentarme.

Me hizo varias preguntas sobre mis trabajos y mi disponibilidad, comentándome que era para ocupar el puesto por una jubilación. Era para trabajar junto a Rebeca llevando la recepción y todo lo que conllevaba.

—Sé que no tengo experiencia en esto, pero si alguien no me da la oportunidad, jamás la tendré y menos aún podré demostrar que valgo para ello.

—No necesitamos experiencia, eso se adquirirá aquí de la mano de Rebeca. Me gusta tu imagen y tu manera de hablar. Te ofrezco un contrato de tres meses y, si antes de acabarlo vemos que has sido capaz de conseguir adaptarte a lo que necesitamos, el siguiente contrato será indefinido.

—Estoy convencida de que no os defraudaré.

—Yo también. —Sonrió—. El salario es de mil doscientos euros al mes, tienes un mes de vacaciones y dos pagas completas en junio y diciembre, además de los días que te corresponden de asuntos propios.

—No me harán falta. Solo necesito trabajar.

—El horario es de nueve a tres de lunes a sábado y una vez a la semana se hace intensivo, de nueve a siete con la media hora del desayuno y la hora de por medio para comer.

—Lo veo perfecto.

—Pues si me das tu DNI, le hago una fotocopia y te incorporas el lunes.

—Ahora mismo. —Lo busqué nerviosa en mi cartera.

Me despedí de ella hasta entonces y me dirigí a la recepción donde le dije a Rebeca que sería su nueva compañera.

—Me alegra mucho. Estos días han hecho muchas entrevistas, pero nadie gustó, así que felicidades.

—¡Muchas gracias! —exclamé emocionada.

Tenía que dejarme la vida para conseguir que el puesto se convirtiera en mi estabilidad, era la oportunidad que llevaba tiempo soñando y por la que había luchado, pues no me faltó ninguna semana echar un montón de currículums, así que no era por falta de ganas el poder dejar ya de limpiar por horas.

Me dirigí hacia la casa de mi amiga Lola, a la que ya había avisado de que iba de camino. Ella vivía con su madre Manuela que era joven, apenas había cumplido los cuarenta y ocho años. Yo las adoraba a las dos y habían sido para mí, en muchos momentos, esa fuerza para no sentir que nadie me quería en el mundo. Me habían dado todo el amor que me habían negado en mi casa.

—¡Tengo un buen trabajo! —grité a Manuela cuando me abrió la puerta y nos abrazamos emocionadas.

—¡Ole, ole! —Escuché decir a mi amiga que se unió al momento. Ambas sabían que hoy tenía esa entrevista de trabajo.

—Voy a hacer de comer unas albóndigas caseras con tomate y las acompañaré con patatas fritas. ¿Te apuntas?

—Manuela, eso no se pregunta. —Me reí—. Por supuesto.

Manuela tiene una buena paga de viudedad, su marido, el padre de Lola, murió diez años atrás en un accidente laboral, pero tenía un seguro que les dejó la casa pagada, una buena indemnización y paga, así que pudieron salir adelante desahogadamente. No eran ricas, pero no les faltaba de nada.

Lola trabajaba en una peluquería de lunes a viernes por la mañana, tenía la suerte de que siempre libraba los sábados, pero era la única que estaba a doble turno.

—Como me hagan fija, os juro que me busco un alquiler y me independizo, aunque sea un apartamentito muy pequeñito, para mí no necesito nada más.

—Venga, y yo me independizo también y me voy a vivir contigo. Así mi madre se puede traer a su novio.

—No es mi novio, es un amigo. —Volteó los ojos sacándonos una risa.

Hacía unos meses que salía a cenar y a algún que otro viaje de fin de semana con un señor de cincuenta y dos años que era el propietario de un concesionario de coches. La verdad es que Arturo era un hombre de muy buena apariencia y muy simpático. Divorciado y no tenía hijos.

Después de disfrutar de ese manjar que había hecho Manuela, me despedí de ellas y quedé con Lola en vernos a las nueve para salir de nuevo a la feria.

Llegué a mi casa y entré en el salón donde estaban los tres viendo una serie.

—Tengo un buen trabajo. «*Ninerito, ninerito»* —dije haciendo el gesto con mis dedos.

—Esperemos que no te lo gastes en drogas —contestó mi hermano cambiándome el humor.

—Vete a la mierda, niñato. —Me dirigí hacia mi habitación escuchando a mis padres protestar por mi contestación, pero no por la burrada que había dicho mi hermano, que sí, que los fines de semana me bebía hasta el agua de los floreros, pero jamás había dado una calada ni siquiera a un porro.

Me tumbé en la cama un rato para estar descansada para la noche. Feliz, muy feliz por mi nuevo logro, ese que me llevaba un pasito más cerca de salir de esta casa, que se había convertido en una convivencia con extraños.

Capítulo 2



Sonreí mirándome al espejo de ver lo bien que me había iluminado la cara con esos tutoriales que había visto en las redes. Me había decantado por unas sandalias bajas con unas cuerdas anudadas al tobillo, un pantalón blanco corto y un top en verde militar a juego con los zapatos.

Me asomé a la cocina para decirle adiós a mis padres, mi hermano ya hacía rato que se había marchado. Ni me miraron ni contestaron, nada de lo que extrañarse, para ellos era un cero a la izquierda.

En el portal ya me esperaba Lola, que venía andando y le pillaba de camino hacia la dirección a la que nos dirigíamos. Venía guapísima con su vestidito blanco tipo ibicenco.

—¿Qué te han dicho tus padres del trabajo?

—Nada, pero mi hermano me dijo que esperaba que no me lo gastase en drogas.

—Es imbécil, tu hermano es un rastrero al que le tengo demasiado asco.

—Bueno, que no nos jodan la noche —animé ya que a mi amiga le afectaba mucho todo lo que me hacían.

La calle estaba abarrotada, y es que era la feria de la ciudad. La entrada a esta estaba de lo más alumbrada y ya se podía oír la música de todas las casetas que había por varias calles antes de llegar a la zona de las atracciones.

Lola fue flechada a la caseta en la que habíamos estado la noche anterior y es que había un ambientazo y nada de niñatos, que era lo que se concentraba en otras casetas y que terminaban siempre liándola.

Sonaba la canción nueva de Omar Montes, *La Sevillana, y* nosotras animadas pedimos una maceta de rebujito para compartir, quedándonos en un hueco de la barra que había libre y en el que no molestábamos.

—Por tu nuevo trabajo. —Levantó la maceta y luego bebimos con las cañitas.

—Yo con superar los tres meses y que me hagan fija, te juro que me doy con un canto en los dientes. Voy a ahorrar un montón para poder irme de casa a la mayor brevedad.

—Yo me voy contigo, que te quede claro. Por muy bien que esté con mi madre también me apetece independizarme.

—Ya sabes que yo encantada. —Le di un abrazo.

—Perdonen, aquellos señores os invitan a esta ración de surtido de pescado frito —nos dijo el camarero, señalando a dos tipos que parecían dos modelitos, a los que no les faltaba ni detalle ni guapura. Los saludamos con la manita.

—Perdone. —Frené al camarero.

—Dime.

—Dile que también aceptaríamos una racioncita de jamón serrano.

—Ahora mismo.

—Tía, no te pases. —Reía negando.

Vi como el camarero se dirigía a ellos y les transmitía el mensaje, causándoles unas carcajadas.

—Dicen que todo lo que toméis o comáis, ellos se encargaran de la cuenta. —Sonrió.

—Verás que nos secuestran cuando salgamos de la caseta, Eliana.

—Ya quisiéramos nosotras. —Me reí viendo que una alegría para el cuerpo no nos vendría nada mal.

—Estás loca, pero te quiero. —Agarró mi sien con sus manos y besó mi frente.

Bailaba y a la vez miraba de reojo a esos chicos que seguían postrados al otro lado de la barra sin quitarnos la vista de encima. Nos pusieron la bandeja de jamón junto al surtidito de pescado.

—Si es que arrasamos por donde pasamos —dije mordisqueando un choco que estaba de lo más rico.

—Tenemos un morro…

—¿Le hemos pedido acaso que nos inviten?

—Al jamón, sí.

—Hombre, porque ellos nos mandaron sin preguntar el pescado, que menos que envíen el jamón y puestos a pedir, ya que van a cargar con la cuenta… —Me giré y miré al camarero—. Una ración de croquetas de puchero.

—Te mato, eres muy descarada. —Reía mirando avergonzada a los chicos que sonreían sin quitarnos la vista de encima.

—Están deseando que les digamos algo para venirse junto a nosotras, pero a esos los vamos a hacer sufrir. Tienen pinta de ser muy pijos, de dinero.

—Mira, ya que no nos toca la lotería, que mínimo que nos toque un tipo con dinero que nos ponga una tarjeta de crédito sin límite.

—A mí con que me pongan mirando para Cuenca…

—Siempre igual, si es que no cambias.

—¿Y para qué quieres que cambie si me compraste así?

—También es verdad. —Resopló riendo.

—Mira, vienen para acá. Sonríe, sonríe, que estos nos pagan la noche.

—No la líes, Eliana, que te conozco.

—Buenas noches, esperamos que estéis disfrutando de las raciones —dijo el rubito que estaba perfectamente bronceado y tenía una sonrisa que no se podía aguantar de lo bonita que era—. Me llamo Jorge y él es Chus. —Señaló al amigo que era moreno de ojos negros.

—Yo soy Eliana y ella mi amiga Lola, ambas modelos profesionales asiduas de la pasarela Cibeles.

—Hija, con nuestra estatura haberte inventado algo más creíble —contestó ella causando una risa en los dos chavales.

—Yo qué sé, me he puesto nerviosa. —Reí cogiendo la maceta para darle un trago.

—Tranquilas, solo nos preguntábamos si os apetecía que estuviéramos con vosotras disfrutando de la velada —dijo Chus que parecía de lo más risueño.

—¿Nos vais a invitar a todo como dijo el camarero? —pregunté divertida.

—Claro —respondieron a unísono.

—Pues desde este momento, os declaro nuestros guardaespaldas de esta velada.

—Trato hecho. —Estiró Jorge su mano para estrecharla conmigo mientras me miraba fijamente sin pestañear.

—A sus pies —dije cogiéndola y llevándola a mis labios para besarla.

—Es la primera vez que una mujer besa mi mano.

—Pues te sorprenderías lo que hago con dos copas de más —bromeé causando una carcajada en los tres, pero lo de Lola fue lo mejor, ya que escupió todo el trago.

Me miró a modo protesta para que me comportase, pero ¿quién me iba a quitar mi salero un sábado por la noche y de feria? Nadie, además de que ella me conocía y sabía que eso era imposible. Yo era muy payasa y eso no me lo iba a quitar nadie.

—¿Sois de la ciudad? —me preguntó Jorge de modo más personal.

—No, somos de Kansas City, pero nos trajeron con cinco años de vida.

—¿Puedes tomarte algo en serio? —me recriminó Lola.

—¿Y quién te ha dado a ti vela en este entierro? Me preguntó a mí.

—No puedo contigo. —Volteó los ojos.

—Menos mal que no puede, que si pudiera no me dejaba ni ir a cagar.

—¡Y sigue! —protestó de nuevo sonrojándose por completo mientras Jorge y Chus estaban llorando de la risa, pero literal. Al menos les parecíamos graciosas.

Todo sea dicho, que según en la boca de quién puede resultar gracioso y no bajuno, que yo de esas no era, mis modales tenía, pero es que la noche me volvía revoltosa.

—Por mi vida, a ti no se te ocurra presentarte a un concurso de baile —le dije al observar que intentaba mover un poco sus caderas, pero era un alemán en ese sentido.

—Se me da mal, lo sé. —Aguantaba su sonrisilla y me miraba fijamente.

—Digamos que, del uno al diez de mal, un millón.

—Tampoco lo destroces de esa manera, hija.

—Tú te callas y cuida a ese, que parece una momia, pero con la diferencia de que solo hace que reírse —me refería a Chus que estaba de lo más pegado a Lola.

—Uy, lo que le has dicho a mi primo.

—¿Sois primos?

—De toda la vida, según nuestras madres que se hacen llamar hermanas.

—Nosotras somos hermanas, pero nos separaron al nacer, ella se fue con la madre buena y a mí me dieron a la más capulla, pero lo llevo bien. —Apreté los dientes y vi como Lola simulaba el darse unos cabezazos contra la barra. Chus se iba a mear y Jorge me miraba sin perder la risilla y los ojos achinados por aguantar de reír.

En ese momento comenzó a sonar una sevillana y me planté en línea con Jorge que se las vio venir.

—Pero ¿no has dicho que soy un alemán?

—De aquí a un rato te vuelvo francés, algo es algo. —Tocaba mis palmas para disponerme a bailar la primera.

Jorge se puso a imitarme, pero ni tocar las palmas sabía, y pensar que le había dicho que iba a mejorar y volverse francés, pero me daba a mí que iba a ir a peor y terminar noruego.

Comenzó a hacer los pasos que se veía que se los sabía, pero bailando como un robot, el pobre al menos lo intentaba. En la primera vuelta casi lo lanzo contra una mesa. Terminamos la primera a lo justo.

—Me niego a bailar contigo la segunda. —Reía a carcajadas mientras se lo decía.

—Me niego hasta yo mismo, con eso te lo digo todo.

Lola y Chris estaban cada vez más a su bola charlando como si estuvieran solos, lo mismo me fue pasando con Jorge con el que me lo estaba pasando bomba porque era un hombre que las seguía todas y tenía muy buen humor.

—¿Qué te apetece beber?

—No sé, porque como he estado tomando rebujitos, no quiero rebujar —dije dándome cuenta del juego de palabras y nos echamos a reír, él pensando que lo había hecho con esa intención y yo dándome cuenta de que para nada.

—Dos rebujitos —pidió de manera individual y no en maceta. Se veía que estos eran muy finos.

—Gracias —dije cuando nos lo sirvieron—. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y seis, ¿y tú?

—Veintiséis, pero cuando tú vas, yo vengo de allí.

—Está bien saberlo. —Aguantó la risilla tras un carraspeo.

—Todas mis conquistan han sido de cuarenta para arriba, para que no se vieran inferiores a mí.

—¿Me estás vacilando? —preguntó con la risa suelta.

—Lo intento, lo intento. —Me puse a mover el esqueleto a ritmo de Shakira en versión flamenco y a él, se le caía la baba mirándome. Se le notaba a leguas.

—Estoy seguro de que has puesto firme a un repertorio de todas las edades.

—Tampoco te pases. —Volteé los ojos sin dejar de bailar—. Pero vamos, me juego todas las copas de la noche que ríase mi repertorio al lado del que debe ser el tuyo.

—Te va a costar la broma cara.

—Sí, ahora me vas a decir que has estado con tres mujeres. —Volteé los ojos.

—No, solo he estado con una.

—Ahora el que me estás vacilando eres tú. —Ladeé la cabeza.

—No, no, te doy mi palabra de que no te miento. Llevo con ella desde los quince años.

—¿¡Llevas desde los quince años!?

—Tampoco hace falta que se entere toda la caseta —murmuró este sonriente.

—¿Y dónde está ella?

—De despedida de soltera.

—¿Se le casa una amiga?

—No, se casa ella.

—Pero ¿no estaba contigo? —Rebufé sin entender nada.

—Se casa conmigo. —Apretó los dientes.

—¿Y tú que haces aquí?

—De despedida de soltero, lo que pasa es que yo solo la quise hacer con Chus, soy más tranquilito.

—¿Me estás vacilando? —Estaba flipando en colores.

—No, no.

—Madre mía, todo me pasa a mí. ¿Tu amigo también se casa? Más que nada, porque le falta un milímetro y medio para besarla.

—Él está soltero.

—Que mal ojo el mío, vaya por Dios. —Me persigné—. Dime que tienes dinero y una vida estable, y ya termina de joderme la vida.

—No puedo quejarme…

—Ay Dios, que le caiga un rayo encima a la novia. —Junté mis manos implorando.

—No seas mala. —Se reía.

—Entonces, para que yo me aclare. ¿Tú y yo estamos de sujetavelas de estos dos?

—Parece que sí. —Los miró cuando ya sí que se estaban besando.

—Joder, ¿qué le habré hecho yo a la vida para que me trate así?

—¿Así cómo?

—Nada, nada. —Reí nerviosa y él levantó la ceja.

—Te noto un poco susceptible.

—Mientras sea un poco. —Apreté los dientes—. ¿Cuándo te casas?

—El sábado…

—Ay Dios, ¿estás seguro? Mira que una vez que te casas ya ni hay sexo, ni risas, ni libertad.

—Eso dicen, pero parece ser que al ser humano nos va el riesgo.

—La debes amar mucho para ser tan valiente de lanzarte al ruedo.

—¿Tú crees?

—El que debes de creerlo eres tú, que eres el que vas a hacer la faena. —Le hice un guiño y él sonrió negando.

Capítulo 3



Media hora después del aquel beso entre Chus y Lola, nos dijeron que se iban a dar una vuelta. Obviamente no nos iban a decir que se iban a echar un polvo porque así dicho sonaba mal, pero que tontos no éramos.

Me había quedado en *shock* con la revelación que me había hecho Jorge; la de que en una semana se iba a casar, pero no sé, no lo veía muy animado y feliz por ello, todo lo contrario, lo contaba como el que se iba de fin de semana a algún sitio de escapada.

Salimos de la caseta ya que me propuso irnos a otra que estaba más alejada del bullicio y tenía una terraza con mesas mirando al río.

—Dime una cosa —le dije cuando nos acomodamos en una mesa y el camarero nos trajo dos cubatas porque estábamos hartos de rebujito, además de un plato de jamón y otro de olivas—. ¿Tú estás animado con la boda?

—Buena pregunta. —Sonrió y perdió su mirada en la copa—. Yo quiero a Melissa, son muchos años juntos, pero ya es algo más de lealtad que de otra cosa, y no solo a su familia, sino a la mía.

—¿Me estás diciendo que en pleno siglo XXI, te casas para no desencantar a los demás? ¿En serio, Jorge?

—Es una larga historia.

—¿Tú tienes posibilidades de mantenerte sin la ayuda de nadie?

—De sobras.

—Huye, vete, deja todo atrás pero no te cases. Tú no estás enamorado y va a ser la mayor cagada de tu vida.

—Eso me dice Chus.

—Pues si tu mejor amigo no logró convencerte, voy apañada. Y yo que pensaba que había ligado.

—Si no fuera porque estoy comprometido, ya te digo yo que me hubieras atrapado.

—Lo que yo te diga, el karma es muy «*joputa»* conmigo.

Jorge me caía muy bien y aunque era escueto en respuestas y palabras, tenía algo que atrapaba y que me hacía sentir a gusto. He de reconocer que su humor ayudaba mucho.

No estaba enamorado y se le notaba a leguas, estaba cómodo y relajado sin echar en falta a nada, ni a nadie, pero era cuestión de dos rebujitos más y darle terapia de choque para que al menos lo hiciera dudar.

—Y tu futura mujer, ¿a qué se dedica? —pregunté con una sonrisa tan falsa que estaba segura de que hasta un niño de dos años se hubiera dado cuenta.

—A quemar tarjeta —murmuró acercándose un poco más a mí desde su silla.

—Tampoco hace falta que me lo digas al oído. —Rebufé.

—Ya no me quieres ni un poquito desde que sabes que estoy comprometido.

—Ni te quiero, ni te quise, ni te querré. —Hice el gesto con la cara de indiferencia—. Y sobre la profesión de quemar tarjeta, ¿en qué universidad se graduó?

—¿Te interesa más su vida que la mía?

—Pues sí, porque lo que tú seas ni me va, ni me viene —mentí un poco porque curiosidad tenía, pero a chula no me ganaba ni él ni nadie—. Pero, sin embargo, lo de ella lo veo como ejemplo a seguir.

—¿Ejemplo a seguir? —Se carcajeó.

—Sí, porque se va a casar contigo que no estás nada mal, y encima, por lo que intuyo, tienes la vida solucionada y además tiene una tarjeta para quemar sin necesidad de trabajar. Perdona que te diga, pero yo quiero ser como ella.

—La tarjeta se la tiene asignada su padre. —Carraspeó.

—Pues en cuanto te cases, la asignación se la vas a tener que dar tú. —Ladeé la cabeza en modo advertencia.

—Soy un caballero.

—No, tú eres tonto, créeme.

—Porque me lo dices con ese tonito, que de lo contrario pensaría que me estabas insultando de verdad. —Reía.

—¿Yo insultar? No, hijo, yo prefiero hablar claro y alto, otra cosa es que luego no se me entienda o no se me quiera entender, como veo que será tu caso. Si te estoy diciendo que no la amas y que te va a salir más caro que perder un ojo… —Me encogí de hombros y a él se le escapó una risilla—¿Lo ves? Lo dicho, tonto, tonto, tonto.

—Define tonto.

—Tonto o tonta es la persona que no quiere afrontar la realidad y se conforma con lo que tiene encima, a pesar de tener todos los recursos para ser feliz sin tener que estar contentando a los demás.

—Eso se llama conformismo.

—Lo dicho, eres demasiado tonto. —Volteé los ojos.

—Que sea conformista no significa que no sea ambicioso y que no tenga sangre.

—Madre mía que te estás buscando que me cuele en tu boda y responda a eso que dicen de hablen ahora o callen para siempre.

—¿Y qué vas a alegar que soy tonto?

—Voy a alegar que no solo es que seas muy tonto, es que te vas a casar con una listilla.

—No la conoces para juzgarla.

—La conclusión me viene de tus palabras. —Levanté las manos dejando claro que eso era cosa de él. Le di un trago a la copa bebiéndomela de golpe y haciendo señas al camarero para que nos trajeran otras dos.

—¿Qué piensas que puedes tener tú, que no lo tenga ella? —Se aguantó la sonrisilla.

—Uy, lo que me ha dicho. ¿Tú no sabes que las comparaciones son odiosas? Pero bueno, que yo te voy a responder clarito como la vida misma. Yo a ti te cojo solo media hora y te ocasiono una sonrisa que no se te quita más de esa cara y solo ibas a desear tenerme pegada a tu cuerpo. —Le hice un guiño—. ¿Quieres otra?

—Sí, por favor. —Sonreía.

—A esa le vas a tener que pagar el banquete de toda su familia, incluidas amigas que ni conoce más que de las redes, conmigo eso no pasaría, no me hablo con nadie de mi familia y menos los voy a invitar a mi boda, así que te saldría de lo más rentable. —Me encogí de hombros y sonreí.

—¿Y qué les hiciste para que no te hablaran?

—Pues mira, oponerme a ser una gilipollas a la que le daban menos derechos que a su hermano menor y… —le conté por encima todo.

—Vaya, sí que tienes la situación complicada en casa.

—Pero ahora comienzo en un buen trabajo, y si me dejan fija allí me independizo rápido y ligero.

—No me cabe la menor duda de que lo conseguirás.

—A no ser que de aquí al sábado te des cuenta de que yo soy el amor de tu vida y te salves de esa condena; y me saques a mí de mi casa para irnos felices a comer perdices. —Ya me iba notando un poco mareadilla por el alcohol.

—Muy precipitado veo eso. —Apretó los dientes y tragó saliva antes de soltar la risilla floja.

—Me vas a decir tú a mí que te ríes más con ella que conmigo, vamos, sería todo un atrevimiento por tu parte.

—Lo desconocido al principio es bonito y saca sonrisas, pero con el paso del tiempo todo se naturaliza mucho más.

—Te has desenamorado, porque si yo estoy enamorada de alguien lo puedo estar por muchos años que pasen. El amor existe, el conformismo también, pero de ahí a que cada uno sea libre de tomar su decisión.

—Me están dando ganas de llamarla y cortar.

—¡No eres capaz! —Me reí.

—Por supuesto que no, las cosas en caso de hacerse se deben de hacer a la cara y afrontando lo que se venga encima. Además, está de despedida y estaría muy feo destrozarle su noche.

—No la vas a dejar en tu vida, pero ella a ti sí, vamos que sí, claro que lo tengo.

—¿Eres bruja?

—Si fuera bruja te digo ya que tú el sábado no te casabas, pero no, no lo soy. —Sonreí al camarero cuando nos trajo los otros dos cubatas y Jorge le estaba pagando.

Yo creo que en el fondo lo estaba haciendo pensar, que oye, algo era algo, al menos que pensara porque ese paso que iba a dar no era moco de pavo.

Me estaban subiendo tanto los cubatas que mi cuerpo pedía marcha, así que lo agarré de la mano y me lo llevé al tablado donde había mucha gente bailando a ritmo de flamenquito.

Comencé a bailarle, sí, estaba bailando para él y buscándolo por completo, muchas veces fueron las que tragó saliva mientras me rodeaba con su mano y me pegaba bien a él para bailar, y eso que era un robot, pero ahora sí que lo estaba viendo más suelto. Por mucho que lo negara, tenía un calentón tremendo y se le notaba, no menos que el mío, para qué mentirnos.

Solo nos faltó besarnos en los labios, porque estuvimos un buen rato poniéndonos al límite sin importarnos los ojos de los demás, nosotros bailábamos en nuestro mundo.

Después de un buen rato de bailoteo, nos dirigimos a la zona donde estaban las atracciones y no dudé en tirar de él para montarnos en la casa del terror.

—¿Estás segura? —me preguntó cuando se abrieron las puertas para que nos adentrásemos.

—Segurísima, vamos, que a mí estos deben de temerme. —Tiré de él hacia dentro donde ya se podían escuchar respiraciones entre ahogadas—. Creo que estáis todos fatal de la garganta, más vale que os toméis unos caramelos con miel —dije en voz alta desafiando a ese ambiente que pretendía asustarnos.

—Deberíamos haberles traído un surtidito de pescadito frito —me murmuró en el oído cuando apareció el personaje de Freddy intentándonos intimidar.

—Como te acerques a mí, te cojo los huevos y se los doy de comer al próximo tonto que aparezca —le advertí viendo como le causaba una risilla que intentaba reprimir a la vez que cruzaba las piernas por si las moscas. Me hizo el gesto de que pasásemos.

—¿Le vas a echar cojones a todos los que aparezcan?

—Pues claro, a ver si te crees que has pagado el pasaje para dejarme muda. Mira ahí viene otro tonto cojeando y con una sierra. ¡Qué pasa que no te han dado la baja laboral! —le grité al hombre levantando la mano— Anda échate para un lado que como te quite la sierra te dejo la otra pierna a juego.

Pasé tirando de la mano de Jorge al que escuchaba reírse continuamente. Este se iba a acordar de la despedida toda su vida.

Lo mejor fue al doblar la esquina y verme a la niña del exorcista dar botes sobre la cama.

—Tírame una foto con mi móvil. —Lo saqué del bolsillo y se lo di. Me fui directa para tumbarme al lado de la niña que me miraba desubicada y sonreí para que la inmortalizara un Jorge que estaba llorando de la risa, intentando no mover el móvil para sacar la foto bien—. Gracias, preciosa —le dije dejándole un besito en la mejilla a la pobre chica, que menos miedo, daba de todo.

—Madre mía, lo tuyo es ver para creer.

—Te lo estás pasando bomba, reconócelo.

—Demasiado, esto es demasiado. —Reía.

Por último, apareció Hannibal Lecter con esa mascara y la mirada perdida en nosotros.

—Hannibal. —Me fui para él directa y le di dos palmadas en el hombro—. ¿Qué tal buen hombre? —le pregunté mientras este me miraba incrédulo e intimidante— Mal humor tienes, hijo. —Hice un gesto de negación—. Anda vamos que este está aquí de relleno —le dije a Jorge tirando de su mano y haciéndole un gesto con la cabeza.

—Te juro que me dan ganas de que entremos otra vez para ver sus caras cuando te vean de nuevo.

—No, no, que ya tengo un mareo impresionante.

—¿Estás bien?

—Hombre, no mucho, te vas a casar con otra, a lo que hay que añadir que he bebido muchísimo y ya todo me da vueltas.

—Vamos a coger un taxi y te acompaño hasta tu casa. —Me llevaba agarrada y pendiente de que no me cayera.

—Tú lo que quieres es quitarme del medio —dije con tristeza.

—Yo pasaría el resto de la noche y todo el día contigo, pero no te encuentras bien.

—¿Qué no? Mira. —Intenté levantar mi rodilla poniendo la mano en la nariz para juntarlo a la pierna haciendo equilibrio. Resultado, que casi me

rompo los dientes cayendo de boca. A Dios gracias que era un robot bailando, pero no actuando en caso de emergencia y me agarró a lo justo.

Capítulo 4



La cabeza parecía que me iba a explotar y era incapaz de abrir los ojos. Imaginaba que estaba en mi cama, pero solo tenía vagos recuerdos y no conseguía recordar cómo llegué hasta aquí.

Unas voces reconocidas me alertaron de que no estaba en la mía, sino en la de Manuela, la mamá de Lola. Ambas se escuchaban desde la cocina.

Me levanté como buenamente pude y me di cuenta de que tenía puesto un pijama de mi amiga. A saber, en el estado que llegué aquí.

Después de asearme un poco en el baño me dirigí hasta la cocina.

—Hombre, la bella durmiente —dijo Manuela sonriendo de la misma manera que lo hacía Lola.

—Decidme que ayer no monté ningún escándalo. —Puse cara de preocupación.

—En absoluto, cariño. Siéntate que te pongo un café.

—Y una pastilla que aminore este martillazo que siento en la cabeza.

—Ahora mismo.

—Eso te pasa por beberte hasta el agua de los floreros —me recriminó Lola riéndose.

—¿Vinimos juntas?

—Sí, Jorge llamó a Chus contándole tu estado y fuimos a daros el encuentro. Nos acompañaron hasta aquí.

—Jorge se va a casar —murmuré viendo cómo Manuela sonreía ya al tanto de todo, seguro que su hija se lo había contado.

—Sí, eso me dijo Chus, pero ¿pasó algo entre vosotros?

—No, al menos hasta donde recuerdo, pero vamos, estoy completamente segura de que no, se ve que es muy leal. —Mi gesto se convirtió en tristeza.

—¿Te has quedado enganchada a él?

—No creo —dudé—. No lo voy a ver más. —Me encogí de hombros—. Por cierto, ¿has vuelto a quedar con Chus?

—Nos hemos intercambiado los teléfonos, pero no sé si me escribirá o ya ni se acordará de mí. —Se rio—. Pero tu respuesta no me convence mucho, creo que estás en un punto donde te has quedado colgada por ese hombre.

—La verdad es que es un pedazo de tío que ya lo quisiera para mí, pero no, no creo que esté colgada, sí que me he quedado con las ganas de que pasase algo entre nosotros, pero se va a casar en pocos días, así que mejor que ni lo recuerde.

—Ese tonito…

—Hija, déjala, es que quieres que te diga que ayer conoció al amor de su vida cuando solo salió y se divirtió un rato con alguien que se va a casar.

—Mamá que la conozco. ¿A qué estás pensando en él? —me preguntó buscando que me sincerase y no la dejase mal.

—Un poquito. —Me reí negando y sabiendo que, de poquito nada, muchísimo.

—¿Lo ves? Si es que la conozco. —Miró a su madre negando.

—Aún está con esa resaca que no la deja pensar claro, seguro que mañana ya no se acuerda de él.

—Mamá. —Volteó los ojos y me eché a reír.

—En mi defensa diré que mañana estaré entretenida en mi nuevo curro.

—En eso te tienes que centrar, cariño —murmuró Manuela acariciándome la cabeza.

—Por supuesto, no estoy para jugármela, eso de querer independizarme me llevará a esforzarme y centrarme en el trabajo.

—Me vas a emocionar y todo.

—Lola —la reprendió su madre por ponerse a bromear haciendo la que lloraba. Me tuve que reír, me encantaba el tándem tan bonito que hacían—. ¿Te quedas a comer? He pensado pedir al asador que nos traigan un pollo y unos pimientos fritos.

—Venga, quédate —me pidió mi amiga.

—Vale, total, para lo que tiene que haber hoy en casa, a no ser que se hayan ido a la playa.

La verdad es que mejor iba a estar aquí que allí, donde las malas caras formaban parte del día a día, al menos, con respecto a mí, ya que entre ellos

se llevaban a las mil maravillas.

Estuvimos toda la mañana en la habitación de Lola haciendo cambios y ordenando un poco mejor los cajones y muebles. El dolor de cabeza aminoró con la pastilla y estuve un poco más aliviada.

Comimos ese delicioso pollo asado que era muy afamado en la ciudad, en mi casa solían pedirlo casi todos los domingos, era como una tradición.

No fue hasta bien avanzada la tarde en la que me fui para mi casa, sabiendo que me soltarían algo por no haber dado señales de vida, pero si lo hubiera hecho también les hubiera molestado, así que ya estaba más que hecha a esas inquinas que siempre tenían sobre mi persona.

—Buenas tardes —dije cuando pasé por el salón en el que estaban los tres charlando.

Como era de esperar nadie me contestó, pero al menos, por mí, el saludo no quedaba, no era tan rencorosa como ellos.

Me di una buena ducha antes de ponerme el pijama fresquito y dirigirme a la cocina a echarme un poquito de salmorejo con taquitos de jamón. Me senté sola ya que ellos seguían en el salón, pero mejor así, además que mi cabeza estaba en otro sitio, en la noche anterior precisamente y no tenía ganas de escuchar ninguna tontería que me hiciera saltar por los aires.

Solo sabía que se llamaba Jorge, tenía treinta y seis años y estaba a punto de darse el «sí, quiero» con una vividora. ¿Cómo podría buscar a alguien con tan pocos datos? Por mucho que puse en Instagram su nombre, me salía de todo excepto alguno que se asemejara a él. Ni siquiera sabía a qué se dedicaba, podía tratarse de cualquier cosa.

Me dirigí a la habitación después de lavarme los dientes y me tiré en la cama revisando perfiles por si por alguna bendita casualidad daba con él. Para qué, no lo sabía, pero tenía la necesidad de tener más información y, sobre todo, de tenerlo localizado de algún modo.

Sinceramente, me había dejado tocada, ya que no se me iba de la cabeza y hasta me dolía saber que le quedaban pocos días para darle el sí a otra que no era yo, que vale que a mí solo me conocía de una noche y no era nada para él, pero que yo tenía una extraña sensación de sentir que él para mí lo era todo. ¿Cómo era eso posible?

Me abracé a la almohada dejando el móvil a un lado, quería quedarme dormida y comenzar la mañana con la ilusión del nuevo trabajo, pero nada, vuelta de un lado para otro sin poder conciliar el sueño. ¿Quién era ese hombre capaz de poner mi mundo patas arribas de la noche a la mañana?

Capítulo 5



Eran las ocho de la mañana cuando me estaba preparando para ir a trabajar y me encontré con mi madre en el pasillo que me miró de arriba abajo, siquiera fue capaz de decirme que estaba muy guapa ni que me deseaba buena suerte, pero bueno, allá ella con su bicho interior.

Salí de casa y me dirigí a la parada del autobús, este me dejaba justo al lado de mi trabajo, con lo que me venía como anillo al dedo.

Rebeca me recibió con una gran sonrisa. Me hizo gracia que hasta me dio un beso rodeándome con sus brazos como si me conociera desde hacía algún tiempo. Molaba topar con alguien como ella que me daba una sensación buenísima.

—Gracias, esto sí que es una buena acogida.

—Verás que irá todo sobre ruedas. —Se puso a explicarme un poco de cómo funcionaba nuestro trabajo, de momento, no se veía nada difícil ya que era pasar las llamadas acordadas o coger cita para los diferentes despachos.

La observé detenidamente cómo atendía las llamadas y la forma de dirigirse a las personas. Me gustaba ver lo suelta que estaba gracias a la experiencia que ya había adquirido en su puesto a lo largo de los años, y es que llevaba por lo menos cinco.

Independientemente a agendar citas y pasar llamadas, también llevábamos las cartas o expedientes que llegaban a los diferentes departamentos, como era ahora el caso, ya que me dirigía a entregarle un archivo al director general, el hijo del dueño que llevaba el gran peso de la empresa.

Di dos toques en su puerta y cuando me ordenó abrirla fue cuando lo hice.

—Buenos días, Sr. Alonso —dije mientras a la vez me daba cuenta de que ese señor era…

—¿Eliana? —preguntó levantándose y sorprendido de verme allí.

—Ay, Dios, Jorge, no me digas que tú eres…

—¿Tu jefe? —Se mordió el labio poniéndose delante de su mesa apoyado y negando asombrado—. ¿Este era el nuevo trabajo del que me hablaste?

—Sí —murmuré causándole una risilla.

—Confío tanto en Susan que no le pedí información de la nueva recepcionista, aunque imagino que no hubiera sacado ningún vínculo. —Seguía sonriendo mientras negaba incrédulo.

—¿Eres el hijo del dueño?

—Sí. —Arqueó la ceja.

—Ahora entiendo… —Reí pensando que normal que tuviera una vida holgada.

—¿Qué tal estás? Me quedé un poco preocupado.

—Ya lo vi, te faltó tiempo para preguntarme ayer que cómo estaba, o antes de despedirte pedirme mi número —le recriminé.

—Te lo pedí, lo tengo, otra cosa es que no lo recuerdes y otra bien distinta, es que no me atreví a dar el paso de escribirte, pero eso no significa que no estuviera a punto de hacerlo en varias ocasiones.

—La otra noche te pedí que no te casaras, hoy te pido que no te lo tomes como algo personal que atente contra mi trabajo.

—¿Y por qué piensas que lo haría?

—No lo sé, pero tú tienes tu vida solucionada y mi única solución es este empleo.

—Confío en tus capacidades y me alegra que seas tú la que estés en ese puesto. No estoy en tu contra, todo lo contrario, muy feliz de haberte conocido.

—¡Amor, sorpresa! —Escuché gritar desde la puerta y me giré viendo a una rubia vestida como la Barbie y con un montón de bolsas de compra en sus manos, y eso que apenas eran las once de la mañana. La cara de Jorge era de total resignación.

—Hola, Melissa, te presento a Eliana la nueva recepcionista —dijo señalándome.

—Hola. —Sonrió en grande de manera falsa—. Estás de suerte, me llevo a tu jefe por quince días a la luna de miel más bonita del mundo. ¿Verdad amor?

—Claro —murmuró este no muy convencido y poco cómodo.

—Bueno, yo me voy que tengo que seguir ayudando a Rebeca y aprendiendo más. Espero que disfrutéis de esa luna de miel tan privilegiada. —Sonreí con la misma falsedad que ella—. Hasta luego.

Ella se abrazó a él y yo me giré intentando no caer desplomada al suelo. El dolor que había sentido era tan grande como extraño. No entendía cómo

podía estar con alguien así que no le pegaba para nada, se veía de lo más superficial y eso no iba mucho con Jorge.

Tragué mis propias lágrimas, a lo que había que añadir que jamás imaginé que iba a tener tan cerca a Jorge hasta el punto de convertirse en mi jefe.

—¿Has visto qué monada el jefe? —me preguntó Rebeca en tono bajo y con una sonrisilla.

—No está mal. —Sonreí fingiendo todo el dolor que había dentro de mí.

Debían haber pasado unos veinte minutos cuando apareció Melissa con sus bolsas saliendo del ascensor.

—Estoy estresada de todos los preparativos —dijo ella acercándose a nosotras mientras Rebeca le sonreía ampliamente—. Entre la firma que me hizo el vestido, la de los zapatos, la de las joyas, los del evento, la música, las flores y todo, me tienen que me estoy quedando en los huesos.

—Pero podrías haber delegado en los demás…

—Rebeca, ¿yo dejar mi boda en manos de otros? Ni de coña, eso sería un pase para caer en la vulgaridad, no voy a permitir que en mi día falte el más mínimo detalle, eso será lo que dejará claro la clase que tenemos.

—Mirándolo así —le contestó no muy convencida.

—Es lo que tiene el poseer una vida impecable —suspiró y a mí solo me daban ganas de cogerla por los pelos y usarla de fregona—. Menos mal que mi futuro marido confía en mí y sabe que deja todo en las mejores manos. Hasta el pobre se fue de despedida el sábado y dice que lo pasó fatal notando mi ausencia y que no fue capaz de disfrutar como lo hice yo. —Había tanta maldad en sus palabras que se notaba que Jorge le importaba dos pimientos. Lo que no tenía yo muy claro es que la hubiera echado mucho de menos, lo mismo hasta era una mentira de ella para creerse más.

—Eso es que te ama —le dijo Rebeca y la miré casi fulminándola, es más hasta se dio cuenta.

—Bueno, me voy que tengo que cambiar el hotel de nuestra luna de miel, ya que encontré uno mucho mejor por solo diez mil euros más la noche.

—Eso no es nada —le dijo Rebeca entendiéndose claramente que era la mayor de las ironías.

—Bueno, muy a mi pesar os tengo que dejar que me espera un día de lo más ajetreado.

—Paciencia —le dije sonriendo falsamente, ya que si escuchara mis pensamientos le daría un chungo.

La observamos cómo se marchaba contoneando sus caderas y llevando con soltura todas sus bolsas de tiendas de firmas, como no podía ser de otra manera.

—O lo dices tú, o lo digo yo.

—Dilo tú —me contestó riendo.

—No se puede ser más gilipollas, en la vida. ¿Qué le vio ese hombre a este ser?

—Eso me llevo preguntando yo todos estos años, lo peor de todo es que vi su progreso y esta mujer va cada vez a peor, creo que se entrena para parecer más gilipollas aún.

—Pues está llegando a unos extremos difíciles de superar. —Rebufé—. Qué mal rollo me da esa tía —dije en voz alta, total, no era la única que pensaba así sobre ella.

—Bueno, nosotras a trabajar que no tenemos un millonario que nos solucione la vida.

—Desde luego que en esta vida hay que ser gilipollas para triunfar…

La mañana la pasé con la mente ida por completo y haciendo un sobresfuerzo para que no se me notase, pero vamos, que Rebeca no era tonta y me preguntó dos o tres veces si estaba bien.

No volví a ver a Jorge en toda la mañana, incluso cuando llegó la hora de irnos, él no había salido aún de su despacho y eso, quisiera o no, me hizo marcharme con tristeza, pues pese a todo, yo necesitaba verlo.

Llegué a casa y no había nadie. Sobre la mesa de la cocina me encontré un plato con una tortilla de patatas que, aunque tenía buena pinta, a mí no me apetecía comer ni lo más mínimo, solo quería estar en la cama y llorar. Tenía el estado de ánimo por los suelos.

Mi familia estaba claro que se habían ido a la playa y más ahora que estaban de vacaciones, así que en cualquier momento se irían unos días también por ahí como solían hacer los tres cada año.

No conseguía quitarme a Jorge de la cabeza y recordaba las pocas palabras que intercambiamos en su despacho. ¿Sería verdad que estuvo a punto de escribirme en varias ocasiones? Eso significaba que había estado pensando en mí.

Me quedé todo el día en casa y cuando llegó mi familia, mi madre me comunicó que al día siguiente se iban de viaje los tres al Caribe, que tuviera cuidado con no dejarme en esos días nada encendido ni bien cerrado.

—Tranquila, estaré al tanto de todo —le dije dando indiferencia a que ni siquiera me ofrecieron la posibilidad de viajar con ellos, que obviamente no podía por mi trabajo, pero también estaba claro que ya llevaban tiempo con el viaje comprado.

Capítulo 6



Un nuevo día y parecía que pesase mucho más que el anterior…

—Buenos días —murmuré asomándome al salón donde los tres ya estaban listos para salir hacia el aeropuerto.

—Recuerda lo que te dije.

—Mamá, tranquila. —Mi tono era un poco apático, pero no era para menos, eran incapaces de dar ni siquiera los buenos días.

Salieron por la puerta y en cierto modo sentí un ligero alivio al saber que durante unos días no tendría que lidiar con ellos y menos ahora que era lo que menos me apetecía del mundo.

De nuevo mi mente perdida en Jorge, al que cada vez le quedaban menos días para dar el «sí, quiero» a una persona tan vacía como gilipollas. Dolía mucho, no entendía cómo en tan poco tiempo me podía haber sacudido de esta manera, pero estaba de lo más afectada y no le encontraba sentido a nada.

Imaginaba que en cualquier momento dejaría de verlo por las oficinas, ya que tendría que dedicarse a los últimos detalles de su enlace y eso me inquietaba muchísimo.

Llegué a las oficinas y de nuevo Rebeca me recibió con un beso que acompañó de un ligero abrazo.

—Buenos días, preciosa —le dije en un tono que hasta yo misma percibí de lo más triste.

—Preciosa, tú. —Sonrió—. Desde ayer a media mañana te noto muy triste, entiendo que no me conozcas de nada y no te quieras desahogar, pero que sepas que aquí me tienes.

—Gracias, el corazón que es muy jodido, pero tranquila, nada que no se pueda superar.

—Sí que lo es, que me lo digan a mí que desde hace dos años que me dejaron no lo he superado.

—¿Te dejaron?

—Sí, por otra. —Sonrió con tristeza—. El amor de mi vida, el hombre más importante para mí y al que más he amado del mundo. Estuvimos tres años, de los cuales, uno lo hicimos viviendo juntos, pero se encaprichó de otra y me dejó de la manera más inesperada. Llevaba aquí un mes trabajando cuando lo conocí. Recuerdo el día que entró por la puerta con Jorge y me lo presentó como su primo, se llama Chus —dijo haciendo que saltaran todas mis alarmas—. Fue un amor a primera vista, muy de película, nos comimos con los ojos desde el primer momento —contaba con mucha tristeza—. Pero se cruzó alguien en su camino que lo hizo olvidarse de todo lo que fuimos.

—Y ese Chus, ¿también trabaja aquí?

—No, no, él es arquitecto y trabaja en el despacho de su padre.

—¿Y sigue con esa chica?

—No, duraron apenas seis meses por lo que me enteré por las redes ya que lo subían todo y de repente, comenzó él a aparecer solo y dejó de

mencionarla, ambos dejaron de seguirse y ella privatizó su perfil.

—¿Y no apareció más por aquí?

—Sí, de tanto en tanto da la sorpresa y viene a ver a su primo. Ellos están muy unidos.

—¿Y le has visto tener algún tipo de intento de acercamiento?

—Para nada, todo lo contrario, me saluda como a una extraña y eso es lo que más daño me hace.

—Entonces durante ese tiempo tú has tratado mucho con Jorge y su prometida.

—No, a ver, Jorge y Chus tienen una relación muy estrecha, pero este no aguanta a Melissa y se evitan mutuamente. Se ven entre ellos para comer, cenar o tomar algo, pero nunca en presencia de ella.

—O sea, la dejan de lado.

—Digamos que no entra en los planes de estos.

—Curioso, aunque visto así cuando ellos quedaban, tú sobrabas en el plan.

—Así mismo, pero yo era feliz y respetaba el espacio de ambos. No somos nadie para romper relaciones que son sanas y estrechas.

—Tienes totalmente la razón.

—De todas maneras, a Melissa yo no le gustaba, es como si me viera en inferioridad de clase y le molestara que me relacionaran con ella.

—Me reitero, es gilipollas. ¿Y qué pensaba Jorge de lo vuestro?

—Él no se metía en nada, siempre me trató igual desde que comencé en la empresa y es muy respetuoso conmigo. Es un bombón de tío en todos los sentidos. Los dos son muy diferentes, Chus un mujeriego que cambia de mujeres como de calzones y Jorge de lo más leal con su pareja. Dos mundos.

En ese momento un ruido de alguien entrando nos hizo girarnos y descubrir que precisamente era Jorge el que entraba sonriente.

—Buenos días, chicas.

—Buenos días, Jorge —dijimos al unísono.

—Eliana, te agradecería que subieras a mi despacho en un ratito.

—Vale —asentí también con la cabeza.

Se dirigió al ascensor y vimos cómo se cerraban las puertas.

—Tranquila, a mí me hace ir muchas veces, seguro que te quiere decir algo que vio para corregirte desde el cariño o explicarte cualquier cosa, jamás te va a echar una reprimenda.

—Me quedo más tranquila —mentí al no saber por dónde podía salir.

Esperé como una hora antes de decidirme a subir, además le quería dar el tiempo suficiente para que se acomodara de buena mañana.

—Adelante —murmuró cuando di los dos golpes en la puerta y abrí.

—Aquí estoy. —Sonreí acercándome hasta su mesa y extendió su mano indicándome que me sentara a la vez que me devolvía la sonrisa.

—Siento que ayer te encontraras con Melissa.

—Tranquilo, es normal y me tengo que habituar a ello, es tu inminente mujer y estaría bueno que me tuviera que molestar porque viniera a la empresa de su marido.

—Es de mi padre. —Carraspeó con la sonrisilla que se había convertido en mi mayor debilidad.

—Bueno, tarde o temprano será tuya y, al fin y al cabo, eres quién la dirige.

—Él también, desde su casa, por aquí aparece poco, pero está siempre al tanto de todo.

—Imagino.

—Quiero que sepas que el sábado lo pasé muy bien contigo.

—Pensé que no, imaginaba que la habías echado mucho de menos —solté sin decir que esas palabras habían salido de la boca de su prometida.

—Para nada. —Esbozó una sonrisa que se notaba de lo más sincera—. Estuve muy cómodo contigo y la noche se me hizo muy corta.

—Cuando quieras repetimos —dije con ironía.

—Me encantaría, no te voy a mentir.

—Pues hazlo, demuéstrame con hechos tus palabras —casi imploré porque lo deseaba con toda mi alma.

—Sabes que eso no estaría bien.

—Pues entonces, ¿qué quieres? —pregunté ya en un tono un poco estresada por la situación y la desesperación de no poder hacer nada para abrazarlo y no soltarlo más.

—¿Por qué te cambia el humor?

—Ni idea, pero me enferma la idea de que te cases con ella —confesé sin morderme la lengua, pero sí reprimiendo las lágrimas.

—No quiero hacerte daño, Eliana —dijo levantándose y acercándose hasta mí, donde se sentó en la otra silla y cogió mis manos— ¿Crees que sientes algo por mí?

—Si solo fuera algo no estaría así, pero qué más da…

—Eliana… —Se levantó y me agarró para levantarme al verme llorar. Me abrazó sin dudarlo—. No imaginé que estuvieras de esta manera, pensé que al día siguiente ni te acordarías de mí.

—Ojalá hubiera sido así, pero no entiendo qué me pasa, parece que se me va la vida al ver que te vas a casar con otra que no soy yo.

—Eliana, por Dios. —Me abrazaba y besaba la mejilla—. No puedo ni quiero verte así.

—Pues cásate conmigo —le dije riendo a la vez que lloraba con intensidad.

—Si eso dependiera de no hacerle daño a nadie, te prometo que lo haría. Me has hecho vivir una de las noches más divertidas e intensas de mi vida, te lo juro, reí y te deseé a partes iguales, tuve que hacer de tripas corazón para contenerme de todo lo que deseaba. Me gustas un montón y me causas sensaciones que hacía mucho que estaban muertas dentro de mí, pero te he conocido tarde y ahora tengo que cumplir todo lo que un día prometí. No soy de faltar a mi palabra.

—¿Pero no te escuchas? No estás enamorado de ella y lo haces por lealtad privándote de intentar ser feliz con las cosas que te producen sensaciones, pero no, a hacer feliz al mundo mientras no eres capaz de vivir tu propia vida, esa que solo se vive una vez.

—No llores, Eliana. —Me secaba las lágrimas con las yemas de sus dedos mientras sujetaba mi cara por ambos lados y me miraba con los ojos acuosos.

—¿Cómo no voy a llorar si de la noche a la mañana descubro que todo lo que siempre necesité lo encuentro cuando está a punto de casarse con otra? Ojalá no sintiera esto, pero lo siento y es muy jodido. —Lo abracé con fuerza y él no tardó en arroparme.

—Lo siento, Eliana, lo siento —dijo de manera sincera con la voz entrecortada y sin dejar de abrazarme.

—Solo espero que seas muy feliz, Jorge. —Me separé—. Si no tienes nada que decirme me retiro, quedarme aquí será peor por minutos.

—Cualquier cosa que necesites no dudes en pedírmela.

—Tranquilo, sé buscarme la vida bien. Ahora solo quiero responder en mi trabajo y que no me larguéis de aquí. Lo necesito.

—Eso no pasará, tranquila.

Cerré la puerta y me quedé un rato delante del ascensor llorando con el corazón encogido. ¿Cómo se podía amar tanto a un hombre en tan pocas horas? ¿Sería que Cupido me había metido una flecha por el culo? Fuera lo que fuese estaba de lo más jodida.

Rebeca me vio la cara y ni se atrevió a preguntarme más que si todo estaba bien. Le dije que sí sonriendo, a pesar de estar conteniendo más lágrimas que reclamaban su libertad.

La mañana se me hizo eterna, de nuevo no volví a cruzármelo en ningún momento cosa que por un lado era mucho mejor, aunque el dolor seguía bien fuerte en mí.

Capítulo 7



Me senté en la cocina a comerme un paquete de patatas con sabor a jamón que me había comprado en la tienda. No tenía ganas de ponerme a cocinar ni tenía mucha hambre, pero eso se me había antojado.

Sentía que había hecho el ridículo desahogándome con Jorge de esa manera, debía pensar que estaba loca por sentir eso tan de repente, pero lo sentía y aunque fuese una locura, era mi locura.

Lo deseaba con todo mi corazón y cuando esta mañana lo abracé, me dieron unas ganas de besarlo de tal forma que se olvidara hasta de su apellido, pero no me quedaba otra que controlarme y quedarme con las ganas.

Lola me escribió y me dijo que vendría a verme por la noche y pediríamos unas *pizzas*. Me pareció un plan perfecto.

Después de comerme el paquete de patatas con una lata de refresco, me tiré en el sofá bocarriba y me puse a darle más vueltas a la cabeza, recreando el encuentro que había tenido por la mañana con Jorge, además de venirme recuerdos de aquella noche en la feria.

Me sentía desdichada completamente, era como si la vida no se conformara con todo lo que ya me había liado con mi familia, sino que me tenía que joder

más y lo hacía de la manera más dura, con el tema de los sentimientos que tienen que ver con el corazón.

No sabía si contarle a Lola lo que Rebeca me había explicado por la mañana sobre ella y Chus, pero es que lo mío me tenía ya tan cabizbaja que darle a ella un aperreo tampoco sabía si iba a ser buena idea, aunque a ella no la veía yo tan atrapada por él, pero sí que me había comentado por mensajes que esperaba que este le escribiera en algún momento y se volvieran a ver.

Cerré los ojos con la intención de quedarme dormida un buen rato, ya que necesitaba relajar la mente. Me sentía idiota de sentirme así, pero ¿cómo dominar la cabeza cuando el corazón está latiendo de diferente manera?

Aunque me quedé dormida un ratito, el resto del tiempo lo pasé llorando como una niña pequeña sin consuelo. Era increíble que esto me estuviese sucediendo a mí, cuando yo siempre había sido la más incrédula del mundo en cuanto a enamorarse de un flechazo. El karma se había reído en toda mi cara.

Se me hizo la tarde pesada hasta que Lola apareció por la puerta y al verme la cara me abrazó con todo su cariño. Ella estaba al tanto de todo.

—Vamos a cargarnos la boda de ese tío, lo más gordo que puede pasar es que te largue del trabajo, pero míralo por el lado bueno.

—¿Qué lado bueno? —Rebufé riendo por la burrada que había dicho, aunque he de ser sincera y decir que a mí también se me pasaba por la cabeza, aunque fuera a medio broma.

—Que no vas a llorar porque se haya casado con otra.

—Madre mía, ni que eso fuera a solucionar todos mis problemas. —Cogí el móvil para pedir las *pizzas*.

—Hija, solo te quería hacer reír.

—Lo peor de todo es que hoy me preguntó Rebeca si iría a la boda.

—¿¡Te ha invitado!?

—Están todos los trabajadores invitados y pueden ir con un acompañante.

—Ya estamos el sábado las dos allí.

—¡¡¡Estás loca!!!

—Todo lo loca que tú quieras, pero a ese le vamos a dar el día.

—Necesito el empleo para salir de estas cuatro paredes, te lo recuerdo.

—Tranquila, que la sutileza es lo nuestro cuando nos da la gana.

—Yo paso de ir a ver cómo se casa con otra mujer, me niego por completo.

—Pues te tapas los oídos cuando den el «sí, quiero».

—Lola, ¿cómo puedes ser tan fría?

—Tan fría que como pille a su primo allí le doy otro repaso.

—Su primo es un capullo.

—¿Y? Tampoco lo quiero para casarme, solo para otro ratito. —Se encogió de hombros.

—No sé si contarte algo…

—Sí hombre, sueltas eso y ahora te vas a quedar callada, antes te frío a tortas.

—Resulta que Rebeca… —le conté todo.

—Así que cambia fácilmente de mujeres y no tiene corazón. Menos mal que folla bien que si no…

—Eres muy bruta y luego dices que yo.

—No, el problema es que yo sé cuándo puedo decir las cosas, no es lo mismo las dos a solas que soltar tus burradas delante de gente.

—Lo tuyo es ser una falsa.

—Niña, está bien que estés de mal humor, pero conmigo no lo pagues.

—Es que dices unas cosas. —Rebufé.

Llegaron las *pizzas* y nos sentamos en el salón. Me alegraba haberle contado lo de Chus y que no le hubiera afectado. A ella le gustaba, pero era eso, pura atracción, no fantaseaba con verse de pareja con él ni nada por el estilo.

—En serio, tía, no podemos perdernos esa boda —decía mientras mordisqueaba la *pizza* y lo peor de todo es que la conocía y lo decía con convicción—. Es más, con lo bien que tú cantas yo les daría hasta una sorpresita.

—Estás peor de lo que pensaba, Lola. —Solté el aire con fuerza.

—Vas a ser la única que no irás de la empresa, vamos, me juego el pescuezo ¿Le vas a dar esa satisfacción? Yo en tu lugar me presentaba en el evento con una sonrisa de oreja a oreja y le daba la fiesta al novio tonteando con el primero que me surgiera.

—Tu nivel de maldad no es normal.

—Ni el tuyo de inocencia.

La verdad es que no se me ocurriría por nada del mundo ir a ese lugar a ver como él se casaba y comenzaba una vida junto a otra mujer, que encima no le llegaba ni a la suela de los zapatos.

Lola no dejaba de ponerme caritas provocándome con la situación y aunque sabía que lo hacía en plan payasadas, a mí me estaba poniendo de lo más nerviosa.

Tenía la sensación en todo momento de estar comportándome como una niña caprichosa y eso me daba un mal rollo increíble, pero es que no podía evitarlo.

Lola se quedó conmigo hasta las once de la noche momento en que nos despedimos y se marchó para su casa, eso sí, sin dejar de repetirme de nuevo que pensara en lo de que fuésemos a la boda.

Me metí en la ducha y me recreé un rato pensando en todo, sabiendo que cada día en el trabajo sería una lucha contra mi corazón, pero es que me sentía atada de pies y manos.

Coloqué el móvil bocabajo en la mesita de noche y puse todo a oscuras para intentar, por todos los medios, quedarme dormida.

Capítulo 8



No eran ni las seis de la mañana cuando estaba en la cocina tomando mi primer café mientras me fumaba un cigarrillo. No quería ni imaginarme si mi madre viese que lo estaba haciendo dentro de casa, la que me caería sería bien grande, pero bueno, se acababan de ir y de aquí a que regresaran estaba claro que ya se habrían quitado todos los olores.

Las horas se me hacían interminables y llegar hasta las oficinas un mundo, era como si todo el tiempo se hubiera ralentizado.

Rebeca de nuevo me recibió con ese abrazo y beso en la mejilla.

—Ayer me probé el vestido que llevaré a la boda de Jorge, me queda precioso —me dijo emocionada sin ella ser consciente de que ese tema me traía por la calle de la amargura.

—Me alegra que estés feliz con la prueba, con lo bonita que eres vas a ir mejor que la novia —le murmuré haciéndole un guiño con el ojo.

—Y tú deberías venir, seguro que nos lo pasamos genial. Yo no llevo acompañante así que sería divino que te animaras.

—Eso me dijo mi amiga Lola, que deberíamos ir, pero no me veo aún muy acoplada en la empresa, estoy recién llegada.

—No digas tonterías, aquí hay gente que lleva años y casi ni se saludan, pasan los unos de los otros. ¿Y? Por eso no van a dejar de ir a la boda del jefe.

—Pásatelo bien, seguro que eres la reina de la noche.

—Me estás esquivando. —Volteó los ojos.

—No estoy en un buen momento, la verdad es que no me apetece ni lo más mínimo.

—Los hombres son unos destroza corazones —dijo quejándose sin saber que el que me lo rompió a mí era ese que precisamente se iba a casar. La pobre sabía una historia de mí que iba a medias.

—Este fin de semana lo único que me apetece es irme a una playa y quedarme tirada allí sin moverme.

—El sábado nadie trabaja, te puedes ir todo el día.

—Y el domingo, lo mismo no vuelvo ni el lunes —bromeé causándole una sonrisilla.

—No creo que tú te juegues tu trabajo, estás muy ilusionada con ello.

—Normal, es el único medio para poder independizarme de mi familia y, créeme, que es lo que más deseo del mundo.

—Lo sé, por lo poco que me has contado, me lo puedo imaginar.

Jorge apareció con una sonrisa un tanto fingida, era como si no estuviera bien y se sintiera triste por algo, al menos era la percepción que me daba.

—Buenos días, chicas.

—Buenos días, Jorge —dijimos a unísono.

—Intentad no pasarme muchas llamadas hoy, por favor —dijo antes de retirarse.

Nos quedamos enmudecidas observando cómo se adentraba en el ascensor y disimulamos justo cuando se fue a dar la vuelta para cerrar las puertas.

—¿Pues no parece que en vez de estar a punto de casarse va a ir a un funeral?

—Está muy serio, sí —murmuré comiéndome la cabeza por no entender qué le podía estar pasando.

—¿Te imaginas que su inminente casamiento lo está llevando a darse cuenta de que cada vez hay menos marcha atrás?

—Bueno, que hoy está muy de moda el casarse y al mes divorciarse, que tampoco va a la horca —dije sin pensarlo.

—Y más él, con el dinero que tiene puede hacer y deshacer en un periquete, pero no sé, yo a él lo veo un tipo muy leal de los que llegará hasta la muerte con su matrimonio.

—Eso es tener una mentalidad muy antigua.

—Pues parece que a Jorge le va lo tradicional —dijo afianzando mi opinión de que era muy tonto y vivía en los años cincuenta.

Un rato después le dije que iba a ir a preguntarle a Jorge si necesitaba algo. Rebeca me miró arqueando la ceja y yo sonreí mientras me dirigía directa al ascensor.

—Muy decidida te veo. —La escuché decir entre risas.

—Reza por mí —le pedí desde el ascensor antes de que se cerraran las puertas.

Ni yo sabía a qué iba, pero de que iba, iba, dirigiéndome con paso firme hasta su puerta y dando dos golpecitos sin pensarlo. Entré cuando escuché el adelante que me autorizaba a abrir.

—Jefe, ¿tienes un minuto?

—Claro. —Sonrió, pero con esfuerzo y estiró su mano para que me sentara.

—Siendo sincera me he preocupado hoy por tu semblante, se te nota triste. ¿Te pasa algo?

—Tranquila. —Sonrió de nuevo forzadamente—. Ayer no tuve una buena tarde y estoy un poco nervioso. No es plato de buen gusto discutir como lo hice con mis padres.

—Bienvenido al club. —Carraspeé y le salió una sonrisa más natural.

—Están todos dejándose la vida en una boda que no es de mi agrado, yo lo hubiera hecho todo más sencillo y acogedor, pero están empeñados en hacer la boda del siglo sin contar si a mí me parece bien o no. Preparan todo con Melissa y al antojo de ellos, me parece lamentable.

—¿Y por qué lo aceptas?

—Me fui metiendo en la boca del lobo poco a poco, y ahora no veo salida.

—Pero Jorge, eres mayorcito, eso de que no ves salida es algo injusto que lo diga alguien como tú que puedes tirar con tu vida hacia el lado que te dé la gana y no estar manipulado por todo lo que te rodea.

—Sinceramente, te cogería ahora mismo para escaparnos a algún lugar del mundo.

—¡No eres capaz! —le reté convencida de que yo sí que lo haría.

—No, no lo soy, es la realidad.

—Pues no entiendo para qué me lo dices, ¿me quieres hacer más daño?

—¿Sabes acaso tú el que yo estoy padeciendo?

—Pues no será por mí, que estoy dispuesta a todo.
—No llegaste a tiempo, Eliana.

—¿Qué no llegué a tiempo? Llegué justo a tiempo, eres tú el que no puedes tomar las riendas de tu vida y frenar esa boda que es una parafernalia, porque eso no es lo que deseas tú, es lo desean los demás.

—No es tan fácil como crees, destrozaría a mi familia.

—Tu familia si te quiere, siempre te va a apoyar. El caso es que estás manipulado, yo a pesar de sufrir consecuencias y no tener nada me enfrenté a la mía y ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque prefiero vivir mi vida a vivirla como le dé la gana a los demás.

—Somos distintos…

—Eres un cobarde.

—Lo soy, la verdad es que sí, pero no valgo para hacerle daño a los demás.

—¿Y lo que me estás haciendo a mí? Es verdad, yo solo fui tu entretenimiento en una noche en la que tu primo se fue a comer los morros con mi amiga. Se me olvidaba. —Me levanté mirándolo con muy mala hostia y viendo si tenía la sangre de frenarme, pero no lo hizo. Me dejó salir por la

puerta mientras él tenía la vista perdida sobre la mesa y el semblante demasiado serio.

Maldita cobardía, él no se quería casar, pero el no fallarle a los demás lo estaba llevando a hacer algo que no deseaba. ¿Se podía ser más tonto?

—¿Qué tal lo viste?

—Amargado, cruzamos pocas palabras, estuve en el baño —mentí—. Solo le pregunté si necesitaba algo.

—Esa boda me da a mí que no tiene la misma ilusión por las dos partes.

—A él se le nota que no la ama, pero vamos a leguas.

—Ya sabes que yo también pienso lo mismo.

—Qué lástima el tener todo en la vida menos la felicidad, porque Jorge no es feliz.

Capítulo 9



Sábado por la mañana, el día de su cagada…

Desde el miércoles que fui a su despacho no lo había vuelto a ver, porque los otros dos días no apareció por las oficinas como era de esperar.

El día anterior después de darle mil vueltas a la cabeza le confirmé a Rebeca que iría con Lola, cosa que a ambas las puso de lo más contentas. No tardó en llamar al palacete donde se iba a celebrar para añadirnos a su mesa, además que ella se había encargado de la distribución del personal por petición de Jorge.

Sabía que me iba a doler mucho ese momento en el que se convertirían en marido y mujer, pero también sabía que me dolería más el no poder verlo en un tiempo ya que luego se irían de luna de miel.

Por la tarde nos acercamos a una tienda donde alquilaban vestidos de firmas para los eventos, que aun siendo así, nos salió por un buen pico a cada una, pero la verdad es que elegimos dos joyitas que nos quedaban como anillo al dedo.

Ahora me miraba en el espejo ya arreglada con mi vestido en tono malva pastel con unos tirantes finísimos y cruzados a la espalda al aire. La caída del vestido era otra pasada. Jamás me había visto tan elegante.

Lola me maquilló y peinó, dejándome la melena suelta y el flequillo dividido a los lados, sujeto por unas preciosas horquillas. Las sandalias plateadas y el bolsito eran de mi madre, que los usó en la boda de una compañera suya. Si se lo hubiera pedido, seguro que no me los habría dejado, pero por suerte no estaba allí para enterarse.

Mi amiga estaba preciosa con un vestido parecido, pero en tono melocotón pastel, la verdad es que íbamos perfectamente combinadas y en armonía.

El caso es que nos íbamos a sentar con Rebeca, quien no tenía ni idea de lo que sucedía entre Lola y Chus. Pensando en Chus, era evidente que se sorprendería al ver a ambas juntas, por no decir Jorge, que no debía estar al tanto de nuestra asistencia. En fin, todo iba a ser muy tenso y emocionante, pero ahí íbamos a estar para afrontarlo, como él afrontaría una boda que claramente no era deseada y yo iba a ser testigo de ello.

Llegamos en taxi al palacete que estaba a las afueras de la ciudad sobre una colina. Ya había muchos invitados, y Rebeca nos esperaba nerviosa.

—Menos mal que aún no vino Chus —dijo la pobre nerviosa sin tener ni idea de que no era la única que lo esperaba. Nos dio un beso a cada una.

—Estás guapísima —le dijimos casi al unísono.

—Vosotras sí que estáis guapas y en armonía, aunque yo con este tono verde pastel como que tampoco voy muy desacorde.

—Vamos perfectamente coordinadas —le dije sonriendo.

Un camarero se acercó con una bandeja y las tres cogimos una copa de vino blanco.

—Por los novios —dijo Rebeca levantando la copa—, por la suerte que van a necesitar. —Nos produjo una risa a la vez que las chocábamos.

—Hombre, Dios las cría y ellas se juntan —dijo Chus sin medir las consecuencias que esto le podía traer con Lola, quien, aunque era muy educada, podía volverse temible si le tocaban las narices. Obviamente Rebeca no entendía nada, solo se puso pálida, evidenciando que él le seguía imponiendo mucho.

—Hombre, este es el que te dije que conocí en la feria —dijo Lola dejando desencajado a Chris que pensaba que las chicas habían hablado de él y que se suponía que sabían que yo también había estado presente—. El más baboso de todos, pero, aun así, es gracioso. Si fuera guapo hasta pasaba por normal.

—Para, bonita, que al soso este le comiste esa baba de la que hablas.

—¿Eso hice yo? ¿Tan borracha estaba? —Puso cara de asco mientras lo miraba haciéndose la incrédula.

—Os faltan unos tornillos, a ti y a tu amiga —dijo antes de marcharse señalándonos a las dos.

—Menos mal que me salvo —dijo una inocente Rebeca poniéndose la mano en el pecho y aliviada por no haber entrado en el saco de los tornillos —. Una cosita por curiosidad, ¿te has liado con él? —le preguntó Rebeca con un tono de lo más noble.

—No me acuerdo, yo creo que lo dice para vacilarle, si bien es cierto que lo conocí en la feria y no me dejó en paz en todo el tiempo, no hacía más que invitarme a copas, pero de ahí a que me lie con él…creo que se lo ha inventado para hacerse el chulito.

—Qué coincidencia que lo conocieras en la feria justo antes de venir aquí. —Sonrió inocentemente.

—Sí, por Dios, parece que los gilipollas me persiguen.

—Pero a la feria tengo entendido que fue con Jorge, no entiendo nada.

—Ni nos preguntes a nosotras que cuando bebemos, al día siguiente no solemos acordarnos de nada —dije antes de que ella se pusiera a darle más vueltas de lo normal

La cara de Jorge al aparecer por los jardines del brazo de su madre y verme allí, fue toda una escena de novela turca por lo menos. No sabía si sonreír, llorar o salir corriendo, pero algo así le debía de estar pasando por la mente. Sonreí y hasta le hice un guiño. Este no sabía que esto era el principio de las sorpresas que le tenía para este día.

Los invitados nos fuimos colocando en las sillas que había debajo de la carpa donde estaba todo listo para el enlace, mientras él se colocó en el altar junto a su madre a la espera de la novia.

La música no tardó en anunciar que ella estaba apareciendo. Debo reconocer que guapísima y el vestido era una pasada, pero que su sonrisa era tan falsa como esta celebración.

A Jorge no se le veía el menor gesto de emoción en su cara, todo lo contrario, una sonrisa de lo más fingida y que hasta se podía apreciar un cierto grito de socorro que no era capaz de soltar por la boca.

Ella le dio la mano colocándose a su lado y miraron hacia el hombre que iba a oficiar el enlace que fue rápido y nada emotivo. Lo más emocionante que había era la decoración, que esa sí que era bonita.

—*Ven a sacarme de este pozo de amargura, en el que me encuentro yo…* —Comencé a cantar para sorpresa de todos, incluida la de Jorge que me miraba incrédulo mientras yo me acercaba a ellos cantando la canción *SOS* de Mayte Martín—. *Y dame el agua de tu fuente cristalina…* —Seguí cantando—. *Y dame el beso que sin darse se adivina…* —Jorge tragaba saliva y a Melissa se le ponía una cara de emoción fingida que aparentaba que estaba llorando sin lágrimas.

Cuando terminé de cantarla todos los invitados se levantaron y comenzaron a aplaudirme mientras los novios ya comenzaban a salir de la carpa.

—Con dos cojones, a ese no se le olvida tu cara en la vida —me dijo Lola causando una risa en las tres.

—El jefe debe estar flipando —decía Rebeca moviendo agitadamente la mano.

—El jefe lo que está ya es ahorcado —contestó Lola.

—Qué fuerte, pensé que en un último momento le iba a decir que no lo hacía.

—Ese es un calzonazos —dijo Rebeca bebiéndose otro vino de golpe. Imagino que el tener allí a Chus, la tenía de lo más traumada.

Los camareros pasaban con entrantes que tenían una pinta de lo más exquisita. No dudamos en probar cada uno de los que nos ofrecían al pasar.

—El novio está saludando a todos los invitados, pero me da a mí que a nosotras ni se nos acerca —murmuré en tono cotilleo causando unas risillas —. Lo que no sabe es que como no se acerque le canto también en el banquete, que repertorios tengo un montón.

—Deberías cantarle *Señora*, de la más grande.

—A ver si se va a pensar Melissa que tienes un lío con él —dijo Rebeca sin perder la sonrisilla.

—Por mí como si se piensa que tiene también un hijo con ella —contestó Lola.

—Chicas, tenemos que hacer algo por el jefe. —Se me ocurrió una muy grande gracias a las tres copitas de vino que tenía encima.

—Dinos, dinos —animó Rebeca.

—Tenemos que hacer que beba mucho y luego secuestrarlo para que no se pueda ir a la luna de miel.

—¿Eso cuánto tiempo es entre rejas? —preguntó Lola.

—Nos pone de patitas en la calle —decía Rebeca un tanto asustada.

—¿Y quién le dirá que hemos sido nosotras? A nosotras también nos pueden tener retenidas junto a él y que una logre escapar y haga que nos liberen a todos. Si hay que ir a buscar a la policía se hace.

—¿Te has drogado? —me preguntó Lola mientras me miraba incrédula.

—No se lo puede llevar quince días, no puede —dije a punto de llorar.

—¿Tanto cariño le has cogido al jefe? —preguntó Rebeca sin entender mi afán porque no se fuera.

—Un montón, no sabes cuanto —confesé sin terminar de contarle nada.

Nos anunciaron que tomásemos asiento en la mesa que teníamos asignada. Lo bueno es que Rebeca se las había ingeniado para que estuviésemos las tres solas.

Los novios se sentaron en la mesa presidencial rodeados por sus padres que, por cierto, a las suegras se las veía más encantadas con el casamiento que a sus maridos que estaban un tanto serios.

—Le metía una pala por la boca —dije observando a Melissa que sonreía amplia y falsamente mirando hacia todos los lados y sintiéndose en su momento de gloria—. Por cierto, Chus no deja de mirar hacia aquí —advertí, aunque algo me decía que ellas ya eran conscientes de eso.

—Tiene a su ex y a otra que no se acuerda si estuvo con él, cómo para no mirar —dijo Lola causando una risita en Rebeca que a decir verdad todo se lo tomaba a bien. Era una tía increíblemente simpática.

—¡¡¡Vivan los novios más felices del mundo!!! —grité levantándome con la mano alzada en la que sujetaba mi copa, y todos corearon el «Viva».

La cara de Jorge no tenía desperdicio ya que sonreía, pero con gesto de no saber dónde meterse, todo lo contrario que ella, que se sentía en su salsa.

De esta se iba a acordar de su vida para siempre, vamos, que de eso me pensaba encargar yo.

—Me encanta la cara de felicidad del jefe —murmuró Rebeca con una clara ironía causando que nos diera un gran golpe de risa.

—A mí me pone cachonda la de Chus, está que no deja de mirar hacia aquí.

—Pero dijiste que no te gustaba —dijo sin entender nada Rebeca.

—A ella es que le ponen cachonda los hombres sofocados —intervine para suavizar las palabras de Lola.

—Ah, entiendo, que le da placer el que otro lo pase mal. —Se rio convencida de que lo había entendido. Desde luego que Rebeca parecía en ocasiones vivir en los mundos de Yupi.

—Eso es, cuando bebe es muy malvada.

—Yo soy la más mala de España —dijo cantando como los vídeos que se habían hecho muy virales por las redes.

—Yo hice un vídeo así con mi prima.

—Rebeca, por Dios, no me digas que eres *influencer*. —Le busqué la lengua.

—Tengo dos mil seguidores —respondió emocionada.

—Eso es un montón, vamos de aquí a nada te veo promocionando ropa —le dijo con ironía Lola.

—Me encantaría, pero para eso se necesitan por lo menos cincuenta mil.

—Eso lo consigues en nada —la animé.

De repente aparecieron unos mariachis y se pusieron a cantar *La Bikina*, de Luis Miguel. Ella se comenzó a secar las lágrimas que no le caían. No se podía fingir peor esa felicidad inexistente.

Que la canción era preciosa, lo era sin ninguna duda, pero ¿a qué venía esa canción para un momento como este? Si como bien decía, la bikina no conoce el amor, en fin, un desastre que yo debía arreglar. Pensé mientras me bebía la copa de vino de un trago ya que necesitaba entrar en calor.

Cuando terminó el tema y todos aplaudían, me acerqué al que se notaba que era el cabecilla de los mariachis y le pregunté si me podían tocar *Tú querías que te dejara de querer* de Rocío Dúrcal.

—Ahorita mismo —me dijo feliz y les ordenó a los demás que comenzaran a tocarla.

Comencé a contornearme con el micro en la mano y la mirada atenta de todos los allí presentes. Podía ver como Chus miraba a un Jorge que debía de estar tragando saliva a la vez que fingía con una sonrisa, pero el mal trago lo estaba pasando. Canté a pulmón y emocionando a un público que terminó cayendo rendido a mí, hasta el mismísimo Jorge se levantó a aplaudir efusivamente.

—Otra, otra —gritaban todos a unísono, hasta los propios novios.

—Yo os cantaría un repertorio, pero no quiero quitarles el protagonismo a los novios y creo que lo estoy consiguiendo —dije causando una risa grupal a la vez que todos chillaban que otra—. Bueno una más, una última, pero quiero que todos la cantéis conmigo, que estoy más que segura de que la

reconoceréis enseguida. Eso sí, creo que en esta no me van a poder ayudar ellos. —Señalé a los mariachis.

Comencé a contonearme a ritmo latino y a cantar *Que hubiera sido*, de Karol G, que estaba en tendencia y vaya si acerté, todos a coro la cantaron conmigo a la vez que bailaban desde sus mesas a ritmo de la canción.

Un fiestón fue el que monté en un momento, hasta Chus bailaba emocionado al lado de su primo Jorge que levantaba las manos mientras saltaba. Eso sí, Melissa era la Barbie que sonreía a todos y tenía muy poca sangre, ni se movía.

La comida la había amenizado yo y eso era innegable, como también lo era que Jorge estaba más con la vista en mí que en su recién estrenada esposa.

Rebeca cuánto más bebía, más nombraba a Chus, y Lola le recordaba lo mujeriego que era mientras a mí me hacía caritas. Ver para creer.

Trajeron la tarta al centro de donde estaban todas las mesas que formaban un círculo gigante de madera sobre el césped. Los novios fueron hasta allí y fue muy bonito ver esas bengalas y fuegos artificiales que se abrieron en el cielo. Precioso, los pelitos de punta, sobre todo, el amor tan sincero que se derrochaban el uno al otro, léase con ironía. Por no hablar de ese beso en el que había menos pasión que dos personas que están deseando divorciarse. En fin, qué triste me parecía todo, pero él lo había elegido, a pesar de que tenía un sinfín de opciones.

Capítulo 10



Los invitados nos fuimos levantando y acomodándonos en la zona donde iba a comenzar la fiesta. Lola estaba llorando de la risa y no sabíamos el porqué.

—Se mea, tu amiga se mea —decía Rebeca riendo por haberse contagiado de la carcajada.

—Pero habla —le exigí—, no nos dejes así.

—Chus. —Volvía a doblarse de la risa. Rebeca y yo lo buscamos con la mirada y lo encontramos mirando hacia nosotras con los morros hacia fuera.

—¿Qué le pasa? —pregunté mirándolo.

—Que cuando yo venía detrás de vosotras siguiéndoos… —Volvió a carcajearse y cruzar las piernas como si se fuera a hacer pis encima.

—Pero termina de contar —le decía Rebeca de lo más intrigada y sin perder la risa.

—Que nos miró diciéndole algo al chico que está con él y se comió una de las farolas del jardín —dijo a carcajada limpia provocando que las nuestras fueran más grandes—. Y lo peor de todo es que se dio cuenta de que lo vi todo.

—A tomar por culo, por mujeriego —murmuré en alto mientras lo miraba con el mismo descaro que él a nosotras.

—Se la ha comido bien comida —decía llorando de la risa y sin poder parar. Lo peor de todo es que Chus cada vez miraba más enfurecido y me daba a mí que se estaba conteniendo de venir hacia nosotras y decirnos tres cosas, pero que lo hiciera, aquí lo esperábamos.

Nos apoyamos en una de las barras que había repartidas por el jardín y pedí tres cubatas de ron con cola sin preguntarles a ellas lo que querían, pero a estas alturas sabía que eran capaces de beberse hasta el agua de las peceras, así que no lo dudé y lo dejé a mi elección.

Vimos cómo Jorge venía hacia nosotras aprovechando el momento en que Melissa se estaba tirando fotos con su familia y amigas.

—¡Jefe, felicidades! —Lo abracé con efusividad a la vez que le daba un montón de besos en la cara—. Con dos cojones, lo has hecho. —Le di un golpe en el hombro que casi tengo que ir a que me venden la muñeca.

—Pues sí que tienes fuerza. —Se río negando y mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—Di la verdad, ¿a que soy lo más bonito de toda la boda? —pregunté y vi cómo a Rebeca se le cambiaba la cara por mi atrevimiento.

—Sí, pero no se lo digas a nadie. —Me siguió el rollo y Rebeca miraba a Lola sin entender nada.

—Jefe —le dijo Lola con descaro—, dile a tu primo que aquí le esperamos esta y yo con mucho amor. —Señaló a Rebeca.

—Yo no me meto en los líos de nadie.

—Muy bien dicho, jefe —le contesté yo mientras le tocaba las palmas y todo.

—Si necesitáis cualquier cosa no dudéis en decírmelo —nos dijo antes de retirarse.

—Yo te necesito a ti, pero has elegido a otra. —Me encogí de hombros—. Por cierto, ¿te han gustado mis canciones?

—No tanto como tú —me dijo al oído mirando hacia la gente y disimulando.

—Se me acaban de caer las bragas —le dije a las chicas cuando Jorge se alejó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Rebeca curiosa.

—Que le molo mogollón. —Me puse a bailar a ritmo de Karol G que sonaba con el tema de que su ex tenía razón.

—¿Le gustas al jefe? —preguntó Rebeca acercándose a mí queriendo tener más información.

—Más que chupar las cabezas de los langostinos. —Le hice un guiño y seguí bailando.

—Lola, ¿tú lo sabías?

—No sé ni si me lie con Chus, como para saber la vida sentimental de los demás —le dijo causándole una carcajada a Rebeca y de paso a mí, que negué por lo graciosa que se estaba pintando la tarde y eso que pensé que me iba a pasar toda la boda conteniéndome de llorar, pobre ilusa de mí.

—Viene para acá —murmuró Rebeca refiriéndose a Melissa.

—¡Hola, chicas! Aquí me tenéis para que no os quedéis con las ganas de tiraros la deseada foto con la novia —dijo ella dejándonos a las tres a cuadros.

—Menos mal —dijo Lola poniéndose las manos en el pecho—. Ya estaba a punto de coger cita *online* con mi psicólogo. Sería todo un drama irme de aquí sin tirarme la foto con la novia más afortunada del mundo.

—El afortunado es él —respondió con la sonrisa tonta que tenía y creyéndose alguien.

—Claro que sí, tú ponte que yo inmortalizo —dije sacando el móvil y poniéndome para sacarnos el selfi—. Reír por si mañana hay que llorar.

—Qué graciosa eres —lo dijo con esa risilla de ilusa—. Mañana estoy camino de mi gran luna de miel con mi amor.

—Se dice, «si Dios quiere» —dijo Rebeca haciendo el entrecomillado.

—Si quiero yo —le contestó esta con guiño de ojo incluido y creyéndoselo por completo. Se marchó despidiéndose orgullosa mientras abría y cerraba la manita. Para tirarle la copa y dejarle una brecha…

—¿En serio esta era la mejor opción que tenía Jorge para arruinar su vida? —pregunté haciendo la que me desmayaba.

—Es tonta, tonta, tonta; más tonta que esta —dijo Lola señalando a Rebeca.

—¿Y por qué soy tonta? —preguntó preocupada.

—Es broma, no le hagas caso —le dije mientras negaba y miraba a Lola a modo regañina.

—¿Qué? Es tonta, aunque no lo quiera admitir está embobada mirando todo el tiempo a Chus, con lo que ella vale, vamos, dos collejas y le arreglaba ese cerebro. —Le tocó la sien con su dedo.

—Es verdad, no lo puedo olvidar —dijo con tristeza.

—Ni se te ocurra llorar —le advertí señalándola con el dedo.

—Pero es que lo amo tanto. —Rompió a llorar.

—Ay Dios, si lo sé no le doy de beber. —Rebufé.

—No es el alcohol, es el amor tan grande que siento por él y que rompe todas las fronteras.

—Pues sí que está borracha.

—Lola —la regañé.

—Si ahora mismo me dijera de irnos a vivir debajo de un puente, lo dejaría todo por él.

—No, mujer, debajo de un puente ni para echar un polvo.

—¡Lola!

—A ver si te crees que esta no los ha echado de cinco en cinco.

—Seis una vez, una noche con Chus —confesó.

—Ahora mismo voy a hablar con él, aquí por más que sumo no me cuadra.

—Lola… —negué agobiada de que la pudiera liar, ya que también iba servida de copas.

—Lo amo más que a mi vida —decía cada vez más alto una Rebeca que no me imaginaba así.

—Pues sí que la dejó tocada —murmuró Lola y de nuevo la miré para que se callase, pero que no había forma.

Y como si la vida nos estuviera escuchando, comenzó a sonar el tema *Cásate conmigo*, de Silvestre y Nicky. Rebeca saltó directa a la barra, no me preguntéis cómo lo hizo, pero ni en los Juegos Olímpicos vi tal salto. Comenzó a bailar cantando a todo pulmón.

—*Cásate conmigo, después de tanto tiempo…* —gritaba sin titubear y mirando hacia donde estaba Chus.

—Está peor de lo que imaginaba —le dije a Lola.

—Ya te digo, vamos me estás sorprendiendo tú gratamente y esta me está dejando flipada de la colgadera que tiene con Chus. Y yo que pensaba tirármelo esta noche y ya se me han quitado las ganas. Bueno, se me quitaron desde el primer momento, lo veo muy gilipollas, es un tío con doble cara —me decía mientras miraba a Rebeca bailando por toda la barra y siendo el centro de atención de todo el mundo.

—Madre mía, pero mira el bailecito que se está marcando tan sensual y eso que parecía tonta cuando la compré —murmuré a carcajada suelta.

Miré hacia donde estaba Chus, percatándome de que la miraba serio mientras sostenía una copa en su mano y tenía medio cuerpo apoyado sobre una mesa alta.

Rebeca bajó de un salto para más asombro nuestro y se vino riendo hacia nosotras, ya se le había pasado la llorera que le duró el tiempo de subirse a la barra.

—Pedazo de actuación te has marcado, compi —le dije haciendo el papel de que estaba en *shock*.

—¿Le habrá gustado? —preguntó refiriéndose a Chus.

—Fijo, ese va ahora al baño a machacársela.

—¡Lola! —protesté.

—¡Ojalá! —gritó Rebeca y la miré asombrada— Es bonito que se haga una a mi salud.

—Salud la mía, que hoy os la cargáis. —Cogí mi vaso y me dirigí a la barra a pedir una copa, hoy las necesitaba de tres en tres.

Capítulo 11



No sé la de canciones bailadas que llevaba en mi cuerpo, ni menos aún las copas tomadas, solo sabía que la noche la estábamos abanderando las tres animando a todos los invitados que aún quedaban de fiesta y que no eran pocos. Después de la cena, que fue a modo tentempié y canapés, los matrimonios se habían marchado. El resto de los invitados eran los que se intuían que iban a estar aquí hasta el amanecer mientras comían churros con chocolate.

Las últimas canciones que estaban sonando eran del repertorio de Romeo Santos, más que nada, porque habíamos amenazado al DJ con arruinarle la noche si no nos hacía caso. La verdad es que se estaba portando como un campeón.

Melissa estaba sentada con dos amigas en un balancín un poco apartado del bullicio de la pista en la que sí estaba su marido bailando y pasado de copas moviendo el esqueleto con euforia junto a Chus.

De vez en cuando me miraba y me hacía un guiño el muy descarado, hoy, hoy que se había casado con otra cuando sabía que, entre nosotros, aunque no lo gritara a los cuatro vientos, se había forjado algo muy bonito.

—Se me ha ocurrido una gran idea —dijo Lola marchándose a la pista directa a donde estaban los chicos.

—Me dan miedo a mí las ideas de tu amiga. —Apretó los dientes.

—Pondrá la boda patas arribas. Se masca un divorcio y varias broncas.

—¿Sí? —preguntó preocupada.

—Por ahora debe marchar bien su plan porque los chicos le están diciendo que sí a lo que quiera que sea.

Vimos cómo nos hacía señas para que nos acercásemos. Nos miramos aguantando la risa y nos dirigimos a la pista donde ya estaba poniendo a todos en orden.

—Vamos a grabar un vídeo para Instagram de un tema que es tendencia —nos dijo haciéndonos un guiño—. Tú ponte aquí. —Me colocó justo al lado de Jorge que me sonreía feliz con una borrachera bien evidente.

—Yo en la esquina —dijo Rebeca colocándose a toda prisa para que no se le ocurriera ponerla al lado de Chus.

—Chus. —Le señaló a donde estaba Rebeca ya colocada y esta se quedó flipada.

—A sus órdenes —le respondió este haciendo el gesto de militar y también borracho como una cuba.

—A ver qué cancioncita tenemos que hacer —dije soltando el aire mientras ella se colocaba delante de todos y en medio. Había por lo menos quince personas preparadas para el bailecito.

—Mirarme —dijo Lola—. Tenéis que cantar, «*Son de amoreees»*, «fua, fua» y levantáis las manos.

En ese momento y todos percatándonos del *trend* que iba a hacer que se había hecho tan viral, nos comenzamos a reír y a levantar los brazos.

—¡Amor yo quiero! —dijo Melissa apareciendo y colocándose en medio de los dos.

—Vas a perder todo el glamur cuando el vídeo se viralice —le dije al oído y esta se llevó la mano a la boca y salió corriendo hacia el balancín de nuevo.

Jorge me miró sin entender qué le había dicho para que la espantara de esa manera. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa, en el fondo con la que tenía encima a este le importaba bien poco ocho que ochenta.

La que lio Lola con el «*pum, pum, pum»* del final, fue lo más grande que se había liado en esta boda. Se nos había ido de las manos.

—«*Pum, pum, pum»* te hacía yo sin pensarlo —me dijo Jorge al oído.

—Tú eres un cobarde, la palabra hombre se te queda muy grande —le contesté con una sonrisita.

—Yo soy muy hombre, porque pocos harían el sacrificio que estoy haciendo hoy.

—Da vergüenza escucharte, jefe. Créeme que estás más guapito con el pico cerrado.

—Dime que me amas y lo dejo todo.

—¿Ahora que te has casado con ella en todas mis narices?

—Nunca es tarde para rectificar los errores. —Me dio un pellizco en el culo.

—No te doy una hostia porque no quiero joder tu día ni jugarme mi empleo, pero de que te la daba, no lo dudes.

—Dime que lo deje todo y ahora mismo me voy contigo al fin del mundo.

—Jorge, estás muy borracho, no me pongas a prueba.

—Pero cambia la cara, parece que me vayas a morder.

—Pues procura que no lo haga porque no estoy vacunada contra la rabia. Por cierto, ¿se quedó dormida tu mujer o es cosa mía? —dije viendo cómo estaba tumbada por completo de lado en el balancín con las piernas encima de una amiga y la cabeza en la falda de la otra.

—Así no se despierte en un año —dijo este subiendo su dedo y con seguridad.

—Cuánto amor hay dentro de ti…

—Perdone —le dijo al camarero que pasaba—, ¿ves aquella de blanco que parece la niña del exorcista durmiendo en el balancín?

—Es su mujer, señor.

—Pues échale una mantita.

—Señor hace mucho calor para eso.

—Pues una sábana, no sé, algo, más sangre en ese cuerpo.

—Está bien, señor —le dijo aguantando la risilla porque se había percatado de que Jorge estaba de todo menos en su sano juicio.

—¿Y esa preocupación por tu mujer? —le pregunté con doble sentido cuando se marchó el camarero.

—Es que cuando está tapadita le cuesta más levantarse, me quiero garantizar que hasta por la mañana no de señales de vida.

—Las amigas también están dormidas.

—Esas no son mi problema. —Me hizo un guiño y fue a cogerme el culo y lo frené.

—Te pueden ver y no quiero ser la comidilla de este día.

—Solo quedan mis amigos y las dos amigas de ella que están con los ojos cerrados.

—Y tus amigos saben que no la amas…

—Y que tú eres el amor de mi vida —me dijo al oído.

—¿Por qué cojones te has casado? —le pregunté sin entender a estas alturas de qué iba y por qué decía ahora estas cosas.

—Porque no te conocí unos años antes, de lo contrario hoy la que estaba vestida de novia eras tú.

—Estás muy borracho.

—Y tú muy incrédula y no por eso te lo recrimino.

—No te ves, estás muy borracho —repetí.

—¿Y tú sobria?

—Da igual, no sabes lo que dices, y mañana ni te vas a acordar de la misa la mitad.

—Quiero escaparme del mundo contigo.

—¿Del mundo? Por favor, Jorge, compórtate que te quedan dos idílicas semanas al lado de tu recién estrenada mujer.

—No me lo recuerdes que estoy a punto de darme a la fuga.

—Hazlo, valiente, demuestra con hechos lo que con palabras no eres capaz de hacer.

—No me provoques, ahora mismo por ti soy capaz de hacer cualquier cosa.

—Vámonos juntos de luna de miel…

—¿A dónde quieres ir tú, bombón?

—No me hables así que pareces un niñato.

—Qué cosas más bonitas me dices. —Sonrió intentando mantener el equilibrio.

—Más vale que te sientes.

—Moriré de pie, pero jamás sentado.

—Ay, Dios, que Chus está bailando con Rebeca y Lola de lo más sensual.

—Van a hacer un trío.

—¿Puedes decir algo coherente?

—Te amo.

—Ay no, que Chus está besando a las dos, pero ¿qué les han echado en la bebida?

—Mucho alcohol, mucho alcohol, todo el que han pedido porque hoy pago yo, te invito a ti también a barra libre.

—Te daba una colleja que te iba a ordenar todas las ideas. Por cierto, tu mujer viene para acá, parece que se despertó.

—Tranquila, ni te muevas, ahora la mando de vuelta.

—Jorge, estoy muy cansada, me quiero ir —dijo poniendo cara de cría de cinco años mientras se acercaba hasta él.

—Mi amor, tengo que estar hasta despedir al último invitado. ¿Cómo les voy a echar de nuestra boda?

—Pues que se queden, pero no tenemos que estar presentes.

—¿Qué es una boda sin la presencia de alguno de los novios?

—Yo me voy para la habitación. —Ellos se quedaban a dormir en una de las *suites* que tenían—. Allí te espero.

—Claro que sí, seguro que cuando te levantes y veas la sorpresa que te tengo, vas a ponerte muy contenta.

—Gracias, amor. —Se puso a saltar mientras tocaba las palmas como si ya no tuviera sueño. Le dio un beso en los labios y se marchó diciendo adiós con la manita y sus amigas se adentraron con ella también para irse a dormir, ya que se quedaban en otra de las *suites*.

—Lo feliz que le hace a una mujer una sorpresa —solté con ironía.

—No sé si le gustará, la verdad.

—Si es de firma te garantizo que sí.

—Y tan de firma, porque nos puede llevar al divorcio. Y como sé que estás con la curiosidad de saber de qué se trata, es, ni más ni menos, que la sorpresa de encontrarse con mi desaparición. —Me hizo un guiño y me presionó con su dedo en el corazón.

—¿Vas a desaparecer?

—Afirmativo. Yo no me voy con esa ni a la esquina, menos aún quince días por el mundo. ¡Qué la aguante su madre!

—No sabes lo que dices.

—La que no tienes ni idea de nada eres tú.

—¿Por qué te has casado con ella? ¿En serio fue por no fallar a tu familia ni a la de ella?

—Muchas cosas que no entenderías, bebé.

—¿Bebé? Ay, Dios, qué mal te sienta el alcohol.

—Entonces qué ¿nos vamos juntos de luna de miel?

—Claro que sí, a un safari por África.

—No, no, algo más paradisiaco.

—Y cuando regresemos, tu padre nos pone a los dos de patitas en la calle.

—No, no puede. —Se le escapó una carcajada que se tiró al suelo donde quedó sentado.

—¿Por qué no puede? —pregunté sentándome a su lado.

—Porque el testamento de mi abuelo decía que una vez que yo me casase pasaría de manera inmediata a ser el legítimo dueño de la empresa, quedando todo delegado en mí. No decía el tiempo que tenía que estar casado, solo que con la persona que lo hiciera debía de tener una relación de por lo menos cinco años. —Soltó una carcajada—. Solo podía ser ella. —Carraspeó aguantando otra carcajada—. Eso sí, cuando tenga un hijo, inmediatamente pasará a ser dueño de la mitad de la empresa junto a mí, pero para eso todavía falta mucho tiempo. —Se reía.

—La leche. —Abrí la boca incrédula—. ¿Te has casado para quedarte con la empresa?

—Efectivamente, mi padre ya ganó mucho dinero, el que no le dará tiempo a gastar en su vida. Ahora me toca a mí tener el control de todo, además, que era el deseo de mi padre, siempre y cuando se cumpliera el deseo de mi abuelo. Y lo cumplí. —Puso los dedos en símbolo de victoria.

—No sé si reírme o llorar, si mandarte a la mierda o tirarme a una piscina contigo, aunque esté vacía, no sé ni quién eres ni la sangre fría que puedes llegar a tener…

—Para bonita, para y no te embales, que yo te iba a dar la sorpresa de ir a buscarte mañana, lo que pasa que te adelantaste y la sorpresa me la diste tú apareciendo en mi boda.

—Estáis todos locos —dije mirando a mi amiga que jamás la vi en la situación que la estaba viendo con Chus y Rebeca.

Me levanté y me fui a la barra a pedir un cubata. Tenía la cabeza como un bombo y no entendía nada, lo peor es que no podía comprender eso que había hecho Jorge y lo engañada que me había tenido todo este tiempo pensando que era tan leal que no era capaz de dejar a su prometida. La hostia de realidad que se iba a llevar ella cuando se enterase de todo, iba a ser apoteósica.

Vi cómo Chus se acercaba a Jorge y lo ayudaba a levantarse a la vez que Rebeca y Lola venían hacía mí muertas de la risa.

—¿De qué vais? —les pregunté en tono reproche y muy seria.

—Estamos jugando con él, tranquila —dijo una Rebeca que no dejaba de sonreír ampliamente y eso que parecía tonta.

—¿Jugando con él o él con vosotras? —Rebufé a la vez que Lola me quitaba el cubata de la mano y le daba un trago.

—¿A qué hora secuestramos al novio?

—Lola calla, que el novio creo que se va a secuestrar solito —negué incrédula a todo lo que había escuchado.

—¿Qué te he dicho? Esta boda no dura ni la luna de miel, antes Chus nos hizo un comentario como que el novio estaba planeando su fuga y que iba a ser la boda más corta del año.

—¿Eso os dijo? —pregunté alucinando por lo que había acabado de desvelar Rebeca.

—Sí —dijeron a unísono.

Capítulo 12



Miraba a mi alrededor y es que no había nadie medio sobrio, esto se había convertido en un despiporre, hasta yo luchaba por pensar con lucidez, pero no había manera.

—Atención a todos, por favor —dijo a duras penas Jorge que se había hecho con el micrófono.

—La va a liar, la va a liar —murmuré en alto con la corazonada de que o se le quitaba el micro o iba a ser apoteósico.

—Déjalo, qué mínimo que tenga su minuto de gloria —dijo Chus y le eché tal mirada que se puso a disimular mirando hacia otro lado.

—Atención a todos, que os tengo que comunicar algo.

—¡Calla ahora o habla para siempre! —le gritó Lola cambiando todo el dicho y causando la risa en todos.

—Paciencia, Lola, paciencia —le contestó Jorge señalándola con el dedo.

—¡Jorge presidente! —gritó un chico que tenía la corbata rodeada en su frente.

—Quería comunicaros que mañana, o sea hoy dentro de unas horas, me voy con mi amor de luna de miel.

—¡Bravo! —gritaban todos aplaudiendo y vitoreando.

—Pero no con la mujer con la que me acabo de casar, no, sino con esa belleza que está ahí mirándome con ojos de querer matarme. —Me señaló el muy descarado.

—A mí no me metas en tus líos —grité negando y todos reían aplaudiendo.

—Bebé, aquí en estos momentos está lo mejor de lo mejor, mis amigos y primos que nunca me fallarían. No escondamos este amor que habita en nosotros y que derriba cualquier frontera.

—Madre mía, que le voy a clavar el tacón en la frente.

—Con lo bonito que es lo que está diciendo, hija. Eres muy poco romántica —me recriminó Lola.

—Tú te callas que por poco montas un trío.

—Amor, deja de hablar con tu amiga y ven a mis brazos a demostrar al mundo que es a ti a quien amo.

—Jorge, deja ya de mencionarme, ¿vale?

—Ohhh. —Se escuchaba a todos al unísono.

—Tranquilos, solo está un poco decepcionada por mi actuación de hoy, pero ella me ama, ya lo veréis. Sabe que todo fue un circo orquestado meticulosamente.

—¡Qué bonito es el amor! —decía Rebeca que a estas alturas aún no entendía nada, pero que con la que tenía encima, por mucho que se lo

intentara explicar, no lo iba a entender. De todos modos, no sería el momento de hacerlo.

Jorge me miraba y hacía caritas, mientras tanto, todos los ojos puestos en nosotros y yo preguntándome que qué hacía aquí.

Me giré y fui con mi copa a sentarme al borde de una fuente preciosa que había a un lado del jardín. Necesitaba estar sola escuchando el agua caer, mientras veía cómo todos estaban de lo más desfasados, por no hablar de Rebeca y Lola que me daba la sensación de que se tocaban y acercaban más de la cuenta, quería pensar que eran cosas mías.

Jorge me buscaba entre la gente, lo podía ver, pero vamos, que a estas alturas quedábamos bien pocos, el problema es que tenía un ciego impresionante.

Lo amaba con todo mi corazón, me había enamorado de él de una manera fulminante como nunca lo había hecho de nadie.

Y me vio, le costó, pero me vio y se dirigió hacia mí haciendo zigzag.

—Amor mío —decía conforme se acercaba —que te estaba buscando y pensé que me habías abandonado de manera despiadada —dijo sentándose a mi lado cuando una mala postura y la que llevaba encima lo llevó a caer hacia atrás directamente al agua.

—¡Joder! —grité metiéndome dentro para ponerlo derecho y que no se ahogara.

—El boca a boca, amor que me has salvado la vida, que mi barco se hundió.

—Joder, estamos buenos —me quejé de verlo completamente mojado, y yo tres cuartos de lo mismo.

Lo conseguí poner de pie mientras lo sujetaba cuando me di cuenta de que Chus gritaba a todos que al agua. Se pensaba que nos habíamos metido de fiesta, en fin, que no me dio tiempo a nada cuando ya estaban todos dentro de la fuente bailando, sin importarles estar mojados.

—La que has liado, pollito —le recriminé a Jorge.

—El barco, fue el barco que naufragó, mira todos los que había dentro y ahora estamos a la deriva.

—Deberías irte a dormir.

—Contigo, cuando quieras.

—¿Conmigo? De eso nada, te vas con tu mujer que para eso la has elegido.

—Amor, todo es una pantomima, yo te quiero a ti y sé que lo nuestro será el cuento más bonito del mundo.

—Cuento el que tú tienes. Y deja de agarrarte a mi culo.

—No, no me puedes pedir eso —decía negando rápidamente y con ganas de llorar—. Con mi culo no, no puedes.

No me dio tiempo a nada cuando ya lo tenía mordisqueando mis labios e intentando agarrarme fuerte mientras sostenía el equilibrio, ese que duró bien poco porque lo empujé y él me agarró, y entonces caímos los dos mojándonos aún más.

Miré hacia un lado, en un acto de reflejo que me llevó a dirigir la vista hacia donde estaban Lola y Rebeca, para encontrarme que se estaban besando apasionadamente. ¿En serio?

—Mira Jorge, yo me voy de aquí. Tu boda, además de haber sido una pantomima, se ha ido de madre y están todos aquí que parece que se

encuentran en una fiesta de esas en las que todos están dislocados. Que me piro.

—Yo me voy contigo. —Agarró mi mano con fuerza.

—Te recuerdo que en una *suite* te está esperando tu mujer.

—Le está esperando la sorpresa de no verme nunca más.

—¿Por qué no tienes los huevos para despedirte y decírselo en la cara?

—Porque le he dejado en recepción una carta para que se la echen por debajo de la puerta cuando yo salga del hotel.

—¿De verdad, Jorge? Yo es que flipo, te juro que flipo, no entiendo por qué no eres capaz de hablar con ella.

—¿Por qué a ella le importo una mierda? ¿Por qué se cree que no sé qué estuvo con varios tíos mientras estaba conmigo? Ella hoy se casó por conveniencia, lo mismo que hice yo. ¿Crees que le debo alguna explicación?

—¡Joder, te vas a ahogar! —dije levantándolo ya que de nuevo se había caído.

—Llévame contigo.

—Yo me voy a mi casa.

—Llévame, hablaré con tus padres.

—Mis padres no están y, además, tú no tienes nada que decirles.

—Yo me voy contigo —decía a punto de llorar. Normal, con la que llevaba encima.

—No, a mi casa no te llevo así.

—Pues vámonos a un hotel lejos de aquí.

—Agárrate, anda —le dije para ayudarlo a salir de la fuente donde todos seguían bailando felizmente, incluidas Lola y Rebeca que se estaban dando el lote del siglo.

Lo llevé hasta el balancín donde un rato antes había estado sentada su mujer, ahora nos tocaba a nosotros. Le pedí al camarero que nos trajera dos colas y que fingiera si preguntaba diciendo que eran cubatas.

—¿Qué le has pedido? —me preguntó cuando me senté a su lado.

—Mil euros, pero me acaba de mandar a la mierda.

—¡Lo mato! —gritó intentado levantarse.

—Para quieto tonto, que ahora nos traen los cubatas.

—Y los mil euros, porque no hay ser que le niegue a mi futura mujer nada.

—Escucha, que te recuerdo que aún estás casado con otra.

—Qué largo se me está haciendo el divorcio —dijo cuando me di cuenta de que inmediatamente se había quedado dormido.

Lo puse tendido de lado y me fui a donde estaban las chicas que seguían dándose un morreo a lo grande.

—Mira son vegetarianas —me dijo Chus cuando pasé por delante de él.

—¡Cállate, gilipollas! Vegetarianas… —negué resoplando y continuando mis pasos hasta plantarme delante de ellas y carraspear para que se dieran cuenta de mi presencia.

—Hombre, mi niña favorita —dijo Lola tocándome el brazo.

—¿Qué hacéis? —pregunté abriendo los brazos y esperando una respuesta.

—Nos hemos enamorado —contestó Rebeca con esa cara angelical que parecía no haber roto un plato en su vida.

—¿Y desde cuando se supone que os van las mujeres? Porque no será por historial con tíos…

—El amor es libre, es cuando llega la persona correcta sin definir el sexo, eso te puede pasar a ti —me dijo Lola.

—No os estoy juzgando, faltaría más, cada uno que ame o se acueste con quién le salga de las narices, pero me choca que con la pasión que tenéis con Chus —Lola ya le había contado esa noche la verdad—, ahora os lieis entre vosotras, parece más un acto de venganza que de pasión.

—Te cuento, amiga —me dijo Rebeca dejando claro que ella también lo era—. Comenzamos a jugar con Chus y nos dimos cuenta de que nos atraíamos más entre nosotras que con él.

—Espero que no sea cosa del alcohol y mañana os queráis morir.

—¿Morir por liarme con una preciosidad así?

—Qué bonito lo que me ha dicho —dijo Rebeca.

—Joder, me voy, Jorge se ha caído del balancín —resoplé agobiada y dirigiéndome hacia él, pero ya había llegado Chus y dos más y lo estaban sentando de nuevo.

—Te lo vas a tener que llevar —me dijo Chus.

—¿Yo? Sí hombre, este es vuestro problema. Yo me voy de aquí ahora mismo en el primer taxi que haya en la puerta.

—Me voy contigo, amor.

—Conmigo te vienes cuando me traigas firmados los papeles del divorcio —dije cogiendo mi bolsito y marchándome sin mirar atrás.

—¡Amor! —Lo escuché gritar con desesperación.

Sí que me daban ganas de habérmelo llevado conmigo, pero en la situación que estaba no me fiaba que cuando se le pasara me recriminara algo, además, que no, que todo era muy raro y a mí me daba muy mala espina.

Los del evento habían contratado toda la noche, hasta que no quedase ningún invitado, tres taxis que te llevaban gratuitamente. Me monté en uno y le dije la dirección de mi casa.

Solo tenía ganas de ducharme, acostarme y olvidarme de toda esta locura de día.

Capítulo 13



Miré la hora en el móvil y eran las cuatro de la tarde. Al menos había conseguido dormir unas horas. Tenía por lo menos treinta llamadas perdidas de Jorge, la última de hacía cinco horas y también había un par de mensajes de Lola.

La cabeza no paraba de retumbarme y fui a la cocina a prepararme un vaso de leche fría para tomar con una pastilla.

Contesté a Lola casi segura de que estaría durmiendo, ya lo leería cuando se levantara. Para mi sorpresa, me llegó un mensaje de mi padre preguntándome cómo estaba, le contesté que todo bien y que disfrutaran.

No dejaba de darle vueltas a lo que me había confesado de su propósito con esta boda. ¿Sería verdad cuándo me decía que se quería ir por el mundo conmigo y no con ella? Por un lado, no me creía nada y por otro, necesitaba creer que era cierto. Para mi desgracia, lo amaba demasiado.

Me quedé toda la tarde tirada en el sofá dándole vueltas a todo, hasta que me llegó la respuesta de Lola.

Lola: *No veas la «pechá» de llorar que se dio Jorge cuando te fuiste.*

Eliana: *¿Te acuerdas del resto de la noche?*

Mi pregunta era para hacer hincapié y saber en qué estado estaba después de haberse enrollado con Rebeca.

Lola: *Absolutamente de todo, eso le estaba diciendo a mi chica por mensajes.*

Eliana: *¿¡Tu chica!?*

Lola: *Estoy súper encantada con ella, sé que suena raro, pero me siento en una nube y ella por lo que me está escribiendo, está igual que yo.*

Eliana: *Si es así, me alegro mucho, aunque aún estoy digiriéndolo, para qué te voy a mentir.*

Lola: *Lo importante es que sé que me apoyarás.*

Eliana: *Por supuesto, el tiempo marcará vuestros destinos y a mí el que estés con una mujer como que ni me va ni me viene, a mí lo que me importa es que estés con una persona que te haga feliz.*

Lola: *Te quiero, preciosa. Por cierto, Jorge se fue muy mal.*

Eliana: *¿Se fue? ¿No durmió con ella?*

Lola: *No, no, se fue sin mirar atrás cuando vio que tú no regresabas. Chus iba con él.*

Eliana: *Tiene que estar buena la mujer, vamos, hoy no habrá Dios que le hable.*

Lola: *Ni idea, pero estoy loca por saber del chisme.*

Eliana: *Tengo más de treinta llamadas perdidas de Jorge, pero vamos, que no se las pienso devolver.*

Lola: *Si te vuelve a llamar se lo tendrás que coger, te recuerdo, que según lo que confesó él ayer, es ya tu jefe.*

Eliana: *Es domingo, no estoy en horario laboral, de todas maneras, pienso que él se marchó con ella de luna de miel y en estos momentos deben estar volando. Ayer estaba muy pasado de copas y por eso actuó así, pero hoy en frío estoy convencida de que ya actúa de otra manera.*

Lola: *Tú lo amas y él no te conoció hasta hace una semana, ya tenía organizados sus planes. No seas mala con él.*

Eliana: *Tú de verdad es que estás un poco tonta hoy. Y ayer, y ayer.*

Lola: *Y mañana seguramente, pero tú debes mirar por ti y estar en el lugar que te hace feliz.*

Eliana: *No me hace feliz mi familia cuanto menos ese que me conoce de hace dos días.*

Lola: *Bueno, estás muy sensible. ¿Quieres que pase por tu casa y nos cenamos unas «pizzas»? Yo invito.*

Eliana: *Aquí te espero.*

Lola: *Granuja, mira lo fácil que es hacerte feliz. Ahora cuando me duche tiro para tu casa.*

No sé si estaba flipando más con lo de Jorge o con lo de Lola y Rebeca, pero desde luego esta resaca no se me iba a olvidar en la vida.

Para mi sorpresa, una hora después apareció Lola con Rebeca.

—¡Sorpresa! —gritó en la puerta.

—Pues no sé por qué, yo hasta me imaginé que eras capaz de venir con ella —dije apartándome para que entraran mientras que le daba un beso a cada una.

—Espero que te alegre mi visita —dijo poniendo cara de puchero Rebeca.

—Por supuesto, ya sabes que aquí eres bien recibida.

—Porque yo te recibí con mucho cariño en la empresa. ¿A qué sí?

—Entre otras cosas. —Me reí porque no podía ser más dulce.

Pedimos las *pizzas* y en cuanto nos las trajeron, las pusimos sobre la mesa que había en el salón delante de los sofás. Las dejé sentadas juntas y yo me puse en el de al lado.

Me contaban lo de Jorge llorando mientras me llamaba y diciendo que se había marchado el amor de su vida. Ver para creer.

—Pues me muero por saber su paradero hoy —dijo con una risita pícara Rebeca.

—Mañana si os enteráis de algo en la empresa, ponedme al tanto de todo. —Hizo el gesto con sus manos de que le enviásemos mensajes.

—Con lo chismosa que eres seguro que nos estarás preguntando cada cinco minutos.

—Eliana, te hace falta un buen polvo.

—No le digas eso —la reprendió Rebeca mientras yo soltaba una carcajada.

—¿No la ves que está acostumbrada?

—Pero a ti no te hacía yo hablándole así.

—No la conoces —contesté—. En la calle es la más fina del mundo hablando y muy prudente, eso sí, siempre que no esté bebida. —Carraspeé—. Pero de puertas hacia dentro, es lo más burro del mundo. Luego me dice y reprende a mí. Ver para creer —negué riendo.

—Verás cuando les diga a mis padres que me he enamorado de una chica —dijo Rebeca en su mundo y cambiando radicalmente de tema.

—Tampoco hace falta decírselo ya —contestó Lola rascándose el cuello y haciendo el papel de nerviosa.

—Cuando una está segura de algo, lo está —le contestó haciéndome un guiño.

—Parece ser que Cupido estuvo disparando flechas a destajo. —Volteé los ojos.

El caso es que había que reconocer que todos deberíamos tener en nuestras vidas alguien que nos mirase como se miraban ellas. Se las veía tan cómplices y cómodas, que era como si se conocieran de toda la vida.

Estuvieron conmigo hasta las once, ya que al día siguiente las tres teníamos que trabajar y el deber era el deber.

Me saltó en Instagram con etiqueta incluida el vídeo en el que hacíamos el *trend* de *Son de Amores*. Acababa de colgarlo Lola, en cuanto llegó a su casa le faltó tiempo. Me reí a carcajadas al ver a todos y a mi lado un Jorge que no podía ni levantar los brazos, pero que lo hacía de lo más gracioso.

Una hora bastó para el que vídeo se viralizara y se filtrara quién era el novio y a la familia inversora que pertenecía. Eso sí, los comentarios eran para flipar, desde diciendo con ironía que la mejor que lo hacía era la novia, obviamente con ironía porque no salía en el vídeo, u otros comentarios de lo más graciosos. La verdad que había para todos los gustos.

Quería dormir para levantarme descansada, pero es que estaba enganchada a leer todo lo que comentaban, bien es cierto que más de uno me puso de mala hostia porque vaya mala baba tenían algunos seres en la tierra, se notaba la vida tan triste que debían de tener para comentar con tanto ensañamiento, pero ya se sabía, que así por desgracia eran las redes.

Lola y Rebeca escribían en el grupo comentando sobre ese tema. La verdad es que me tenía que reír con ellas porque hacían un tándem perfecto.

Me despedí para dejar ya el móvil sobre la mesita de noche y concentrarme en dormir, ya que las horas seguían corriendo y no era plan de ir como un zombi al trabajo.

Capítulo 14



Me levanté con unas enormes bolsas en los ojos que intenté disimular con una crema para el contorno y aplicándome un ligero maquillaje.

Estaba muy malhumorada y cansada, esa era la verdad. La boda de Jorge la aguanté desde media mañana hasta casi el amanecer y eso me había llevado a sentirme así en estos momentos.

Iba en el autobús con las gafas de sol puestas, ya que me molestaban esos primeros rayos del día. El camino se me hizo eterno, menos mal que llegó el momento de bajarme en mi parada y pude ver un poco la luz al final del túnel. Sentía que tenía más resaca que el día anterior.

—Buenos días, preciosidad —me dijo Rebeca con tan buena cara que parecía que no había estado de fiesta con nosotras.

—Hola, bonita.

—¿Qué te pasa?

—Que no puedo con mi cuerpo —resoplé dejando mi bolso en el armario de atrás.

—Viene por ahí —murmuró y me giré cuidadosamente.

—Buenos días, juerguistas —dijo en tono alto y simpático Jorge.

—Buenos días —contestamos al unísono y quedándonos a cuadros al comprobar que no se había ido de luna de miel.

—Ahora vendrá mi padre ya que quiere hablar conmigo. Tratadlo bien. —Nos hizo un guiño como diciendo que ahora era el jefe era él.

—Madre mía qué dos hostias tiene este —murmuró Rebeca cuando se cerraron las puertas del ascensor con Jorge dentro.

—Demasiado bien lo veo yo para haberse cargado una boda y una luna de miel.

—¿A que sí? Estoy alucinando, Eliana.

Llevaba media hora comiéndome la cabeza con la actitud de él cuando apareció su padre y nos saludó tan simpático como siempre, pero la realidad es que no podía disimular en su rostro el descontento que llevaba.

—En esta familia se ha liado parda, te lo digo yo —murmuré cuando lo perdimos de vista.

—Se masca la tragedia en el despacho.

—Y se va a terminar de mascar… —murmuró demasiado bajo por lo que entendí que algo pasaba.

En ese momento vi a Melissa que venía vestida al más puro estilo Chanel con sombrero incluido y toda de negro como si se hubiera muerto alguien. Parecía que iba a un funeral de ricos.

—Hola, chicas —dijo sonriendo de oreja a oreja como si nada pasara en su vida.

—¿Y vosotros no se supone que deberíais de estar de luna de miel? —le preguntó Rebeca haciéndose la extrañada.

—Salimos esta tarde.

—Ah, pensé que era ayer.

—No, no, la noche antes del enlace hicimos ese cambio para que él hoy por la mañana pudiera dejar cerrado un tema con su padre que se había quedado en el aire.

—Ah, sí, precisamente ahora están reunidos —dije yo sonriendo con la mayor de mis falsedades. Me estaba cagando en todo por dentro.

—Estoy loca por irme, qué ganas tengo de verme ya en la playita sin gente, con un bungaló sobre el mar y piscina privada —dijo apoyando sus codos en la recepción y su cara sobre sus manos.

—Suena muy romántico —le dijo Rebeca dándome con su pie por detrás del mostrador.

En ese momento apareció el padre de Jorge saliendo del ascensor y sonó a la vez el teléfono, era Jorge.

—No dejes entrar a nadie más hoy.

—Está aquí tu mujer —murmuré girándome.

—A esa menos, a esa, si puedes, la echas como a los perros.

—Pero…

—¡Qué ni la dejes subir!

—Vale, vale.

El padre le hizo un gesto a Melissa para que lo acompañara fuera y esta lo siguió. Algo no me cuadraba.

—Me ha dicho que no deje subir a su mujer y que la eche como a los perros si es necesario.

—¿No se iban esta tarde de luna de miel?

—Rebeca, ya no sé ni a quién creer, todo esto es una puta locura.

Ni cinco minutos habían pasado cuando volvió a entrar Melissa en las oficinas, con una cara bien distinta a la que tenía cuando entró la primera vez.

—Perdona, pero Jorge está ocupado —dije saliendo de la recepción al ver que se iba directa hacia el ascensor.

—A mí me vas a venir tú a decir cómo o no, está mi marido.

—¡Quieta! —le gritó Rebeca llegando también hasta ella. Nos miró de manera aniquilante.

—No me vais a detener, esto es de mi marido y si quiero os garantizo que las dos estáis de patitas en la calle.

—Lo siento, pero no se le puede molestar —dije después de contar hasta diez para no cogerla por los pelos y arrastrarla por todos lados.

—Ponedme un dedo encima para frenarme y duráis diez minutos con vuestro empleo. —Se metió en el ascensor y nos desafío con el dedo.

Corrí hacia la recepción para avisar por teléfono a Jorge de que ella había hecho caso omiso.

—Sí, ya está aquí —dijo antes de colgar.

—Verás la que se lía ahí arriba —decía Rebeca persignándose—. Le voy a mandar un mensaje a Lola que debe estar de lo más curiosa.

—Sí, tenemos un par de mensajes en el grupo, aún no los abrí.

No podía ni concentrarme en las llamadas, las citas, ni nada de nada y es que estaba de lo más inquieta sin saber qué estaba pasando ahí arriba.

Media hora después apareció Melissa y para nuestra sorpresa, de nuevo venía con una sonrisa de oreja a oreja, y luego decía mi madre que yo era bipolar, pues anda que si conociera a esta le daba un chungo.

—Desde luego que no hay nada mejor que una gran mujer para solucionar los problemas familiares —dijo ella como dándose el triunfo de haber arreglado algún tipo de trifulca entre él y el padre.

—Entonces que me quede claro —dijo Rebeca—. ¿Hay o no luna de miel?

—Por supuesto, tenemos que celebrar que aquí en mi barriguita —se la tocó poniéndome de lo más nerviosa—, está gestándose el que pasa a ser el heredero de la mitad de todo esto. No veas lo que se ha emocionado el papá al enterarse, ¿verdad bichito? —le preguntó a su propia barriga sin dejar de frotársela.

—¿Se lo acabas de decir ahora? —pregunté alucinando.

—Sí, es que he ido esta mañana a la clínica a hacerme la prueba y le he dado la gran sorpresa de su vida. Si no hubiera salido positivo ni se lo hubiera contado, pero algo me decía que sí, que aquí ya estaba formándose el fruto de nuestro amor. Bueno me voy, que tengo que preparar algunas cosillas antes de que nos vayamos hacia el aeropuerto. —Se despidió tirándonos besos al aire.

—Hay que joderse, qué poquito le ha durado la felicidad a este hombre —dijo Rebeca y yo era incapaz de hablar, me había quedado de lo más loca.

Rebeca ya estaba al tanto de lo mío con Jorge, ya que se lo contamos la noche anterior mientras cenábamos en mi casa.

—Ya te digo, de pensarse que era el único heredero, a tener que compartirlo con un hijo, que hasta ahí es algo normal, pero inesperado y con la persona que se supone que no amas y que también jugó contigo, o sea, la gran obra maestra ha sido de esta tía. Le ha metido el gol de su vida —dije a punto de derrumbarme y ponerme a llorar—. Ahora sí que se terminó de joder su vida y lo peor de esto es que los veo vivir juntos por interés.

—No te pongas triste, no te mereces pasarlo mal por alguien a quien su egoísmo lo llevó a esto.

Pasé una mañana que para mí se queda. No había nada más triste que no entender nada y, para colmo, media hora antes de que saliésemos, apareció él diciéndonos que cualquier tema le escribiésemos al WhatsApp. Ni siquiera se paró, lo que estaba claro por ese comentario y no dejaba lugar a ninguna duda, es que se iba con ella de luna de miel.

—Ya se le pasó toda la llorera que tuvo por mí en su boda —dije recriminando la frialdad con la que ahora era capaz de irse sin decirme lo más mínimo ni explicarme nada, pero, al fin y al cabo, yo no tenía derecho a exigirle nada.

—No lo reconozco…

—Para mí, desde este momento, como hombre está muerto —dije prometiéndome a mí misma que lo iba a sacar de mi cabeza y corazón, me costara lo que me costase.

Terminé mi jornada laboral y me marché directa a mi casa. Tenía la cabeza a presión y lo único que quería era echarme y abrazarme a mi almohada.

Capítulo 15



Cuatro días habían pasado desde que Jorge se marchó de la empresa y se fue de luna de miel con Melissa. Los cuatros peores días de mi vida. Hacía muchísimo que no había llorado tanto. Y en estos días solo tuvimos un correo de él preguntándonos si había novedades, correo que respondió Rebeca, ya que yo era incapaz de responder sin ponerme a llorar. Lo estaba pasando francamente mal y comía poquísimo.

Era viernes y acababa de salir de la empresa, por suerte no se trabajaba hasta el lunes ya que, por orden de Jorge hasta septiembre no se abría ni un sábado más.

Mi familia regresaba el lunes, ya que me lo había dicho mi padre por mensaje. Dato curioso es que no había día que no me preguntase que como estaba, no sé, era como que lo veía un poco distinto y como intentando de algún modo un poco de acercamiento. Al menos esa impresión me daba a mí, pero estaba tan sensible que seguramente eran cosas mías. En el fondo amaba a mi familia a pesar de haberme sentido durante muchos años defraudada por ellos.

Estaba sentándome a comer justo cuando me entró un mensaje del grupo y era Lola proponiendo irnos de camping hasta el domingo ya que ella estaba de vacaciones toda la semana.

Después de discutirlo me hicieron entrar en razón y es que, aunque estuviera donde estuviese lo iba a pasar mal, pero mejor iba a estar allí con

ellas dándome el aire que aquí encerrada entre las cuatro paredes.

Después de comer me duché y preparé la bolsa para los tres días. Fui rápida porque allí era estar cómoda todo el tiempo y con el bañador puesto.

Tuvimos la suerte de que hubo una cancelación de última hora y pudimos coger una cabaña en vez de montar tienda y así podríamos estar más cómodas. Motivo por el que celebramos con la primera ronda de cubatas la suerte que habíamos tenido porque esto en verano y aquí, era imposible de conseguir.

En la terracita de la cabaña había una mesa con cuatro sillas en las que nos acomodamos después de hacer una compra en el súper de comida y dejarla colocada toda en la nevera y muebles.

—Me quedo muerta —dijo Rebeca mirando su móvil—, Melissa subió un *book* de fotos a Instagram y él sale rodeándole desde atrás y con sus manos en la barriguita.

—¿Es coña? —le pregunté porque no me hacía ni puta gracia y giró su móvil hacia mí. Se me removieron todas las entrañas.

—A él se le ve súper fingido —dijo Lola negando y con cara de asco.

—Y a mí me están dando ganas de vomitar. No puedo con esto, os juro que no puedo. —Rompí a llorar con toda la tristeza del mundo.

—No te pongas así cariño, él fue el que perdió —decía Rebeca agarrando mi mano y acariciándola por encima de la mesa.

—Os juro que, porque me hace muchísima falta ese trabajo, de lo contrario no regresaba más por allí en mi vida.

—No me puedes dejar solita —me contestó Rebeca sin dejar de acariciar mi mano.

—Se va a arrepentir de todas las lágrimas te está haciendo derramar —dijo con tristeza Lola.

—¿Qué se va a arrepentir? Ese solo quiere el dinero, la empresa, pero mira el karma, le dio un hijo con la persona que utilizó, por mucho que él diga que ella estuvo con otros, él la utilizó —dije levantándome y cogiendo una bocanada de aire que luego solté con fuerza.

Cogí mi móvil y me puse a mirar el *book* de fotos que había subido Melissa en carrusel y sí, reconozco que había que ser masoquista para saber que me iban a hacer mucho daño y, aun así, querer terminar de verlas.

Obviamente a él se le veía muy fingido y nada natural, sin embargo, a ella se la notaba en su salsa, era lo que quería, estar en una posición cómoda y vivir como una reina a costa del imperio de la familia de Jorge, aunque ella venía de una familia muy acomodada no lo era tanto como la de su ahora marido.

Me dolía ver cada una de las imágenes, pero no dejaba de hacerlo. Lola me quitó el móvil y ambas se sentaron junto a mí, poniéndose una a cada lado. Mirábamos al mar.

—Por nosotras y porque pronto vuelva a salir el sol para mí —dije levantando mi copa y entre lágrimas.

—Por supuesto, cariño —dijo Rebeca y ambas chocaron las copas a la vez que me daban un beso cada una en una de mis mejillas.

—¡Lola y Eliana! —gritó una voz que pasaba por delante de nuestra cabaña.

—¡Hostias, Valentino! —exclamé bajando las tres escaleritas de la terraza y lanzándome a sus brazos. Lo mismo que Lola.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó riendo.

—Una que no tiene dinero para irse al Caribe y tiene que tirar de estas cositas —dije riendo y feliz por reencontrarme con él.

—Esto es mejor que el Caribe y mira la playa que tenemos. —Señaló hacia ella.

Lola le presentó a Rebeca y lo invitamos a un cubata. Valentino, que era monitor de surf, tenía su escuela en el camping que era de su primo. En verano, como es normal, tenía mucho trabajo, por eso contaba con mucha gente contratada, ya que los cursos se llenaban por completo de la gente del pueblo y los que venían de acampada. Muchos de ellos se alojaban en el camping durante gran parte del verano solo para asistir a los cursos que él impartía.

Hacía más de dos años que no me lo encontraba, la última vez fue precisamente por esta época y en la feria donde había conocido a Jorge.

Valentino era el típico surfista rubio con el cuerpo completamente bronceado y marcado, sin un ápice de grasa. La verdad es que tenía un físico espectacular y las féminas siempre se lo habían rifado.

Estuvo varios años en una relación con una chica a la que yo no conocía porque en aquella época había dejado de salir con la pandilla y por lo que nos estaba contando, era un encanto, pero decidieron poner punto final a la relación unos meses atrás porque a pesar de que se querían mucho, tenían diferentes conceptos de vida. Ella no quería pasarse los veranos en el camping y él no quería renunciar a su sueño, es más, ya se había quedado instalado todo el año aquí y tenía su propia autocaravana en la que vivía en una de las parcelas.

Su ex, se quedó con el piso que ambos compraron en la ciudad, pagándole a él la mitad del importe. Habían terminado de muy buen rollo. Ella trabajaba de administrativa en una empresa. Según le habían dicho a Valentino, ella ya había comenzado una relación con un compañero suyo, pero como él bien decía, se merecía ser feliz porque era una tía estupenda y solo podía tener palabras bonitas hacia ella.

Con Valentino habíamos coincidido cuando éramos más jóvenes y estábamos en la misma pandilla. Él era unos cinco años mayor que nosotras, pero es que en aquellos entonces, Lola y yo, éramos las más jovencitas del grupo.

La verdad que reencontrarlo me había animado un montón en estos momentos en los que estaba tirada por los suelos. Hablar con él de otros temas me sacó un poco del estado en el que estaba.

Valentino me lo notó, pero solo le comenté que tenía un poco de mal de amores de los que prefería no hablar. Lo que sí, aunque intentó aparentar normalidad, le chocó mucho descubrir que Rebeca y Lola estaban liadas, obviamente no dijo nada malo, todo lo contrario, lo tomó con naturalidad, pero claro, como la conocía, pues le chocaba y eso se notaba.

Después de tomarnos el cubata, lo acompañé a la playa a recoger una cosa que se había dejado en el puesto del club. La noche estaba preciosa y el ambiente increíble, ya que había dos chiringuitos animando a los campistas.

—¿Pedimos dos copas y las tomamos en la orilla?

—Vale, pero voy a por dinero que lo dejé en la cabaña —le dije.

—No, no, aquí no pagas. —Me hizo un guiño y un gesto para que lo acompañara a la barra a pedirlas.

—Eso no vale —protesté riendo.

—Hace unos años, Lola y tú os pasabais el tiempo gorroneándonos y ahora no quieres. —Se rio.

—Éramos más pequeñas y nos daban un presupuesto justo. —Carraspeé causándole una risilla.

Cogimos las copas y nos fuimos hasta la orilla para sentarnos muy cerca de ella. Había luna llena y se reflejaba en el mar, causando un efecto visual de lo

más bonito. Aunque no quería pensar en Jorge no podía dejar de hacerlo, menos mal que Valentino tenía muchos temas de conversación y no dejaba de hablar, por lo que me iba sacando de esos pensamientos.

Regresamos un rato después a la cabaña donde las chicas habían preparado unos perritos calientes con patatas chips que habían picado muy pequeñitas y que le daba un puntito muy bueno. Valentino se quedó con nosotras a cenar y luego nos tomamos otro cubata.

Eran sobre las doce de la noche cuando se marchó quedando en que nos veríamos al día siguiente.

Me despedí de las chicas y me fui a dormir ya que estaba un tanto casada del día y de todo. Necesitaba intentar relajar la mente.

Capítulo 16



No eran ni las siete de la mañana cuando me preparé un café y salí a la terraza a tomarlo desde la calma más absoluta, aunque ya se podían ver a muchos campistas comenzando su mañana.

Miraba hacia el mar, por muy increíble que pareciese era el elemento que más calma podía traer a mi vida. Me daba mucha paz dentro de la guerra interior que había en mí.

El sonido de las olas se podía escuchar en el silencio de una mañana que poco a poco iba cobrando vida, pero no se sentía el revuelo que llegaría conforme avanzaran las horas.

—Buenos días, joyita. —Escuché la voz de Valentino y me giré desde la silla.

—¡Hola! —dije feliz porque la verdad que verlo era motivo para ello y es que desde siempre le había tenido un cariño muy grande.

—¿Me invitas a un café?

—Ahora mismo. —Sonreí y entré en la cocina mientras él se acomodaba en la terraza. No tardé nada.

Aproveché para hacerme otro porque el mío me lo había bebido en dos sorbos, ya que me lo hacía espresso.

—¿Y qué tal has dormido?

—Mejor de lo que esperaba. —Me senté—. La verdad es que este lugar da una paz impresionante.

—Esto es otro aire, es otro nivel de vida que te lleva a ser mejor persona y no necesitar mucho para ser feliz.

—Jo, la verdad, es que acabas de decir una verdad como un templo, ya que esto te hace vivir realmente libre.

—A mí que me quiten todo en la vida, menos la playa.

—Eres del mar. —Sonreí.

—Y tú, lo que pasa que, a otro nivel, pero te garantizo que los que vivimos rodeados de agua, no podemos vivir sin ella.

—Sí, a mí me costaría mucho vivir en un lugar sin playas, eso es verdad —murmuré convencida.

—A mí estar aquí me llena el alma y reconozco que dejarla ir a ella por no hacer una vida en la ciudad, me costó mucho, pero con el tiempo me he dado cuenta de que mi felicidad estaba aquí y que tomé la mejor decisión.

—Qué bonito y duro a la vez. Imagino que la echarás mucho de menos.

—Bueno, la eché muchísimo los primeros meses, pero, poco a poco, es verdad que la voy recordando con una sonrisa y no con esa tristeza que dolía tanto al principio. Ya vivo. —Sonreía.

—Eso espero yo, volver a vivir, pero me da a mí que me espera una época un tanto oscura y difícil.

—Ayer no te quise preguntar, pero sabes que si necesitas desahogarte aquí estoy.

—Lo sé, Valentino, pero duele tanto el simple hecho de verbalizarlo que ahora mismo se me hace un mundo, está todo muy reciente.

—Te propongo un plan.

—Sorpréndeme —le dije sonriendo.

—¿Quieres que te enseñe la cala más bonita donde son pocos los que pueden acceder?

—Pero tienes que trabajar. —Arqueé la ceja.

—Está todo controlado, los monitores estarán todo el día impartiendo las clases, yo solo estoy para revisar que todo está en orden o para solucionar algún problemilla. Tengo gente en el puesto para atender.

—Pues sorpréndeme. —Me reí.

—Te doy media hora para que te cambies y hagas lo que tengas que hacer. Voy a dejarles a los chicos las indicaciones y abrirles el club.

—Vale.

Lola apareció justo cuando Valentino se había marchado. Le conté el plan y se puso muy contenta. Rebeca aún dormía, así que me tomé un café con ella antes de prepararme para irme a esa cala.

Cuando salí a la terraza ya estaba Valentino esperándome con un *quad*. Me quedé muy sorprendida, era de cuatro plazas. Me senté delante junto a él y vi

que atrás tenía una cesta y una mochila.

—No me esperaba que fuésemos a ir en este medio.

—Vamos, valiente, no te quejes —dijo Lola.

—No se te va una —le contesté mientras me montaba.

Salimos del camping sin dejar la costa y pasando por terrenos arenosos a los que no podían acceder la mayoría de los vehículos, con lo cual ir a esa cala no era fácil precisamente y de ahí a que no fuera muy transitada.

Tardamos como media hora en llegar, pero mereció la pena solo por las vistas que se podían apreciar desde el acantilado. Cuando miré hacia abajo comprobé que no había nadie.

Bajamos por una cuesta que estaba relativamente bien, pero ojo, no te podías distraer o te metías un resbalón bien rápido.

Valentino llevaba la mochila, la cesta y una bandolera de nevera, no me dejaba ayudarlo y le daba igual lo que dijera, solo me recalcaba que no resbalara.

La arena de la cala era preciosa, fina y blanca, como el mar, en tono cristalino que realzaba la belleza de este lugar.

Sacó una toalla gigante donde colocó a un lado las cosas. Me sorprendió cuando sacó un táper con pimientos fritos, otro con una tortilla, otro con filetitos empanados y una neverita con latas de refresco y cervezas. Tampoco faltó una latita de olivas, un paquete de patatas, sobres de kétchup y mayonesa, además de dos barras de pan.

—¿Pero de dónde cojones has sacado todo esto? —pregunté alucinada.

—Cuando te dejé fui al bar del camping y lo encargué todo. Fui a abrirle a los chicos el club y regresé a recoger el pedido. De paso entré al

supermercado y pillé la bebida, patatas y olivas.

—Joder, y todo en un visto y no visto.

—También he traído café. —Sacó un termo y me eché a reír.

—Son las nueve de la mañana y ya me siento completamente llena. He visto tanta comida que es como si me la hubiera comido. —Me reí—. Por cierto, con todo esto podemos pasar el día entero.

—Estaba dentro de mis planes. —Carraspeó—. También me viene bien tomar un día de descanso, aunque reconozco que vivo en unas eternas vacaciones con mi trabajo.

—Ya te digo.

—Y me encantó encontrarme con la sorpresa de veros aquí.

—Y más te sorprendió ver a Lola con una… —Nos echamos a reír.

—Muchísimo, pero por ser ella. Si veo a otra persona que conozca quizás no me sorprenda tanto, pero Lola que siempre decía que le gustaba más un hombre que cualquier cosa, pues como que me choca.

—Sí, sí, y lo peor de todo es que se conocen de apenas hace una semana, bueno una semana justo. —Carraspeé.

—¿En serio?

—Sí, y todo fue porque… —comencé a contarle toda la historia, desde la entrevista, la feria con Jorge y Chus, y todo lo sucedido hasta el día de hoy. Si algo tenía claro, es que en Valentino podía confiar.

—Qué fuerte, pero lo tuyo me lo parece más que lo de ella. Vaya marrón se encontró tu jefe con la noticia de que iba a ser padre. Se le cortaron todos los

planes rápido.

—Sí, a él se le cortaron los planes y a mí me dejó jodida la vida y sin saber quién era realmente Jorge, es como si ahora fuese un completo desconocido, tengo sensaciones demasiadas raras —confesé con lágrimas en los ojos y él me abrazó de lado besando mi sien.

—El corazón es muy jodido, Eliana, pero estoy seguro de que en menos de lo que imaginas lo vas a superar.

—Ojalá.

—No permitas que juegue contigo.

—No, no, eso lo tengo claro.

—Hiciste muy bien de no llevártelo de la boda.

—Sí, aunque reconozco que me costó dejarlo atrás.

—Te mereces un hombre al cien por cien, no a ratos. —Acariciaba mi hombro.

—Me va a matar el verlo cada día, pero imagino que será la mejor forma de enfrentarme al corazón, pero necesito ese trabajo, como ya te dije mi prioridad es independizarme. No tengo ni un puto coche de segunda mano. No tengo nada.

—No lo digas así mujer, que afortunada eres, aunque no lo creas.

—Ya, ya, sé a lo que te refieres, pero tú me entiendes.

—Por supuesto. Estás en un duelo, pero tienes que salir y volver a ser la Eliana energética y segura que siempre fuiste. —Volvió a besar mi sien.

—Por cierto, hueles muy bien.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —bromeó causándome una carcajada.

—No, joder, pero te has echado una fragancia muy fresca y rica.

—Ahora me estás diciendo que te dan ganas de comerme. Eliana, ¿qué te pasa? —Comenzó a meter sus dedos en mis costillas para causarme cosquillas.

—Para, por Dios, que me da. —Le intentaba dar patatas que él esquivaba con mucha facilidad mientras se reía de escuchar mis carcajadas.

Tardé en recuperar el aire una vez que paró y se puso a echar dos cafés.

—Ya no te pienso decir nada referente a ti —le advertí riendo cuando cogí el vaso de café.

—Es que has sido muy directa, has pasado de estar llorando a tirarme los tejos.

—Mentira, solo fui amable. —No podía dejar de reírme.

—Te estás riendo en mi cara. —Carraspeó poniendo caritas que, por cierto, para eso era el número uno. Me hizo un guiño.

Después de las risas y el café, nos metimos en el agua que estaba un tanto fría, pero apetecía un montón. Eso era lo peor, entrar, pero luego el cuerpo se adaptaba a la temperatura y se sentía mucho mejor.

Me subí de pie a sus hombros y me tiré varias veces. Valentino no se cansaba y hasta me invitó a subirme a sus manos aguantando el equilibrio y me lanzó. La verdad es que era un tipo muy atlético y tenía una buena forma física.

Estuvimos cerca de una hora en el agua, pero es que no había ni un alma, solo nosotros dos en un entorno inigualable. Esto no estaba pagado.

Nos tumbamos en las toallas ya que el sol aún no estaba muy fuerte y se podía disfrutar de esos rayos antes de resguardarnos en la sombra cuando el calor comenzase a arrasar.

Durante la mañana nos dimos varios baños y luego nos pusimos a la sombra que había a un lado del acantilado y nos sentamos allí a comer.

—Todo está riquísimo.

—Eso es que estás muerta de hambre de los baños que te has metido durante toda la mañana.

—Sí, es verdad, el mar da hambre, siempre lo decía mi madre.

Después de comer nos tumbamos un rato y nos quedamos dormidos. Tan a gusto estábamos que abrimos los ojos a las seis y media de la tarde, momento en que echó un par de cafés antes de darnos un bañito.

Valentino tenía un perfil muy bonito en Instagram, muy cuidado en detalles e imágenes, así que fue para mí muy entrañable que subiera una foto que nos habíamos hecho y que había quedado preciosa, donde se nos veía a nosotros solos en la cala. Quedó de lo más paradisiaca. Acompañó la imagen con un texto que decía: «El paraíso con grandes amigas, es más paraíso». Me etiquetó como colaboradora y apareció también en mi perfil.

Yo no solía subir publicaciones, tenía seis fotos y un par de frases de reflexión y poco más, pero esta foto me gustaba y era especial ya que Valentino lo era para mí desde hacía muchos años.

Pasamos toda la tarde en la playa y regresamos a las nueve de la noche. Había hablado con las niñas y quedamos en ir a cenar a la parcela de Valentino, que iba a hacer una barbacoa, así que le dije que las veía allí.

Lo acompañé al supermercado donde compró la carne y las bebidas. No me dejó pagar ni un céntimo y eso me hizo ponerle mala cara, pero a él le daba igual.

Capítulo 17



Me sorprendió gratamente la autocaravana de Valentino. Primero, porque no esperaba que fuera tan nueva, para mí que aún tenía la antigua. Y segundo, porque le había hecho un porche al lado de la puerta que lo tenía decorado de lo más confortable. Tenía una parcela privada dentro del camping y era bastante grande. Las chicas también se quedaron prendadas.

Realmente por dentro tenía de todo y no le faltaba detalle, para él solo debía ser una gozada y más con lo que le gustaba este tipo de vida. Estaba todo tan reluciente que se notaba lo limpio y ordenado que era.

Encendió la barbacoa portátil y sirvió unas cervezas bien frescas que acabábamos de comprar en el súper.

—A un lugar así me venía yo a vivir con los ojos cerrados —murmuró Lola.

—Y yo —contesté riendo.

—Pues si os venís, contad conmigo —dijo Rebeca con su dulce sonrisa.

—Os veo muy animadas, ¿pero seguro que aguantaríais aquí con lo urbanitas que sois?

—Con tal de salir de mi casa, yo aguanto hasta ir de acampada con una tribu indígena.

—Si estás mal con tu familia e incómoda en tu trabajo, te podría proponer venirte a vivir a una cabaña y trabajar aquí. Te puedo dar empleo.

—No me tientes mucho que capaz soy de no ir a mi casa ni a por mis cosas —dije provocando en todos una carcajada—. Lo malo que en invierno aquí tiene que haber poco trabajo.

—Te equivocas, tengo los fines de semana repletos con los niños del pueblo y, además, con los que vienen al camping a pasar los fines de semana que siempre está abarrotado de gente sea la época que sea ya que los padres aprovechan para estar relajados tomando cervecitas y los niños en actividades todo el día, por no hablar de la de parejas y grupos de amigos que vienen. Es cierto que en verano contrato apoyo porque la cosa se nos va de las manos, pero gracias a Dios siempre hay trabajo.

—Si me das alojamiento en una cabaña y ochocientos euros al mes, firmo ahora mismo ocho horas diarias de lunes a domingo, incluidas las Navidades —dije a carcajadas.

—Tú aprovecha que has encontrado un buen trabajo, esto déjalo para una emergencia —me dijo Lola a modo protesta.

—Estoy bromeando, no quiero perder el trabajo, así me puedan los sentimientos tengo claro que de allí no me pienso mover.

—Muy bien dicho —dijo Rebeca aplaudiendo emocionada.

—Bueno, pero puedes venir algún que otro fin de semana a verme.

—Qué mono —decía Rebeca que era muy sensible.

—Vendré, amigo, vendré, te lo advierto desde ya. —Le señalé con el dedo.

—Espero que cumplas tu amenaza. —Me hizo un guiño.

Los churrascos estaban adquiriendo un aspecto de lo más delicioso, a mí se me estaba haciendo la boca agua y estaba deseosa de hincarles el diente.

—Tienes carita de cansada —me dijo echando el brazo por encima de mi hombro y aproveché para darle un beso en la mejilla y abrazarme a él.

—Dame cariño que estoy falta. —Reí entre sus brazos.

—Me has recordado a cuando tenías unos veinte años y te tomabas unas cervezas y te daba por abrazarnos a todos.

—Sí, aún lo sigo haciendo de vez en cuando. —Me reí.

—Si es que eres muy bonita. —Me decía abrazándome muy fuerte.

—Como no terminéis rápido con el abrazo, acabáis enganchados —dijo Lola causándonos una carcajada.

—Te crees que todos somos como tú.

—¿Y cómo es? —me preguntó Rebeca con la sonrisilla.

—Como si tú ya no lo supieras —negué mientras Valentino acariciaba mi espalda con una sonrisilla de escucharnos.

Colocó la bandeja con la carne en la mesa y nos sentamos a disfrutar de una noche que estaba de lo más perfecta.

—Valentino, si queremos tener un hijo, ¿tú nos donarías el esperma? —le preguntó Lola con todo su arte y bromeando, dado que con él podíamos ser nosotras.

—Claro que sí, pero pondría una condición.

—¿Cuál? —pregunté yo curiosa causando la risa en los tres.

—Les pondría de condición que, si se separan, la custodia me la quedo yo. No quiero ver a una criaturita mía por el mundo entre medio de una guerra de dos mujeres. —Puso cara de terror y nos tuvimos que echar a reír.

—¿Y si no nos separamos nos pasas una pensión? —preguntó Rebeca haciendo un gesto inclinado de cabeza.

—Sí hombre, encima que os hago el favor me va a costar a mí el dinero. Así no participo. A ti sí te lo presto que no tienes a nadie con quién pelearte —me dijo dándome un toque en la nariz con su dedo.

—Eso suena a que no me quiere ni Dios.

—Eso mismo —dijo Lola calentando el asunto y Valentino la miró a modo regañina aguantando la risa.

—Hombre, que a Eliana la queremos mucha gente, incluida tú —me defendió.

—Hasta yo la quiero —dijo Rebeca con una cara de dulzura que no podía con ella.

Era increíble la paz que daba el lugar, incluso oyendo a los campistas se podía escuchar el mar y la naturaleza. Hasta la brisa era diferente.

Nos reímos durante la cena muchísimo mientras recordábamos anécdotas de años atrás cuando salíamos en pandilla.

Valentino me dijo que me quedara con él esa noche y tuviera la experiencia de dormir en la autocaravana, cosa que me pareció de lo más tentador y no pude negarme a ello. Las chicas se marcharon pues estaban que se caían de sueño, ya que habían pasado todo el día de cervecitas y playa.

Terminamos echándonos unas copas de ginebra con tónica y seguimos charlando, dado que la noche estaba para aprovecharla.

Me quedé por unos momentos pensativa mirando al horizonte y pensando en Jorge.

—Deja de pesar en él —me irrumpió acariciando mi mejilla.

—Tengo mucha rabia dentro de mí. Es que no entiendo qué pintaba yo en esa ecuación y por qué parecía interesarse por mí cuando él lo único que quería era su empresa, y ahí yo no pintaba nada.

—Está claro que le gustaste, pero no sabe ni qué hacer con su vida. No te mereces pasarlo mal por alguien que no te va a dar la tranquilidad y felicidad que necesitas. Él está viviendo a otro nivel y no lo digo por el poder adquisitivo, sino por su forma de ver la vida. El casarse para apropiarse de una empresa de la cual estaba beneficiándose y que tarde o temprano sería de él, porque si no se casaba, pasaría a heredarla en un futuro, no sé, lo veo todo muy frío y calculador.

—Pues con lo del embarazo el karma le dio bien duro —negué agobiada.

—Creo que ella fue mucho más lista que él y sabía que no se casaba enamorado ni mucho menos.

—Sí, yo también lo pienso.

—La faena es que es tu jefe y te lo vas a comer día sí y día también.

—Sí, es una putada y bien grande, pero para mí conseguir ese trabajo fue la lotería que yo esperaba, además, la parte positiva es que no me lo dieron por él ya que no nos conocíamos en el momento que me contrataron, de lo contrario me sentiría de prestada y encima tendría que estar agradecida. Me da terror a que me eche, pero bueno, espero que no o va a conocer a la fiera que habita dentro de mí. —Nos reímos—. Ya te digo que después de que salió su boda en las noticias, me pagarían un huevo por sentarme en un plató

de televisión y si él me jode con el trabajo, yo no me lo pienso y menos sabiendo lo que me podrían pagar de golpe.

—Tú no serías capaz de hacer eso.

—Si juega con mi estabilidad económica, soy capaz de hacerlo, créeme. Otra cosa es que me eche porque me lo merezca, pero a pesar de todo yo soy muy meticulosa con el trabajo y me estoy dejando la vida en demostrar que estoy capacitada para el puesto.

—Deja de darle vueltas a todo. —Me acariciaba la mano.

—Es que lo echo mucho de menos. —Puse cara de tristeza.

—Te entiendo muchísimo, por eso me duele verte así, pero créeme que el tiempo lo cura todo y lo que hoy duele, mañana dejará de hacerlo.

—¿Mañana de mañana? —pregunté bromeando y poniendo cara de frustración.

—Mañana de un futuro, todo está en cómo enfoques tu día a día. —Besó mi sien.

—Ya te lo digo yo, mal, muy mal. —Me reí con tristeza.

Recogimos lo poco que quedaba en la mesa y nos fuimos hacia dentro a dormir en su cama de matrimonio. Con Valentino tenía la suficiente confianza como para no tener problema con ello, es más, fue meterme en la cama y le puse el pie por encima de su pierna, haciéndole el sándwich, mientras lo rodeaba con mi brazo por la cintura y ahuecaba mi nuca en el suyo para que me abrazara.

Cerré los ojos y me centré en escuchar el ruido del mar que era impresionante la paz que traía.

Capítulo 18



Desperté sintiendo varios besos en mi frente y recordé que estaba junto a Valentino. Abrí los ojos y sonreí.

—Ahora solo falta que me invites a un café y te garantizo que te hago la ola. —Me reí abrazándolo.

—¿Solo la ola? —Me miraba arqueando la ceja.

—No, si quieres por un café te hago un estriptis. —Me reí.

—Pues mira, no estaría mal. —Me volvió a besar y se levantó—. Ahora mismo te preparo el desayuno más rico que hayas comido jamás.

—Capaz eres.

—Ya lo verás.

Las chicas vendrían en un rato ya que la cabaña la teníamos que dejar a las diez de la mañana y quedamos en pasar el día en el camping quedándonos en la parcela de Valentino. Les puse un mensaje ya que este me había dicho que las avisara para que no tardasen y pudiesen desayunar con nosotros.

Preparó huevos fritos, una salsa de guacamole, tostadas, jamón de pavo y unos cruasanes de chocolate de bolsa. La verdad es que no faltó detalle,

además puso unos zumos de piña y, como no, café.

Las chicas llegaron en el coche con todas las maletas cargadas, incluida la mía, y al bajarse se quedaron alucinadas viendo el desayuno que nos había preparado.

—Ni en los hoteles de cinco estrellas lo preparan así —dijo Rebeca frotándose las manos—. Gracias, Valentino, te declaro mi nuevo mejor amigo. —Nos causó una carcajada, tenía mucho arte.

—Pues a disfrutarlo que está preparado con mucho cariño.

—Todo lo haces con mucho cariño, Valentino, eres una gran persona.

—Todos somos buenas personas hasta que se demuestre lo contrario —dijo Lola.

—Pues sí, así es, amiga —le contestó él.

—Joder, no veas el post que acaba de poner el marqués —dijo Rebeca, y por su tono supe que era a Jorge al que se refería. Un tanto nerviosa cogí mi móvil de manera precipitada para verlo por mí misma.

Era una foto de postal, claramente estaba hecha por un profesional. Se veía a los dos en el borde de una piscina infinita en la terraza de su cabaña sobre el mar. La luna iluminando de manera perfecta la noche, mientras ella estaba de pie con sus manos haciendo como que la cogía, en una técnica de lo más precisa, y él, de rodillas, la abrazaba por la cintura y le besaba la tripita. La foto la había subido él y puesto de colaboradora a Melissa, además la acompañó con unas palabras que decían que ahí estaba el fruto de su gran amor.

—Yo me cago en su puta madre —dijo Lola negando e incrédula.

—Tampoco tiene ella la culpa de nada —le reprochó Rebeca.

—Es un decir, no quiero ofender a nadie más que a él, que es una rata de persona.

—Lola, para ya —le dije con un nudo en la garganta.

—Bueno chicas, sabéis cómo es ese hombre, no os tiene que asombrar nada que os vayáis encontrando, más que nada porque a él le gusta fingir, así que lo seguirá haciendo —dijo Valentino—. ¿Qué tal si nos vamos a la cala solitaria a darnos los cuatro un bañito?

—Buenísima propuesta. ¡Quiero! —dijo Lola viniéndose arriba.

—Por mí está genial —murmuré sonriendo a pesar de solo tener ganas de llorar.

—Sí, sí, así me hago unas fotos chulas para subir a las redes —decía Rebeca tocando las palmas, emocionada.

Recogimos todo y me cambié. Nos fuimos en el *quad* pasando antes por el bar y el súper, para aprovisionarnos de comida y poder pasar allí unas horitas.

En esta ocasión nos atrincheramos y conseguimos pagar nosotras, más que nada porque le tendimos una trampa para despistarlo.

Las chicas se quedaron locas con la cala y montamos allí un chiringuito tremendo en una sombrita que daba en un lado del acantilado.

De nuevo no había nadie, llegar hasta allí andando era duro y no entraban todo tipo de vehículos que no estuvieran preparados para ese tipo de terreno.

Estuvimos en el agua un buen rato y luego nos pusimos a jugar a las raquetas que había traído Lola. Quién iba perdiendo se iba quitando e íbamos rotando. Luego nos dimos otro baño antes de comer.

Esta vez los cuatro nos quedamos dormidos en una siesta a la sombrita y escuchando el silencio humano dando paso al que producía la naturaleza.

Regresamos a la autocaravana y nos despedimos de Valentino. Le prometí que iba a regresar en breve a pasar un fin de semana con él y nos fundimos en un abrazo.

Las chicas me dejaron en mi casa primero y luego se marcharon. La verdad es que agradecía no haberme quedado encerrada y así haber disfrutado de un fin de semana de lo más ameno, cosa que también había que agradecer a Valentino, que, como siempre, allí había estado para sus amigos.

Me di una ducha antes de prepararme un tazón de frutas que corté para cenar en el salón. La verdad es que estaba llenísima por la panzada de comer que me había dado en el camping, motivo por el que ahora me apetecía suavizar con algo ligero y fresquito.

No podía quitarme de la cabeza la imagen de Jorge con su mujer, encima publicada desde su perfil, cosa que con lo meticuloso que era me parecía de lo más sorprendente, como todo lo que le rodeaba y que nunca te lo veías venir.

Mi padre me escribió diciendo que ya estaban en el aeropuerto y que cogerían el vuelo en breve. Por la mañana estarían en la casa.

Le contesté que tuvieran un feliz regreso y por primera vez en la vida me puso un emoticono de una carita lanzando el beso con el corazón. Estaba tan sensible que comencé a llorar y le puse un montón de besitos al que le dio un corazón.

Justo en ese momento me llegó un mensaje que me sacó una sonrisa.

Valentino: *¿Qué tal está mi amiga más simpática? Ya se te echa de menos.*

Eliana: *Yo también te echo de menos y, sobre todo, el estar durmiendo y escuchando el sonido del mar. No sabes cuánto te envidio en estos momentos.*

Valentino: *Pues proponte venirte el viernes, ya sabes que aquí no tienes que pagar nada; te doy alojamiento, cariño y comida. ¿Qué más quieres?*

Eliana: *No te creas que no lo voy a barajar, la verdad es que me apetece mucho. Este verano está siendo un tanto raro.*

Valentino: *Nada que barajar, el viernes te recojo. ¿Qué te parece?*

Eliana: *Que, poniéndomelo así de fácil, no puedo decir que no. Si no pasa ninguna tragedia de aquí a entonces, estaré esperándote con los brazos abiertos.*

Valentino: *No le des muchas vueltas a la cabeza, que no tenga el poder de controlar tu estado de ánimo, sé que es fácil decirlo y difícil aplicarlo, pero es la mejor manera de cuidarse a uno mismo.*

Eliana: *Lo intentaré, la verdad es que me encantaría tener el poder de decir que paso y hacerlo, pero no sé qué me dio este tío para dejarme tan afectada. En fin, con lo bien que yo vivía sin pensar en hombres…*

Valentino: *Piensa en el mar, en la naturaleza, en mí…jajaja. Bueno esto último no es obligatorio, te puedes saltar el paso.*

Eliana: *En ti voy a pensar porque estaré contando los días para que me saques de la ciudad. Así que por la parte que te toca, también tendrás un rincón de mis pensamientos, jajaja.*

Valentino: *Con esa parte me conformo.*

Eliana: *Por cierto, el viernes veré cómo lo hago para que antes de que vengas a por mí, tenga compradas unas sardinitas para hacerlas a la barbacoa y preparamos un picadillo.*

Valentino: *Yo me encargo, me escaparé un rato a la plaza.*

Eliana: *Pero quiero comprarlas y pagarlas yo. Aún me quedan algunos ahorros de las casas que limpié antes de entrar a trabajar.*

Valentino: *No tienes que comprar nada, resérvate el dinero para tener hasta que cobres.*

Eliana: *No me gusta ir de gorra por la vida.*

Valentino: *Cuando cobres vienes de nuevo y traes una buena carne para la parrilla. No des más vuelta a nada.*

Eliana: *Repito, las sardinas las pago yo.*

Valentino: *Tú pones las sardinas y yo los preservativos.*

Me dio un ataque de risa al leerlo y es que Valentino tiene mucho arte. La confianza que teníamos era suficiente para poder gastarnos esas bromas.

Eliana: *Vale, pero que sean de sabores jajaja.*

Valentino: *¿De vainilla? ¿Fresa? ¿Chocolate?*

Eliana: *De todos un poco.*

Valentino: *Me va a salir caro el asunto, mejor pago yo las sardinas. Te quiero, preciosa. Descansa.*

Eliana: *Yo a ti también, guapísimo. Cuídate que tienes que estar vivo para recogerme el viernes.*

Dejé el móvil a un lado de la mesita y cerré los ojos para concentrarme en dormir. No tenía ganas de estar dándole vueltas a algo que ni tenía sentido, ni me hacía bien.

Capítulo 19



Estaba tomando el primer café del día relajadamente ya que me había levantado una hora antes de que el despertador sonase.

Mis padres y hermano acababan de aterrizar en el aeropuerto y ya venían para casa. Me lo acaba de decir mi padre por mensaje.

Tenía cada vez más la sensación de que estaba más cercano que nunca y en estos momentos para mí era algo especial. Me sequé las lágrimas de pensarlo ya que estaba de lo más sensible con todo.

Sí, que mis padres habían sido muy injustos conmigo y que no me merecía muchas cosas, pero eran mis padres y también habían hecho cosas buenas, para qué mentirnos. Lo que pasa que los eché mucho en falta en muchos momentos que los necesité y que para mi hermano estaban siempre.

Me di una buena ducha antes de prepararme para ir al trabajo. Metí en el bolso un sándwich que me había hecho para media mañana y me dirigí hacia la parada del autobús.

Pasé todo el trayecto con un nudo en la garganta y conteniendo el romper a llorar, pero es que sentía una presión en mi pecho de lo más grande y la tristeza me embargaba por completo.

—Hola, cariño, vaya cara me traes. —Se acercó a darme un beso en la mejilla.

—Hola, Rebeca, hoy me levanté con el pie izquierdo y me siento de lo más apática. Te juro que tengo una sensación tan fea que no me deja estar tranquila. Estoy muy inquieta y nerviosa.

—¿Te traigo una tila?

—No, no. Gracias.

—Sí, sí, ahora mismo te la traigo. —Cogió el monedero de su bolso y se dirigió al bar.

Revisé los correos y había uno de Jorge pidiendo que le pasásemos hoy un informe rápido de lo nuevo que hubiera entrado. Obviamente, eso lo responderíamos más tarde cuando revisásemos todo.

Notaba cierta seriedad en sus correos y como un Jorge de lo más distante. Vale que él era muy meticuloso en los mensajes de la empresa, pero no sé, algo notaba diferente.

Rebeca apareció con una tila y una bolita de coco que sabía que era mi perdición.

—Gracias, eres muy buena.

—Te lo mereces, cariño, y quítame esa cara de que se acaba el mundo porque no es así.

—Ya tengo ganas de que llegue el viernes. Me voy a ir con Valentino a pasar el fin de semana.

—Mira que si ahora te enamoras de él…

—¡Qué dices! —Me reí—. Es un gran amigo.

—El roce hace el cariño.

—No, no, mi corazón por desgracia está atrapado, secuestrado y por los suelos.

—Te entiendo, así estuve yo una vez por el energúmeno de su primo.

—Para al final terminar con mi mejor amiga —le dije acariciándole el brazo.

—Estoy muy ilusionada con ella y ya se lo he contado a mis padres.

—¿Sí? —Arqueé la ceja.

—Sí, sí, y me han dicho que lo único que quieren es mi felicidad y que con quién, es cosa mía. Se lo han tomado mejor de lo que imaginaba.

—Eres muy valiente. Lleváis muy poco tiempo y ya se lo has soltado. —Sonreí.

—Algo me dice que esto es para siempre. La amo de una manera que es diferente, especial y que me hace mucho bien como persona.

—Jo, qué bonito.

—¿Sabes? Cuando estuvimos tonteando con Chus para buscarlo con las bromas en la boda, me di cuenta de manera inmediata que Lola era como un imán que necesitaba tocar, acariciar y estar cerca de ella. Fue algo que jamás imaginé que pudiera experimentar con alguien, pero fue como de otra dimensión. Con ella sentí que quería que mi mundo girara de manera diferente.

—Sois las dos unas grandes personas y se os ve muy felices. Ojalá que esta ilusión que hoy tenéis sea para toda la vida porque juntas hacéis un tándem perfecto.

—Gracias, amiga. —Me abrazó.

Nos pusimos las pilas toda la mañana y aunque paré un par de veces para ir a por cafés, el resto del tiempo lo exprimimos al máximo y a última hora me hice la fuerte y le pasé el informe a Jorge.

Llegué a mi casa y ya estaba mi familia ahí. Mi padre se asomó al escucharme y vino a darme dos besos a la vez que medio sonreía y apretaba mis hombros.

—¿Bien en tu nuevo trabajo?

—Sí, papá, muy contenta. ¿Qué tal las vacaciones?

—Agua y más agua —dijo mi madre apareciendo y carraspeando mientras que se acercaba a darme dos besos con una sonrisilla que hacía mucho que no veía de ella hacia mí.

—¿Os pasa algo? —Sonreí—. Os noto diferente.

—Te hemos echado de menos, aunque no lo creas —dijo mi hermano apareciendo del baño.

—¿Tú a mí? —pregunté carraspeando y poniendo cara de duda.

—Los tres, porque, aunque no lo creas, te queremos —murmuró mi padre —. Y hemos estado hablando mucho sobre esto en el viaje. Creo que es hora de que todos pongamos de nuestra parte.

—Sí, yo también lo creo —dije aguantando el nudo de la garganta.

—Podríamos pasar horas hablándonos y discutiendo quién o no tenía razón, pero todos hemos tenido culpa en algún momento y creo que es mejor enterrar el pasado. Quizás has pensado que no te queríamos en muchos momentos, pero no fue así, quizás nos equivocamos al actuar cuando creíamos que tú nos ponías las cosas difíciles y viceversa, pero ahora no es hora de discutir, sino de darnos a todos la oportunidad de avanzar como familia.

—Papá, tranquilo, creo que has dicho lo más acertado. Sí, todos nos hemos equivocado, todos hemos fallado y todos hemos sacado de quicio, pero es hora de darnos una oportunidad. Solo os digo que la igualdad la quiero en esta nueva etapa, que este mocoso no puede tener más derechos que yo.

—Bueno, que tú te los tomas solita —contestó mi hermano.

—Chicos, no liarla —pidió mi padre.

Nos sentamos a comer un arroz que había hecho mi madre ya que habían pasado por la playa antes de llegar a casa y compraron verdura y marisco. Estaba riquísimo.

Les conté que había estado el fin de semana en el camping y que este me iba de nuevo con Valentino. Mis padres lo conocían y se pusieron muy contentos porque les caía muy bien, pero les advertí que los tiros no iban por ahí.

—Tiempo al tiempo —dijo mi madre sonriendo—. Por cierto, si te viene a recoger aquí el viernes, dile que suba a comer, puedo preparar algo especial.

—Vale.

—¿Quieres que te prepare comida para que te lleves?

—Mamá, que me vas a emocionar, que no estoy acostumbrada a tanta gentileza —dije causando una risa en todos.

—Por cierto, hija, mamá y yo hemos pensado hacerte un regalo.

—No entiendo.

—Queremos ir esta tarde al concesionario y sacarte un coche nuevo para que te puedas mover con mayor libertad.

—Jo, no me digáis eso que me echo a llorar.

—El que voy a llorar soy yo que aún no lo tengo.

—Hijo, tu hermana es mayor y tiene preferencia.

—Por una vez en la vida se hace justicia —dije juntando mis manos y mirando al cielo.

—¿Tienes preferencia por algún color?

—Blanco, papá, el coche que sea blanco. Y por favor, un coche pequeñito que es mejor para aparcar y todo.

—Eso, a ella pequeñito y a mí cuando me toque que sea muy grande.

—¿Y qué tal si vienes con nosotros y lo eliges tú? —preguntó mi padre haciendo caso omiso al comentario que había hecho mi hermano.

—Vale, me parece una idea genial —dije emocionada.

Estaba flipando con el detalle tan bonito que habían tenido mis padres. La verdad era que con eso demostraban que no les importaba tan poquito como yo pensaba y que estaban dispuestos a volcarse conmigo.

Dormí una siesta antes de irme con ellos al concesionario de coches y decantarme por un Seat Ibiza blanco, me encanta en tamaño, diseño y todo, para mí era más que perfecto y además el precio era bastante bueno y nada

desorbitado. No dudaron en pedir todos los extras para que no le faltara detalle. Nos lo entregarían en el plazo de una semana. Salimos de allí con todo resuelto y reservado. No podía sentirme más feliz.

Mi hermano había venido con nosotros y la verdad es que estaba de lo más desconocido, parecía un hermano nuevo y estaba de lo más simpático y bromista conmigo durante todo el tiempo.

Fuimos a dar una vuelta a un centro comercial y para mi sorpresa, increíblemente, me compraron el último modelo de iPhone pese a que les pedí que no se gastasen el dinero, pero decían que, si mi hermano lo tenía gracias a ellos, yo también. Me estaba quedando flipada con este cambio tan repentino.

Fuimos a cenar a una pizzería antes de ir a casa. Los pobres se sentían raros con esto del cambio de hora del viaje y se les notaba el cansancio en sus caras.

Antes de dormir puse al tanto a las chicas de todo lo sucedido y se quedaron a cuadros, pero felices de ver que en mi casa y como si fuera un milagro, todo había comenzado a cambiar.

Capítulo 20



Mi padre estaba en la cocina cuando me levanté a prepararme el café.

—Buenos días, papá. ¿Te han echado de la cama?

—Buenos días, cariño mío. —Se acercó a darme un beso—. Esto del cambio de horario es muy malo. —Se puso a prepararme el café—. ¿Te apetece que te acerque al trabajo?

—Claro, pero no tienes por qué salir, el autobús me deja en la puerta.

—Tengo que salir a hacer unos recados, así que no me viene mal.

—Perfecto.

Por el camino le comenté a mi padre en qué consistía el trabajo y que si respondía en estos tres meses conseguía mi plaza fija. Me animó mucho con sus palabras y me hizo sentir que estaba orgulloso de mí, además de decirme de que estaba convencido de que esa plaza iba a ser mía.

Le di un beso antes de bajarme del coche y dirigirme hacia dentro.

—Dime que has visto todos los titulares —me dijo Rebeca señalando a su móvil.

—¿Los titulares de qué? Por cierto, buenos días.

—Buenos días, buenos días. Tú pon en Google el nombre de Jorge con su apellido, verás la de noticias que te van a saltar hablando todos de lo mismo.

Saqué el móvil del bolso antes de dejarlo guardado en el mueble. Busqué la información en Google y pronto me saltaron las noticias.

—Melissa lleva desaparecida desde ayer… —murmuré incrédula.

—La están buscando por tierra, mar y aire. Se la vio la noche anterior por última vez cuando estaban paseando por el Bulevar de la ciudad que está más cerca de su hotel. Yo no es por pensar mal, pero ponte en situación; él no pensaba ir a ese viaje, se entera de que su mujer está embarazada y que ya el hijo de ambos tendrá la mitad de la empresa, de repente se va con ella y sube una foto tan feliz besando su barriga cuando él no es de subir nada. Espero que él no tenga nada que ver en la desaparición, pero te digo yo que viendo lo visto, todo me encaja demasiado.

—¿Crees que tendría la sangre fría de matarla? Y peor aún, sabiendo que esperaba un hijo suyo. No sé, yo veo de todo a Jorge menos un criminal.

—No digo que la haya matado ni contratado dos sicarios, pero capaz de haberla mandado para la venta de órganos o trata de blancas. ¡Yo qué sé! Pero que me da muy mala espina. Fue leer la noticia, ponerme a atar cabos y todo me resulta de lo más extraño.

Miré más noticias y todos hablaban de lo mismo, que estaban recién casados, en plena luna de miel en donde anunciaron a través de sus redes y con una preciosa foto de que iban a ser padres. Lo vendían como el drama del hombre que amaba a su mujer y ahora estaba desesperado esperándola.

Lola no dejaba de escribirnos de todo lo que se iba enterando a través de la tele en la que tenía las noticias en el salón de belleza que trabajaba.

Nos mandó un vídeo de una entrevista que le habían hecho en la puerta del hotel a Jorge en el que salía de lo más afectado, con unas gafas de sol y ofreciendo treinta mil dólares a quién le llevara hasta ella.

—No me lo creo, esto es todo muy fingido —decía Rebeca—. ¿Te crees que este pagará una recompensa por su mujer? ¡Anda ya! Este está implicado en su desaparición, te lo digo yo.

En los pasillos se notaba la tensión de lo que estaba ocurriendo ya que todos estaban al tanto y se les veía de lo más preocupados.

Cuando llegué a mi casa, mis padres me preguntaron por la noticia de mi jefe y les conté que había estado en su boda y que lo conocí en la feria. Le conté todo, pero obviando lo que tenía que ver con nosotros, solo que lo conocí y nos caímos bien, que estaba de despedida y que nos llevamos la sorpresa cuando nos vimos en su empresa.

Estuvimos toda la tarde en casa pendientes a lo que pasaba en aquella isla en la que estaban disfrutando de su luna de miel y, la verdad, es que se veían dispositivos por todos lados buscando a Melissa.

Se hablaba de un posible secuestro que llevaría a extorsión, de que se había perdido y estaba desorientada, o que le hubiese ocurrido un accidente. Se abrían mil hipótesis de lo que podía haber sucedido.

Todo era de lo más misterioso, pero Rebeca no dejaba de insistir por mensaje de que lo que me había dicho, cada vez lo tenía más claro.

Yo no quería ni pensar que Jorge fuera capaz de algo así, no lo quería creer por nada del mundo porque me parecería la persona más cruel y mala sobre la faz de la tierra.

Los siguientes días fueron peores dado que la cosa se complicaba conforme pasaban las horas. En las oficinas se podía notar el desánimo de todos, que estaban pendientes de Jorge a través de las noticias. Rebeca seguía en su línea de que cada vez se lo creía menos.

Había llegado el viernes y aún se seguía sin noticias de Melissa cosa hacía que aumentase la tensión y desesperación en todos.

Mi padre me había estado trayendo todos los días al trabajo y más de un día me recogió, como hoy también lo haría.

Valentino iba a comer en casa y luego nos iríamos para el camping. Estaba muy feliz de ese acercamiento que estaba teniendo con mis padres y que tan viento en popa iba.

La mañana se nos hizo larga, además de como cada día, pendientes a todas las noticias que leíamos o que nos iban trayendo los compañeros.

A Jorge no se le solía ver mucho hablar con los medios, pero de vez en cuando los atendía y todos coincidían en que era un hombre que estaba sufriendo muchísimo.

Estuve a punto en varias ocasiones de escribirle y preguntarle que, si necesitaba algo de esta parte, contara conmigo, pero luego lo pensaba y no venía al caso, se podía ver que estaba usando la situación para acercarme a él. Por una cosa o por otra, terminé por decantarme quedándome en un segundo plano.

Mi padre me recogió a la salida y nos fuimos hacia mi casa, donde coincidimos con Valentino llegando a la par nuestra.

Mi madre había hecho fideuá y le había salido riquísima. Valentino no dejaba de felicitarla.

Para mi sorpresa, me había preparado una bolsa durante toda la mañana para que me llevara al camping. Nos había hecho filetes de cerdo empanados, una tortilla, pimientos fritos, albóndigas con tomate y una ensaladilla rusa lista solo para echarle la mayonesa.

—Mamá, no deberías haberte molestado tanto.

—Hija, así tenéis para esta noche y mañana, ya sabes que la tortilla, filetes y pimientos también están buenos de un día para otro, y las albóndigas las podéis comer también mañana o pasado.

—Gracias. —La abracé emocionada.

—Si te viene mal traerla el domingo por la tarde, avisadme que yo voy a recogerla —dijo mi padre.

—Tranquilo, la puedo traer sin problemas —le contestó Valentino.

—Estas cosas no pasarán cuando me entreguen mi coche. —Puse los dedos en modo victoria.

—Qué suerte tienen algunas —murmuró mi hermano causando una risa en todos.

—Calla que aún te llevas una colleja —dije enseñándole la mano.

Les di un beso a todos y mi padre nos acompañó hasta la entrada. Me dio un abrazo y me dijo que me lo pasara muy bien, y que cualquier cosa que necesitara no dudara en pedírsela que él me la acercaría. Casi me echo a llorar y es que para mí eran muy importantes estos momentos.

—Muy fuerte lo de Jorge —me dijo cuando ya íbamos de camino.

—Demasiado. Las oficinas parecen un tanatorio del ambiente tan triste que hay.

—Normal, tienen empatía con Jorge, llevan tiempo allí la mayoría. Imagino, vamos.

—Sí, sí, además que lo quieren mucho, las cosas como son.

—¿Y qué piensas tú que le puede haber sucedido a su mujer?

—Pues no lo sé, hay muchas hipótesis, pero la más loca es la de Rebeca, que culpa por completo a Jorge.

—Menos mal que no soy el único que lo piensa.

—¿De verdad?

—Es todo muy raro y por lo que me has contado a él le importaba bien poco su mujer, así que no concuerda esa tristeza con la que aparece haciendo ver que está de lo más afectado. No sé es todo muy raro.

—No lo veo capaz de eso.

—No lo conoces ¿Cuántos padres han asesinado a sus propios hijos? ¿Cuántos hombres han asesinado a sus parejas cuando nadie se lo podía ni imaginar?

—Ya, ya lo sé, pero tan de cerca un caso, así como que choca.

—Imagino que algo tendrá que hacer, porque si no aparece no creo que se quede allí mucho tiempo esperando. La verdad es que haya pasado lo que haya pasado, ese hombre tiene un marrón encima bien grande.

—Daniel, su mano derecha en la empresa dice que Jorge le ha dicho que se va a quedar trabajando desde allí hasta que ella aparezca, pase el tiempo que pase.

—Ese está disimulando, te lo digo.

—Me preocupa que vosotros podáis llegar a ver lo que para mí es imposible imaginar. No quiero ni pensar que esa persona de la que me enamoré sea un asesino.

—Hay personas tan enfermas por el dinero que son capaces de hacer cualquier cosa.

La verdad es que pensándolo bien todo era muy raro y apuntaba a los que conocíamos las intenciones de Jorge, a que él en un ataque de locura hubiera sido el orquestador de todo lo que estaba pasando. Se me erizaba la piel de pensarlo y no me quería imaginar que fuese malo hasta esos extremos.

Llegamos al camping y aparcó dentro de su parcela. Bajamos las cosas y colocamos en la nevera la comida que nos había preparado en los táperes mi madre.

Nos sentamos en el sofá disfrutando del fresquito del aire acondicionado ya que apenas eran las seis de la tarde y él sol aún apretaba con mucha fuerza.

Nos comimos un helado mientras veíamos las noticias internacionales que no dejaban de hablar del caso de Melissa y para nuestra sorpresa se hablaba de que todo apuntaba a que había estado tramado, ya que casualmente muchas de las cámaras de seguridad no funcionaban.

Jorge, en un acto de desesperación, según la prensa, había subido la recompensa a cincuenta mil dólares.

Me estaba dando a mí ya muy mala espina que, si había sido un secuestro, todavía nadie se hubiera puesto en contacto con él.

Se estaba tan a gusto que terminamos acoplándonos para echarnos una mini siestecita.

Capítulo 21



—Buenas tardes. —Sonreí.

—Buenas tardes, belleza. Ni quise moverme lo más mínimo para no despertarte. —Acariciaba mi mejilla mientras sus ojos me transmitían felicidad.

—Otra vez te estoy haciendo el sándwich. —Apoyé mi frente en su pecho mientras me reía.

—Yo creo que se está convirtiendo en tu lugar favorito. —Carraspeó a la vez que acariciaba mi cabellera.

—Eres mi tabla de surf.

—Muy buena esa. —Se rio mientras me abrazaba.

Nos levantamos dirigiéndonos a la cocina para tomar un vaso de zumo bien frío antes de ir a la playa y que él revisara todo lo de la escuela de surf.

La verdad es que tenía un equipo de lo más simpático y competente, a todos se les notaba que amaban su trabajo, ya que todos eran surfistas y por ese motivo estaban de lo más implicados.

Después de presentarme a parte de su equipo y saludarlos, le dije que iba a darme un baño mientras él terminaba de hablar con ellos de los cursos del sábado y domingo.

El agua estaba buenísima, eran casi las nueve de la noche y es cuando mejor se podía disfrutar del mar.

Estuve un buen rato nadando y llenándome de energías hasta que apareció Valentino y se metió a darse un baño conmigo. Era verlo sin camiseta y tengo que reconocer que se me volvía todo un espectáculo para la vista.

—Esto es vida —dije subiéndome a su espalda y enganchándome como un mono.

—Ya te he dicho que te puedes venir a vivir aquí.

—No, no, yo con mi trabajo y en la ciudad, que venir aquí puedo hacerlo cuando quiera, porque en nada me dan mi coche.

—Vaya cambio el de tus padres.

—Sí, estoy flipando.

—Todos en la vida nos equivocamos y el papel de padres debe ser el más difícil del mundo.

—Sí, además, siendo justa tengo que admitir que, aunque me lo pusieron todo muy difícil, yo con mi rebeldía no colaboré en absoluto.

—Es bonito reconocer la parte de culpa de cada uno —dijo echándome la mano por el hombro mientras salíamos del agua.

—Creo que la madurez nos va llegando, aunque sea tarde, pero reconozco que estoy muy feliz con este acercamiento. Eso sí, te voy a ser la más sincera del mundo y es que a mi padre lo veo más de corazón, a ella como que finge, lo mismo soy yo, pero no sé, no la veo muy natural.

—Quizás necesite más tiempo, una cosa es dar el paso y otra integrarte de alguna manera. Ahora lo que necesitas es olvidar a ese tipo. —Masajeó mi nuca mientras andábamos.

—Ese es mi peor demonio y reconozco que todo lo que está pasándole me afecta mucho.

—No es trigo limpio, Eliana.

—Yo sé que no lo es, pero de ahí a que haya tenido la sangre fría de hacer algo como lo que pensáis, para mí va un mundo. No lo estoy justificando, pero quiero darle el beneficio de la duda y seguir pensando que nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario.

—No sé lo que hizo, pero por lo poco que sé de él, algo me dice que está implicado en lo que está pasando. Aunque respeto que tú no lo veas así, el amor es lo que tiene, nos vuelve ciegos. —Me dio un beso en la mejilla.

Llegamos a la autocaravana y entré la primera, a darme una ducha y ponerme cómoda. Acto seguido lo hizo él y luego nos dispusimos a preparar la mesa con la tortilla y pimientos que nos había hecho mi madre. Lo acompañamos con un gazpacho que Valentino había preparado por la mañana y que le había quedado de lo más delicioso. Un mensaje de las chicas me alertó a que mirase las noticias:

«Aparece en estado muy grave, Melissa, la española a la que se buscó incansablemente durante los últimos días cuando su marido, el inversor español Jorge Alonso, dio parte de su desaparición. Su embarazo se vio interrumpido por este hecho»

«Detenido el inversor español, Jorge Alonso, por su posible implicación en el accidente de su recién estrenada mujer y madre del hijo que esperaban»

«Jorge Alonso, pasará a disposición judicial en las próximas horas mientras sigue retenido en las dependencias policiales»

«Se filtran nuevos datos sobre varios testigos que vieron a la víctima y a su esposo por el acantilado en el que ella fue encontrada, y todo apunta a que él la arrojó por el precipicio»

—Esto es muy fuerte —dije llorando y sin parar de leer la infinidad de noticias que iban saltando en todos los medios internacionales.

—Según denunció él, Melissa había desaparecido en el hotel cuando la realidad es que se ha descubierto que fueron vistos en ese lado del parque natural donde apareció de esa manera.

—Sí, eso parece. —Tragué saliva—. Creo que soy la única tonta que no vio la clase de maldad que tiene este hombre, porque si no la quería o los dos estaban por interés, todo se soluciona hablando, pero haciendo eso solo demuestra la clase de monstruo que es.

—No llores, no te quiero ver así por alguien que ni merece la pena.

En ese momento entró un mensaje de Rebeca en el que me decía que el padre de Jorge había cogido el mando de la empresa desde este momento y que lo había hecho saber a través del chat del grupo que ni siquiera había abierto. Susan la de Recursos Humanos fue la que lo escribió en su nombre.

La cosa se iba a poner muy fea en las oficinas por el ambiente de decepción que iba a generar Jorge, pero, al fin y al cabo, los demás no teníamos la culpa y debíamos seguir con nuestros trabajos, pero ¿cómo podía superar los sentimientos que tenía por el que presuntamente era un criminal? Y que rezara porque ella no muriese, o la que le iba a caer encima iba a ser monumental.

Mi padre me llamó porque lo había visto por las noticias e incluso me apoyó en caso de que yo quisiera dejar de trabajar en la empresa, pero le dije que no, que el padre que hasta ahora había sido el dueño, no tenía nada que ver y que yo no quería perder mi trabajo. Me encantaba con el amor que me hablaba en estos momentos que más necesitaba a todos.

Tras la cena y el *shock* de la noticia, Valentino me agarró de la mano y me llevó hasta la orilla de la playa donde nos quitamos las chanclas y comenzamos a pasear bajo la luz de la luna.

—O sonríes o te tiro al agua —me advirtió cogiéndome de improviso.

—No, no, que tengo el cuerpo cortado y estoy «duchadita».

—Cortada te voy a cortar yo como no sonrías. Ese tipo no se merece amargar ni un solo segundo de tu vida.

—Tengo un sentimiento muy extraño desde que he leído las noticias.

—¿Para mejor o peor?

—No sé, diferente, es como si lo quisiera sacar de mi cabeza de manera fulminante, pero a la vez, noto un dolor mucho más grande.

—Un ibuprofeno que te doy cuando lleguemos a la caravana.

—Muy buena esa. —Me reí—. ¿Me vas a bajar?

—No, no, te voy a tirar al agua —dijo andando hacia el mar conmigo en lo alto.

—No me hagas esto. —Reía nerviosa.

No me dio tiempo a nada más cuando ya estaba saltando olas conmigo en lo alto.

—¿A qué está buena?

—Eres un capullo, ahora me tendré que duchar otra vez.

—¿Qué pasa que eres de las que les cuesta trabajo asearse?

—No me seas gilipollas. —Me reí a carcajadas.

—¿Sabes que dormir con el salitre es muy sanador para la piel y las heridas que pudiéramos tener en ella? —dijo bajándome de sus brazos.

—Debo reconocer que se está genial. —Comencé a nadar.

—Y yo debo reconocer, que te he sacado una sonrisa. —Me dio un bocado en la pierna como si fuera un tiburón.

—Y yo para ser sincera, tengo que avisarte de que como te coja el cuello te dejo un moratón de quinceañero.

—No eres capaz.

—¿Qué no? Deja que te pille desprevenido.

—Luego atente a las consecuencias.

—No me das miedo. —Le hice una burla y comencé a nadar rápido hacia la orilla.

Regresamos a la autocaravana empapados por completo y en la misma puerta nos quitamos la ropa y nos liamos en unas toallas para secarnos.

Me senté a fumarme un cigarrito mientras me secaba para ponerme el pijama porque lo de ducharme de nuevo como que no había pensamientos. Tenía que probar eso del poder sanador del salitre sobre la piel y qué mejor momento que el de ahora.

—Impresionante cómo brilla la luna.

—Está ahí para ti, no lo dudes.

—Y para ti, y para el otro y el otro. —Me reí.

—No lo veas así, para disfrutar de las cosas hay que sentirlas y lo primero que hay que hacer es quererse a uno mismo. Si la ves ahí delante de ti, brillando y haciendo de la noche algo más especial, tómatelo como un regalo que te hace a ti porque tú también lo eres.

—Valentino, qué cosas más bonitas dices —murmuré arqueando la ceja.

—De vez en cuando me sale la inspiración por las venas.

—Me ha quedado claro. —Carraspeé.

Nos fuimos pronto a dormir y no tardé en hacerle el sándwich y rodearlo con mi mano ahuecando mi nuca en su hombro para sentir ese abrazo que tanto necesitaba en estos momentos tan complicados.

Todo se había puesto tan feo que parecía que estuviera adentrada en una película y no precisamente de comedia, más bien de terror.

Capítulo 22



No encontré a mi lado a Valentino cuando me desperté. Antes de nada, miré el móvil para actualizar las noticias de Jorge.

Lo primero que vi fue que en los titulares había un montón de imágenes de su padre que recién acababa de llegar a la isla, por lo visto en cuanto se enteró de la noticia, no dudó en irse de manera precipitada. Obviamente, aunque ahora volviera a estar a cargo de la empresa, podía gestionar su función desde cualquier parte del mundo y era entendible que en estos momentos donde quería estar era al lado de su hijo.

Me di una ducha y salí al porche donde me encontré a Valentino tomando un café.

—Buenos días. —Me hizo un guiño y se levantó.

—Buenos días, quieto ahí que ya me hago yo el café.

—Vale, vale. —Sonrió.

Me senté con él después de preparármelo y estuvimos hablando sobre la noticia de la llegada del padre. Los dos coincidíamos en que por muy malo que fuera Jorge, era su hijo y ponerse en el lugar del padre en estos momentos era muy difícil, solo el que lo pasa es el que es capaz de entender

sus sentimientos. En dos palabras, que un padre es padre hasta con el corazón roto por lo que haya podido hacer su hijo.

Valentino se empeñó en que íbamos a hacer surf y que me iba a ayudar a que cogiera alguna que otra ola. Insistía demasiado y yo sabía que le hacía mucha ilusión que yo lo intentara.

—De verdad, qué manera de que querer que haga el ridículo.

—¿Tú crees que la gente estará pendiente de ti?

—A la gente no se le escapa una, que el mundo está lleno de curiosos. Y más ahora con la nueva era de la tecnología que está todo el mundo grabando cualquier momento para si sale mal, subirlo a las redes. Quita, quita, que no me quiero viralizar.

—Vamos a la zona donde se surfea, no suele haber gente más que los que van a practicar el deporte. —Me hizo un guiño.

—No sé, la verdad es que a mí eso no me llama.

—Porque no lo has probado, así que lo pruebas y luego me cuentas.

Y con las pocas ganas que tenía me arrastró hasta la playa donde cogió una tabla y tiró de mí hasta el agua donde se puso a darme las indicaciones para aprender, lo primero, a subirme a la tabla.

—¿Lo ves? —dije saliendo del agua ya que al montarme en la tabla caí por el otro lado—. Me niego a seguir intentándolo.

—Hasta que no te vea de pie, no te voy a dejar. —Me agarró del brazo a la vez que sujetaba la tabla.

—¿De pie? No me puedo poner acostada, cuanto más de pie.

—Vamos. —Reía—. Si se suben hasta los niños de cinco años.

—Yo con cinco años me montaba hasta en el toro mecánico si se despistaban mis padres, pero ya estoy vieja para estas cosas.

—¿Vieja con veintiséis años? —Le dio un golpe más fuerte a la tabla mientras reía.

—Al final la rompes por la mitad. ¿Quieres tratar bien lo que tanto amas? —me referí a la tabla, por su amor por el surf— No me quiero imaginar cómo me tratarías a mí. —Me di una zambullida y me sacó por los pelos.

—¡Vamos! —Reía.

—Me has sacado por los pelos y me he puesto hasta excitada, nunca me cogieron así.

—No me provoques. —Reía dando golpecitos a la tabla para que me subiera.

—Realmente y de cerca, no veas si estás potente.

—¿De cerca? —Rio de medio lado.

—¿Qué te parece si tú y yo…? —bromeé poniéndome sugerente y pasando mi dedo por su pecho.

—O te subes a la tabla, o te pongo contra ella —murmuró a mi oído causándome un cosquilleo que me puso de lo más nerviosa.

—Me subo ahora mismo a la tabla. —Coloqué mis dos manos e impulsé mi cuerpo, quedando perfectamente colocada.

—Ya sé con lo que te tendré que amenazar a partir de ahora.

—De esta salgo surfista profesional. —Me persigné, momento en que me desestabilicé y caí para el otro lado.

Me amenazó diez mil veces acercándose de lo más intimidante, obviamente bromeando y si no lo estaba, era muy respetuoso, pero sabía cómo ponerme nerviosa, motivo que me llevó a coger mi primera ola después de mil intentos.

—¡¡¡Estoy surfeando!!! —grité emocionada a la vez que me dirigía a la orilla donde conseguí frenar antes de comerme la arena.

—¡Lo has bordado! —gritó viniendo hasta mí.

—El año que viene me quiero presentar al concurso anual de surf —dije riendo.

—Claro que sí, y yo a presidente del gobierno. —Me removió el pelo.

Estuve intentándolo varias veces más por mi propia voluntad, al final iba a ser verdad de que el surf enganchaba. Conseguí en total coger cuatro olas antes de caerme y con eso, ya me daba más que por satisfecha.

—Me muero de hambre —dije cuando soltamos la tabla en el club.

—Con toda la comida que aún queda de lo que nos dio tu madre, nos podemos poner las botas.

—Venga, pero hay que ir a por pan.

—Sí, lo cogemos de camino en el súper, señorita surfista. —Me echó la mano por el hombro.

—He cogido hasta color, parezco un cacahuete.

—No te veo yo tan redondita.

—Lo digo por el color. —Reí negando ante su mirada fija puesta en mí aguantando esa sonrisilla de medio lado.

Compramos el pan y preparamos la mesa cuando llegamos. Mi barriga no dejaba de crujir.

Escribí a mis padres contándoles lo del surf y se pusieron de lo más contentos. Me contestaron que disfrutara mucho.

Tenía que agradecer de todo corazón a Valentino la mañana que habíamos tenido tan divertida y amena, donde en muchos momentos me había olvidado hasta de quién yo era.

Después de comer como si se acabase el mundo, nos echamos al fresquito a dormir una siesta dentro de la autocaravana. De nuevo le hice el sándwich y lo rodeé con mi mano.

—Gracias por todo, la verdad es que estás haciendo mis días más amenos.

—Me encanta tenerte aquí, sabes que desde siempre te tuve mucho cariño.

—Lo sé, lo sé.

—Eras la revoltosilla favorita del grupo.

—¿Era? —Carraspeé levantando un poco la cara y mirándolo enfurecida mientras aguantaba la risilla.

—Hombre, el grupo ya está más que disuelto, ahora eres mi favorita.

—Ah, bueno. —Me volví a acomodar en su hombro.

Nos quedamos dormidos por lo menos dos horas. Apenas eran las seis de la tarde cuando ya nos estábamos preparando un café y una tostada con mantequilla ya que yo me había levantado con ese antojo.

Valentino me comentó que por la noche íbamos a cenar en la playa, que iba a prepararlo todo ahora para llevarnos las cosas en plan picnic.

Me pareció una idea genial, así que nos pusimos a empanar unos filetes de lomo de cerdo que habíamos comprado en el súper, además que también teníamos la ensaladilla rusa que aún no nos habíamos comido, eso acompañado de un paquete de patatas con sabor a ajo y una botella de vino, hacían que tuviéramos la cena perfecta para comer en la playa viendo la puesta del sol.

Me sentía muy cómoda en el camping, demasiado, y solo de pensar que al día siguiente dormiría en mi casa, hasta me daba nostalgia y tristeza.

Nos fuimos en el *quad* hasta la cala secreta y bajamos acomodándonos cerca de la orilla, que se estaba de lujo. Aprovechamos para darnos un baño antes de descorchar la botella y tomarnos un vinito de pie en la orilla antes de cenar.

—Me estoy dando cuenta de que tú vives muy bien —le dije chocando la copa.

—Aquí tienes tu lugar cada vez que quieras.

—El finde que viene me vengo otra vez, soy de tomar la palabra rápido.

—Aquí te esperaré con tu coche nuevo. —Me hizo un guiño.

—Qué ganas, creo que me lo dan el lunes.

—Pero vamos, que, si tengo que ir a recogerte, yo voy encantando.

—Lo sé. —Sonreí abrazándolo y aguantando para no derramar la copa.

—Al final te vienes aquí a vivir conmigo, tiempo al tiempo.

—No, pero una semana antes de que acabe el verano, como que me lo puedo plantear, ya que con el coche puedo ir y venir del trabajo.

—Me encanta que tengas esas iniciativas. —Me pellizcó la mejilla.

—No me provoques que al final me vengo todo el verano.

—¡No tienes ovarios!

—Que no… —Solté una carcajada.

Los filetes nos habían quedado de lo más perfectos, crujientes por fuera y jugosos por dentro, no dejamos ni las migas de todo lo que llevamos a la playa. Antes de regresar y después de disfrutar de la puesta, nos dimos otro bañito.

Fue a las once de la noche que regresamos a la autocaravana y nos sentamos fuera un ratito fumando un cigarrillo antes de irnos a dormir.

Capítulo 23



Desperté descubriendo a Valentino mirándome con una sonrisa suelta que era la clara garantía de que mi presencia le gustaba.

—Buenos días, precioso —le dije dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días. Lola me ha escrito diciendo que vienen para acá a pasar el día con nosotros.

—Esa es una descarada —murmuré bromeando.

—Te recuerdo que también es mi amiga.

—Y la mía, y la mía. —Reí sobre su pecho.

—¿Qué tal si nos preparamos un desayuno de campeonato?

—Me noto más culo y barriga.

—Deja de quejarte que tienes un físico espectacular.

—Entonces me voy a comer unas buenas tostadas con jamón de pavo y queso de juntar.

—Me apunto —dijo riendo mientras me abrazaba antes de levantarnos.

La mañana en el camping era un soplo de aire fresco que te recargaba las pilas por completo. Me sentía tan a gusto que a veces se me olvidaba hasta el problema con Jorge, aunque era cierto que por desgracia no podía sacarlo tan fácilmente de mi vida y de mi corazón.

Las chicas no tardaron en aparecer pidiendo un café.

—¿Qué pasa que no habéis desayunado? —pregunté riendo mientras las saludaba.

—Sí, Manuela nos puso un gran desayuno, pero el cafelito de después siempre apetece —dijo Rebeca refiriéndose a la mamá de Lola.

—Ya veo que estáis metidas en familia.

—Bueno, ella se quedó en casa a dormir, yo aún no fui a la suya —dijo Lola.

—Porque no quieres y siempre estás poniendo excusas.

—*Dame tiempo que sabes que no estoy en mi mejor momento* —le dijo cantando la famosa canción de Karol G.

—Eres más falsa… —le dijo riendo Rebeca a la vez que le daba una colleja.

—Mi madre es una, tus padres dos, necesito hacerme al cuerpito.

—Anda sentaros —les dije y entré a ayudar a Valentino con los cafés.

Valentino era muy entregado, por lo que no había que pedirle nada cuando ya lo estaba haciendo. La verdad es que era un hombre que tenía unos valores y una educación bastante fuertes. Salimos con los cafelitos para los cuatro.

—Anoche salió en las noticias que Melissa está estable dentro de la gravedad —dijo Lola.

—No he vuelto a leer nada, la verdad es que he estado intentando evadirme un poco del tema y disfrutar de esto. ¿Qué más se sabe?

—Jorge declara ante el juez mañana, pero su padre y abogados están defendiendo su inocencia. Dice que él no estuvo en el acantilado y que no mintió en nada —comentó Lola—. Obviamente no va a decir que la tiró y que le han pillado con el carrito de los helados, tendrá que intentar defenderse y el padre hasta cierto punto es normal que lo crea.

—Como lo declaren culpable, se va a comer un largo proceso donde tendrá que estar un tiempo en la cárcel de allí y otro en la de aquí cuando lo extraditen, en caso de que haya extradición. Va a pasar mucho tiempo en la sombra —dijo Rebeca.

—Para ser sinceros, le pinta un panorama muy feo —dijo Valentino.

—Mientras no influya en la empresa, por mí que duerma en la selva con una tribu indígena —contestó Rebeca.

—Hija, ¿qué habrán hecho los pobres indígenas para tener que cargar con él? —soltó Lola causándonos una risa. Estaba sembrada.

Nos fuimos a la playa del camping que estaba de lo más animada con los campistas repartidos por la arena o el chiringuito. El club de surf estaba también de lo más transitado, tanto por los chicos de los cursos, como por los que iban a alquilar las tablas o devolverlas.

Nos acomodamos en una cama balinesa con mesa y rodeada para apoyar los vasos que alquilamos para todo el día y en la que los cuatro cabíamos a nuestras anchas. Brindamos con las cuatro cervezas fresquitas que nos acababan de traer. Valentino le dio unos tragos y se fue un rato a ayudar a los de su club porque estaban saturados.

—Se os ve muy cómplices —dijo Rebeca cuando este se fue.

—Sí, con él me siento muy segura y a gusto. —Sonreí.

—Con él deberías olvidarte de Jorge.

—Rebeca, solo somos amigos, te lo puede decir Lola, siempre nos hemos llevado genial.

—Sí, es cierto, pero te noto distinta, esa sonrisa que le echas no te la vi antes.

—Lola, por Dios, pareces nueva —resoplé.

—No es nueva —dijo Rebeca—, es que tú no te ves cuando lo miras, pero ojalá esta me mirase a mí así.

—¿Qué no te miro así? A ver, si quieres le pido la cara prestada, pero vamos, que yo te miro con mucho amor. —Ladeó la cara indignada.

—No desvíes el tema, centrémonos en ella —pidió Rebeca aguantando la risa.

—A mí dejadme, que veis demasiadas películas.

—Solo en el tonito que lo dices, te delatas a ti misma, además, tus palabras no son dichas con el corazón sino con la cabeza. Sé que estás enamorada hasta las cejas del preso —dijo causando una carcajada en Lola y yo arqueé la ceja mientras resoplaba—, pero que te estás quedando pillada por Valentino, es una verdad como un templo.

—No creo, en serio, solo que me siento con él muy a gusto y este lugar me da mucha paz y seguridad. No lo estoy pasando bien y todo esto me ha quedado muy grande, soy incapaz de reaccionar a lo que le está pasando a Jorge y tampoco termino de creérmelo, es como si estuviera soñando y en cualquier momento fuera a despertar y él iba a aparecer.

—Sí a caballo en plan príncipe buscando a la princesa Eliana. Por favor, amiga, espabila —me dijo Lola a modo regañina.

—Quién sabe, lo mismo te sorprende y pasa. —Ladeé la cabeza a modo reproche.

—Si claro, tú sigue en los mundos de Yupi, pero te digo desde ya, que tú de Valentino cuando te des cuenta estás enamorada hasta las trancas, por mucho que lo niegues él está despertando algo en ti que hace que luzcas diferente.

—De verdad, qué de pajaritos tenéis las dos, a ver si os ha sentado mal el amor —negué volteando los ojos.

—Mal dice, Rebeca, para que veas lo ilusa que es.

—¿Yo ilusa? Ilusas vosotras, vamos, lo que me faltaba ya por oír.

—Una pregunta…

—Lola, conozco tus preguntitas.

—Escucha, solo por salir de dudas, imagina que esta noche te vas a la cama de nuevo con él y se te abalanza encima…

—Esta noche imposible porque duermo en mi casa —dije en un intento de esquivar la pregunta.

—Bueno, hija, por Dios, pues la próxima vez que durmáis juntos. —Soltó el aire.

—No sé qué haría, pero está claro que yo duermo muy pegada a él por no decir encima y reconozco que es agradable, que sí, que me atrae como hombre y estoy a gusto entre sus brazos, pero de ahí a…

—Tienes un cacao mental que no puedes contigo misma. Te gusta, pero sigues encerrada en el asesino y…

—Lola no lo llames así, deja al menos que sea un juez quien lo condene o no. Pero que no es por Jorge, es porque no sé, no creo que me esté gustando más allá de una atracción cuando tengo en la cabeza al otro.

—Cuando te des cuentas te vas a dar con un golpe de realidad que vas a flipar en colores.

—Lola, no me seas pesada. —Le di un trago a la cerveza.

Nos dimos un baño y Valentino apareció cuando pedimos la comida. Estaba agobiado porque nadie se esperaba el desbordamiento de trabajo que había hoy, así que tal como comió volvió a irse.

Estuve con mis amigas todo el día de playa, hasta las siete que me despedí de Valentino y me fui con ellas que me iban a dejar en casa. Valentino me hizo prometerle que pasaría el siguiente fin de semana con él, la verdad es que me encantó la idea, aunque ya la tenía en mente.

Cené con mis padres y hermano en casa, estuvimos hablando sobre la noticia de Jorge y todo lo que estaba pasando en torno a eso. Al final terminé contándoles a mi padre toda la verdad, solo la sabían a medias y para mi sorpresa, volví a tener su apoyo y cariño. Me animaron a que pasara más tiempo en el camping si me hacía bien ya que confiaban mucho en Valentino. Los pobres fliparon con la historia y todo lo de la boda.

Me acosté bien temprano ya que quería descansar la mente y no quise ni leer las noticias para no sentirme aún peor.

Capítulo 24



Mi padre se ofreció de nuevo a llevarme al trabajo y aunque le dije que no hacía falta, él lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja y es que parecía que quería recuperar el tiempo perdido, al menos era la impresión que me daba.

Entré a las oficinas y por la cara de Rebeca ya sabía que me tenía algún chisme.

—Buenos días, preciosa —me dijo dándome un beso.

—Buenos días, bombón. ¿Qué tal el ambiente?

—Esto parece un tanatorio, hay un silencio y ocultismo muy grandes. Ya sabes que muchos de los antiguos y de los departamentos fuertes, son muy pro a esta familia y pase lo que pase van a estar ahí.

—Me lo imagino.

—Susan me dijo cuando llegó que cualquier llamada o aparición de los medios por aquí, no los atendiésemos y dijésemos que no sabíamos nada.

—Yo lo pensé, lo mismo vienen a husmear por aquí.

—Nos tendremos que poner guapas —bromeó haciéndome un guiño.

—¿Y cuando no estás guapa? —Volteé los ojos—. A mí todo esto me tiene por los suelos. Ha sido levantarme y ya estoy de malhumor conmigo misma. La verdad es que esta mañana eché de menos el despertarme en el camping, aquello me da una paz…

—Yo sigo insistiendo en que eso tiene que ver con Valentino, creo que tu cabeza es ahora mismo una batidora y no te deja ver con claridad, pero tú sientes por ese hombre, lo que pasa es que te perdiste tanto con el otro que no te deja dar paso a lo nuevo que te está pasando.

—Vaya película te estás montando. Conozco a Valentino desde hace mil y siempre dije que era un bombón, pero hasta ahí. Yo siempre tuve muy buena relación, es verdad que ahora somos más maduros y que estamos pasando más tiempo solos, pero como dos amigos.

—No vayas este fin de semana a verlo y demuéstrate que es cierto lo que dices.

—¿Y por qué no voy a ir, si yo allí estoy a gusto, desconecto y con él me lo paso bien? —Ladeé la cabeza en tono reproche.

—Para ponerte a prueba. Tú dices que no estás sintiendo cosas por él, y Lola y yo decimos que sí con rotundidad y seguridad. Si tanto puedes vivir sin Valentino, no vayas este fin de semana y demuéstrate que puedes pasar sin verlo.

—Para ti. —Le hice un corte de mangas y me dirigí hacia el baño mientras escuchaba la carcajada que le había producido mi gesto.

¿De verdad pensaban que yo me estaba enamorando o sintiendo algo más que una amistad por él, cuando mi corazón estaba por los suelos por Jorge y era incapaz de gestionar todo lo que estaba pasando?

Era la una de la tarde cuando saltó la noticia de que Jorge ya había estado ante el juez, quien había decretado prisión provisional hasta el juicio, dado

que por los testigos tenía suficientes indicios que lo implicaban en la desaparición que él mismo denunció.

Al salir del trabajo, nos encontramos con un mar de preguntas de los medios, mientras nosotras intentábamos avanzar hasta los coches, en mi caso, hasta el de mi padre que me esperaba mal aparcado para estar bien cerca.

—Hija, qué revuelo.

—Sí, papá. —Le di un beso en la mejilla antes de ponerme el cinturón y salir de allí.

—El juez dice que tiene claro que él está implicado.

—Sí, eso parece.

—Bueno, espero que no salpique mucho a la empresa y desaparezcan pronto los medios.

—Cuando vean que no nos van a sacar ni una palabra.

—Por cierto, esta tarde recogemos tu coche. Me lo han confirmado hace un rato.

—¡Bien! —Aplaudí emocionada.

Me hacía muchísima ilusión tener un coche a pesar de que eso nunca había entrado en mis planes. Desde que me saqué el carné, siempre había soñado con tener uno, aunque fuera viejecito, pero ahora sorprendentemente iba a tener uno nuevo regalo de mis padres.

Mi madre había preparado una pasta que le quedaba siempre riquísima y también había hecho unas empanadillas de atún con huevo que eran las favoritas de mi hermano y mías.

Por momentos se me hacía extraño el ver a todos tan bien conmigo, parecía que jamás habíamos tenido esos malos rollos que vivimos durante mucho tiempo. Me alegraba vivir esto así, porque en el fondo y aunque me lo intentaba negar, los eché mucho de menos como familia.

He de decir que con mi padre tenía una cosita más especial y a este lo veía más pendiente de mí que mi madre. Obviamente cada uno era un mundo.

Me tumbé un rato en la cama para descansar y justo cuando iba a dejar el móvil sobre la mesita de noche, me entró un mensaje.

Valentino: *Buenas tardes, mi surfista favorita. ¿Te dan al final hoy el coche?*

Eliana: *Hola, bombón. Sí, a las seis vamos a recogerlo.*

Valentino: *Pues entonces, espero que me des alguna sorpresa en estos días antes del fin de semana.*

Eliana: *Por supuesto, me daré una vueltecita por allí y lo mismo hasta me quedo un día.*

Valentino: *Eso quería oír, solo es lunes y ya se me está haciendo la semana muy larga.*

Eliana: *¡Ay que mono! Si es que te tengo que querer.*

Valentino: *Hombre, faltaría más. Por cierto, envíame luego una foto con tu coche.*

Eliana: *Eso está hecho. Muaak.*

Valentino: *Cuídate, me haces mucha falta. Besos.*

Uf, ¿me había dicho que le hacía mucha falta? Hasta sin aire me había dejado. Me abracé a la almohada y me salió un suspiro fuerte.

No dormí ni una hora, pero me vino genial. Tomamos un café antes de dirigirnos al concesionario en el coche de mi padre.

Una vez nos entregaron las llaves, mi hermano se montó conmigo y seguimos a mi padre hasta una heladería muy famosa de la ciudad.

Antes de sentarme a tomar el helado, mi hermano me tiró una foto con el coche y se la mandé a Valentino.

Valentino: *Estás preciosa y se te ve esa sonrisilla de tener ya lo que tanto has deseado. ¿Cuándo me lo vas a enseñar?*

Eliana: *Cuando tomemos el helado vamos a ir a un centro comercial y luego cenaremos en una pizzería, pero mañana prometo ir a verte.*

Valentino: *¿Te quedarás conmigo?*

Eliana: *Vale, llevaré ropa para ir a trabajar directamente.*

Valentino: *Te adoro, mi surfista favorita.*

Eliana: *Y yo a ti, precioso.*

Después del helado nos fuimos al centro comercial y mis padres nos compraron un montón de ropa a mi hermano y a mí. Se les veía de lo más felices consintiéndonos y a nosotros dejándonos mimar.

Luego de una tarde de compras nos fuimos a cenar las *pizzas* antes de regresar a casa.

Me acosté pensando en Jorge y en qué lo llevó a hacer algo así, sabiendo las consecuencias que tendría todo y lo inhumano que era ese acto.

Dolía pensarlo, demasiado, lo peor de todo es que tenía sentimientos por un extraño que conocía de hacía dos días como quién dice. Parecía una locura que todo esto me pudiera estar pasando a mí.

Capítulo 25



La mañana en las oficinas había sido un tanto estresante y es que los medios no dejaban de llamar e irrumpir el trabajo. Las noticias hablaban de que el padre de Jorge y sus abogados estaban trabajando en la defensa con otro bufete muy importante de Londres al que habían contactado para buscar una mayor estrategia.

Cuando salí me dirigí hacia el camping, ya que como había quedado con Valentino, llevaba en el coche una bolsa con las cosas para cambiarme al día siguiente e ir a trabajar directamente.

Aparqué el coche en su parcela y vi cómo estaba preparando la mesa. Sonrío dirigiéndose a mí.

—No se puede ser más bonita —dijo abrazándome.

—Gracias, guapo. ¿Qué tal?

—Bien. —Asomó su cabeza por la ventanilla del coche para echarle una ojeada—. No le falta detalle.

—Ninguno. —Sonreí feliz.

—Es muy bonito y perfecto para ti. —Cogió mis cosas para meterlas hacia dentro—. Ya tengo la mesa puesta.

—Ya veo y comida mexicana, me muero. —Me puse las manos en el pecho y comenzó a hacérseme la boca agua.

Había hecho fajitas, nachos con queso y carne picada, salsa de pico de gallo y otra de guacamole. No faltaba detalle.

Todo estaba riquísimo y yo no dejaba de gemir, eso le hacía sentir orgulloso de la buena mano que había tenido elaborando esos platos. Se lo dije infinidad de veces y es que jamás había probado una comida mexicana tan buena como la que había hecho él.

Después de comer nos fuimos a echarnos un ratito y es que nos habíamos aficionado a las siestas juntos, bien es cierto que yo la solía dormir en casa, pero con él era otra cosita.

—Estos dos días he echado de menos tu sándwich —dijo poniendo su mano en mi muslo y apretándolo.

—El día que te eches novia no le dejes que te lo haga, que esto es exclusivo mío.

—¿Para qué quiero una novia si te tengo a ti?

—No sé, hijo, tampoco te vas a llevar toda la vida con la manita. —Reí tapando mi cara con su pecho.

—Bueno, podemos llegar a hacer algún que otro acuerdo. —Besó mi frente.

—Te estás pegando más de lo normal —murmuré riendo sobre su pecho.

—Solo me he girado para quedar justo en frente de ti.

—Valentino…

—Dime —murmuró mordisqueando mi labio y a mí me entró un cosquilleo por el estómago.

—¿Me estás besando?

—Ahora, sí —me dio un pico fuerte—, antes solo te mordisqueaba.

—Valentino…

—Dime. —Volvió a besarme y mordisquear mi labio.

—Si ocurre algo entre nosotros se romperá la amistad, siempre pasa.

—¿Crees que yo soy como los demás? —murmuraba desde mis labios con los que no dejaba de juguetear con los suyos.

—No, la verdad es que no. —Sonreí nerviosa antes de que los dos entrelazásemos nuestras lenguas y nos dejásemos llevar por una tensión que estaba bastante latente y al límite.

Madre mía lo que tenía escondido Valentino, y no lo digo por su atributo, que también, la vida había sido muy generosa con él en ese sentido, sino me refiero a ese cuerpo fibroso donde la V abdominal era un choque visual de lo más peligroso, lo había visto en bañador pero así de cerca y desnudo, ni en mis mejores sueños imaginé la perfección de un cuerpo al que le acompañaba una piel preciosa y con un bronceado perfecto, consiguiendo así que fuera una verdadera provocación para cualquier ser que lo apreciara.

Jugó con mi cuerpo como el que estaba disfrutando de un helado que lame tranquilamente para que le dure más. Por momentos sentía que iba a explotar de placer, me dejé llevar por su juego hasta culminar en el orgasmo más intenso que había tenido en mi vida.

Esperó unos segundos a que mi respiración se restableciera antes de penetrarme lentamente mientras me miraba con una sonrisilla de pícaro que no podía con ella.

Comenzó a moverse cada vez más rápido y sin dejar de mirarme mientras me sonreía y me decía en voz bajita que era preciosa. Me sentía tan cómoda que se me olvidó el mundo por completo.

Después de habernos dado el revolcón del siglo, le hice un sándwich, lo rodeé con mi mano y nos quedamos dormidos.

Un ruido muy cercano nos despertó y Valentino se levantó para mirar por la ventanilla, pero eran unos niños que habían dado un pelotazo en la cancela de las pistas que había a un lado.

—Aprovecha que ya estás levantado, y ve haciendo los cafelitos —le dije riendo.

—Se dice ve haciendo los cafelitos, amor. —Carraspeó.

—¿Amor? ¿No puedo llamarte bombón? —Le saqué la lengua desde la cama.

—Tú puedes llamarme lo que quieras, amiga.

—¿Te follas a todas tus amigas?

—Te vas a quedar sin café —me advirtió riendo mientras me ponía la camiseta de tirantes por encima a modo vestido.

—No serías capaz de hacerme eso.

—¿Lo ves? Me conoces para lo que te conviene.

—Te ha dolido mi pregunta, por algo será. —Carraspeé pegándome a su lado.

—Eres muy enana para esa chulería. —Removió mi pelo.

—Te vas a salvar porque eres un crac en la cama. —Me reí abrazándolo.

—Menos mal que me dices algo bonito. —Me dio la taza del café y un «gitanito», que era una bollería que me volvía loca.

—¿Uno solo? —Puse puchero.

—Toma. —Puso la caja en mis manos mientras se reía.

—Así me gusta. —Le hice una burla y salí hacia fuera para sentarme a merendar.

—Estaba pensando que si te apetece salir a cenar a la ciudad esta noche podemos ir sin problemas.

—No, no, quita, quita, con lo bien que se está aquí. Ahora vamos al súper y compramos lo que falte para poder preparar unos sándwiches de pollo, que —Vale, vale, yo era para que no te agobiaras ni tuvieses que cocinar.

—¿Agobiar? No sabes lo que dices. —Le di un bocado al «gitanito» y me salió un gemido de placer tan grande que le saqué una risilla a Valentino.

Después de merendar fuimos al supermercado andando ya que estaba muy cerca de su parcela. Compramos un poco de todo para hacerlo y cogimos una caja de helados de cucurucho de nata y fresa.

Regresamos a dejar todas las cosas y bajamos a la playa a darnos un bañito antes de ponernos a preparar la cena.

Valentino no dejaba de abrazarme y propinarme un montón de besos, por no hablar de las veces que me apretaba con fuerza la nalga y me amenazaba con que esta noche no me iba a librar.

—¿Y quién te dijo a ti que quiera librarme? —Me reí antes de darme otra zambullida.

Después de un buen rato en el agua nos fuimos hacia la parcela para preparar los sándwiches y cenarlos viendo la puesta del sol.

—Pues tienes razón, sí que está riquísimo.

—Te lo dije. —Sonreí—. Lola es fanática de mis sándwiches.

—La entiendo a la perfección. Por cierto, les va genial a las dos juntas.

—Ya te digo, se complementan muchísimo. Me están sorprendiendo gratamente.

—A Lola se le ve muy cómoda, más que con otras personas con las que estuvo.

—Sí, sí, la realidad es que con ella está feliz de verdad, como si le aportase todo lo que necesita.

—Así vamos a estar nosotros cuando quieras ser mi compañera de vida. —Sonrió fijando su mirada en mí.

—¿Tu compañera de vida? Define eso. —Arqueé la ceja mirándolo mientras sostenía el sándwich en mi mano.

—Cuando tú te des cuenta de que no puedes vivir sin mí y quieras venirte aquí a esta vida de libertad. Y no me digas que te defina esto último que te conozco, a mí no me lías —dijo produciéndome una risa porque era precisamente lo que iba a decir.

—¿Y si no me doy cuenta?

—Hoy me habló tu corazón y ese, tarde o temprano te hablará a ti. —Su tono era de seguridad—. Tu cabeza por todo lo vivido aún no te deja dar paso a nuevos ciclos, pero tu corazón está indicando otra cosa.

—Esto es como lo de Jorge, todos lo veíais menos yo, contigo pasa lo mismo, esto mismo me dicen las chicas y yo como que no me lo quiero creer. Sé que me atraes un montón y que contigo me siento infinitamente cómoda, pero no sé, tengo tantas sombras que me apagan que no veo más allá de una barrera, no sé si me explico.

—Perfectamente, y hoy has derribado un poco de esa barrera.

—Sí, eso sí —reconocí sonriendo—. Ahora mismo no me siento en mi mejor momento. Aún me hago muchas preguntas que ni me debería de hacerme. Imagino que necesito tiempo.

—Tienes todo el del mundo, me conformo con ser esa comodidad que te hace sentir bien a mi lado. —Me hizo un guiño.

—Vales mucho, en serio te lo digo.

—Tú más, preciosa, que nunca nadie te haga dudar de ello.

Valentino era esa persona correcta que jamás te presionaría ni exigiría nada, él estaba de corazón, pero obviamente yo notaba que estaba sintiendo cosas por mí, al igual que yo, que, aunque no lo viera o reconociera, era consciente de que, si no hubiera ahí una chispa, no hubiera pasado lo de hoy.

Estuvimos charlando un buen rato después de la cena y luego nos fuimos a la cama donde de nuevo, explotó la pasión y tensión que se iba acumulando rápidamente entre nosotros. Parecía como si tuviéramos un imán.

Tuvimos un precalentamiento que hizo hasta saltar chispas por los aires. Sabía cómo llevarme al límite y hacerme sufrir hasta llegar a un clímax increíble. Con Valentino estaba conociendo el frenesí en todo el concepto de la palabra.

Capítulo 26



—No quiero irme —protesté entre sus brazos cómodamente y con el deseo de quedarme.

—Siempre puedes regresar después del trabajo y encontrarte otros platos más atractivos que los mexicanos.

—Eso dudo que suceda. —Me reí—. Para empezar, me voy a tomar un café y durante la mañana voy viendo.

—Ya te has aburrido de mí. —Puso cara de tristeza.

—¡No!, para nada. —Lo abracé de nuevo—. Solo es por mi familia, ahora que estamos bien no quiero desaparecer todos los días.

—Lo entiendo, ven cuando quieras, siempre te estaré esperando —dijo dándome un beso y levantándose para tomar el café conmigo.

Después del café nos despedimos a pie de mi coche con un beso de lo más acalorado, con él tenía la tensión disparada en todo momento.

Durante el camino sonreí pensando en los momentos que estaba viviendo, pero cuando me acordaba de Jorge, de nuevo me entristecía por completo.

Llegué a las oficinas, y por la cara de Rebeca, parecía que me estaba esperando para darme una noticia. Y no me equivoqué, tras darme el beso y los buenos días soltó la bomba.

—Dime que has visto todas las noticias.

—No, lo que sí los periodistas están en la puerta dando por saco aún. Yo he entrado con los cascos a toda voz y mirando hacia el suelo.

—¿¡No sabes nada!?

—¡No! Joder, suelta que me estás poniendo nerviosa.

—¿Qué es lo último que sabías?

—Que el padre de Melissa acusa al padre de Jorge de no ponerse a favor de la víctima, y que la relación tan cercana que tenían las familias ahora es de lo más tensa.

—Pues agárrate las bragas.

—¡Dime! —exigí.

—Melissa despertó del coma y soltó lo más grande por su boca.

—¿¡Qué dijo!?

—Que la secuestraron y viendo que no pudieron sacarle las claves bancarias uno la tiró por el barranco. Ahora la policía entiende todo, ya que el que la tiró según descripción se parece a Jorge, pero no lo es, es un autóctono de la isla. Jorge ha sido liberado de manera inmediata y está muy enfurecido con la familia de Melissa por las presiones y acusaciones que vertieron en su contra.

—Lo sabía, él no era —dije secándome las lágrimas—. Nunca lo quise creer.

—Pues todos fuimos tan injustos que lo creímos.

—Puede ser lo calculador y ambicioso que quieras, pero no por eso se le puede acusar de asesino por la descripción de unos testigos. ¿Y cuándo fue todo esto? Allí es de madrugada.

—Ayer, por lo visto fue ayer y aquí saltó la noticia a primera hora de esta mañana por el cambio de horario. De todos modos, no ha sido hasta que él apareció delante de los medios una vez excarcelado, que se tuvo conocimiento de lo que había pasado por las explicaciones que el abogado de este dio. A él le preguntaron si iba a ir al hospital para ver a su mujer.

—Hombre, no se va a ir hacia el aeropuerto para coger el avión.

—Pues aquí te equivocas. Su respuesta fue que no es momento de ir a tierras hostiles y sí de estar con los que estuvieron a su lado como era su familia.

—Claro, toda la familia de Melissa fue muy cruel con él y sus padres.

—Evidentemente, estos echaron mucha leña al fuego y eso Jorge no lo perdona, además dejó entrever que todo sucede por algo, comentario que llevó ahora a los medios a hablar de una inminente separación.

—Y mientras todo esto pasaba yo estaba follando como una loca con Valentino —murmuré con tristeza.

—¿¡Has caído!? —preguntó mirándome incrédula.

—Hasta las cejas…

—Ole tú, ole tú. —Me agarró la cara y comenzó a besarme la frente con euforia.

—Pues ahora me siento culpable.

—¿Tú eres tonta? ¿Qué tienes que ver con lo que le pasa a Jorge? Él se casó y se fue de luna de miel con ella. Basta ya de sentirte culpable cuando él se rio de todo el mundo.

—Yo lo amo con todo mi corazón.

—Y por Valentino sientes ilusión y pasión por mucho que no lo reconozcas. Mira cómo al final has caído. Quítate la venda que tienes con Jorge, que vale que no es ningún criminal, pero tampoco es lo que te mereces como hombre.

—Qué fuerte todo —murmuré mientras revisaba el correo de trabajo por si había algo urgente.

El ambiente en las oficinas ya era otra cosa y se veía el entusiasmo y ánimo por todos los rincones, se notaba que celebraban que Jorge había salido ileso de todo este sinsentido que fue que lo intentaran acusar de algo tan fuerte. La verdad es que en la empresa lo querían mucho porque mala persona no era, otra cosa que la ambición le pudiera.

Mi padre me mandó un mensaje cuando se enteró de la noticia y me dijo que se alegraba mucho de que todo esto no hubiera salpicado a la empresa.

Cuando salí del edificio los medios volvieron a acosarme con mil preguntas. De nuevo llevaba mis cascos y solo me limité a sonreír, como si estuviera muy feliz con la noticia.

Me sorprendió que en toda la mañana Valentino no me hubiera mandado ni un solo mensaje y algo me decía, que las noticias sobre Jorge mucho tenían que ver.

Comí con mis padres mientras veíamos las noticias, y todo indicaba que, una vez le habían devuelto a primera hora de la mañana el pasaporte, Jorge estaba preparando su salida inminente de la isla.

Me tumbé en la cama y después de pensarlo mucho y borrar mil veces el mensaje, al final me decidí a mandárselo.

Eliana: *Buenas tardes, precioso. ¿Qué tal el día? ¿Me has echado un poquito de menos?*

Valentino: *Buenas tardes, mi surfista preferida. Pues la verdad es que ha sido un poco raro. Reconozco que la noticia de Jorge me ha afectado más de lo que imaginaba. Al final nos equivocamos todos menos tú, sé que en el fondo nunca nos creíste.*

Me dio tanta pena leer el mensaje que me levanté de la cama, preparé una bolsa y le dije a mis padres que me iba de nuevo al camping, cosa que se alegraron, ya que sabían que me hacía mucho bien y ellos eran pro-Valentino.

Ni le contesté, lo dejé en visto y seguramente se estaba comiendo el coco. Arranqué el coche y me dirigí hacia la carretera que me llevaba hasta el camping. Seguro que se quedó rayado y pensando que no le quería contestar. Obviamente no había arrancado de mi corazón a Jorge, pero que tampoco iba a dejar de lado a Valentino ni le iba a hacer sentir que ya no me importaba.

Llegué a su parcela y vi que la puerta de la autocaravana estaba cerrada, eso quería decir que estaba en el club. Dejé el coche dentro aparcado y me dirigí hacia la playa.

Lo vi de lejos sentado en la barra del chiringuito tomando un café. Estaba pensativo mirando hacia abajo.

—Un espresso, por favor —le dije al camarero cuando me puse al lado de Valentino, que no se percató de mi presencia hasta que escuchó mi voz y levantó la cara saliéndole una preciosa sonrisa de haber tenido una feliz sorpresa. Le hice un guiño y me rodeo pegándome a él que estaba sentado para colocarme entre sus piernas

—Qué sorpresa más buena.

—No me acosté contigo porque él fuera un criminal, lo hice porque lo sentí, y eso que nada ni nadie te lo haga dudar.

—¿Sabes que eres la mejor mujer que he conocido después de mi madre?

—Ya me cae mal, con lo bien que me caía —bromeé—. Gracias, Valentino.

—Dime que te quedas.

—Obvio. —Sonreí.

—Te adoro. —Me volvió a abrazar.

—Gracias —dije al camarero que acababa de dejarme el café sobre la barra.

A Valentino se le había transformado la cara en felicidad y no me soltaba, aún seguía entre sus piernas tomando mi café y llenándome con la de innumerables besos que me estaba propinando.

Terminamos de tomarlo y nos dirigimos al club por el que pasó para verificar que todo estaba bien antes de darnos un bañito ya que el calor apretaba muchísimo. El agua estaba buenísima y en este lado era como un plato.

—No sabes lo contento que me has puesto, preciosa. —Me pellizcó la mejilla antes de darme un beso.

—Pues eso es lo que quiero, que estés contento y no pienses en pajaritos.

—Yo solo quiero ahora mismo estar contigo —me confesó y a mí me entró un cosquilleo por el estómago.

—Te voy a comer, te voy a comer —le dije pellizcando sus mejillas y comenzando a darle un montón de besos.

—Soy consciente y realista de que él te dejó muy tocada, pero hay algo que me dice cuando estamos juntos, que conmigo estás creando un vínculo más allá de lo que lo habíamos tenido hasta ahora.

—Sí, siempre hemos tenido una bonita amistad a pesar de que hay épocas en que no nos hemos visto, pero ahora hemos ido más allá y te prometo que a mí me has hecho mucho bien, es verdad que no lo he olvidado, pero que nunca te he cogido como una opción, sino porque estoy viviendo algo muy bonito contigo.

—Abrázame muy fuerte, enana, hoy me siento más débil y te necesito mucho.

—Yo también a ti, cariño…

Llegamos a la parcela con un calentón que nos llevó a ducharnos juntos y desfogar toda la tensión que habíamos acumulado en la playa, que, si llega a haber sido de noche, allí mismo la hubiésemos liado en el agua.

Preparamos una tosta grande para cada uno de queso para untar con virutas de salmón ahumado y aguacate que estaba riquísima. La disfrutamos un montón acompañándola con una copa de vino blanco, también picoteamos unas patatas chips.

Capítulo 27



Miré la hora en el móvil y era temprano aún. Valentino dormía plácidamente y yo no pude contener la tentación de meter mi mano por debajo de su bóxer, no tardó en dibujársele una sonrisa y que su miembro reaccionara rápidamente.

Metí mi cabeza debajo las sábanas y le bajé el bóxer, hoy me tocaba a mí darle una buena alegría.

Lio el pelo en su mano comenzando a dirigirme marcando mi ritmo y eso a mí me excitó aún más, motivo que me llevó a lamer con más intensidad.

Nada más culminar se levantó y entró en el baño para asearse, cuando terminó volvió a meterse en la cama y entonces fui yo la que toqué de nuevo el cielo con las manos. ¡Qué manera de tocarme!

Tomamos un café después de una buena ducha y nos despedimos hasta el día siguiente que regresaría y ya me quedaría hasta el domingo, aunque el viernes tendría que ir a trabajar.

Llegué a las oficinas y por fin los medios habían desistido de nosotros viendo que poca información les íbamos a blindar y, mucho menos, pronunciarnos en nada.

Lo primero que me di cuenta es de que Rebeca estaba muy seria y al acercarme esta vez fui yo la que primero la besó.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Lola me ha fallado —murmuró con tristeza a punto de romper a llorar.

—¿Cómo que te ha fallado? No entiendo nada.

—Me dijo que el viernes iba a una cena con sus primas, pero ayer la pillé hablando por mensajes con Chus, me puse detrás y ella no se dio cuenta. —No pudo reprimir las lágrimas—. Era con él con quién tenía la cita el viernes y los mensajes precisamente no eran fríos. —Tragó saliva.

—No me lo puedo creer. —Le acaricié los hombros—. Jo, no me lo esperaba de Lola, se le veía muy bien contigo.

—Se han reído de mí los dos.

—No creo que haya sido así exactamente.

—Entiendo que no te pongas en mi lugar.

—No digas eso, claro que me pongo, solo que me extraña que lo hayan hecho malintencionadamente, estoy convencida de que él la contactó y ella está cayendo. Obviamente es una guarrada por su parte.

—Y encima se indignó por haber leído su conversación privada. Estábamos en su casa, y cuando vi que hacerse la víctima era su defensa, cogí mi bolso y me marché.

—¿No te ha escrito ni llamado?

—No, y estuvo hasta bien tarde conectada y desde bien temprano esta mañana.

—Ya le vale a Lola, ya le vale —dije enfadada y sintiendo que había hecho las cosas muy mal.

Me daba pena ver a Rebeca tan triste y pasando este momento tan malo, aunque estuve de lo más cariñosa y atenta con ella, era obvio que nada calmaría ese dolor que sentía.

La mañana se hizo eterna. Nos despedimos a la salida y me dirigí en coche hacia mi casa. Mi padre me había adelantado por mensajes que habían hecho cordero al horno con patatas fritas para comer y a mí eso me volvía loca.

Mi hermano soltó en la mesa que había quedado para ir al cine con una amiga y por su tono supimos que era algo más de eso, mucha risa por aquí y por allá, pero no soltó ni prenda, solo decía que el tiempo nos daría todas las respuestas.

Me tumbé un rato en la cama y estuve mensajeándome con Valentino que no dejaba de sacarme una risa tras otra, la verdad es que era el único capaz de hacerme desconectar de mis pensamientos con Jorge.

Luego hablé con Lola que solo se limitó a decir que ella no había hecho nada malo y que si venía departe de Rebeca estaba perdiendo el tiempo. Estaba de lo más estúpida y decidí pasar de ella. Demasiado a la defensiva y cuando se ponía así, se volvía insoportable.

Por la tarde salí con mis padres a dar un paseo por el centro de la ciudad que estaba de lo más animado y aprovechamos para hacer alguna comprita de ropa ya que ellos estaban de lo más generosos, cosa que aproveché, para qué iba a mentir.

Cenamos en una freiduría de pescado frito donde pidieron un gran surtido que acompañamos con unas cañas. La noche estaba preciosa y mis pensamientos volaban en ambos lados. ¿Era posible estar enganchada a dos hombres a la vez? Sinceramente me culpabilizaba de eso, pero yo no tenía culpa de que todo se hubiera rodado de esta manera.

—Hija, cómo te encuentras de lo de ese hombre —me preguntó mi padre ya que ellos estaban al tanto de todo.

—Pues no consigo arrancarlo de mi cabeza, pero estoy ahora muy cómoda y bien con Valentino, me está ayudando mucho. Creo que todo es cuestión de tiempo.

—Valentino es un buen hombre —murmuró—, pero sea dónde sea, sé feliz, es lo único que deseamos.

—Gracias, papá.

Ellos estaban demostrando estar a la altura y aún me seguían sorprendiendo, pero me era muy reconfortante tenerlos ahí comprendiendo cada uno de mis momentos.

Regresamos a casa y me acosté en la cama para hablar con Valentino un ratito.

Eliana: *Hola, precioso. ¿Me has echado de menos?*

Valentino: *Hola, mi surfista preferida. Estaba deseando leer un mensaje tuyo. No quise escribirte para no irrumpir la velada con tus padres. Por supuesto que te he echado de menos.*

Eliana: *Les he dicho a mis padres que mañana me voy al camping hasta el lunes y me han contestado que me vaya todo el tiempo que quiera y disfrute del verano, que me lo merezco.*

Valentino: *Ya estás tardando en hacer las maletas, jajaja.*

Eliana: *Hombre, tanto como eso no, pero vamos que me llevaré bastante ropa por lo que pueda pasar.*

Valentino: *Al final te quedas a vivir conmigo, lo estoy viendo.*

Eliana: *Qué manera de arruinarte la vida, jajaja.*

Valentino: *Sería lo mejor que me podría pasar. Tú quédate conmigo que yo me encargo de hacer de tus días grandes momentos.*

Eliana: *Si me dices cosas así, es que ni me lo pienso.*

Valentino: *Vente esta noche.*

Eliana: *¡Estás loco! Tengo que prepararlo todo. Me voy a poner el despertador una hora antes para dejar en el coche todo listo cuando me vaya a trabajar.*

Valentino: *Se me van a hacer las horas interminables.*

Eliana: *No será para tanto. ¿Qué me vas a hacer de comer mañana?*

Valentino: *No lo había pensado. ¿Qué te apetece comer?*

Eliana: *A ti, pero mejor te dejo de postre. Lo que hagas seguro que me gustará.*

Valentino: *Hago un pollo con patatas al horno muy rico.*

Eliana: *Pues no se diga más.*

Valentino: *Y lo acompañaré con una salsa alioli.*

Eliana: *Me encanta el alioli.*

Valentino: *Entonces descansa que mañana madrugas. Te espero con los brazos abiertos, mi enana.*

Eliana: *Con ganas de verte. Besitos.*

Valentino: *Besitos, cariño.*

Dejé el móvil sobre la mesita de noche y me abracé a la almohada. Estaba feliz de irme unos días con Valentino porque me hacía más bien del que él pudiera imaginar.

Viendo que no podía conciliar el sueño me levanté y preparé las dos bolsas grandes con mi ropa y productos personales y así me lo ahorraba de hacer por la mañana y podía apurar más tiempo en la cama.

Sentía que mi mundo estaba a medias, pero que iba por mejor rumbo.

Capítulo 28



Jueves por la mañana y la semana se me estaba haciendo larga de narices.

Tomé un café con mi padre y luego me acompañó al coche a llevar todas mis cosas. Nos despedimos quedando en vernos en principio el lunes, mientras tantos iríamos hablando por teléfono.

Rebeca seguía cabizbaja y le di un abrazo al verla. No tardó en comentarme que no tenía noticias de Lola y que esta parecía haberse olvidado de todo lo que habían vivido en tan poco tiempo. Me partía el alma verla así.

Estuvimos toda la mañana de lo más entretenidas preparando la agenda de la semana siguiente de Jorge ya que nos habían comunicado que se incorporaba el lunes a su puesto y eso me había puesto de lo más inquieta. Por lo visto llegaba a España al día siguiente.

A la hora de la salida le propuse a Rebeca que luego se pasara por el camping y nos dábamos un bañito en la playa, pero me dijo que se lo pensaría. No había manera de animarla ni lo más mínimo, lo estaba pasando francamente mal y yo la entendía bastante, lo que no comprendía era ese cambio de Lola que me había dejado de lo más loca.

Cuando llegué al camping, Valentino ya me esperaba con el pollo con patatas sobre la mesa que estaba preparado al más mínimo detalle.

—Madre mía qué pinta más rica, se me hace la boca agua. —Saqué mi móvil y le tiré una foto para mandársela a mi padre. Realmente, aunque entre todos estaba la cosa bien, con él me sentía más yo, más tranquila, me daba como más confianza.

—Cámbiate y ponte cómoda. Voy sacando los refrescos.

—Sí, sí, buena idea.

Me puse el bikini y me eché por encima una camiseta larga de tirantes, era lo que más me gustaba usar para estar por aquí.

—El lunes se incorpora el jefe —murmuré mientras comíamos.

—Ya he escuchado en las noticias que llega mañana.

—Sí.

—¿Y qué tal lo llevas?

—Pues un poco inquieta, pero cada vez más contenta de estar en este camino. De verdad que no te imaginas el bien que me haces.

—¿Tanto como para que no me dejes por él?

—Tanto como para no dejarte por nadie. —Le hice un guiño y él esbozó una preciosa sonrisa.

—Vivo el momento y con ello espero dejarte muchas huellas.

—Cuando te pones profundo me dejas sin palabras y eso es difícil.

—Sale todo lo que provocas en mí.

—Valentino, ¿qué te pasa? —Me reí.

—Que me encantas, ¿te parece poco?

—No, no, pero estás tan sensible.

—Es que no te imaginas lo que te eché de menos esta noche. Todo me parecía súper vacío sin ti y te echaba mucho en falta. Has puesto mi vida patas arriba.

—Pues anda que tú la mía…

—Por cierto, ¿cómo está Rebeca?

—Fatal, mal pero mal, le he dicho que se venga esta tarde, pero no creo que lo haga porque está tan cabizbaja que dudo que se quiera mover de su cama.

—¿Te volvió a hablar Lola?

—No, que lo haga cuando quiera, yo paso de estar encima de ella, está a la defensiva y diciendo tonterías. Me da mucha rabia verla así.

—Sí da rabia, sí, porque Lola es muy buena niña, pero creo que está un poco desubicada últimamente.

—¿Desubicada? Lo que está es irreconocible. Tanto que me riñe a mí por los modales cuando salimos juntas y mira las que lía.

—¿Te riñe? —Arqueó la ceja.

—Cuando conocimos a Chus y Jorge que nos invitaron a consumiciones a través del camarero, yo con la broma pedí una racioncita de más y no dejaba de llamarme descarada. Realmente les estuve gorroneando toda la noche, pero yo lo hice por una gracia.

—Tú no tienes maldad ni, aunque te entrenes. —Sonrió.

—Y es eso, a mí me riñe en público y es que ella las hace matando por detrás. Mira es que un sol de niña y la quiero como si fuera mi hermana, pero me saca de quicio a veces y reconozco que me da mucha pena Rebeca que no tiene maldad ninguna. Que por un lado lo pienso y Lola puede hacer con su vida lo que le dé la gana, pero es que le creó muchas ilusiones.

—No te hagas mala sangre.

—Ya, ya, si estoy bien, solo que todo a la vez no, por favor.

—Mira lo que has ganado, a tu familia que ahora están ahí para todo por ti.

—Mi padre sí es el que me tiene flipando, está conmigo como si tuviera a su lado a la niña chica de sus ojos.

—Lo mismo nunca dejaste de serlo, bueno, lo mismo no, segurísimo que siempre te vio así, lo que pasa que pasasteis unos años de guerra.

—Normal, si es que el único que tenía derechos era mi hermano, yo parecía la Cenicienta de la casa.

—No seas exagerada, el problema es que ellos quizás te quisieron sobreproteger, pero al tú plantarles cara, al final terminasteis en ese conflicto que estoy seguro de que nadie deseaba.

—La guerra duró más que la mundial, un poco más y nos hablamos en el lecho de muerte de uno de nosotros.

—Qué bruta eres. —Se reía—. Por cierto, esta mañana estuve en la plaza y en el supermercado de la ciudad. Esta tarde quiero dejar varias comidas hechas.

—Me apunto, me gusta el plan.

—Compré una carne picada y preparé las bolitas de albóndigas que ya tengo rebozadas para freírlas y hacerles la salsa de tomate.

—Qué rico, me encantan.

—He comprado una dorada grandísima para hacerla al horno con verduras y patatas.

—Mola, sigue sorprendiéndome.

—Voy a hacer una ensaladilla rusa grande para que tengamos para estos días y le vamos echando la mayonesa conforme la vayamos comiendo para que dure más.

—¿Algo más?

—Compré cuatro calamares gigantes para rellenarlos y hacerlos en salsa.

—Todo me gusta. —Sonreí feliz—. Los calamares, deja que los rellene yo, *porfi*.

—Vale, he comprado varias cosas para el relleno.

—¿Jamón de pavo a taquitos?

—Por supuesto.

Valentino era un hombre al que se le daba bien la cocina y todo, la autocaravana la tenía reluciente y de lo más ordenada, además de que era muy predispuesto y con una iniciativa increíble.

Después de comer me tumbé un rato a echarme una siesta y es que Valentino tenía un curso de una hora para unas personas un tanto exclusivas que pagaban un pastón para que fuese él quién se lo impartiera.

Debían de ser las seis y media cuando me desperté y lo escuché en la cocina ya preparando las comidas.

—¿Por qué no me has despertado? —Le di un beso.

—¿Y por qué debía hacerlo?

—Para ayudarte.

—Sí claro, voy a interrumpir tu descanso para que me ayudes. ¿Tan malo me ves? —Me apretó la nalga.

—Un café y me pongo manos a la obra.

—Que sean dos.

—Ahora mismo, chef.

Preparé los cafés mientras él terminaba de cocer la verdura para la ensaladilla rusa y también hacía la salsa para las albóndigas que ya había freído.

Nos lo tomamos con unas galletitas de pasta y virutas de chocolate que estaban riquísimas y que él había comprado por la mañana.

Me puse manos a la obra con los calamares que salieron deliciosos ya que lo anunciaba la salsa que ambos probamos, al igual que la que él les había hecho a las albóndigas y que le había salido de vicio.

Colocamos todo en los táperes dentro de la nevera y nos fuimos a la playa a darnos un bañito y ver el atardecer, que nos pilló dentro del agua, y es que nos quedábamos disfrutando del baño bastante tiempo.

—Quiero ver mil atardeceres contigo —dijo pegándome a su cuerpo y besándome.

—No pienso hacerlo en el agua que aún hay mucha gente.

—Acabas de romper todo mi romanticismo. —Se echó a reír.

Llegamos a la parcela y nos fuimos directos a la ducha donde nos metimos un homenaje a lo grande. Valentino era de esos hombres que me hacían temblar las piernas en cuanto sus manos se posaban en mi cuerpo. ¡Qué manera de tocar!

Traíamos tanta hambre de la playa que decidimos cenar los calamares rellenos y no contentos con eso, hasta freímos unas patatas para acompañarlos.

—Qué bueno, por favor —gemí comiéndolos.

—Te han salido riquísimos.

—Si es que tenemos una mano que deberíamos presentarnos en pareja a un concurso de esos de chefs.

—Lo que nos faltaba ya. —Reía.

La noche estaba perfecta, se estaba tan bien con el fresquito que hizo que nos quedásemos sentados hasta las doce de la noche, momento en que decidimos irnos a dormir, ya que al día siguiente trabajábamos los dos y más él que le esperaba una mañana de lo más intensa.

Le mandé un mensaje a Rebeca antes de quedarme dormida para preguntarle cómo estaba, pero debía de estar durmiendo ya que su última conexión era de una hora antes y no lo leyó.

Capítulo 29



Desperté y Valentino ya estaba preparando los cafés. Leí el mensaje que me acababa de entrar.

Rebeca: *Estoy que no estoy, esto me está superando más que cuando terminé con Chus.*

Eliana: *Ánimo, todo pasa por algo. Nos vemos en un ratito.*

Valentino me acompañó hasta el coche y nos despedimos con un beso quedando en vernos al mediodía.

Durante el camino, de nuevo me vino a la mente Jorge, aunque no había dejado de tenerlo durante todo este tiempo, bien es cierto, que con Valentino pasaba tantos momentos entretenida que me olvidaba del mundo.

Me daba mucha inquietud su incorporación, era como si el lunes se hubiera convertido para mí en ese momento incómodo que temes que llegue, pero bueno, para eso aún quedaba, todavía me tocaba disfrutar del fin de semana y esperaba que esos pensamientos se quedaran la mayor parte del tiempo apartados.

Rebeca estaba de lo más cabizbaja cuando aparecí. Me acerqué a ella y la abracé muy fuerte, tanto que no tardó en romper a llorar.

—Estoy pasándolas putas, te juro que jamás imaginé que me sentiría así. No sé lo que hizo conmigo, pero no consigo sacarla de mi cabeza. La echo tanto de menos.

—Te entiendo y me da mucha rabia cómo se está portando contigo. Como te dije, todo pasa por algo, al menos, a eso me aferro yo también para afrontar muchas cosas. Seguro que la vida te tiene preparado algo mucho más bonito.

—Paz, es lo único que quiero, ya estoy harta de creer en el amor, me estoy dando cuenta de que lo mejor es quererse a una misma.

—Estás muy decepcionada y por eso ahora todo lo ves así, pero en el fondo tienes razón, lo primero es empezar por quererse a uno mismo.

—Este fin de semana me voy con mis padres al pueblo, a ver si con mis primas me animo un poco.

—Haces muy bien, debes distraerte.

—Ellos se irán a pasarlo juntos —se refirió a Chus y Lola.

—Que se vayan dónde les dé la gana. Lola se está equivocando con ese hombre y cuando se la juegue, que mastique y trague.

—¿Y tú cómo llevas la inminente vuelta de Jorge?

—Pues mira, mal, para qué te voy a mentir. Menos mal que Valentino me está aportando ese equilibrio que necesito, estoy muy feliz con él, no por eso olvidé a Jorge, pero en esa fórmula yo no pertenezco a su ecuación, él decidió poner por delante su ambición, se fue con ella a la luna de miel por estar embarazada y ahora, aunque se separe de Melissa, yo quiero estar alejada de eso.

—A mí ella, en el fondo, me da pena por lo que le ha pasado y por perder al bebé que esperaban.

—A ella le debe doler el haberlo perdido y eso no lo pongo en duda, pero no sé a Jorge, ya que de nuevo lo pone en el lugar que él quería, al mando de la empresa y con todo suyo al cien por cien.

—Ya, eso lo he pensado, pero era su hijo, algo mal lo debe de haber pasado.

—No lo sé, sinceramente.

—Los medios ven todo desde los dos puntos; algunos le acusan de abandonar a su mujer en el hospital por lo que le hicieron los familiares de esta y otros se ponen en su lugar, después de cómo lo señalaron ven bien que él se aparte y quiera alejarse.

—Es que todo es muy relativo, pero bueno, ya sabemos que hay muchas más cosas detrás de las que no saben los medios.

—Sí, vete tú a saber lo que él piensa de todo realmente.

—Pues por eso, ya lo veremos en su día a día.

La mañana intenté animársela con bromas, chistes y todo lo que se me ocurría, pero la realidad es que estaba muy tocada, me recordaba a mí en esos días en los que lo pasé fatal con el enlace de Jorge o cuando se marchó de luna de miel con ella.

Nos despedimos hasta el lunes y me dirigí hacia el camping donde estaba ya Valentino preparando la mesa mientras me recibía con un beso y la mejor de sus sonrisas.

—¿Qué tal la mañana?

—Animando a Rebeca y aguantando un dolor de pies increíble. Al final voy a tener que renunciar a ponerme estos zapatos con lo que me gustan.

—Será que son un poco altos.

—No, no, ¡será por tacones!, anda que no estoy acostumbrada a usarlos con más centímetros. Son estos que no me irán bien o no serán muy buenos, aunque me costaron sesenta euros en rebajas.

—Yo te regalo otros.

—¿Qué dices? Tengo más, no es por eso. —Me reí negando.

—¿Y si te los quiero regalar?

—Pues agradecida, pero sinceramente no me hacen falta y al verano le quedan pocas semanas. Mejor para mi cumple, en otoño, me regalas unas botas. —Le hice un guiño.

—Eso está hecho. —Me abrazó.

Entré a cambiarme y sentí un alivio tremendo al ponerme las chanclas. Estaba hambrienta y me caía de sueño, parecía que el calor me empujaba a dormir más de la cuenta.

Se me cerraban los ojos durante la comida y Valentino no dejaba de mirarme sonriendo. Tal y como terminé de comer, ni me dejó ayudarle a recoger nada ya que me mandó a empujones hacia la cama.

Creo que no tardé ni dos minutos en quedarme dormida y no fue hasta pasadas las siete de la tarde cuando me desperté.

—Tú no estarás preñada, ¿verdad? —me preguntó Valentino cuando me vio aparecer por el porche, dado que me estaba dando por dormir mucho.

—Capaz, tú verás que me vas a tener que pasar una manutención —contesté a la broma, sentándome en sus piernas.

—¿Segura de que soy el padre? —Sonrió y a mí se me revolvió el estómago.

—Eres un imbécil. —Me levanté de golpe y me fui a la silla de enfrente a tomar el café.

—Estaba bromeando.

—Pues no tienes ni puta gracia.

—No te lo he dicho con ninguna mala intención más que con la de buscarte la lengua.

—Pues me has encontrado el coño —contesté, arrepintiéndome inmediatamente de lo vulgar que había sido, pero ya lo había dicho.

—Eliana…

—No. —Estiré la mano y le señalé a la silla para que se volviera a sentar porque le vi las intenciones de venir hacia mí—. A mí no me vengas ahora acercándote con tonterías.

—Pero no te puedes poner así por una broma.

—Me puedo poner como quiera, porque una cosa son las bromas y otra ese ataque tan feo.

—Lo siento, perdona, no pensé que lo pudieras ver de esta manera.

—Perdona, ahora que ya lo has soltado.

—Eliana, pero que te juro que no era mi intención.

—Pues te quedó ridículo, de verdad te lo digo y más conmigo que sabes que no soy tan ligerita ni últimamente estuve con nadie.

—Lo sé, Eliana, solo intentaba bromear.

—Pues te quedó impresionante la broma —le recriminé mirándolo muy enfurecida.

—Déjame darte un abrazo.

—No, ahora no me apetece.

—Por favor.

—Ni se te ocurra —le advertí viendo que estaba a punto de levantarse.

—Eliana, no me hagas sentir mal.

—Encima te haces la víctima, esto es para flipar Jorge, desde luego que no puedo contigo.

—Jorge… —repitió para hacerme ver la manera errónea en qué lo había llamado.

—Lo siento, perdón, me falló el subconsciente.

—Y yo si te debo creer a ti, ¿no? —Le cambió el semblante por completo.

—Paso, no debí haber venido hoy —dije negando y resoplando.

—Si no estás cómoda. —Señaló hacia mi coche mientras se levantaba y se metía dentro de la autocaravana. Ahora el enfadado era él.

Me quedé sentada fuera en silencio y, un rato después salió dirigiéndose a la playa sin ni siquiera mirarme. El plan del fin de semana estaba saliendo perfecto, perfectamente jodido.

Le había dolido que le cambiase el nombre y más cuando yo le había estado reprochando su broma, pero de ahí a que se marchara sin hablarme lo

veía desorbitado, que yo me enfadé, sí, pero me quedé en el porche y no le hice ningún feo. Y encima, casi me manda irme del camping…

Pues no pensaba ir a buscarlo, aquí que me iba a quedar sin moverme, vamos, que si él estaba indignado yo también lo estaba. Pues nada, a ver a quién se le pasaba antes porque como fuera como con mis padres, la cosa pintaba en forma de tiempo.

Regreso dos horas después y ni siquiera me miró, se limitó a darse una ducha y meterse en la cama.

—¿No piensas cenar? —dije asomándome.

—No, pero tú prepárate lo que quieras, hay mucha comida hecha —me contestó sin mirarme.

Ni le contesté, ya sabía yo que el tema estaba calentito y que no solo él podía explotar, podía hacerlo yo y como me conocía a mí misma bastante bien, preferí evitar una escalada en este conflicto.

Me eché un vaso de refresco y cogí un paquete de patatas chips, así de rapidito arreglaba yo mi mundo.

Dicen que muchas veces lo que más necesitamos el ser humano es disfrutar del silencio, en este caso se escuchaba a los campistas, pero también a esa naturaleza que hablaba por si sola acompañada por la melodía del mar.

Cuando me metí en la cama eran cerca de las doce de la noche. Sabía que Valentino seguía despierto, aunque no se moviera y tuviera los ojos cerrados, pero su cara no estaba relajada.

No sé quién de los dos era más cabezón, pero aquí se presagiaba que no íbamos muy dispares.

Capítulo 30



Al despertarme, noté que Valentino no estaba en la cama; en cambio, en su lugar había unas flores que seguramente había cogido por el camping y que había unido con una cuerdecita marrón dejando un ramo de lo más bonito.

Sonreí y lo acerqué a mi nariz para olerlas. De algún modo, lo entendí como un intento de hacer las paces con lo ocurrido el día anterior.

Me asomé al porche con mi café en la mano ya que sabía que él estaba fuera tomando el suyo. Lo había visto por la ventana del lado de la cocina.

—Buenos días, gracias por las flores. —Le di un beso en la mejilla.

—Buenos días, nada que agradecer.

—Regálame una sonrisa. —Me senté en sus piernas pues quería arreglar la cosa. Había tenido un detalle muy bonito dejándome esas flores sobre la cama y ahora me tocaba tener el acercamiento a mí.

—No estoy bien, anoche me acosté muy triste —dijo a la vez que me acariciaba la espalda.

—Yo también, nunca nos habíamos enfadado hasta ahora.

—¿Crees en serio que quise dar a entender que eres una mujer fácil o ligerita que te vas acostando con todo el mundo?

—Bueno, no es así como lo estás diciendo, pero estaba fuera de lugar preguntar, aunque fuera de broma de si estaba segura de que era tuyo, me sentí una mierda.

—Lo primero, si yo creyera que eres así, no estaría contigo ni un rato porque me conoces y sabes cómo soy; y lo segundo, aunque no lo creas te amo tanto que así tuviera que responsabilizarme del hijo de otro para estar a tu lado, lo haría.

—No me vayas a hacer llorar que estoy muy sensible. —Lo abracé echándome en su pecho.

—Voy a hacer un desayuno en condiciones. ¿Qué te apetece? —Me seguía acariciando la espalda.

—A ti, me apetece comerte a ti. —Le besé el cuello.

—Y a parte. ¿Una tortilla liada con jamón de pavo y queso?

—Sí, que rico, por favor. ¿Lo preparamos juntos?

—Vale.

—Pero sonríe, que estás más guapo.

—Pues prométeme que no volverás a tomarte a mal nada.

—Eso es imposible —me reí—, no sé cómo voy a estar dentro de cinco minutos como para prever cómo me sentará cualquier disparate tuyo.

—No tienes remedio, pero te amo igual. —Me dio un beso en los labios.

—Si es que te tengo que querer, eres lo más bonito del mundo. —Le devolví el beso antes de levantarme para preparar el desayuno junto a él.

Nos salieron unas tortillas de lo más jugosas que metimos en pan de molde que tostamos a la vez que las hacíamos.

Miré el móvil ya que me había saltado una notificación. Cogí aire porque algo me decía que no era bueno.

Rebeca: *Mira el Instagram de tu amiga, es para vomitar.*

Me fui corriendo a la aplicación para ver de qué se trataba y me quedé a cuadros al ver una foto de ella con Chus de la noche anterior en la que salían brindando con una copa de vino mientras estaban cenando frente al mar. No me pude contener y le mandé un mensaje a Lola.

Eliana: *Se te ha ido la situación de las manos, no te reconozco. ¿Qué te pasa?*

Lola: *Las explicaciones se las tengo que dar al que tengo al lado, y tú se las tendrás que dar a «tu jefe» el lunes cuando aparezca por las oficinas.*

Cogí aire y miré a Valentino que me observaba sin saber qué pasaba, pero presagiando que la cosa no estaba bien.

Eliana: *Ni a él ni a nadie le tengo que dar explicaciones, que tú se las tengas que dar a Chus es tu problema. Me estás decepcionando por completo.*

Lola: *Ya me decepcionaste tú a mí antes poniéndote del lado de Rebeca.*

Le conté a Valentino todo y le enseñé la foto y los mensajes. Estaba que no me lo creía, pero a mi amiga la habían cambiado por completo, era como si la hubieran transformado de la noche a la mañana. ¿Dónde quedó esa amistad entre nosotras que traspasaba barreras?

Encima que deja así de esa manera a Rebeca, me decía a mí que me ponía de su parte, esto era increíble.

—Lola está en un mundo paralelo y no parece ni ella. Y eso de que le tienes que dar explicaciones a Jorge está fuera de lugar. Yo en tu lugar la dejaba en paz hasta que se dé cuenta de todo y te busque. Hablarle ahora es que se ponga a la defensiva y acabéis tirándoos los trastos.

—Ya te digo yo que de esta no le vuelvo a escribir, vamos, que me tienen que matar para hacerlo. Me da mucha pena por Rebeca, que no merece todo lo que le está haciendo y encima con Chus; es que hay que tener muy poca delicadeza, sabiendo lo que ella sufrió por él en el pasado.

—¿Sabes que te digo? Más vale que le haya pasado esto a Rebeca más pronto que tarde porque si esto le pasa un año después y encima de la misma manera con Chus, se la terminan de cargar.

Llamé a Rebeca y estuve hablando un rato con ella intentando consolarla. Me daba una pena tremenda que estuviese en el pueblo con su familia y pasándolo tan mal. No se lo merecía y lo peor de todo, es que de algún modo me sentía culpable por haberlas presentado.

Valentino y yo preparamos una bolsa con la comida que teníamos hecha y fuimos a comprar pan en el *quad* para salir directos a nuestra calita en dónde habíamos pensado pasar una buena parte del día.

No habíamos terminado de dejar las cosas sobre la arena cuando recibí una llamada de mi padre.

—Hola, papi —dije encendiéndome un cigarrillo y poniéndome a pasear por la orilla mientras Valentino se daba un bañito.

—Hola, cariño mío.

—Te noto un tono raro.

—Pues parece que me conoces bien.

—Algo te conozco, ¿qué pasó?

—Me gustaría hablar contigo hoy mismo. ¿Es posible que pueda pasarme por el camping esta tarde sobre las siete?

—Claro, pero me estás asustando.

—No, no te asustes —sonrió—, pero te pido por favor que no le digas a mamá ni tu hermano que hemos hablado ni que voy a ir a verte.

—Vale, pero ¿estás bien?

—Estoy, hija, estoy.

—Eso no suena muy convincente papá.

—Hija, no te preocupes, luego hablamos.

—Vale, papá.

—Te quiero, preciosa.

—Y yo, papá.

Se me hizo un nudo en la garganta. Dejé el móvil sobre la toalla y me fui donde Valentino para contarle la extraña llamada de mi padre y que luego vendría por el camping a hablar conmigo. Nos quedamos rayados porque parecía que algo no iba bien. ¿De qué se trataría?

Me zambullí en el agua buscando quitar un poco el agobio que tenía por esa llamada que no esperaba para nada. ¿Qué más me podía pasar?

Valentino comenzó a darme juego en el agua con la intención de que me olvidara de todo un poco, pero mi cabeza estaba en las palabras de mi padre y la sensación que me había dejado de que algo iba mal.

Estuvimos toda la mañana y parte de la tarde en la cala hasta que a las seis regresamos al camping para ducharnos y cambiarnos. Le había dado las instrucciones a mi padre para que pudiera llegar sin perderse hasta la parcela.

Mi corazón era un bombo que latía a gran velocidad, hasta sentía que tenía un poco de ansiedad y Valentino, que se dio cuenta, me preparó una tila.

Capítulo 31



Cuando mi padre avisó de que estaba llegando, Valentino me dijo que se iba un rato al club a controlar todo y que luego vendría. Quería dejarnos, al menos un rato a solas, para que mi padre hablase con más tranquilidad.

Me acerqué al coche cuando lo metió en la parcela para aparcar y se bajó sonriendo, pero se notaba que estaba triste. Nos fundimos en un abrazo.

Le ofrecí una cerveza, pero como tenía que conducir no quería, así que serví dos zumos de piña con hielo y nos sentamos en el porche.

—Hija, no puedo más —confesó de golpe dejándome sin palabras.

—Papá, ¿qué pasa?

—No sé ni por dónde empezar, solo espero que esto que te voy a contar no rompa lo que ahora tenemos.

—Me estás asustando.

—Es muy difícil para mí. —Noté que los ojos se le ponían brillosos.

—Papá habla, que me estoy preocupando demasiado.

—Toda la historia que creías de cómo nos conocimos mamá y yo no es cierta.

—¿Qué me estás contando? No entiendo nada.

—Tú naciste de una relación que tuve con una cubana de la que me enamoré perdidamente.

—Espera, espera. ¿Me estás diciendo que mamá no es mi madre? —Noté que se me subía la sangre a la cabeza.

—Sí, hija.

—Suelta todo rápido porque me va a dar algo.

—Me enamoré de Eliana, era cubana, de ahí tu nombre y no como dice tu madre que era por una actriz de allí, eso lo soltó un día y no me hizo ni gracia, pero como ya lo había dicho, pues así se quedó, la realidad es que llevas el nombre de tu madre de verdad.

—Papá, más rápido por favor.

—La conocí en un viaje que hice a Cuba y nos atrajimos nada más vernos. Vivimos el mes más bonito que he vivido en mi vida.

—¿Te fuiste un mes a Cuba?

—Sí, llevaba dos años como bombero y cogí mis vacaciones más una semana que tenía y me lie la manta a la cabeza y me fui con un amigo allí por un mes. Alquilamos una casa que era la que daba puerta con puerta con la de Eliana. Y pasó inmediatamente, vivimos una preciosa historia de amor. Antes de regresar le prometí que regresaría al año siguiente, sin ser consciente de que, al poco tiempo de llegar a España, me daría la noticia de que estaba embarazada.

—Me da miedo seguir escuchando la historia, me está costando digerir que soy medio cubana, que la que creí mi madre no lo es y que la que lo es, no la conozco —dije a punto de romper a llorar.

—Cuando me enteré de la noticia le dije que iba a luchar por traerla aquí y que nacieras en España, estaba dispuesto a casarme con ella, pero fue en ese momento en el que me dijo que tenía que ocuparme de ti, que ella no podía hacerse cargo y tampoco podía abandonar la isla, tenía a sus padres muy mayores a los que tenía que ayudar y no los podía dejar solos.

»A mí se me partió la vida en dos, no entendía nada, pero ella se volvió fría y solo me decía que me encargara de arreglar cuando nacieras lo de la nacionalidad tuya y que te trajese conmigo. No me daba ninguna otra opción ni quería escucharla.

—Papá, no sé qué decir. —En esos momentos estaba llorando como una Magdalena.

—Regresé a Cuba un mes antes de tu nacimiento, ya tenía a mis espaldas un bufete de abogados que se estaban encargando de todo, hasta pagamos a personas de allí para que nos aligeraran todo. Durante el mes antes de tu nacimiento casi no veía a Eliana, no se dejaba ver más que para hablar los asuntos rápido y se iba. Yo estaba destruido por completo. Mis padres me ayudaron en todo, ya que tuve que pedir una excedencia en el trabajo porque no sabía cuánto tardaría en volver. Tenías un mes de vida cuando se quedó todo arreglado y regresé contigo.

—¿Y ella se quedó tan normal?

—No hablaba apenas conmigo, es más, el día que naciste y fui al hospital, ella ni me miraba, era todo tan fuerte que no sé cómo pude aguantar todo lo que tenía encima. Si te digo la verdad, fuiste la fuerza para poder afrontar la vida.

—¿Y mi madre? O sea, Sonia.

—Ella llegó después…

—Y una cosa, antes de que me cuentes la otra parte —dije temblando y nerviosa—. ¿Has vuelto a saber de mi mamá? ¿Se preocupó alguna vez de mí?

—Sigo contándote…

—Vale.

—Yo vine sin entender cómo una madre se podía desprender de esa manera de su hija y menos aún, que cómo una persona que durante el tiempo que estuvimos juntos y se la veía de lo más feliz, de repente, no quisiera saber nada de mí y se comportara como una extraña. Es más, vine de Cuba sabiendo por su hermano que ella jamás interferiría en nuestras vidas, como que se desvinculaba por completo, cosa que ya imaginaba porque había renunciado a ti y tú solo tenías mis apellidos.

»Era todo muy duro. Tardé dos meses en incorporarme al trabajo y me quedé en casa de mis padres para que me ayudaran contigo mientras yo tenía turno. La casa era nueva recién comprada dos años atrás, los abuelos me ayudaron a adquirirla regalándome el dinero de entrada y yo solo me tenía que encargar de pagar la hipoteca, pero hasta ese momento no la había estrenado. Como te decía, a nuestra llegada de Cuba nos instalamos con ellos que era donde yo vivía.

—Sigue porque algo me dice que esta historia no hizo más que empezar.

—Me fui adaptando y disfrutando del papel de padre. Te amaba con locura y te amo con todo mi corazón, eso que nunca se te olvide.

—¿Y en qué momento apareció Sonia?

—Tres años después, nos conocíamos de años atrás, pero hacía mucho que no nos veíamos, ella hacía pocos meses que había tenido a Fernando.

—O sea, ni es hijo tuyo ni es mi hermano —murmuré con un nudo en la garganta.

—Así es, ya había nacido cuando ella y yo comenzamos a quedar para dar una vuelta con vosotros o salir a comer, y fue así como nos hicimos inseparables. Ella venía de una historia con un tío que cuando se enteró de que estaba embarazada regresó a su país, Francia, y desapareció como por arte de magia.

—Pues sí que somos de origen internacional. —Volteé los ojos y negué.

—El caso es que nos casamos y decidimos daros nuestros apellidos. Mis padres me apoyaron con esa decisión y los suyos también.

—¿Y por qué me estás contando esto ahora?

—Han pasado muchas cosas que no sabes.

—Bueno, por lo que veo no sé nada de nada, no de ahora, sino de siempre.

—Al principio ella se volcaba muchísimo contigo, yo estaba feliz de que tuvieras en ella esa madre que te iba a hacer falta en muchos momentos, al igual que yo a Fernando lo he tratado siempre con todo el amor del mundo.

—Me hizo hasta que dejó de hacerme y tú le seguiste el juego.

—Me estuvo mintiendo con mil cosas que no sabes, me dijo infinidad de mentiras que yo creí sobre ti y me fui decepcionando de ver cómo contestabas y siempre estabas a la defensiva.

—Papá todos los derechos eran para él, a mí me teníais como a la Cenicienta.

—Hija, ella comenzó a decirme que no te dijera nada para que no descubrieras que te vigilaba, que te había visto con hombres un día sí y otro también, que, si bebías, fumabas y todo eso con catorce años.

—Y tú la creíste en vez de hablar conmigo.

—Hacía por tener broncas contigo que parecieran otra cosa, y yo al llegar a casa siempre os encontraba con reproches y a ella llorando. Hoy sé que todo era un papel. Ella me decía que la única manera de evitar que no te pasara nada malo era recortándote la hora y cosas así. No supe protegerte. —Las lágrimas le caían a cántaros.

—¿Y cómo has sabido toda la verdad?

—Durante nuestras vacaciones en el Caribe, a ella y a Fernando les apetecía hacer una excursión de un día entero en alta mar, disfrutando de una fiesta en un yate en el que habría actuaciones y harían también esnórquel. Sin embargo, yo me sentía mal del estómago desde el día anterior, así que los animé a que fueran sin mí, mientras yo me quedaba en el hotel descansando.

»El caso es que se fueron, y Sonia se dejó el móvil en la habitación. Un rato después me llamó desde el de Fernando para saber si se lo había dejado o lo había perdido. La noté un tanto nerviosa. Cogí el móvil y me di cuenta de que su correo tenía otra foto, porque le di a abrir sin querer, así que la curiosidad me llevo a mirar y descubrir que tenía otro correo que yo no sabía.

»Miré la bandeja de entrada y comencé a darme cuenta de que siempre se escribía con las mismas personas desde hacía años. Descubrí muchas cosas que no te imaginas. La primera, es que mi vida a su lado ha sido todo una mentira y la segunda, es que había hecho cosas imperdonables. En esos correos le contaba a su hermana jactándose de lo que hacía, que lo estaba haciendo tan bien que estaba consiguiendo que yo quisiera más a su hijo que a mi propia hija, considerando una victoria el hecho de que casi no existiera relación.

—Qué hija de puta…

—Y también descubrí que tu mamá intentó hablar conmigo en varias ocasiones y que ella la amenazó para que no siguiera insistiendo o la denunciaba en su país por acoso y terminaría presa. Leí cosas muy fuertes, entre otras que seguía acostándose con el verdadero papá de Fernando y que esa historia que me hizo creer de que ese hombre desapareció era mentira.

»Él jamás lo hizo, solo que tenía una familia y una posición que quería seguir manteniendo. También he descubierto que Sonia tiene una cuenta con

mucho dinero de lo que él le pasa mensualmente. Jamás lo detecté porque nos casamos en separación de bienes y ella podía tener sus cuentas sin que yo me enterase.

—Lo que no me cuadra es que en vez de haberla mandado a la mierda y dejarla allí tirada, aparecieseis queriendo arreglar las cosas conmigo. ¿Entiendes que no tiene lógica? Y vaya hija de puta ella el haberme echo la vida imposible —solté sin poder comprimirme—. Aunque tú tienes más delito por creer a una mujer antes que a tu propia hija, a la que no fuiste capaz ni de escuchar.

—Entiendo la rabia que debes de sentir hacia mí.

—Mucha, pero el caso es que te quiero y admiro solo por el hecho de haber tenido los huevos de ir a por mí y luchar por sacarme adelante.

—Y no, no la dejé allí. Lo primero, porque como te decía, estamos casados en separación de bienes por lo que la casa es mía porque era anterior al matrimonio, pero sí que tenemos una cuenta en común con un dinero, y de ahí le habíamos comprado muchas cosas a Fernando, así que pensé que eso lo tenía que recuperar de alguna manera, de ahí a que te comprara el coche.

»Por otro lado tenía que asegurarme de algo importante, y es que hasta esta mañana no cumplía el contrato de lo del alquiler de los locales de la herencia del abuelo, cosa que gestionaba ella porque tenía mi total confianza, además, que para pagar menos a Hacienda hicimos un pequeño chanchullo poniéndola a ella como administradora y explotadora de la renta para este único contrato con la empresa que los tenía alquilados.

»¿Qué pasaba si yo se la hubiera liado? Ella podría haber llegado a un acuerdo y renovado con ellos para joderme y lucrarse cinco años más, así que pensé en morderme la lengua y hoy firmé la retirada de llaves y la disolución del contrato, así que ella ya no tiene poder sobre ellos.

—Sigo sin entender nada, no sabía que ella aparecía como administradora y que era la que se lucraba de esos alquileres.

—Y también quería hablar contigo antes de enfrentarme a ella, necesitaba que supieras toda la verdad.

—Me estoy haciendo un gran lío.

—He dejado todo organizado y listo para que no se pueda llevar nada de lo que nos pertenece.

—¿Y por qué aceptó que hubiera un acercamiento familiar y encima me compraras el coche?

—Porque le dije que me había llamado el abogado que gestionó la herencia de mi familia, informándome de que había dos viviendas que te habían sido legadas, y que tú debías firmar la aceptación, que me las iba a ingeniar contigo para que nos quedásemos una, pero que debíamos ganarnos tu confianza primero.

—Madre mía, yo creo que ahora mismo lo mejor que me puede pasar es que me encierren en un psiquiátrico.

—Esta noche hablaré con ella y le diré que estoy al tanto de todo, que mis abogados saben de esos correos con el padre de Fernando y que en caso de que ella intente lo más mínimo, darán a conocer lo de ellos públicamente. Le voy a pedir que abandone de inmediato la casa.

—Estoy flipando papá.

—Quiero que me perdones hija y que comprendas que, aunque cometí contigo el mayor error de mi vida al darte la espalda, siempre te he querido con todo mi corazón y que haría cualquier cosa por ti. Quiero solucionar esto y también quiero contactar con Eliana y saber para qué quiso ponerse en contacto conmigo.

—¿Y por qué quieres saberlo?

—Porque nunca dejé de amarla. —Rompió a llorar más aún y a mí me dejó con la boca abierta.

—A mí me va a dar algo, papá, a mí me va a dar algo.

—Siempre pensé que a tu mamá le pasó algo que nunca me quiso contar y quiero saber si me equivocaba o no.

—Yo de esta termino con camisa de fuerza.

—Hija, ¿me vas a perdonar?

—Pues claro, pero voy a necesitar mucho tiempo para asimilar todo esto —dije levantándome y abrazándolo.

—No me apartes de tu vida.

—Tranquilo, eso no pasará, aunque me den ganas de abrirte la cabeza.

Estuvo un rato más contándome detenidamente todo, lo bien que lo hizo Sonia para culparme y salir tan airosa. Era la mujer más fría del mundo, la más calculadora y su hijo era un títere en sus manos.

Valentino ni apareció para no molestar, fui yo quién le puse un mensaje para decirle que ya se había marchado.

No se podía creer nada cuando comencé a contarle toda la historia. Su cara estaba pálida y era incapaz de gesticular palabra. Se limitó a abrazarme y a secar todas las lágrimas que no dejaban de caer por mis mejillas.

Ni cené, me acosté temprano ya que el cansancio mental que tenía me estaba provocando un fuerte dolor de cabeza.

Capítulo 32

—Buenos días, mi niña —murmuró besándome la mejilla y abrazándome con mucho cariño.

—Buenos días, precioso.

—Dedícame una sonrisa, aunque no tengas ganas. —Me puso carita de puchero y se me escapó una.

—Eres el único capaz de hacerme sonreír en estos momentos.

—Pues menos mal, si me dijeras que hay otro me tiro por la colina de la cala. —Me dio un beso.

—¡Tonto! —Reí.

—Sé que son momentos muy duros para ti, hasta para mí porque me duele saber toda la realidad a la que te has tenido que enfrentar de golpe, pero no quiero verte sufrir y cualquier tontería que pueda decir para sacarte una sonrisa, lo haré. Me quiero convertir en tu payaso favorito. —Me besó la punta de la nariz.

—Saldré de esta, loca, pero saldré. El que peor lo tiene es mi padre —dije cogiendo el móvil—. Tengo dos llamadas perdidas de él.

Me lavé la cara antes de salir a tomar un café y le devolví la llamada. Me comenzó a contar que por la noche habló con Sonia y que al desvelarle que lo sabía todo ella enfureció, pero pronto se le bajaron los humos cuando lo escuchó advertirle de que una tontería y se sabría todo. Era normal, porque ella era una mantenida de ese señor francés y por lo tanto no quería perder ese nivel que le proporcionaba el dinero que le metía en cuenta.

Mi padre le dio ese día para sacar todo de la casa y para contarle a su hijo que él era su padre adoptivo, el resto se lo contase o no ya no era su problema, pero la verdad acerca de él la quería en el día de hoy.

Obviamente Fernando siempre sería legalmente su hijo, pero mi padre tenía claro que todo lo iría poniendo a mi nombre para salvar lo que a mí me pertenecía, ya que mi hermano tenía las espaldas cubiertas con su verdadero progenitor. Todo era una locura.

Por lo visto ya estaba embalando sus pertenencias e iba a venir un camión de mudanzas para llevarse sus cosas. Fernando estaba en casa de sus abuelos por orden de la madre y le dijo que ya hablaría con él cuando llegara allí.

Mi padre estaba en la terraza hablando conmigo y ella estaba por dentro recogiendo sus pertenencias. Era todo tan fuerte que seguía sin asimilar nada.

Colgué la llamada y le conté a Valentino, aunque más o menos algo ya había escuchado. Estaba tan alucinando como yo.

—La vida da unos giros tan grandes de repente que da vértigo saber que nos tiene deparado —murmuró.

—Yo con lo que estoy flipando es con que tengo una madre cubana.

—¿Te gustaría conocerla?

—No lo sé, de todas maneras, no sé si ella querría.

—Si buscó a tu padre es por algo.

—Lo mismo puede ser para cualquier otra cosa, no sé, ya investigará y me contará. No quiero presuponer nada. La saturación que tengo es demasiado grande.

—Vaya semanita llevamos.

—Más de una semana, este verano está siendo una puta locura para mí. No sé, pero me da la sensación de vivir en una montaña rusa que no va a parar en un tiempo. ¿Qué más me puede deparar?

—Espero que solo cosas bonitas, más que nada porque te lo mereces.

—Pues parece que en otra vida maté a alguien, porque no veas cómo me está azotando en esta.

—¿Qué te apetece hacer hoy? ¿Quieres que vayamos a algún lugar fuera del camping?

—No sé, sinceramente no me apetece nada más que quedarme aquí relajada. Ni siquiera me apetece ir a darme un baño a la playa.

—Pues eso lo cura todo.

—Ya, pero es que me cuesta hasta moverme.

—Vamos a la cala en el *quad* y yo te bajo en mi espalda.

—¿Para qué lo hagamos rodando? —Me reí.

—Así llegamos antes a la orilla. —Me hizo un guiño.

—No lo sé, dame un rato, ahora mismo estoy en otro mundo.

—Pues sal de él, que quiero que estés conmigo en el mío. —Me acarició la mejilla—. Voy a preparar unos sándwiches.

—No tengo ganas de desayunar nada, otro café sí.

—Tienes que comer algo.

—Tranquilo, tengo reservas. —Sonreí con tristeza.

—¿Una fruta?

—De verdad, tranquilo, estoy bien, luego seguro que me da hambre.

—Vale, te preparo el café y luego nos vamos a la cala a darnos un bañito.

—Está bien. —Sonreí.

No, no estaba bien, pero entendía que quedarme aquí quieta con este agobio no era la mejor opción ni para mí, ni para él que no se merecía tener una muerta en vida a su lado durante todo el día.

Tras tomar el café nos dirigimos en el *quad* a la cala donde esta vez sí que había un grupito de amigos en un lado, pero, aun así, parecía que fuera solo para nosotros. Este rincón era increíble, un lugar poco transitado que se transformaba en un auténtico paraíso.

Nos metimos en el agua, y Valentino estaba de lo más cariñoso y divertido conmigo. Sinceramente el pasar todo esto a su lado era lo que me hacía mantenerme más viva.

Me alegré de que me insistiera para venir porque el baño en el mar me estaba despejando bastante, obviamente no me quitaba de la cabeza toda la información recibida y saber que desde pequeña había vivido engañada, pero al menos un poquito me aliviaba el estrés.

Lo de mi madre de Cuba era algo que me producía sentimientos encontrados; por un lado, me gustaría que se sentase conmigo y escuchar lo que le pasó para llevarla a desprenderse de mí, pero, por otro lado, me

causaba rechazo el hecho de que se hubiera portado de esa manera y se hubiera desecho así de su hija, a la que sin saberlo la llevó a vivir momentos muy feos con la que creí que era mi madre.

Me mensajeé con mi padre cuando llegamos a la parcela para comer. Lo veía más relajado, fuerte, seguro y firme. Lo que más pena le daba era el tema del niño ya que él lo quería mucho por el cariño que le había cogido a lo largo del tiempo, pero como él me decía, por su niña no miraron en absoluto y ahora era yo la que iba por delante de todos.

En el momento de la siesta cerré los ojos y me abracé a Valentino, el único ser que podía calmar un poquito mi dolor y que más necesitaba a mi lado.

Fue sobre las nueve de la noche cuando mi padre me llamó para decirme que en la casa ya no quedaba ni la sombra de Sonia. Se notaba que estaba totalmente liberado. Quedó en que el domingo lo pasaría aquí en el camping, ya que se lo ofreció Valentino y él aceptó feliz de poder pasar el día con nosotros. Se notaba que por todos los medios quería recuperar el tiempo perdido y de que en estos momentos yo era su mayor apoyo.

Capítulo 33



No eran ni las siete de la mañana cuando me levanté sigilosamente para no despertar a Valentino y del mismo modo me preparé el café mientras apretaba los dientes por el ruido de la cafetera, pero menos mal que no se desveló.

Me senté en el porche y no pude reprimir las lágrimas, me costaba un mundo digerir toda la historia que me había caído de golpe encima.

Ahora iba entendiendo por qué no veía a Sonia igual de natural que a mi padre conmigo en estos días, por qué tanto ensañamiento hacia mí, el porqué de muchas cosas que antes eran inentendibles.

Valentino se levantó una hora después y se agachó de cuclillas rodeándome con sus brazos a la vez que besaba mi mejilla.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, pero me he levantado con mucha angustia. Me siento rara y no sé cómo gestionarlo todo —me sinceré antes de tragar saliva.

—¿Un polvo? —preguntó bromeando para sacarme una sonrisa.

—Mejor un café, por favor —le dije con la risilla suelta.

—A sus órdenes —se llevó la mano a la frente y se levantó—, pero lo del polvo sigue en pie para cuando usted lo desee.

—Tranquilo, que usaré el comodín pronto. —Le hice un guiño y me tiró un besito al aire.

Estuvimos relajados en el porche hasta las diez, momento en que apareció mi padre que parecía que tenía ganas de calle por lo temprano que había llegado.

—¿Qué tal? —le pregunté abrazándolo muy fuerte.

—Bien cariño, ahora te cuento.

Saludó con un abrazo a Valentino al que le tenía mucho cariño y lo conocía de muchos años atrás. Nos sentamos después de preparar unos zumos naturales.

—¿Noticias nuevas? —pregunté delante de Valentino, ya que sabía que mi padre era consciente de que estaba al tanto de todo.

—Sí, hija, sí.

—Miedo me da tu cara y tu tono.

—No, tranquila, pero anoche pude contactar con Eliana —se refirió a mi madre biológica y se me erizó la piel.

—¿¡Has hablado con ella!?

—Sí, le envié un correo a la dirección que anoté desde la que le escribía Sonia con sus amenazas y me contestó de forma inmediata facilitándome su número de móvil.

—¿Y la has llamado?

—Lo hice de manera inmediata, era por la noche, pero allí al mediodía.

—¿Y?

—Me lo cogió y lo primero que dijo fue mi nombre y se echó a llorar. —Tragó saliva y se notó que se emocionó, a mí se me formó un nudo en la garganta —Cuando se serenó un poco, me preguntó cómo estabas.

—Le habrás dicho que feliz de la vida y tocando las palmas —murmuré causando una risilla en los dos.

—Estuvimos hablando dos horas…

—Espero que le haya dado tiempo para aclararte las cosas. —Cogí aire y lo solté con fuerza.

—Sí, me lo ha aclarado todo, hija. —Noté que los ojos le brillaban como para llorar y Valentino que estaba a su lado frente a mí le apretó el hombro.

—Papá, miedo me da a conocer otra historia.

—Pues te la tengo que contar.

—Pues rapidito que me pueden los nervios.

—Todo lo hizo por amor…

—¿Por amor a quién si de mí se desprendió y a ti te dio una patada en el culo?

—Por amor a ti, hija, por amor a ti.

—¿A mí? ¿Y esa me quiso en algún momento?

—No te dirijas a ella así, por favor —me pidió con tristeza.

—Alabado sea el señor —murmuré con ironía volteando los ojos.

—Cuando supo que estaba embarazada se dio cuenta de que había firmado tu sentencia a una vida que no deseaba para ti, ni yo lo hubiera querido.

—A ver papá, no comiences con teorías y esas cosas. ¿Qué excusa te puso?

—Sus padres estaban mayores, en Cuba sufren un enorme desabastecimiento de comida y medios. Es un país en represión y bajo una dictadura, no comen más que arroz y poco más, apenas les da para un pollo al mes, las necesidades son tremendas y la mejora del futuro para el país es casi inexistente. La isla en aquellos entonces comenzó a vivir uno de los peores momentos, no tienen futuro.

»Su madre necesitaba ayuda constante para los quehaceres del día, el padre estaba mayor y ya no podía trabajar, vivían con cartillas de racionamiento y la situación era muy complicada para salir del país. Yo la hubiera podido sacar a ella, pero luego para que ella pudiera hacerlo con sus padres era cuestión de mucho trámite y años, años que no los podía dejar solos condenados a vivir en situación tan precaria y, además, dejarte allí con ella era joderte la vida, cuando aquí conmigo podría tener todo cubierto.

»Prefirió renunciar a nosotros antes que abandonar a su familia y vivir una vida mejor. Sabía que si me contaba eso los iba a querer ayudar mensualmente o condenarme a estar haciendo viajes y ella no quería joder ni mi vida ni la tuya. Sus padres fallecieron cuando tú tenías diez años y ella intentó ponerse en contacto conmigo a través de Facebook, pero como sabes, esa página me la montó Sonia y yo ni la utilizaba, así que se topó con ella que le cerró todas las puertas.

—Pero ¿te buscó para recuperarte?

—Ella sabía de mi relación con Sonia porque había visto fotos de nosotros juntos en Facebook. Lo único que quería es saber si estabas bien y contarme la verdad, que era que se sacrificó ella para no joderme y para darte la oportunidad de que tuvieras mejor vida de la que ella había tenido y de la que te podía ofrecer.

—¿Ha rehecho su vida?

—No. —Se le escapó una sonrisilla—. No la ha rehecho. Vive sola y trabaja en un bar de La Habana Vieja. Le mandé fotos tuyas mientras hablábamos y lloraba emocionada, no dejaba de decir que qué guapa era su niña. Dice que daría la vida por poder abrazarte.

—Qué bonito. —Volteé los ojos.

—No seas así, hay que ponerse en el lugar de los demás, hija.

—¿Y qué hago? ¿Me pongo unos tacones y doy unas pataditas por bulerías? —dije notando cómo comenzaban a deslizarse las lágrimas por mis mejillas—. Para mí todo es muy fuerte, desconozco mucho sobre Cuba, pero por lo que sé no viven precisamente bien, pero joder ¿desprenderse de una hija?

—Pues perdonad que interrumpa, que una madre sea capaz de desprenderse de lo que más quiere para que tenga una vida mejor, es el mayor acto de amor que puede tener una persona hacia otra —dijo Valentino.

—Sí, viéndolo así es muy bonito, pero joder, hay que ponerse en mi lugar. Mi cabeza va a explotar y siento que toda mi vida es una mierda.

—No digas eso, hija, podemos construir un futuro mejor.

—¿Con una madre en Cuba que ni siquiera puede salir de su país? —resoplé— Por cierto, ¿y en que ha quedado la cosa? —pregunté en tono un poco agobiado, vamos, como me sentía.

—Le dije que hablaría contigo, ella está al tanto de que te conté todo y he quedado en volverla a llamar esta noche.

—¿Y qué le vas a decir que ya me lo has contado y que le mando saludos?

—Qué bruta eres —dijo Valentino provocando la risa en mi padre y en mí.

—¿Qué quieres que le diga, hija?

—A mí no me metas, tú dile lo que quieras, pero yo aún estoy digiriendo todo como para mandarle un mensajito. Quita, quita.

—¿Te soy sincero?

—Hombre, por favor, ya te toca ir repartiendo sinceridad. —Solté el aire, desde luego qué poco me ahogaba para todo lo que tenía que digerir.

—Creo que deberías ir a Cuba para entenderlo todo.

—Sí hombre, no me has llevado al Caribe y me vas a mandar a Cuba a pasar hambre.

—Ahí lo tienes, eso que no eres capaz de hacer por unos días es lo que ella evitó que tuvieras que pasar durante toda tu vida. Es tu mamá, aunque ahora esa palabra te suene con ella extraña, pero no hizo más que sacrificar todo por ti. Hay personas que, por el egoísmo de haber tenido a sus hijos al lado, los hubieran condenado a malvivir.

—Papá, yo no estoy preparada ahora para nada. Es que no paran de caerme marrones encima —resoplé de nuevo.

—Date unos días, pero que sepas que ella se muere por hablar contigo.

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer después de saber que el amor de tu vida está sola y sin compromiso? —pregunté esquivando que todo viniera hacia mí y él se mojara por esos sentimientos que tenía hacia ella.

—Yo, contar las horas para volver a escucharla, no te voy a mentir.

—Te veo haciendo un viajecito a Cuba.

—Espero poder hacerlo contigo, hija.

—Otra vez el marrón para mí. —Puse cara de agotamiento.

Entendía a mi padre, pero ahora había que entenderme a mí, que sí que yo me ponía en el lugar de ella y debió de ser muy difícil, pero joder, en estos momentos estar en mi pellejo no era nada fácil.

Y a todo esto, al día siguiente me tenía que enfrentar a la llegada de Jorge, así que cuanto menos, era para volverse loca.

Comimos en la playa donde estuvimos también en una cama balinesa que alquilamos y donde pasamos todo el tiempo mientras íbamos y veníamos de darnos unos bañitos.

Veía a mi padre mucho más sonriente y feliz, sabía que detrás de todo eso estaba el haber retomado el contacto con mi madre, esa que le había dejado el corazón tocado de por vida.

Cuando se marchó, quedamos en hablar al día siguiente para que me siguiera poniendo al día con todo lo que fuera hablando con ella, al fin y al cabo, la realidad era que yo quería estar al tanto.

Me acosté temprano y fue cuando comencé a llorar en los brazos de Valentino que intentaba calmarme con sus palabras y abrazos, pero la verdad es que era difícil, dado que me encontraba de lo más bajita de moral y como que no era capaz de coger el timón y hacerle frente a todo.

Capítulo 34



Después de desayunar, Valentino me acompañó al coche y antes de que me subiera para dirigirme hacia las oficinas, me dio un beso. Lo notaba de algún modo inquieto y, aunque no me lo dijese, se quedaba preocupado por la aparición de Jorge. Yo, por mi parte, estaba temblando y me notaba la tensión por los suelos. Sentía como si de repente tuviera que enfrentarme a un nuevo reto, y tras todo lo sucedido con mi familia, estaba casi sin energías.

Conducía escuchando música y con la mente ida, pensando en cómo actuaría cuando me viera. No es que esperase nada en especial, pero me ponía muy inquieta el hecho de estar ajena a todo lo que en estos momentos le rondaba por la cabeza.

Aparqué y miré hacia la puerta del edificio en el que no se veía a nadie. Me bajé y anduve directa intentando aparentar una tranquilidad que realmente no tenía.

Rebeca estaba atendiendo una llamada y se la notaba de lo más cabizbaja. Me acerqué hasta ella y le di un beso en la mejilla mientras le acariciaba la espalda, para acto seguido poner en el mueble mi bolso.

—Buenos días, Eliana —me dijo cuando colgó.

—Siempre me llamas preciosa, bonita o cariño, y hoy lo haces por mi nombre, ¿ya no me quieres? —Hice un puchero.

—Sí —sonrió—. Perdón, estoy un tanto sensible.

—Lo sé, ¿qué tal el finde en el pueblo?

—Mal, sábado y domingo viendo cómo no dejaban de subir fotos de ellos juntos.

—Yo solo vi la primera, no volví a ver ninguna más ya que no entré a su perfil.

—Ahora son la pareja del año. —Volteó los ojos con resignación.

—Así son las apariencias, pero tú debes intentar no mirar esas cosas que lo único que van a conseguir es hacerte más daño. Que hagan y suban lo que quieran, todos sabemos cómo es él y para mi desgracia cómo se está comportando ella.

—¿Y cómo lidiar cuando el corazón está destruido en mil pedazos?

—Te entiendo Rebeca, pero tienes que sacar fuerzas, te lo digo yo que no sé ni cómo lo hago para mantenerme en pie. Me han pasado muchas cosas que ya te contaré en otro momento, ya que si lo hago ahora terminamos las dos llorando como niñas pequeñas. Qué gran verdad es que cuando todo viene, lo hace junto.

—Pero ¿estás bien?, ¿y Valentino?

—Estoy, que no es poco, y con Valentino todo bien. Solo que mis padres se han separado, pero ya te cuento en otro momento.

—Jo, lo siento, Eliana, ahora que todo estaba tan bien entre vosotros.

—Eso es parte de la historia —resoplé y acto seguido me di cuenta de que Jorge estaba entrando. Las dos nos quedamos inmóviles.

—Buenos días —murmuró dirigiéndose directamente hacia el ascensor. A mí me entró una cosa muy fuerte en el estómago y no eran mariposas, era un nerviosismo que me hizo hasta temblar las piernas.

—Buenos días —contestamos a unísono.

Esperamos que se cerrasen las puertas y que no nos pudiera ver para mirarnos boquiabiertas.

—Pues sí que le afectó todo, no veas en que actitud viene, creo que ese lleva sin sonreír desde que le pasó todo esto.

—Rebeca, me están temblando tanto las piernas que creo que me voy a caer al suelo.

—Ven, siéntate en la silla.

—Esto es muy fuerte. —Rompí a llorar mientras me sentaba.

—No, Eli, no te quiero ver así, que me pongo a llorar y montamos aquí la fiesta de la depresión —dijo causándome una risa entre el lagrimeo.

—Tranquila, se me pasa.

—Espera, te traigo un vaso de agua fresquita. —Se dirigió hasta la máquina.

Ni siquiera me miró y su actitud fue completamente fría, vale que había sido con las dos y eso indicaba que ahora mismo se sentía en contra del mundo, pero, joder, su comportamiento me hizo sentir que mi corazón iba a estallar.

—Toma agua, cariño —dijo poniendo el vaso en mis manos.

—Verás que me echa del trabajo.

—Pero ¿qué dices? Ni pienses eso, pasó de las dos, aunque de mí lo comprendo porque Chus debió de ponerle al día.

—¿Y por qué la iba a tomar contigo cuando sabía que tú y Chus lo dejasteis hace mucho?

—Yo qué sé, pero a mí también me entran paranoias.

—Vaya dos, estamos como dos trapitos.

—Pero tú tienes a Valentino.

—Y tú tienes a tu familia que te ama y a mí, que te quiero más de lo que imaginas.

—Ay, qué bonito. ¿Podemos llorar juntas? —me preguntó con cara de tristeza.

—Vale —murmuré poniendo cara de pena y nos abrazamos muy fuerte.

—A mí que ahora os esté dando por experimentar, me parece fenomenal, pero cortaros un poco en el trabajo —dijo Jorge apareciendo de improviso y dando a entender que teníamos algo entre nosotras.

—¿Te puedes ir a la mierda? —le pregunté mirándole fijamente a los ojos.

—No sé si a tu nueva conquista le parecerá bien lo que acabo de ver.

—Ya veo que te tienen al tanto de todo, pero creo que tú tienes temas mucho mejores para preocuparte —respondí sin titubear dirigiéndome detrás del mostrador y viendo cómo Rebeca se quedaba perpleja.

—Como vuelvas a mandarme a la mierda, te mando al camping de forma permanente. Advertida quedas —dijo señalándome con el dedo—. Por cierto —se dirigió a Rebeca—, dame las llaves de mi despacho.

—Es verdad, perdón, antes no se me pasó por la cabeza. —Las sacó del cajón.

—La próxima vez que os pille en esa actitud os pondré una sanción —dijo antes de volver a dirigirse al ascensor.

—¡Por mi como si me pones una hoja de reclamaciones! —le grité para que se enterase bien y Rebeca me hizo un gesto con el pie para que me callara.

—No le des pie a sus provocaciones.

—A mí este no me va a tratar como a una cualquiera, vamos, no tiene narices, que seré pobre pero no gilipollas.

—Están todos muy cambiados.

—Están todos cortados por el mismo patrón. Más imbécil y le dan un Guinness.

—¿Has visto su rostro de seriedad? No es como antes que sus enfados eran con esa risilla irónica, ahora parece otro.

—Pues espero que sea el mismo porque para lidiar con dos no estoy —resoplé negando agobiada.

—Yo solo espero que se le vaya pasando ese carácter porque con lo sensible que estoy como me diga dos cosas más, me tiro de un puente.

—Y si no se le pasa tiene otro problema más añadido a su larga lista. Desde luego que este no es ni la sombra de Valentino, al que no le hace falta ser rico para tener la clase y educación que a este le falta.

—Ojalá dejes de amarlo.

—A este paso lo consigo en nada, vamos, se lo está ganando a pulso y a pasos agigantados. Al final hasta termino aborreciéndolo.

—O lo terminas amando más, porque el corazón es muy impredecible.

—Entonces la que se tira de un puente soy yo.

—Pues me avisas y nos tiramos juntas —murmuró con tristeza causándome una carcajada.

—Nosotras podemos con este, con la otra y el otro, que para ovarios los nuestros.

—Ojalá fuera así de fácil.

—A mí que me toque las narices dos veces más y va a conocer este a la Eliana que llevo dentro. Para tonterías estoy yo…

Nos pusimos a trabajar toda la mañana, a la vez que poníamos a caer de un burro a él y a los otros dos tortolitos que estaban de lo más fingidos en todos los posts que habían colgado y que me había enseñado Rebeca, porque por mi voluntad no iba a ser yo quién entrase a ver las tonterías que estaba poniendo Lola con el otro.

Trajeron un paquete para Jorge, y Rebeca lo llamó para decírselo.

—Dice que se lo subas tú —me comunicó preocupada cuando colgó la llamada.

—Me da que estaba esperando a la mínima para aprovechar y hacerme subir. —Volteé los ojos, cogí el paquete y me dirigí hacia el ascensor.

Conforme subía intentaba calmarme a mí misma para no soltar una muy gorda en caso de ataque. La puerta estaba abierta.

—¿Se puede? —pregunté un tanto pasota.

—Hombre, no estaría bien que lo dejaras en la puerta.

—Claro que no, señor jefe. Aquí se lo dejo. —Puse el paquete sobre la mesa con cuidado haciendo el papel—. Para que usted no tenga que molestarse lo más mínimo en levantarse. ¿Alguna cosa más o puedo retirarme?

—Te faltó tiempo para irte con otro.

—Mira —apoyé mis manos sobre la mesa y me eché un poco más hacia delante para que viera que no me iba a intimidar lo más mínimo—, a él ni lo nombres, él no te debe nada ni trabaja para ti, ¿entendido? —dije con furia.

—Yo nombro a quién me sale de las narices, te recuerdo que todo esto es mío y aquí yo hago y digo lo que me da la gana. —Se encendió un cigarro y me tiró el humo a la cara.

—Eres un monstruo, Jorge, eres un monstruo. —Me giré para marcharme.

—No te he dado permiso para que te vayas —dijo en tono fuerte y firme.

Mi respuesta fue seguir andado y enseñarle por encima del hombro mi dedo corazón.

Se lo conté a Rebeca y se puso las manos en la boca, claramente era para flipar, lo de Jorge era para flipar.

—No le des pie, Eli, que te echará.

—Pues que me eche, si te soy sincera no voy a vivir con ese miedo, si he conseguido trabajar aquí seguro que puedo encontrar en otro sitio, hasta en el camping tengo trabajo. No se me van a caer los anillos, pero que este «tiparraco» no se piense que va a poder dominarme como si fuera su perro.

—Me da a mí que todo cambiará aquí mucho. Menos mal que te tengo a ti. —Me acarició la espalda—. No quisiera por nada del mundo perderte como compañera, aunque sepa que siempre te tendré como amiga, pero me haces mucha falta.

Casi a mediodía, apareció Susan para informarnos que a partir de ese momento el nuevo horario se mantendría todo el año, lo que quería decir que los sábados ya no abriríamos más, tal y como se venía haciendo desde que yo me había incorporado. A Rebeca se le notó la cara de felicidad. También aprovechó para decirnos que los nuevos horarios serían siempre por la mañana, similares a los de verano, pero entraríamos una hora antes y saldríamos media hora más tarde.

—Joder qué bien, no vuelvo a trabajar ni una tarde ni ningún sábado —dijo emocionada Rebeca.

—Sí, así es —le contestó sonriendo Susan—. Por cierto —bajó el tono—, os habréis dado cuenta de que Jorge viene con un carácter un tanto complicado.

—Sí, a borde no le gana nadie —murmuré.

—Pues no se lo tengáis en cuenta, pasó unos momentos muy duros, estuvo encerrado injustamente, atacado por la familia de Melissa, por los medios, todo eso no puede dejar impasible a una persona, ahora está un poco perdido, pero con el cariño que le tenemos estoy segura de que volverá a ser el quisquilloso irónico de siempre, pero que estaba ahí cuando lo necesitábamos.

—Esa época no la viví así que no puedo hablar —dije y vi que Rebeca me hacía como un gesto de que no hablase más de la cuenta.

—Bueno chicas, vamos hablando, tenedle paciencia, por favor, y mañana nos vemos en el nuevo horario.

—Está bien —dijimos a unísono causándole una risilla.

Rebeca y yo nos miramos echándonos a reír cuando ella desapareció de nuestra vista.

—A ver, que es como ella lo describió y que conmigo fue amable siempre, pero que lo tienen muy idealizado, es como si estuvieran en una secta en la que yo no comulgo.

—Rebeca, son unos lameculos, ni más ni menos, y todo ronda en torno a él como si fuera Dios.

—Efectivamente. En fin, nosotras al menos ganamos un mejor horario laboral.

—Nosotras y todos. —Me reí.

—Bueno, pero nosotras barremos para nuestro lado. —Me dio un beso en la mejilla.

—¿Estás mejor?

—Sí, pero el calvario va por dentro. —Volteó los ojos.

Capítulo 35



Durante el trayecto hacia el camping, fui hablando con mi padre, quien me contó que tuvo otra conversación con mi madre biológica la noche anterior, y esta vez duró seis horas en lugar de dos, además de que fue por videollamada.

Mi padre estaba pillado por ella hasta las trancas, jamás lo vi hablar así con Sonia ni de lejos.

—Hija, después de mucho meditarlo y como voy a alquilar esta semana por cinco años los locales de la herencia, he pensado pedir una excedencia inminente, necesito hacer muchas cosas y entre ellas, tener una conversación cara a cara con ella, y eso solo puede suceder si voy a Cuba.

—Yo sabía que no ibas a tardar en ir.

—Por cierto, con relación a los locales, que son cinco en total, quiero que te quedes con los beneficios de dos de ellos. Ya he hablado con los asesores para asegurarme de que fiscalmente todo esté en orden.

—Papá no me tienes que dar nada.

—Hija, gracias a Dios tengo unos buenos ahorros de esos locales que Sonia se pensaba llevar, porque lo gestionó por una empresa a su nombre, pero esta misma mañana me hizo una donación del cincuenta por ciento por

las amenazas de mis abogados, y buenos hemos sido que no le hemos pedido todo.

»El alquiler está en mil quinientos euros cada uno, con tres locales ya gano casi el doble de mi sueldo, tengo más que suficiente con todo pagado y los ahorros. Vale que de ahí tengo que pagar a Hacienda y muchas cosas, pero unos mil doscientos quedan limpios por local.

»Y a ti los otros dos te valdrán para ir reuniendo para comprar tu casa. Es tuyo mi vida, todo lo mío es tuyo y no voy a esperar a morirme para que lo disfrutes. Cuenta con ese dinero, en unos días te llamará Lucas —se refirió al asesor— y te explicará qué necesita para darte de alta como beneficiaria de esos dos locales y lo que debes apartar cada mes para los gastos que generen.

—Estoy sin palabras, papá. —Se me saltaron las lágrimas.

—Necesito ir a Cuba y estar con ella, es un ángel de mujer y en las condiciones de ese país nadie se hubiera sacrificado de la forma que hizo ella para darte una mejor vida.

—A ver si ahora me tendré que sentir culpable por eso.

—No, hija, no es eso, pero es muy buena y está deseando poder hablar contigo y, sobre todo, sueña con darte un abrazo tan fuerte como el que te dio cuando se tuvo que despedir de ti.

—¿Cuándo piensas ir?

—En cuanto me den la excedencia, puede ser en diez días o dos meses.

—¿Y por cuánto tiempo te la darán?

—Eso es el que yo quiera, puedo estar toda la vida de excedencia sin cobrar, aquí lo bueno es que tengo mi plaza para cuando comunique que me incorporo.

—Se me hace todo tan difícil de digerir…

—Lo sé, necesitas tiempo y eso se lo transmití a ella.

—Pero ¿ella te sigue amando?

—Con todo su corazón, hija, con todo su corazón.

Mi padre estaba profundamente enamorado de ella, se le notaba en su tono y es que se le veía el sufrimiento de su impotencia al no poder estar a su lado en esos momentos.

—Y, por último —dijo y me paré a un lado de la entrada del camping para seguir hablando tranquila con él—. Esta mañana me llamó tu hermano.

—A saber, por dónde te ha salido.

—Me pide que le firme la conformidad para quitarse mi apellido.

—Pero ¿eso se puede hacer?

—Es difícil pero no imposible. Es verdad, como le habrán asesorado unos buenos abogados, que es más fácil si yo firmo la aceptación de su petición y además ellos lo solicitan poniendo en alegatos que yo lo adopté pensando que era mío por la relación que tuve con su madre con anterioridad, pero por discrepancias no lo registramos con mi nombre y que ahora hemos descubierto por una prueba de ADN que no tenemos parentesco y, que encima, tenemos una relación un tanto complicada.

—Mira si son listos y hacen y deshacen como les da la gana, definitivamente están bien asesorados para tener esa mente prodigiosa para respaldar su petición.

—Lo quiero muchísimo, pero entiendo que esta relación entre nosotros va a ser tensa y lo noté ya muy diferente y altivo. No es el niño que dejé atrás antes de todo esto. Me hablaba con frialdad, indiferencia y dándose unos aires cómo si fuera alguien que está por encima de todos.

—Qué hostia le daba.

—No te envenenes, yo aprendí de todo esto una lección y es que, hoy por hoy, lo único que me importa y a la que no dejaría que le roce ni el aire eres tú, y, por supuesto, recuperar a tu madre.

—¿Tanto la amas? Es que te veo tan diferente.

—No la olvidé ni un día de mi vida.

—Vete a Cuba, creo que te hará mucho bien.

—El día que tú la conozcas, vas a quererla tanto como yo.

—Bueno, vamos hablando que ya debe estar la comida desde hace rato en la mesa —dije intentando ni contestar porque se me formaba un nudo en la garganta.

—Te quiero muchísimo, hija.

—Yo también papá —dije secándome las lágrimas que comenzaban a salir sin control.

Valentino tenía cara de preocupación por lo del encuentro con Jorge y porque había llegado un poquito más tarde de lo habitual, así que le puse rápidamente al tanto de todo mientras comíamos. Su cara era de incredulidad y asombro tanto por la reacción de Jorge como por lo de mi padre.

—Y si vas a cobrar todos los meses dos rentas, ¿te merece la pena aguantar a Jorge?

—Sí, ese dinero lo quiero para reunir para la entrada de una casa porque luego una de las dos rentas me irá pagando la hipoteca. Quiero trabajar, lo necesito y a pesar de que hay una historia ahí que no me deja ser feliz en mi trabajo, confío en que en algún momento llegará la calma.

—Me dan unas ganas de ir a la puerta del trabajo mañana y romperle la cabeza…

—Tú no eres así, ese es el problema de la gente como él que quiere sacar lo peor del otro.

—Solo te voy a pedir una cosa.

—Dime.

—No le permitas ni una y sigue enfrentándote a él como hoy, no te cortes un pelo en demostrarle que tú también lo puedes tratar igual.

—Vale.

—Que nadie te pisotee.

—Tranquilo, sé cómo defenderme. —Le acaricié la mano por encima de la mesa y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Lo sé, por eso, que no porque sea tu jefe te cortes ni un pelo.

—El dedo que le saqué va a ser poco para el corte de mangas que le espera con la próxima. —Le hice un guiño y le conseguí sacar una sonrisilla.

Después de almorzar, me tumbé a dormir la siesta mientras él se fue a revisar todo un poco, ya que ese día había unas clases extras para unos niños de un campamento que habían venido a pasar el día haciendo surf con la escuela de Valentino.

Me levanté y me preparé un café cuando me di cuenta al sentarme y revisar el móvil, que tenía un mensaje de la madre de Lola.

Manuela: *Es una lástima que con lo unidas que habéis estado, ahora le des de lado por tu nueva compañera del trabajo. De verdad, Eliana, como*

consejo de una persona que te quiere, deberías valorar más a las personas a las que siempre estuviste unida y te demostraron estar ahí para lo bueno y lo malo.

No sabía si llamarla y cantarle las cuarenta, mandarla a la mierda o contestarle bien por el respeto que le tenía, pero ¿cómo valorar el respeto cuando ella se había tragado la versión que le había dado la hija y me lo estaba faltando a mí poniéndome en duda como amiga y persona?

Escribía y borraba, indecisa por las consecuencias de mis palabras, pero después de mucho pensarlo, me dije que esta vez iba yo la primera y dado que ni siquiera me había dado ni el beneficio de la duda, no le iba a dar yo el beneplácito de agachar la cabeza.

Eliana: *Entiendo que como madre te has creído su versión sin importarte lo más mínimo la mía, poniéndome en entredicho como amiga. Lo entiendo, no todas las madres son capaces de quitar esa protección innecesaria e ir a escuchar la historia desde la otra parte para así formarse una opinión más completa. Déjame decirte que la diferencia está en que tu hija para quedar bien necesita tirarme a mí por tierra. Por mi parte, voy a optar por mantenerme en silencio y que sea el tiempo el que hable o te demuestre las malas decisiones de ella. No voy a entrar en un debate porque a pesar del mensaje que me has puesto, que está fuera de lugar, aún te sigo respetando.*

Lo leyó, pero no me respondió, esperaba que sí que lo hiciera, pero agradecí el que se lo pensara dos veces porque mi replica ya no iba a ser igual si volvía a desafiarme. No estaba para aguantar tonterías de nadie y menos de ella que francamente no me lo esperaba.

Me fui a la playa a buscar a Valentino al que le puse al tanto de todo mientras nos tomábamos un refresco en el chiringuito.

—Yo de verdad es que cada vez flipo más con la necesidad de la gente en crear problemas con todo.

—No me lo esperaba de Manuela, es más, estaba esperando a que moviera ficha al ver que su hija y yo estábamos distanciadas, pero pensé que la movería para intentar que nos volviésemos a acercar. Me ha dejado flipando te lo juro.

Me pasé toda la tarde de lo más rayada mientras me bañaba en el mar y nadaba de un lado para otro o me quedaba mirando al infinito mientras Valentino terminaba el día tan caótico que tenía.

Vino a buscarme un rato después y nos fuimos a la autocaravana donde nos duchamos juntos y me hizo de nuevo perder la cordura y sacarme de esos pensamientos que nublaban mi día.

Preparamos una ensalada muy variada en ingredientes y que nos salió riquísima, ya que preparó una salsa que no había probado en mi vida y que pasaba en convertirse en mi favorita.

En esos momentos, mi mente era un auténtico caos cuando mis pensamientos volvían a Jorge, a lo de mi madre de Cuba y a lo que mi hermano, por llamarlo de alguna forma, le había pedido a mi padre, que había aceptado por la salud mental de todos de ahora en adelante. Y para rematar, había descubierto que tanto él como su madre me habían bloqueado de todos lados. ¡Ni que yo tuviera intención de comunicarme con ellos!

Valentino sacó de la autocaravana un colchón inflable y lo llenó con el bombín mientras yo lo miraba imaginando lo que iba a hacer. No me equivoqué, sacó unas sábanas y las almohadas.

—Ahora vamos a ver las estrellas —dijo haciéndome un gesto para que me acostara junto a él.

—Pero ¿vamos a pasar la noche a la intemperie?

—Ya veremos. —Me hizo un guiño.

Me tumbé en el colchón y nos colocamos mirando al cielo. La verdad es que era increíble ver el cielo repleto de estrellas, parecía una pintura colgada en el firmamento.

Capítulo 36



Mi móvil sonó y me di cuenta de que aún estábamos durmiendo al aire libre. Sonreímos mirándonos y nuestro «buenos días» fue con un efusivo beso.

Preparó los cafés mientras yo me vestía y nos los tomamos antes de dirigirme hacia el trabajo.

—Ni una, no aguantes ni una —me dijo mientras me daba un montón de besitos en los labios.

—Tranquilo, no sé ni cómo, pero cada vez estoy más fuerte.

—Así me gusta, ver cómo te comes el mundo y no dejando que nadie te pisotee.

—Te adoro, precioso.

—Y yo te amo, mi vida. —Me besó fuerte antes de que me metiese en el coche para irme y no llegar tarde que era lo único que me faltaba para terminar de liarla.

Me encontré con Rebeca justo al llegar, y eso sí que era raro, porque ella siempre era de las primeras en entrar.

Nos dimos un beso y la miré arqueando la ceja porque notaba que estaba un poco cabizbaja, aunque normal dado que ya llevaba así varios días.

—¿Alguna novedad?

—Ayer me llamó Lola y me puso de hija de puta para arriba por haberme metido en vuestra relación —suspiró.

—¿Qué me estás contando? —pregunté incrédula— ¿Qué le dijiste?

—Te copié y la mandé a la mierda, acto seguido la bloqueé tanto a ella como a Chus. Lloré un buen rato, pero luego me dije que esto no iba a poder conmigo. La estoy comenzando a odiar.

—Pues mira esto. —Le enseñé el mensaje de Manuela y mi contestación.

—Estoy alucinando, te juro que flipo con Lola. No puedo creer que haya metido a su madre en esto, hasta el punto de que esta se haya tomado el atrevimiento de culparte sin ni siquiera haber escuchado tu versión.

—Buenos días. —Escuchamos una voz que hizo que nos girásemos, ya que sabíamos que era Jorge.

—Buenos días —contestamos al unísono, terminando de cerrar el mueble donde habíamos colocado nuestros bolsos.

Se dirigió hacia el ascensor y nosotras contuvimos el aire hasta que lo perdimos de vista.

—Hoy se le ve menos serio.

—Eli, tampoco es que nos haya sonreído.

—No sé, me dio la sensación de que fue más correcto y natural.

—Dale un rato, verás…

—Por Dios, tranquilizándome eres nula. —Volteé los ojos y encendí el ordenador.

—Soy realista, como tú lo eres conmigo, ya te digo que no me fio ni un pelo de Jorge.

—Ni yo, pero que hoy le vi el rostro más relajado. Pero bueno, como bien dices, hay que darle un rato para ver si tiene o no ganas de movidas.

—Tú sigues pillada por él hasta las trancas.

—Estoy muy tranquila con Valentino.

—Tú lo has dicho, tranquila, pero eso no define un estado pasional latente como el que puedes sentir por Jorge.

—Pero yo quiero mucho a Valentino.

—Y dale, no le quieras dar la vuelta a todo. Sé que con él estás a gusto, te ayuda a llevar mejor tus días y en la cama te satisface por completo, sí, lo sé, pero no lo amas, porque al que amas está en su despacho por mucho que te pese. Entiendo que intentes sanar tus heridas junto a Valentino, pero no te equivoques de concepto, a uno lo amas y al otro le tienes cariño.

—Pero sé que voy a terminar amando a Valentino, más que lo que estoy amando a Jorge.

—Cuando se ama, se ama de una, no se pueden forzar las cosas.

—Siempre se ha dicho que el roce hace el cariño.

—Tú lo has dicho y yo te lo dije antes, cariño. Eso es lo que le tienes, pero de ahí a amarlo va un mundo. Si ahora te dijeran que solo puedes volver a ver

a uno de los dos y el otro desaparece de tu vida, ¿a cuál fulminarías?

—Eres un poco mamona —resoplé.

—Contesta, y hazlo con el corazón.

—Me muero si pierdo a Valentino, pero también me mata en vida no volver a ver a Jorge.

—Uno es tu apoyo y el otro tu necesidad.

—A todo esto, ¿a dónde quieres llegar?

—Hasta que no saques de tu corazón por completo a Jorge, no podrás amar de verdad a nadie.

—¿Y qué hago cuando no quiero sentir esto, pero no lo puedo arrancar de mi ser?

—No le hagas daño a Valentino, tú y yo sabemos lo que es sufrir por alguien que amamos de verdad.

—¿Me estás diciendo que lo deje?

—Te estoy diciendo que no hagas con nadie lo que no te gustaría que te hicieran a ti. Valentino se ve un buen chico y te ama muchísimo.

—Pero yo con él estoy feliz y bien.

—Pero no lo amas.

—De verdad, Rebeca, yo entiendo que tú estés sensible, te sientas mal por lo que te han hecho y todo eso, pero no me vengas a dar a entender que estoy jugando con Valentino cuando no es así.

—No he dicho que estés jugando, solo pienso que estás apoyándote en alguien con el que te sientes a gusto, pero el problema es que te ama con todo su corazón y se merece que a él lo quieran también bien bonito. El problema es que a Jorge le dé por ir a por ti y tú caigas, el daño que le puedes hacer a Valentino podría ser catastrófico.

—Sigo sin entender a qué viene todo esto.

—Viene a que te ha faltado tiempo para decir que él viene menos tenso, tú misma te creas las ilusiones y expectativas.

—Ni que hubiera montado una fiesta por eso, solo hice un comentario —protesté mientras ella terminaba de coger la llamada que estaba sonando.

No entendía por qué se había empecinado en que yo le iba a hacer daño a Valentino, cuando a mí ni se me pasaba por la cabeza dejar de estar con él.

—El jefe dice que subas. Espero que no te des contra un muro de realidad.

—¿Sabes qué pasa?

—¿Qué? —Me miró un tanto altiva.

—Que pretendes pagar tu frustración conmigo y no lo vas a conseguir.

Me dirigí hacia el ascensor no dándole pie a réplica, porque algo me decía que hoy iba a terminar mal hasta con ella. De haber estado cabizbaja estos días a de repente, estar tan hiriente, no entendía nada. Aunque imagino que todo era producto de esa frustración que tenía por lo que le habían hecho, pero joder, conmigo no tenía que pagarlo. Ya me estaba cansando de ser el saco de boxeo de todo el mundo. Y ahora a saber qué quería este.

—Buenos días. ¿Se puede?

—Buenos días, adelante. —Su tono era normal y su rostro serio.

—Dime.

—Necesito que me acompañes mañana a una reunión para cerrar una operación en Sevilla, regresaremos al día siguiente.

—¿Cómo irme a Sevilla y venir al otro día? No entiendo nada.

—Ir a Sevilla, estar como mi secretaria en las dos reuniones y regresaremos por la mañana después de la segunda.

—Pero ¿por qué tengo que ir yo?

—Porque trabajas para mí y te conviene implicarte para conseguir tu objetivo de quedarte fija.

—Jorge, sabes que no puedo.

—¿Qué no puedes? ¿Pero sí puedes perder el tiempo en un camping?

—Es mi vida, lo que yo decida hacer con mi tiempo libre es mi problema y no el tuyo.

—Por eso mismo, como no es mi problema, mañana te vienes te guste o no.

—No voy a ir Jorge, no voy a ir.

—Pues si a las ocho no estás aquí para irnos, no vengas a trabajar que no hará falta.

—¡Eres un manipulador!

—Soy tu jefe, no tengo por qué rogar para que hagas tu trabajo.

—Mi trabajo tiene un horario.

—Tu trabajo tiene unas horas que cumplir, y las que gastes allí se te compensarán en días libres o se te pagarán aparte.

—No voy a ir.

—Esa es tu decisión, no es mi problema. —Estiró la mano para que me marchase—. O apareces, o te llegará el despido.

—Vendré a mi puesto, y si me despides por no ir contigo te voy a hacer más famoso que por lo que te pasó en tu luna de miel. Ponme a prueba. —Lo miré con asco antes de marcharme.

—Tú decides, un polvo que no deseas o tu puesto de trabajo —dijo mientras andaba hacia la puerta y en ese momento lo único que se me pasó por la cabeza fue coger el cuadro que había en la pared y estamparlo contra el suelo.

—Vuelves a llamar polvo a Valentino, y te incendio el edificio —le dije con muy mala baba y mirándolo fijamente antes de irme.

Salí de allí echando humo por las orejas y llegué a recepción, donde Rebeca me miraba, esperando que la pusiera al tanto de todo.

—Es gilipollas, definitivamente es gilipollas.

—¿Y hasta ahora no te diste cuenta? ¿Ya no tiene esa cara que tú decías esta mañana?

—Rebeca deja de hablar en ese tonito, que tonterías las justas.

—Conmigo no pagues lo que te haga él, vamos lo que me faltaba.

—Pues deja de pinchar, que no veas cómo estás hoy.

—Bueno, ¿me puedes decir para qué te mandó a llamar?

—Para que mañana lo acompañe a unas reuniones en Sevilla y que regresaríamos al día siguiente. Por supuesto no voy a ir, a pesar de que me ha amenazado con despedirme y que, en caso de negarme, ni siquiera aparezca por mi puesto de trabajo. Para él. —Le hice un corte de manga.

—¿No vas a ir?

—¿Soy acaso su *escort*? ¿Me ves a mí de chica de compañía? —pregunté furiosa.

—Te va a despedir, al final tenías razón.

—Que lo haga, ya le he advertido de que se hará más famoso en los medios que con lo que le pasó en la isla.

—¿¡Le has dicho eso!?

—Por supuesto. —Hice un ligero movimiento de cabeza—. Y con respecto al tema de Valentino, que sepas, lo aceptes o no, él va primero —le dije en tonito claro y directo para que no me volviera a venir con esas tonterías.

—Hasta que no te consiga, no parará.

—¿Conseguir? Ni que yo fuera un premio en la tómbola de una feria.

—En el fondo estás deseando ir, reconócelo.

—No sé por qué, pero hoy me caes fatal, Rebeca —dije con toda la sinceridad del mundo.

—Porque soy la única capaz de decirte la verdad a la cara, porque me importas.

—Pues podrías ser un poco más empática, vamos digo yo.

—Con el tiempo me darás la razón y te acordarás de mis palabras.

—Con el tiempo, lo único que deseo es paz y estabilidad al lado del único hombre que es capaz de mirar por mí como lo hace Valentino.

Capítulo 37



La mañana se me hizo eterna, además de tener que aguantar las dos veces que se paseó Jorge por delante de nosotras, y encima, en plan altivo.

Me daba mucha rabia que me hubiese puesto en esa tesitura y me hubiera amenazado de esa manera. Lo único que quería era vivir en paz y mantener un trabajo que tanta ilusión me había hecho conseguir.

En el trayecto hacia el camping, estuve charlando con mi padre, poniéndolo al día, quien no dejaba de insistir en que saliera de la empresa y que ya encontraría otro trabajo. Me decía que, con lo de los alquileres, mientras, podía vivir más relajada, ya que esta semana me ingresarían el dinero. Pero yo le contesté, que hasta que no me diese el despido, yo iba a seguir apareciendo hasta el final.

Estuvo contándome la de horas que pasaba con mi madre por videollamada y, que no había momento en que no preguntase por mí y se le iluminase la cara cuando le contestaba. Seguía transmitiendo que su sueño era conseguir abrazarme con todas sus fuerzas.

Valentino me esperaba con una sonrisa y la comida sobre la mesa. Le di un abrazo muy fuerte y rompí a llorar de los nervios acumulados que tenía encima.

—¿Qué te pasa, preciosa? —Me acariciaba la mejilla y se le veía la expresión de tristeza de verme así.

—Que no puedo más, te lo juro, todo va en mi contra, y no hay un solo día que no me lleve un disgusto.

—¿Te dijo algo hoy?

—Sí, que mañana me tengo que ir a Sevilla con él por unas reuniones y que nos quedaremos hasta la mañana siguiente.

—¿Vas a ir? —Su cara se transformó en rabia.

—No —le conté todo lo que le había dicho.

—Es un hijo de puta, si me lo echo a la cara te juro que no me va a frenar nadie.

—Si me quiere echar que me eche, yo iré a mi puesto como un día normal.

—¿De verdad te compensa estar aguantando esta situación?

—Es mi trabajo, es injusto que lo pierda y no luche por lo que tanto me costó conseguir.

—Ese hombre va a conseguir joderte la vida.

—Veremos quién gana.

—¿De verdad te compensa estar así y que al final provoque un distanciamiento entre nosotros?

—¿Te molesta que trabaje allí? —le pregunté un tanto rabiosa.

—Me molesta que te lo tengas que estar encontrando cada día. Te amo mucho, pero soy consciente de que no es recíproco.

—Esto es ya lo último que me faltaba por oír. No entiendo qué queréis todos de mí. ¿No os dais cuenta de que estoy al límite?

—La que no te das cuenta eres tú, que acabas de meternos a todos en el mismo saco cuando sabes, perfectamente, que eres mi mayor debilidad y si estoy aguantando todo es porque te quiero de verdad, cosa que tú no puedes decir lo mismo.

—Valentino te quiero muchísimo, aunque no sea hasta el punto que tú deseas o yo misma quisiera, pero no voy a aguantar que tú también me recrimines nada o me quieras hacer sentir mal por trabajar a su lado. —Aparté el plato de delante en símbolo de que no iba a comer.

—¿No tengo derecho a sentirme mal?

—Sí, pero no a hacérmelo sentir a mí, ya que yo contigo no lo haría.

—No te he dado ni un solo motivo para que puedas hacerlo.

—¿Y yo sí? Te recuerdo que fuiste tú el que sabiendo cómo me sentía diste un paso adelante.

—Y tú te dejaste llevar…

—Te lo dije, sabía que esto acabaría pasándonos factura.

—Eres tú la que no eres capaz de sacrificar nada por lo nuestro.

—¿Mi trabajo? ¿En serio quieres que lo sacrifique cuando llevo años limpiando casas, escaleras y hasta culos para poder mantenerme? ¿A mí que por primera vez consigo un trabajo mejor? ¿En serio quieres que sacrifique a dónde tanto me costó llegar?

—Elige, a su lado o al mío…

—¡Vete a la mierda tú también! —Me levanté enfurecida.

Comencé a recoger todo lo que había en la autocaravana mío mientras lloraba llena de rabia y dolor. Me parecía tan injusto por parte de Valentino que en estos momentos no me apoyara, que me daba cuenta de que tenía toda mi vida a medias por culpa de mis malas decisiones.

Recogí todo y cuando salí, él ya no estaba en el porche. Sabía lo que estaba haciendo y estaba claro que con este movimiento demostraba que se había quitado del medio para no intentar retenerme. Me dolía en el alma porque esto no me lo esperaba, realmente era su comprensión lo que necesitaba.

Metí todo en el maletero y salí de allí llorando a lágrima viva y sin consuelo. Era como si, de repente, todos se pusiera en mi contra: Jorge, Rebeca con la mañanita que me dio con que no debería usar a Valentino y ahora este con que eligiera, solo me faltaba llegar a casa y que mi padre no me abriese la puerta.

Llegué a casa de mi padre y entré con todas las bolsas cuando él apareció sorprendido al escucharme.

—Papá, ni me preguntes. —Me eché a llorar.

—No te preocupes, no hay que ser muy listo para adivinar qué te pasó con Valentino.

—Me siento una mierda.

—No llores, hija. —Me abrazaba.

—¿Te he dejado sin siesta?

—No, ya hace tiempo que no la hago, desde que fui al Caribe, estoy hablando con tu mamá por videollamada en la salita. ¿Por qué no la saludas y

le das una sorpresa?

—Papá, yo no estoy preparada para eso —murmuraba con tristeza.

—Hija, ella lleva pasándolo mal toda su vida. No hace falta que le digas cosas que no sientes, pero el saludo creo que deberías dárselo.

—Vale. —Tragué saliva y quise hacerle caso, sabía que me lo estaba pidiendo con el corazón y de algún modo, tengo que reconocer, que yo también deseaba ponerle cara.

Aparecí delante de la pantalla donde esperaba a mi padre y cuando me vio, su cara se transformó en una emoción que me transmitió hasta a mí, por lo que las dos terminamos riendo y llorando a partes iguales.

—Hija, que Dios te bendiga —decía llorando—. Eres preciosa.

—Mamá. —Me salió sin darme cuenta y su cara se arrugó más, al contener lo que había sentido—. Tú sí que eres guapa, no te imaginaba así.

—¿Tú estás bien? —me preguntó a la vez que mi padre puso otra silla a mi lado y se sentó junto a mí poniendo su mano en mi hombro.

—Yo estoy jodida, no es una buena época para mí, pero imagino que, como todo, terminará pasando.

—*Mija* que nada ni nadie te robe la felicidad, tienes un papá al que aferrarte, no aguantes nada que no te merezcas —me dijo, y yo comprendí que estaba al tanto de todo por mi padre.

—Pero no llores, que lloro yo más que estoy muy sensible. —Reímos.

—*Mija*, no sabes la felicidad que me has dado, el verte hoy es lo más bonito que me ha pasado en mi vida. Sé que para ti es difícil, pero que te hayas tomado la molestia de hacerlo, me ha hecho infinitamente feliz.

—Me alegro. ¿Y tú cómo estás?

—Bien, hija, trabajando por las mañanas y el resto del día viviendo que no es poco —sonreía emocionada mirándome.

—Eres muy joven, creía que eras de la misma edad que papá.

—Me acabas de llamar viejo, hija —me dijo mi padre causándonos una carcajada.

—No, papá —me reía negando—, pero la veo más joven.

—Yo te tuve con veinte años, mi vida.

—Entonces por esa regla de tres tienes cuarenta y seis, nueve menos que mi padre.

—Así es, *mija* —afirmó, y a mí me hacía gracia esa palabra que tanto usaban en ese país.

—Me enamoré de un bomboncito caribeño —dijo mi padre haciendo que ella esbozara una preciosa sonrisa.

—Te salió caro el enamoramiento —le contestó ella de manera muy cómica.

—Lo volvería a hacer mil veces más. Eso sí —acarició mi nuca—, sin cometer muchos errores que me van a pesar toda la vida —se refirió a aquellos años en que estuvimos mal.

—Papá, olvídate de eso, sabes que no soy rencorosa.

—Ay, *mija*, qué bonita eres —contestó ella—. Tu papá te quiere más de lo que imaginas.

—Lo sé —sonreí mirándolo a él, que se le veía con un brillo en los ojos impresionante, ese que le provocaba ella.

Estuvimos hablando un rato y le dije que mi papá le pasaría mi teléfono para cuando quisiera hablarme, se puso de lo más emocionada, decía que la vida le estaba dando hoy el mejor de los regalos, que solo le faltaba poder abrazarme para conseguir la felicidad plena.

Me despedí de ellos y me fui a mi habitación a tirarme a la cama. Estaba saturada por completo, pero reconozco que conocerla me había causado una sensación preciosa y me había impresionado mucho, para bien.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas a lo sucedido con Valentino. Jamás le había mentido sobre nada y, aun así, decidió tirarse a la piscina y ahora de repente, me arrojaba a mí cuando esta estaba vacía.

Dormí un rato y me levanté sobre las ocho de la tarde, momento que me duché y me dirigí a la cocina donde mi padre estaba preparando relajadamente la cena mientras seguía hablando con mi mamá como dos adolescentes.

—Hola, preciosa. ¿Has podido descansar? —me preguntó dándome un beso.

—Sí, algo he dormido. ¿Qué tal? —le pregunté a ella que me miraba de nuevo de lo más emocionada.

—Yo bien, cariño, aquí viendo lo rico que cocina tu papá. ¿Estás más animada?

—Bueno, eso me va a costar, pero sí, algo mejor me siento —dije para no preocuparlos más de la cuenta—. Lo que sí que he tomado la decisión de ir a Sevilla con Jorge.

—¿Cariño, estás segura? —me preguntó mi padre preocupado.

—Sí, voy por trabajo, si él está buscando la excusa para echarme, no se la pienso dar.

—*Mija*, haz lo que te dicte tu corazón, pero no lo pases mal por nadie, siempre mira por ti primero.

—Yo no lo veo, hija —intervino mi padre de nuevo resoplando y agobiado.

—Confía en mí, no te preocupes que sé defenderme y ponerme en mi lugar.

Estuvimos un rato charlando y tranquilicé a mi padre, que estaba un tanto nervioso por mi decisión. Ella en todo momento estaba de mi lado intentándolo calmar. Cenamos con la videollamada encendida y me di cuenta de que, con ellos, me sentía muy cómoda y podía ser yo sin tener que medir las palabras ni estar a la defensiva.

Me despedí ante una emocionada mujer que me deseaba lo mejor para ese viaje que, aunque era corto, iba a ser un tanto incómodo.

Me acosté abrazándome a la almohada y pidiéndole al universo que, a todos, nos pusiera las cosas un poquito menos complicadas.

Veía tan feliz a mi padre hablando con ella que se me erizaba la piel.

Capítulo 38



Mi padre estaba en la cocina esperando y me dijo que me llevaría al trabajo para que no tuviera que dejar el coche allí. En su rostro se podía ver claramente la inquietud de la decisión que yo había tomado.

Durante el trayecto me fue insistiendo en que cualquier cosa lo avisara de forma inmediata y así iría a Sevilla a por mí.

Le di un beso en la mejilla antes de bajarme del coche y sacar mi bolsa en la que llevaba la ropa para dormir y cambiarme.

—Hija, mucho cuidado y que te sea leve.

—Tranquilo, papá —sonreí abrazándolo bien fuerte.

Entré y ya estaba allí Rebeca, con un rostro de lo más serio.

—Buenos días, ¿qué tal? —La noté tirante.

—Buenos días, bien, bien. ¿Y tú?

—Ahí voy. ¿Al final vas con él? —preguntó al ver que llevaba una bolsa más grande de lo normal y que no la metía en el mueble.

—Sí, sí voy a ir.

—Yo lo sabía, ¿qué tal se lo tomó Valentino? —Su tono era provocador y no era momento para aguantar tonterías.

—Es mi trabajo, espero que te valga esa respuesta.

—No, no me vale, porque si de verdad te importase, deberías esforzarte por ponerte en su lugar y empatizar con lo que está sintiendo. Ver que la persona a la que amas se va con el que ella no puede sacar de su corazón, y encima por dos días, no es plato de buen gusto —juro por mi vida que me estaba conteniendo las ganas que tenía de tirarle a la cabeza la botellita de agua que tenía en mis manos.

—Rebeca, te hace falta un buen polvo. —Cogí la bolsa y me dirigí al ascensor.

—Vas a pagar todo en esta vida —murmuró.

—Mira, niñata, ya he pagado hasta por las cosas que no hice. He tenido años de mierda que no me merecía, y tú no vas a venir a decirme a mí cómo gestionar la mía cuando la tuya es un desastre y precisamente feliz no estás. ¿Te has enterado?

—Haz lo que te dé la gana, ya vendrás llorando.

—Pues lloraremos las dos, porque a ti feliz precisamente no te veo.

—Eres igual que Lola.

—Vete a la mierda, Rebeca. —Volví a dirigirme al ascensor con la sangre hirviendo en mis venas.

Cogí aire antes de dar dos golpecitos a la puerta de Jorge, que no tardó en darme paso.

—Buenos días, jefe, ya estoy lista —dije y vi cómo se le formaba una sonrisa victoriosa.

—Buenos días, Eliana, sabía que no fallarías a la empresa.

—Tú lo has dicho, por ella lo hago, no por ti.

—Baja ese carácter, te veo muy a la defensiva.

—No me provoques y verás que todo fluirá bien.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

Nos dirigimos al ascensor y cuando salimos, Rebeca nos sonrió felizmente la muy falsa. Ni la miré ni le dije adiós, estaba en un punto en el que no me aguantaba ni yo, como para aguantarla a ella.

Me abrió la puerta del copiloto y cuando me senté la cerró y se dirigió a su asiento para arrancar el vehículo y dirigirnos a Sevilla.

Estaba intentando aparentar tranquilidad cuando realmente mi corazón estaba bombeando rápidamente y los nervios se apoderaban de mí. Aunque no quisiera, a su lado me hacía de lo más chiquitita.

—¿Has dejado el coche en el camping? —me preguntó, y no puede ocultar mi sorpresa al darme cuenta de que no sabía ni cómo ni cuándo se había percatado de que tenía coche.

—No, lo he dejado en mi casa.

—¿Has ido hasta allí para dejarlo? Podrías haberme avisado y hubiera ido a recogerte.

—Gracias, pero dormí allí y me ha traído mi padre.

—¿No has dormido con él? —preguntó carraspeando.

—No, no he dormido con él —contesté muy seca y un tanto borde porque pasaba de darle a pie a nada.

—Te estoy hablando bien.

—Jorge, nos conocemos.

—Eso crees, que me conoces.

—Bueno, igual no del todo, pero me hago una idea. —Miraba por la ventanilla esperando que la conversación no fuera a mayores porque hoy estaba en ese punto que cualquier cosa me hacía estallar por los aires.

—¿Qué tal si nos damos en este viaje una tregua?

—Sería lo ideal.

—Por ese tono no es que lo desees mucho.

—Jorge, sinceramente, no me fio de ti ni un pelo, pero quiero esa tregua.

—Lo dice la persona que tardó cero coma dos en irse con otro.

—Ya me estás provocando —le advertí.

—Eres tú la que me has atacado con que no te fías de mí.

—Eso deberías verlo como una realidad y no como un ataque.

—¿Y yo me puedo fiar de alguien que no se preocupó de mí cuando estaba tirado en una cárcel tercermundista y lo único que hiciste fue ponerme en duda?

—¿¡Qué yo te puse en duda!? ¿¡Qué cojones estás diciendo, si cuando todos te señalaban yo era la única que no me lo creía!?

—¿Y dónde está el mensaje para preguntarme ni siquiera si estaba bien? Pues te recuerdo que tuviste tiempo antes de que ella apareciese y a mí detuviesen.

—No quería molestar, no me atrevía a dar ese paso, pero de ahí a que te puse en duda va a un mundo.

—Eso me dijeron Lola y Chus, que lo único que hiciste fue al ver que me habían detenido, correr a los brazos de ese hombre.

—¿¡Eso te han dicho!? Valientes hijos de puta, cuando saben que desde mucho antes ya estaba yo quedándome con Valentino en el camping. Es un amigo de toda la vida mío y de Lola, pero bueno, no tengo que explicar nada porque yo no le debía lealtad a nadie.

»Bien que tú decías que no te irías de luna de miel y te faltó tiempo, pero te digo desde ya, que, si Lola había conseguido que me distanciara de ella, ahora para mí está muerta, vamos que si lo está. Ya he pasado yo mucho en la vida como para aguantar que ella meta mierda con su madre y contigo, pero vamos, que eso tampoco es razón para que me tratases con esa indiferencia y me soltaras lo de Rebeca.

—Según ella, tú eres la causante de su ruptura con Rebeca, y por eso ella se aferró en Chus, que la está ayudando a superarlo.

—Yo me voy a cagar en todo lo que se menea. —Solté el aire con fuerza —. Qué decepción de todo.

—Pues imagina cómo me he sentido yo cuando recibí mensajes de todos menos de ti, que era la que más falta me hacías.

—¿Falta? ¿Y te fuiste con ella? ¿En serio tenía que estar a tus pies cuando a ti no te importó en la situación que me dejaste aquí a mí?

—Sabías que te amaba…

—Pues amas muy feo y de una manera muy diferente a como yo entiendo el amor. Eso no es forma de amar, eso es egoísmo puro, Jorge.

—Qué sabrás tú por lo que acepté ir al viaje.

—Por el embarazo, tampoco hay que ser tan tonta para saber que al final con ese bebé tendrías que estar atado a ella, que sería la que gestionará también lo que le pertenecía a su hijo.

—No tienes ni idea de nada.

—¿Y pretendes que sea adivina y dé por hecho cosas que no estoy al tanto? ¿Sabes el daño que me has hecho?

—No será mucho cuando tardaste poco en irte a sus brazos.

—Deja de reprocharme nada, no tienes derecho, Jorge. —No pude contener las lágrimas.

—Me hizo mucha falta un mensaje tuyo.

—Y dale, ¿y por qué no me lo mandaste tú a mí? ¿Acaso me tiene que desaparecer alguien para preguntarme cómo estoy cuando sabías que me había quedado de lo más pillada por ti?

—Pillada no es algo que defina un sentimiento, Eliana.

—Dejemos el tema aquí porque me estoy poniendo enferma, pero por favor, no me eches en cara nada porque no me lo merezco.

—¿Y yo sí me merecí tu indiferencia?

—No te voy a explicar las cosas dos veces, y menos, cuando has actuado igual que la madre de Lola y me has señalado por lo que ha salido por su

boca y no por ser justo y haber escuchado las dos versiones. Estoy cansada de todo y todos. —Rompí a llorar con más fuerza.

—No te quiero ver así. —Puso su mano en mi pierna y se la quité.

—Si no me quisieras ver así, no me habrías tratado como una mierda a tu vuelta y habrías hablado conmigo como un hombre. Solo quiero paz en mi vida, solo quiero trabajar y no estar viviendo en una continua amenaza por tu parte por esos arrebatos que te dan.

—No te pones en mi lugar…

—Y dale, ¿acaso te has puesto por un momento en el mío? Para ya, de verdad, que no estoy bien, que estoy sacando fuerzas de donde no tengo, que tengo más frentes abiertos que en una guerra y que mi vida está patas arriba en todos los sentidos. Soy persona, pero no puedo más, por favor, deja de ponerme las cosas más difíciles y ten un poco de empatía que no solo el mundo gira alrededor de tu ombligo, que todos tenemos uno. ¡Ya está bien! —chillé con rabia.

Se hizo un silencio que duró todo el camino en el que yo iba mirando por la ventanilla y secando cada una de las mil lagrimas que me caían sin tregua.

Capítulo 39



Al llegar al hotel donde íbamos a quedarnos, encontramos un montón de medios esperando en la entrada.

—Joder, quién cojones les habrá dicho a estos que venía aquí —dijo enfurecido entrando en el *parking* del alojamiento sin bajar la ventanilla mientras hacían mil fotos al interior del coche y se podía escuchar hasta cómo preguntaban.

—Pues es raro cuando hoy no estaban ni en la puerta del trabajo.

—A saber, el caso es que por lo visto ayer salió Melissa del hospital y ya iban a venir para España según pude leer, puede ser por eso. Lo mismo no están aquí por mí y se han topado con la sorpresa.

—Pues a saber qué se piensa, porque si no sabe que estás de reuniones y salen fotos conmigo entrando a un hotel, puede enfurecerse mucho.

—Tranquila por eso… —dijo apagando el motor y bajándose del coche de muy mal humor.

No me dio tiempo a coger mi bolsa cuando se la echó al hombro y sacó su pequeña maleta de viaje. Lo seguí hasta la recepción del hotel donde nos hicieron el registro de entrada antes de darnos la llave de la *suite*.

—Jorge, ¿solo has cogido una habitación? —pregunté un tanto extrañada.

—Si crees que tu vida corre peligro, te cojo ahora mismo una —dijo en un tono un tanto borde.

—Jamás pensé que fueras una persona capaz de hacerle daño a nadie de esa manera en la que te acusaron sin un juicio, deja ya de señalarme —dije enfurecida.

Ni contestó, directamente entramos en el ascensor y se hizo un silencio un tanto tenso. Se apartó para dejarme paso para salir, y rápidamente dimos con nuestra *suite*.

La verdad es que era la habitación de hotel más impresionante que había visto en mi vida, aunque habían sido pocas, también es verdad, pero esto era de otro nivel.

Tenía una cama de matrimonio enorme, mucho más grande de lo que jamás pensé que podía haber, por no hablar del baño al que no le faltaba detalle. Al igual que la zona de estar, que contaba con dos amplios sofás, una televisión gigante y una zona de cocina con un botellero lleno de licores, a lo que había que añadir una cafetera con todo lo necesario para preparar cafés de monodosis.

Dos puertas gigantes de cristal daban a nuestra terraza, en la que había una piscina infinita mirando hacia La Giralda con una zona de sillones acolchados que lucían impecables y un *jacuzzi* al otro lado. Me daba la sensación de que más que trabajar veníamos a disfrutar de un lujo hasta ahora un tanto desconocido para mí.

—Es impresionante, no me quiero ni imaginar lo que debe costar pasar una noche aquí.

—Con tu sueldo no llegaría.

—Eso lo sé yo. —Me reí por ese comentario tan serio, pero real, que había hecho.

Llamaron a la puerta y Jorge me comentó que era el servicio de habitaciones trayendo unos aperitivos. Fue a abrir y entró un chico con un carrito; lo saludé mientras él servía dos vermuts y ponía unos aperitivos sobre la mesa de la terraza, dejando la botella en una cubitera con hielos.

—¿A qué hora tenemos la primera reunión? —pregunté cuando Jorge me dio la copa con el vermut y nos sentábamos.

—Pues mañana, la primera a las diez y la segunda, a las doce.

—¿Pero no había una hoy?

—Sí, pero esta mañana me la cambiaron porque a los clientes les había surgido un imprevisto.

—¿Y por qué nos hemos venido tan pronto? También podríamos haberlo pospuesto para mañana temprano, venir y regresar en el mismo día.

—No me gusta salir tan a lo justo por si hay algún contratiempo.

—O podríamos haber pasado la mañana trabajando y luego venir.

—Eliana…estamos aquí.

—Sí, pero no sé, podrías habérmelo comunicado.

—¿Por qué en lugar de darle tantas vueltas a las cosas, no aprovechas esta oportunidad para disfrutar plenamente de esto y de las impresionantes vistas que tiene?

—No me he traído ni bañador, no me has dado opción a nada.

—No querías ni venir. ¿Qué pretendías que te dijera, que cogieses un bañador que íbamos a disfrutar de una piscina infinita mientras tomábamos un vermut? Pero tranquila, en mi maleta hay un par de bikinis que me encargué de comprar.

—Pero si no sabías que iba a venir, ¿cómo es eso de que me has comprado unos bikinis? —pregunté desconcertada y sin entender nada.

—Sabía que vendrías, estaba completamente seguro de que a mí no me fallarías.

—Pues he venido de casualidad y lo he decidido a última hora, pero me inquieta mucho esa seguridad que tienes. Quiero trabajar, Jorge, pero no es justo que sea a costa de lo que tú quieres y sin yo tener los mismos derechos que los demás, ya que a ellos no los obligas y amenazas con echarlos. —Me sequé las lágrimas—. Creíste a Lola y a Chus, pero no creo que te hayas puesto en mi lugar ni lo más mínimo.

—Dime que no me amas, dímelo en la cara. —Se acercó un poco más a mí.

—Jorge no te acerques tanto —le pedí entre lágrimas.

—Eliana, te he amado con todo mi corazón desde el día en qué te conocí. Te lo dije en la boda a pesar de estar con algunas copas de más, pero lo sentía de verdad.

—No te sigas acercando —murmuré temblorosa y sin dejar de llorar.

—Te he traído hasta aquí porque es la única manera de que podamos hablar tranquilos.

—¿No hay reuniones?

—No, no las hay, solo era la única opción que tenía para traerte conmigo.

—¡No te acerques! —dije llorando— Has creído a Lola y Chus, has hecho que lo bonito que estaba viviendo con Valentino se haya ido a la mierda. —Lo culpé de ello—. Te casaste sin amarla solo por la soberbia de querer todo a tu nombre y me hiciste pasar los peores días de mi vida.

»¿Cómo te atreves a volver arrasando con todo lo que, de algún modo, me costó un mundo conseguir que me diera paz en mi vida? En serio, ¿todo tiene que ser cómo y cuándo tú quieras? ¡¡¡No hay derecho!!! —Rompí a llorar con más rabia.

—Me tengo que morder la lengua, Eliana, me la tengo que morder…

—No te la muerdas, suelta todo lo que te dé la gana, pero acaba con todo esto que ya no aguanto más.

—Hay muchas cosas que no puedo contar.

—Pues no me impliques en tu vida. —Apreté la mandíbula muy fuerte—. De verdad, Jorge, ¿no te das cuenta de que no puedo más? —Lloraba con el corazón encogido—. No deberías haberme traído aquí por el simple hecho de tú quererlo. ¡No te pones en mi lugar!

—Quiero ayudaros…

—¿Quieres ayudarnos? ¿A quién? ¿De qué? No puedes tirar piedras al aire y no explicar por qué. —Mi tono era alto y de reproche.

—No sé cómo decírtelo para no complicar la cosa, ni que entres en cólera.

—¡Habla!

—Quiero que te tranquilices, por favor.

—No te acerques tanto.

—Sentémonos a hablar, Eliana.

—Pero en qué quedamos, ¿hablas o no?

—Lo haré así me lleve por delante muchas cosas y personas. —Extendió su mano para que me sentase poniéndome más nerviosa de lo que ya lo estaba.

—Todo el mundo me ha decepcionado, incluso Rebeca, que parece que pagar lo de su ex, Chus, conmigo por el hecho de que esté con Lola.

—¿Su ex Chus? —Arqueó la ceja.

—Sí, tu primo ¿con cuántos Chus estuvo? —Volteé los ojos y resoplé agobiada.

—Pues no sé con cuántos estuvo, pero con mi primo ya te digo que no.

—¿Cómo que con tu primo no? Ella tuvo una relación duradera con él, incluso vivieron juntos y ¿tú no lo sabías?

—¿Mi primo vivir con Rebeca y ser su novio? —Se echó a reír como de incredulidad y a mí se me estaba poniendo la piel de gallina—. Te han engañado todos…

—¿Y qué sentido tiene que lo hagan? Si antes de que te casaras ya me lo contó ella sin saber todo lo que iba a pasar.

—¿A pasar? No será más bien todo lo que prepararon entre ella y más de uno…

—¿Qué me quieres decir? No estoy para jueguecitos, Jorge.

—Te quiero decir que Rebeca te engañó, pero no solo ella…

—¿Y por qué tengo que creerte?

—Porque yo te puedo demostrar cada cosa que te voy a contar, pero ella no te va a poder demostrar de ninguna manera que haya estado con Chus, no tiene ni una foto de hace tiempo de ellos besándose, ni, nada de nada. Y como eso, hay mucho escondido detrás que te ha salpicado sin que lo sepas.

—Pero ¿por qué me salió con eso? ¿Qué me podía interesar a mí o no que ella haya estado con él?

—No era con él con el que estuvo…

—¿Ah no? —pregunté un tanto reticente y sin entender nada.

—No, es ahora cuando quería destapar todo, pero no quiero que te hagan daño.

—No estás destapando ni demostrándome nada.

—Mira y ve pasando las fotos hacia el lado… —Me dio su móvil.

—¿Qué es esto? —pregunté nerviosa y comenzando no solo a no entender nada, sino a darme cuenta de que algo se me escapaba de las manos y no solo con Rebeca.

—Él era su novio… —Las fotos eran de ella, con el pelo cortísimo, y con Valentino, se notaban de diferentes épocas.

—Pero a Valentino se lo presentamos Lola y yo —murmuré entre lágrimas acomodándome en la silla porque pensaba que me iba a caer desplomada.

—No, ella fue la que convenció a Lola para ir aquel fin de semana al camping, lo hizo para que te encontrases con él. Lo tenía todo preparado con Valentino, con ese que tanto defiendes.

—¿Y con qué fin?

—Estaba al tanto de lo que pasó en la feria y de todo, lo sabía todo….

—¿Y cómo estuvo al tanto? ¡Joder, que no entiendo nada! Y Valentino era amigo mío desde hace años. ¿Cómo que me tapó todo? ¿Qué pretendía? ¿¡Qué está pasando!? ¿¡Y Lola!? ¿¡Qué tiene que ver ella en todo esto!?

—Tranquilízate, Eliana. —Puso su mano en mi brazo.

—No me toques. —La quité—. Quiero que me cuentes todo lo que sabes, quiero saber qué está pasando.

—Ella está obsesionada conmigo, desde hace muchos años.

—¿Ella quién?

—Rebeca…

—¿Me estás diciendo que está obsesionada contigo y que tú no la has echado de la empresa? —pregunté con incredulidad.

—Todo esto es una historia muy larga.

—Quiero saber en qué momento entro yo en todo este juego y todo lo que está pasando —dije apretando los dientes.

—Como te dije, Rebeca lleva mucho tiempo obsesionada conmigo, incluso cuando estaba con Valentino, y este era consciente de ello, pero estaba tan pillado que hacía la vista gorda. Sí es verdad que a ella la mataba vivir en el camping, ya que solo hay que ver lo pija que es.

—Sigue…

—A su vez, Valentino nunca le ocultó que su gran amor platónico eras tú, pero que cuando parabais juntos años atrás él hizo mil intentos, pero tú todo te lo tomabas a broma y siempre terminabas fijándote en otros chicos. Ella se

enteró por una conversación que tuvo Valentino por teléfono y que él pensó que no lo escuchaba, por lo que le tuvo que confesar la verdad y entonces ella te buscó en Instagram, por lo que sabía de sobra quién eras.

—Todo esto parece sacado de una novela de suspense —murmuré incrédula.

—Cuando Rebeca descubrió que eras tú la de la entrevista, al verte aparecer y encima que eras la elegida, entró en colera.

—Pues lo disimuló muy bien.

—A eso hay que sumarle que fue a la feria y, casualmente, nos vio juntos, motivo suficiente para llevarle a tramar un plan que le está saliendo casi perfecto.

—Y, Chus ¿qué tiene que ver en todo esto?

—Lo conoce de sobras, además no se pueden ver, vamos que no se caen bien. Lo vio con Lola en la feria, así que aprovechó que era tu amiga para soltarte que ella fue novia de Chus. Todo eso lo hacía para ganarse tu confianza.

—No me cuadran muchas cosas. ¿Y qué pinta Valentino en todo esto?

—Valentino le debe un favor muy grande a Rebeca, hay una historia entre ellos que está guardada como un gran secreto. Ella le dijo que le iba a poner a huevo vuestro encuentro y que él tenía que apartarte de mí.

Todo estaba muy nublado y distorsionado…

—Eliana, ¿estás mejor?

La cabeza me daba vueltas y notaba que mi cuerpo no respondía a lo que yo le ordenaba. Poco a poco fui encontrándome mejor.

—Me he mareado —murmuré intentándome incorporar del sofá de la terraza.

—Sí, me has dado un susto de muerte. No te levantes tan rápido. —Me ayudaba con cuidado.

—No puedo más, no puedo más. —Lloraba con tristeza—. Quiero saber todo. —Me quité el pelo de la cara colocándolo detrás de mi oreja.

—Vamos hacia dentro, aquí, si no se está en la piscina es inaguantable el calor a esta hora —dijo ayudándome a entrar.

Me senté en el sofá de dentro y me trajo de la nevera una lata de Coca-Cola fría.

—Gracias —murmuré con tristeza.

—No tienes por qué dármelas.

—¿Lola está en la trama contra mí?

—No, no. Lola fue una víctima de ella, y Chus jugó para apartarla.

—¿Y por qué Lola está en mi contra?

—Porque Valentino se está haciendo la víctima, contándole a ella que tú hablas mal de los dos y que estás revelando secretos que ella te confesó por la confianza que os teníais. Que Rebeca te contó cosas muy feas de ella y que tú la creíste. A él lo creen, lo ven como la víctima porque piensan que lo has dejado por estar encaprichada de mí, según ellos. Valentino ha llegado a leer mensajes tuyos con Lola de hace muchísimo tiempo y por eso tiene toda la información.

—¿Y por qué si Chus sabía lo que ellos estaban haciendo, dejó que Lola lo creyera?

—Porque sabíamos que ella quería romper vuestra amistad y que creyese a Valentino, así la tendrían de su parte. Y porque Chus no podía contar nada a Lola, ya que no podíamos permitir que entrase en cólera y pusiera en peligro todo el camino que tenemos ganado para tener las pruebas suficientes para echar a Rebeca.

—No entiendo.

—Rebeca está en la empresa con un contrato blindado por un pacto entre mi padre y el suyo, por unos clientes potenciales que este le pasó. Solo hay una cláusula por la que la podamos echar y estamos muy cerca de conseguirlo. A mí que ella estuviera obsesionada conmigo me daba igual, hasta me hacía gracia, pero cuando me enteré hasta dónde estaba llegando y lo que estaba haciendo, decidí que iba a conseguir que incumpliera eso para ponerla donde se merece, en la calle. Por eso no podíamos poner en peligro eso y contárselo a Lola, podría acarrearnos serias consecuencias porque no sabíamos cómo podía reaccionar.

—Me estoy volviendo loca… —Volví a llorar desconsoladamente.

Lo de Valentino me había dejado en tal *shock* que me costaba hasta respirar, pero lo de Lola me hacía sentirme muerta en vida. Era mi amiga, mi gran amiga, y estaba creyéndolo a él cuando me atacaba con que era yo la que creía a Rebeca.

—Me duele verte así.

—¿Y por qué crees que debo creerte?

—Porque solo Valentino sabía que tus padres se han separado y que tienes una madre cubana —al decir eso, sentí un nudo en el estómago; ya tenía la certeza de que todo lo que me había contado era verdad.

—No quiero saber nada más.

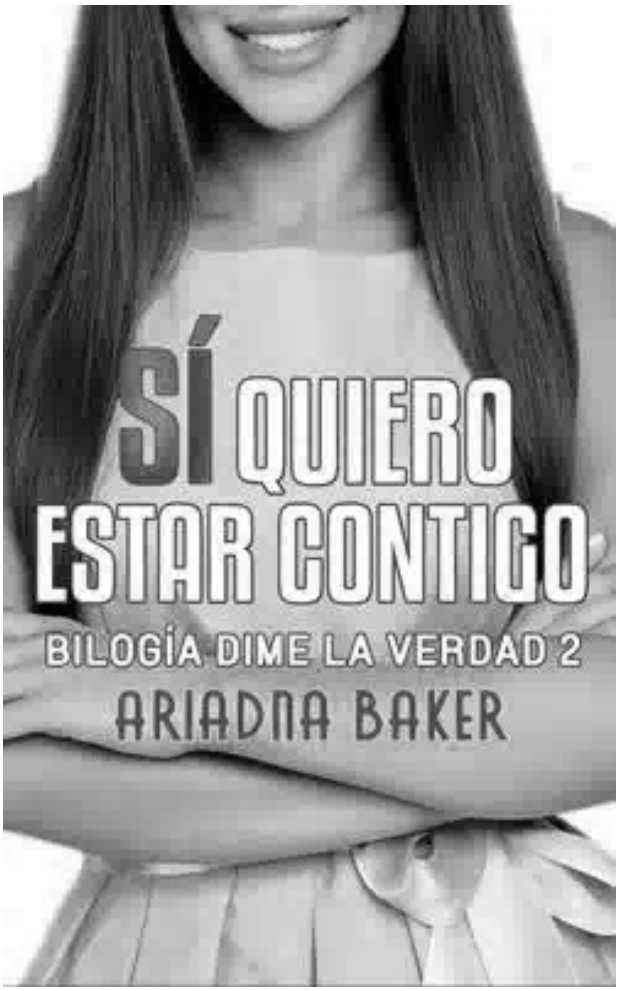
—Quiero contarte también la realidad de lo que hay detrás de Melissa.

—Ese es tu problema, te repito que no quiero saber nada más, ni siquiera cómo has conseguido toda la información para saber lo que estaba haciendo Rebeca. No quiero saber nada de tu vida, ni de la empresa, solo quiero que te alejes de mí. Sois todos iguales. Y no intentes frenarme porque llamo a la policía. —Me levanté y cogí mi bolsa—. Prepárame el finiquito, no voy a volver a tu empresa.

—Eliana…

No respondí, simplemente caminé con firmeza hacia la puerta y salí sin mirar atrás. Al llegar a la calle, cogí un taxi y le pedí que me llevase a la estación de tren, donde abordaría uno que en poco más de una hora me llevaría de regreso a mi casa, el único lugar donde realmente quería estar.

Si quiero estar contigo



Capítulo 1



Dos semanas habían pasado desde que me había ido de Sevilla, dejando a Jorge en la habitación del hotel. Me quedé en casa con mi padre, sintiéndome arropada por él y porque no faltaron en ningún momento las videollamadas de mi madre; debo decir que fueron muy importantes para mí, ya que me ayudaron muchísimo en esos momentos en que solo quería y necesitaba llorar.

Estaba llena de sentimientos contradictorios y parecía que mi mundo se había desmoronado por completo. No le encontraba sentido a nada de lo que había pasado y todo me parecía de lo más turbio y oscuro.

No había hablado con Lola y aunque muchas veces se me pasó por la cabeza hacerlo, sabía que no serviría de nada ya que, si no me apoyaba Jorge confirmando lo que me confesó, complicaría mucho más la situación.

Quería pensar que cuando él se saliera con la suya de poder despedir a Rebeca, sería el momento en que junto a Chus le contarían a mi amiga la verdad, al menos confiaba en que así fuera, si tuvieran un poco de dignidad, aunque para mí, eso estaba en entredicho.

La empresa había gestionado mi despido por orden de Jorge, asegurándose de que me pagaran la indemnización y de que no perdiera mis derechos, algo que ocurriría si era yo la que renunciaba. En ningún momento había vuelto a hablar con él, y en un intento que hizo de contactarme, lo bloqueé de todos

lados, sin antes perderme el placer de decirle que había sido una de las peores experiencias de mi vida.

No quería ver a nadie, a ninguno de ellos, no sabía quién era peor y aunque seguía amándolo con todo mi corazón, me repetí mil veces que más me tenía que amar a mí misma y que debía olvidarlo, aunque me costase infinidad de lágrimas.

En ese momento, tenía la mano de mi padre entrelazada con la mía mientras volábamos hacia Cuba, para reunirnos con la única persona que sacrificó todo por mi bienestar: mi madre, a la que ya llamaba así y que tanto se emocionaba cada vez que lo escuchaba.

Hablando de ella… La sorpresa que se iba a llevar al vernos, ya que le habíamos contado una pequeña mentirijilla, diciéndole que hoy íbamos a pasar el día en una barbacoa a la que nos había invitado un compañero de mi papá y que estaríamos desconectados.

Llevábamos cuatro maletas, una cada uno con ropa y la otra llena de comida, ya que había muchos productos que envasados debidamente se podían llevar y no sobrepasando los veintitrés kilos por personas. La escasez en el país era tanta, que llevábamos varias latas de aceite de oliva.

—*Les habla David Carrasco, comandante del vuelo.* —Se escuchó por los altavoces—. *A través de las redes sociales hemos visto ya de todo; cumpleaños en el aire en los que ha sido participe el comandante que felicitaba por este medio, despedidas de solteros y muchas cosas más que hemos compartido con los pasajeros y que ha sido una manera de poder sentirnos más cercanos a ustedes.*

»Hoy no iba a ser la excepción. Nos acaban de contar una preciosa historia en la que deseamos involucrarnos. ¿Os imagináis a dos grandes amigas que, por culpa de terceros, llevan tiempo sin hablarse, pero se quieren con todo su corazón? Pues este es el caso que llevamos en este vuelo, y aunque aún no se han reencontrado, creo que todos nos merecemos ver ese abrazo que se deben. Les dejo en manos de una de las protagonistas.

—La gente está fatal —dijo mi padre negando y con una sonrisilla mientras yo lo miraba con un nudo en la garganta porque esta historia me recordaba a mi amiga.

—Eliana si estás ahí, pronúnciate. —Escuchamos la voz de Lola sin perder ese sentido del humor y haciendo la que me invocaba por los altavoces y miré a mi padre alucinando, pero la sonrisa en él era un tanto sospechosa. La piel se me erizó por completo y la gente reía con esa forma de llamarme.

»Fuera bromas, quiero decirte que te quiero con locura y que me encantaría que nos diéramos un abrazo por los aires y que me perdones por lo estúpida que fui al no creerte cuando eres la única persona, que, junto a mi madre, nunca me falló. —Todos los pasajeros se pusieron a aplaudir emocionados y Lola apareció en medio del pasillo dándole el teléfono a la azafata y llevándose las manos a la boca al mirarme.

Me levanté y corrimos la una hacia la otra, mientras los aplausos se escuchaban con mucha efusividad y un murmullo de emoción de los pasajeros se hizo presente cuando nos fundimos en un abrazo. Incluso vi a varias mujeres con las lágrimas en los ojos, igual que nosotras.

—¿Qué haces aquí? —pregunté emocionada sin soltar su carita.

—Ayudar para poder traer otra maleta más de comida. —Reía entre lágrimas.

—Papá. —Lo miré—. Estabas al tanto de todo… —dije emocionada.

—Claro, cariño.

—¿Ya no estás con Chus?

—Sí, sí lo estoy, pero ahora entendió que debía estar a tu lado. Él y Jorge me confesaron todo hace tres días, y hablé con tu papá, quien me comentó que ibais a viajar a Cuba, así que le pedí poder acompañaros.

—No llores que me haces llorar a mí. Aunque estés con ese estúpido, te quiero a mi lado.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Claro, pero espero que le hayas dicho a tu madre la verdad porque me crucificó por tu culpa. —Estiré las manos haciendo la cruz y poniendo cara de dolor.

—Mi madre está muy enfadada conmigo, casi no me habla, dice que no tengo perdón por lo que te hice y que la arrastré a ella a culparte. Por cierto, ella fue la que hizo toda la compra para que trajera a Cuba.

—Dame otro abrazo —dije emocionada entre lágrimas y de nuevo todos los pasajeros aplaudían emocionados.

No me lo podía creer, tenía a mi Lola aquí. Se sentó con nosotros, ya que eran tres asientos de ventanilla y sobraba uno, que era de ella, pero que mientras la dejaron sentarse en otro vacío para que pudiese darme la sorpresa. Me habían engañado, pero bien. ¡Bendita mentira!

Nos costó un buen rato salir de esa emoción que nos tenía llorando y riendo a partes iguales. Nos necesitábamos más de lo que imaginábamos y es que nuestra amistad había sido de lo más fuerte y sincera.

—Tengo muchas ganas de conocer a tu mamá.

—Yo también de verla en persona, estoy segura de que te va a encantar, es un amor de mujer, a la que solo le salen de su boca cosas bonitas. Eso sí, es muy cómica y suelta cada disparate que te tienes que echar a reír a carcajadas.

—Los cubanos son muy divertidos.

—Sí, sí, ya te digo que ella a pesar de estar en una situación tan complicada, siempre tiene una sonrisa en la cara y está ahí apoyando cuando

es ella quién más lo necesita.

—Le va a dar algo cuando os vea.

—Y a ti, ella tenía la esperanza de que lo nuestro se arreglase más temprano que tarde —sonreí.

—Entonces no me va a coger de los pelos y me va a arrastrar por toda La Habana, ¿verdad?

—No creo, la tendré entretenida —soltó mi padre haciéndonos un guiño y consiguiendo arrancarnos una carcajada.

Aterrizamos en la isla y fuimos directos a pasar el control policial en el que nos hicieron varias preguntas antes de devolvernos los pasaportes dándonos la bienvenida a la isla. Realmente, parecía que quería ligar más con nosotras que otra cosa, pero creo que se cortó un poco por la presencia de mi padre, que lucía de lo más serio en plan protector.

Cogimos las maletas y las pusimos en tres carros, obviamente con la suerte que teníamos nos pararon para un control, lo que no sabíamos es que mi padre fue más rápido y conociendo todo lo de allí, metió en el pasaporte un billete y se lo entregó al policía que no le había pedido identificación pero que entendió la jugada. Se giró lo sacó, se lo devolvió y nos dijo que bienvenidos a Cuba, dando así el visto bueno sin registrar nada.

—Joder, con tu padre como se las sabe todas —dijo flipando Lola al ver cómo había pasado dando un «regalito» al policía. No es que llevásemos nada malo, pero sí que entre la ropa también habíamos escondido más comida para compensar el peso.

—Ni yo me lo esperaba. —Me reí negando mientras tiraba del carro hacia la salida de la terminal.

Metimos todo en un taxi entre el maletero y el sillón de atrás, donde sobraba un hueco y aprovechamos para poner dos maletas justo en medio. Mi

padre iba delante con el taxista y nosotras dos mirando por la ventanilla alucinando con los edificios tan coloniales y abandonados a su vez.

—Madre mía, esto está muy descuidado para lo bonito que es, necesitan una buena mano de obra y pintura —dijo Lola.

—No hay ni para comer *mija*, menos para reformar, aquí nos vamos apañando hasta que se nos caigan los techos abajo —dijo el taxista riendo. Era muy simpático.

Capítulo 2



El taxi entró en la calle donde vivía mi madre, lo que no nos esperábamos es que estuviera sentada en la puerta charlando con una vecina.

Miró hacia el coche, pero no se dio cuenta porque primero vio al taxista y después a Lola, que era la que iba detrás de él. Fue cuando salimos y la miramos que se quedó boquiabierta, llevándose las manos a la boca antes de chillar.

—¡¡¡Mi hija!!! —Se levantó dirigiéndose hacia mí y abrazándome mientras lloraba como una niña pequeña—. Te quiero, mi *amol*, te quiero con todo mi corazón.

—Y yo, mami —le dije llorando a lágrima viva.

Luego miró a mi padre y los dos sonrieron mientras sus ojos nublados hablaban de la emoción que sentían y se fundieron en un abrazo al que no le faltó un beso en los labios de lo más apasionado. Lola y yo nos miramos entre lágrimas por este momento tan bonito del que éramos partícipes.

—¿Y ella quién es? —preguntó levantando la ceja y abrazándola de igual manera.

—Soy Lola —dijo dejándola a cuadros.

—¿De verdad? ¿Su amiga Lola? ¡¡¡*Mija* qué alegría!!! —La abrazó más fuerte aún.

—Sí, la tonta que le falló, pero aquí estoy para acompañarla en estos momentos tan mágicos.

—Los amigos también se fallan, lo bonito es saber reconocer las cosas y no soltar de la mano a los que te quieren de verdad. —Le acarició la cara y luego nos volvió a mirar de lo más emocionada—. Ella es Caridad, mi vecina y amiga. —Nos la presentó y la saludamos con dos besos. Nos dimos cuenta de que estaba al tanto de la historia.

Entramos en la casa, que era de lo más humilde; las ventanas no tenían cristales, solo puertas de madera. Nos explicó que era por el desgaste y los huracanes que habían soportado. Eso sí, la tenía impecablemente limpia.

—En esta habitación podéis acomodaros las dos —dijo señalando a una que tenía dos camitas y una cómoda que debía de ser muy antigua por su aspecto.

—Yo contigo —dijo mi padre antes de carraspear y hacer que nos riésemos.

—Por supuesto, nos debemos un buen revolcón —le contestó consiguiendo que nuestra carcajada fuese aún más grande.

—¿Uno nada más?

—Todos los que quieras. —Le dio una palmada en el culo para que entrase en su habitación a dejar las cosas.

—Mamá, estas tres maletas son de comida. ¿La colocamos en la cocina?

—¿Traéis comida? —preguntó asombrada.

—Muchísima. —Me reí y abrí una para que la viera.

Su cara lo decía todo mientras miraba los productos, y es que muchos no sabía ni que eran, y si lo sabía, nunca había tenido acceso a ellos. Se emocionó colocando todo y hasta tiró una foto.

—Ni en un supermercado de aquí hay tanta comida. Hoy estuvimos Caridad y yo buscando algunos productos y fue imposible.

—Le podemos dar unas cuantas cosas que hay repetidas —le dijo mi padre.

—Sería lo más bonito que pudiéramos hacer por ella, ya que siempre pensó en mí cuando le mandaban plata de Miami.

—Venga, vamos a prepararle una bolsa con pasta, tomate, una latita de aceite de las pequeñas…

Fue a buscarla para darle las cosas y la pobre mujer se echó a llorar de la emoción; a todos se nos hizo un nudo en la garganta. Nos lo agradeció enormemente.

—Jamás entré a mi casa con tanta comida —dijo llorando a mares mientras se llevaba las dos bolsas que le habíamos preparado.

—Cualquier cosa que te haga falta nos lo pides —le dijo mi madre mientras le acariciaba la espalda.

Lola estaba tan emocionada por todo que no podía parar de llorar, y es que cualquier cosa tocaba la fibra más sensible. Cuba era diferente a todo lo que conocíamos en España. No sabía lo afortunada que era hasta que llegué esta isla y mi di cuenta de que nuestros problemas eran insignificantes comparados con los de ellos.

—Yo estoy muy apenada —se dirigió a mi padre—, pero no tengo plata suficiente para comprar otro ventilador. Solo tengo uno y por la noche hace calor en las dos habitaciones.

—Cariño, no te preocupes por eso. —Le acarició la mejilla—. ¿Hay algún sitio por aquí donde podamos conseguir uno?

—Sí, en la tienda de Eduardo que está dos calles atrás.

—¿Vamos?

—Sí, mi *amol*, que vais a estar todos más cómodos.

—Nosotras vamos colocando los productos de la maleta de Lola.

—¿¡Hay más!? —preguntó llevándose las manos a la boca.

La verdad es que hacía un calor húmedo que era duro de aguantar, y más para los que no estábamos acostumbrados. Lola no paraba de secarse la frente con un pañuelo de papel.

—Lola, por Dios, ¿en serio? —pregunté llevándome las manos a la boca cuando vi un montón de paquetes envasados de jamón— Pero ¿cuántos hay?

—Veinte, es una pata que mi madre compró y pidió que se la deshuesaran y prepararan así. Le podemos llevar unos paquetitos a Caridad.

—Venga, ve tú mientras yo sigo colocando todo.

—Vale, es que no me acordaba que los traía, de lo contrario le hubiera dicho que se esperase —dijo cogiendo tres paquetes para llevárselos.

La verdad es que habíamos traído de todo: pasta, arroz, lentejas, garbanzos, aceite, tomate en salsa, latas de conservas, dulcería y un sinfín de productos que nos echarían bastante el cable, además de un montón de productos de higiene que venían con la ropa.

—Joder, que hartón de llorar se ha pegado esa mujer, no dejaba de decir que por fin va a probar el famoso jamón.

—¿Sí? —sonreí emocionándome.

—Ya está todo colocado, lo que veo que aquí falta mucha verdura, huevos y fruta.

—Pues mañana vamos al mercado y nos hacemos con todo lo que haga falta.

—También refrescos, cervezas, leche, café y azúcar.

—Yo traje un paquete grande de café.

—Es verdad, que lo he colocado —negué riendo, porque sí, era de los grandes de dos kilos.

—Pero cuando desayunemos podemos perdernos por La Habana para irnos a hacer esas comprar y bichear el lugar.

—De aquí no sale nadie sin mi permiso —dijo mi madre sonriendo y cargando con una bolsa y mi padre con un ventilador.

—Ya nos han castigado y no llevamos ni dos horas —contestó Lola mirándome.

—Mirad lo que compró tu padre. —Sacó dos botellas de ron de la bolsa.

—Pero no hay refrescos, papá. Justo estábamos hablando Lola y yo de que mañana después de desayunar y mientras damos un paseíto, iremos a comprar varias cosas que hacen falta.

—Mucha suerte, porque aquí no te creas que se encuentra todo fácil —dijo mi madre—. De todas las maneras, los refrescos podemos comprarlos en la tienda de la esquina, ahí siempre hay.

—Venga, vamos nosotras —dijo Lola animada por salir.

—Trae cervezas si hubiera, hija.

—Vale.

Fue poner un pie en la calle y notábamos cómo la gente nos miraba. Si bien es cierto que, aunque estaban más que acostumbrados a los turistas, siempre despertábamos la curiosidad y más cuando habían visto que nos estábamos alojando en una de las casas.

—Bienvenidas a Cuba —nos dijo uno de los tres jóvenes que estaban arreglando un coche.

—Gracias —dije sonriendo.

—Osvaldo, para servirlas —gritó otro mientras continuábamos andando.

Nos reímos sin mirar hacia atrás para no entrar en el juego. Ya nos puso mi madre en antecedentes de cómo funcionaban aquí algunas cosas.

Llegamos a la tienda y había una señora con sus rulos en la cabeza atendiendo a otro chico y aprovechamos para mirar.

—Hola, mis amores.

—Hola —dijimos sonrientes—. Queríamos este paquete de cervezas y estos refrescos. —Todo era de marca nacional. ¿No tienes leche, por casualidad?

—No, *mija*, pero en esa calle de enfrente, justo aquí a la derecha hay una tienda que puede que tenga. Si queréis ir un momento y luego venís a por esto para que no se os haga pesado con las bolsas.

—Vale, gracias —sonreímos.

Nos dirigimos a la tienda que nos había indicado, pero tampoco tenían. Nos recomendaron andar un poco más hacia delante para preguntar en otra. Al final, estuvimos caminando cerca de veinte minutos hasta conseguirla, y luego regresamos a la primera para recoger los refrescos y la cerveza. Toda una odisea; sí, señor.

Cuando llegamos a la casa estaban en la cocina preparando unas cuñas de queso a las que les pusieron por encima anchoas. Menos mal que habíamos venido con provisiones porque de lo contrario, como decía Lola, íbamos a terminar comiéndonos los marcos de las puertas.

Ayudamos a preparar la mesa mientras ahora ponían un platito con jamón que, al darle a probar mi padre a mi madre, esta metió un gemido de placer que tuvimos que echarnos a reír.

Abrimos las cervezas y nos sentamos en la mesa que había pegada a la ventana del comedor, pero pusimos uno de los ventiladores dándonos aire mientras giraba de un lado a otro.

Lola y yo estábamos que nos caíamos de sueño por el *jet lag* y tal como terminamos de cenar, nos dimos una ducha y nos tiramos en las camas con el ventilador en medio para recibir las dos el aire.

—Tu madre es preciosa, parece que tiene menos edad aún, y eso que es muy joven —murmuró desde su cama.

—Sí, además es una mulata que tira para clara, pero tiene el tostado perfecto de piel.

—De ahí a que tú también lo tengas.

—Sí, pero la de ella es más bonita.

—Y la tuya, por favor, que tienes una piel impresionante. Te dejó unos buenos genes. —Nos reímos—. Son dos bombones, porque tu padre es un

madurito que no veas, para hincarle el diente. Estos dos se van a dar cada revolcón en estos días que se van a escuchar hasta aullidos.

—Calla. —Me reí a carcajadas.

—Se me acaba de antojar un cigarrillo, pero no tengo fuerzas para levantarme.

—Lo mismo me pasa a mí, que no puedo con mi cuerpo.

—Dile a tu madre si nos deja fumar en la habitación, total lo único que nos puede pasar es que nos mande a la mierda. —Reía a carcajadas.

—¿Qué pasa por aquí? —preguntó mi padre asomándose por la puerta y detrás ella riendo.

—Que queremos un cigarrillo, pero no tenemos ganas de levantarnos —dijo Lola toda valiente.

—Abrir la ventana y sentaros en la misma cama. Os traigo un cenicero y me invitáis a uno —dijo mi madre.

—La amo, la amo —decía Lola.

—Yo, deportista y ellas tres, fumadoras —murmuró mi padre volteando los ojos.

—Pues hay bomberos que fuman. —Me encogí de hombros.

Mi madre se sentó en el filo de la cama y nos encendimos los cigarrillos. Jamás habíamos fumado en una habitación, pero hoy las fuerzas estaban bajo mínimos.

Capítulo 3



Abrí los ojos y vi a Lola mensajeándose por el móvil.

—Buenos días, ¿qué hora es?

—Buenos días, dormilona. Las seis y media de la mañana.

—¿Nada más?

—Siéntete afortunada, que yo, con esto del desfase horario, llevo desde las cinco despierta y he escuchado hasta como esos dos —murmuró señalando a la pared que daba a la habitación de mi madre— se lo han pasado de muerte. Casi me uno a la fiesta —dijo provocándome una carcajada.

—Se la habrán dado mortal después de casi veintisiete años sin tocarse —le dije en flojito sin poder dejar de reírme.

—Tu padre tiene que ser una bomba atómica en la cama. —Las carcajadas ya no las podíamos reprimir.

—¿Qué pasa, que Chus no se luce dónde debe?

—Pobrecito, él no es malo —protestó en voz baja y poniendo ojitos de cordero.

—Tampoco es un santo. —Me encogí de hombros y me lanzó su almohada.

—Recuerda esto: ni los buenos son tan buenos, ni los malos tan malos. —Me hizo una mueca.

—Yo solo te digo que, si hubiera empatizado un poco, aunque no te hubiera contado nada, no te hubiera permitido estar mal conmigo. Pero ten claro que, si tú eres feliz con él, yo te voy a apoyar, aunque aún tengo un cacao enorme del porqué te liaste con Rebeca, pero bueno, prefiero no escuchar nada de todos ellos porque se me revuelve el estómago.

—Algún día vas a saber toda la verdad.

—¿Más de la que ya sé?

—Mucho más…

—¿Sinceramente? No quiero saber nada que tenga que ver con Jorge y todo su alrededor. Rebeca es producto de toda su soberbia.

—Bueno, ¿qué te parece que nos vayamos a la cocina y nos tomemos un café? —Cambió de tema rápido porque sabía que por mi tono estaba muy tocada e iba a terminar llorando.

—Sí, pero a este nos lo llevamos. —Señalé al ventilador, ya que el calor que hacía era insoportable para lo temprano que era.

—Venga…

Nos disponíamos a salir intentando no hacer ruido para no despertarlos, pero no habíamos ni atravesado la puerta cuando aparecieron los dos con una sonrisa de oreja a oreja. Parecían dos tortolitos.

—Buenos días, mis amores. —Me dio un abrazo con un cariñoso beso y luego se lo dio a Lola.

—¿Qué tal habéis dormido? —nos preguntó mi padre.

—No tan bien como vosotros —dijo Lola causándonos a todos una carcajada.

—Mira tu amiga si es descarada —murmuró mi madre bromeando y mirándola de arriba abajo.

—Eliana, con todos mis respetos, descarados vosotros, que nosotras hemos estado toda la noche a dos velas —le contestó Lola causándole una carcajada a mi padre.

—Esta noche nos vamos a la azotea.

—Eso, para que así os escuchen todos los vecinos y se solidaricen con nosotras —volvió a contestarle Lola.

—O suban todos a sus terrazas y se monte una orgía descomunal, que aquí en Cuba nunca se sabe.

—Mamá, por Dios. —Reí negando mientras sacaba el café para prepararlo.

—Ahora tu papá me acompañará a mi trabajo, porque voy a pedir unos días libres.

—¿Y te los darán?

—Sí, aquí me pagan por semanas trabajadas y ayer la cerré, hoy es mi día libre, así que aprovecho para avisarles de que por ahora no cuenten conmigo, que los seiscientos pesitos que cobro al día, me los va a dar el padre de mi hija. —Nos hizo un guiño.

—¿Cuánto es al cambio seiscientos pesos? Yo me hago un lío —preguntó Lola.

—Unos cincuenta céntimos de euro —respondió mi padre.

—¿Qué tú trabajas toda la mañana hasta las cuatro de la tarde por cincuenta céntimos? —preguntó Lola alucinando.

—Sí, *mija* y te garantizo que me puedo sentir dichosa, que en otros sitios dan menos.

—Pero si ayer vi en una tienda que un pollo valía siete euros al cambio. ¿Quién puede comprar eso aquí entonces?

—Ahí está la cosa, *mija*, lo que pasa es que muchos cubanos reciben bastante ayuda de familiares que están fuera de la isla. A Caridad la ayudan mucho y ella compra una vez a la semana un pollo y me da la mitad.

—Qué buena mujer —murmuré yo emocionada.

Mi mamá disfrutó del desayuno muchísimo mientras nos contaba muy emocionada que por la noche se probó toda la ropa que le habíamos traído y que estaba enamorada de cada prenda, además de los pijamas y la ropa interior. La verdad es que le habíamos comprado infinidad de cosas que metimos en dos mochilas que traíamos a parte de las maletas.

Elegimos unos pantalones cortos vaqueros un poco sueltos y un top que dejaba la barriga al aire. Nos quedaba muy bien. Habíamos coincidido en mucha ropa para el viaje, pero la verdad es que la mayoría eran iguales, porque nos encantaba vestir como gemelas en muchas ocasiones. Hasta las Converses blancas habíamos traído y ahora llevábamos puestas.

—Cómo me gustaría ser una tarjeta de crédito infinita, para que desearais tenerme en vuestras manos —nos dijo un joven de unos cuarenta años causándonos una carcajada.

—No veas cómo se curran aquí los piropos —murmuré negando mientras seguía mi paso.

—He tardado en pillarlo, pero es muy bueno, sí, señor. —Reía.

Era un poco agobiante sentir que todas las miradas estaban puestas en nosotras mientras caminábamos. Ya nos había avisado mi madre de que dos jovencitas extranjeras por la ciudad atraerían muchos moscardones.

—Todo eso que Dios os dio, que San Pedro os lo bendiga —nos soltó otro con el que nos cruzamos.

—Tiene usted razón, Dios nos bendiga estos cuerpos divinos que la naturaleza nos regaló —le soltó Lola mientras seguíamos nuestros pasos.

—¿Qué te pasa a ti que estás tan deslenguada?

—Que aquí nadie me conoce. —Me echó la mano por el hombro.

—Y antes me reñías a mí cuando salíamos, me decías que era una descarada.

—Mira cómo cambia la vida, ahora tú eres un angelito de Dios y yo estoy que me como la vida, así que más vale que espabiles y disfrutemos de esta isla, que no todo el mundo tiene la suerte de poder decir que estuvo aquí.

—No soy ningún angelito, pero sí es verdad que no soy la persona que era antes. Todo ha sido tan fuerte para mí que desde que me enteré de que mi familia no era la que conocía y todo lo que me vino después, que ahora me siento diferente.

—Eso se llama madurar. Por cierto, ¿sabes algo de tu hermano?

—No me quiso ni cuando se pensaba que lo éramos, que solo me habló cuando lo hicieron mis padres. ¿Tú crees que ese me va a echar de menos a mí? —negué— Es como su madre. La verdad es que han dejado una paz en mi vida increíble, así que mejor que no den ni señales de vida más que por los abogados por los trámites de mi padre.

—Qué fuerte todo, cuando me lo contó Valentino me quedé a cuadros.

—Fuerte lo falso que es. Me he llevado un palo muy grande con él.

—Yo también, te lo juro, no me lo esperaba. Cuando me pusieron Jorge y Chus al tanto de todo y me dieron pruebas, lo odié desde ese mismo momento. Debería de ser actor, se ganaría aún mejor la vida que con el surf.

—Pues por todo eso he cambiado. Ahora estoy feliz de tener una madre que me ama de verdad, un padre que, aunque no supo protegerme del todo ante los demás, me sacó adelante y me ha demostrado muchas veces lo que me quiere y te he recuperado a ti, que era lo único que me importaba de la otra historia. —Frené y le di un beso muy fuerte en la mejilla.

—No, mamis, dejar de juntaros las mujeres que los hombres nos vamos a quedar solos y desamparados —nos soltó un hombre de unos cincuenta años en plan broma y pensando que éramos pareja.

—Las mujeres sabemos hacerlo más rico —le contestó una descarada Lola consiguiendo que me entrara un ataque de risa mientras tiraba de ella.

—No contestes para no dar pie a que sigan diciendo más cosas.

—Pues le iba a decir que se mataran a pajas.

—¡¡¡Lola!!! —negué riendo.

—¿Y tú no me vas a decir nada? —le preguntó a un chico que era monísimo y nos miraba sonriente.

—¿Y qué quieres que te diga, mami? —le preguntó este.

—Nada, no me digas nada —le dijo esta continuando el paso al descubrir que le faltaba una paleta.

—Me da, te juro que me da —murmuré.

—Normal que no dijera nada, normal. Qué lástima con lo guapo que es y el cuerpazo que tiene.

—Pues mira, se le puede poner un implante y asunto solucionado.

—Me quedo con mi Chus, definitivamente me quedo con mi Chus. Te advierto que con ese me caso yo.

—Pues vaya numerito, porque su primo y yo juntos en una celebración no vamos a estar. Me niego por completo.

—¿Y dejarías tirada a tu amiga el día más importante de su vida? —Me echó la mano por el hombro.

—No te dejaría tirada, te acompañaría con el corazón.

—¿Qué me lo vas a poner en una cajita y me lo va a llevar algún crío en una cestita?

—No. —Me reí.

—Claro que irías, lo mismo hasta sois los padrinos.

—Lola. —Me reí por no darle una hostia—. De verdad, no te voy a decir si debes o no de estar con Chus, ni me voy a meter en que os caséis si os da la gana y tenéis un carrusel de niños, pero a mí me ha roto en mil pedazos Jorge. El día que estuve con él en Sevilla, antes de que me confesara todo, me moría por besarlo y disfrutar abrazada a él en esa piscina, aunque no lo quisiera reconocer, pero ese hombre me ha hecho mucho daño, sabiendo que yo tenía sentimientos por él y por ti, porque esto lo debió de frenar antes, ya que era consciente de la amistad que teníamos.

—No puedo hablar, amiga, he prometido que no lo haré, pero muchas veces la historia no es como creemos.

—Eso me dijo él, que no podía hablar y terminó soltando lo más grande. Me da igual cómo sea la historia, pero yo ya no quiero ser parte de ningún juego.

—Tiempo al tiempo. —Me dio un abrazo.

—Y a todo esto, no paramos de andar, pero no estamos comprando nada. —Nos reímos.

—La mañana no hizo más que empezar. —Me dio una palmada en la nalga.

Mientras más observaba la vida de la ciudad y sus fachadas decadentes, más me impresionaba todo. Los coches de época, la sensualidad que se percibía, era el conjunto de todo lo que lo hacía diferente y fascinante.

Conseguimos cambiar dinero, ya que solo nos quedaban unas monedas de lo que mi padre nos dio el día anterior para comprar la bebida.

Entramos en un mercado con el que nos topamos, y lo primero que vimos fue una gran caja de aguacates grandísimos que consiguió que a las dos se nos hiciera la boca agua y no dudásemos en hacernos con varias piezas.

Nos llamó la atención el turrón de Maní que nos ofrecieron en un puesto y que cuando lo probamos, terminamos llevándonos un buen trozo.

Comenzamos a cargarnos de patatas, huevos, cebollas, pimientos, arroz, pollo y tantas cosas que tuvimos que recurrir a parar a un coco-taxi para que nos llevara a la casa. La verdad es que fue un momento muy divertido, ya que el vehículo era un triciclo con un sillón detrás para dos personas y revestidos con una carcasa abierta. Nos hicimos varias fotos.

Mis padres ya estaban en casa cuando llegamos, nos echaron una mano con las bolsas. Acababan de regresar de hablar en el trabajo para comunicar que, por ahora, ella no iría más.

—Ay, mi madre, por la virgencita de la Caridad del Cobre, qué de cosas habéis traído.

Capítulo 4



Nos sentamos a disfrutar del delicioso pollo con patatas fritas que había preparado mi padre, y mientras comíamos, me comentó que le había llamado la abogada de España para decirle que el divorcio estaba más que listo. Eso significaba que ya podía iniciar en Cuba la solicitud de proceso para que ellos pudieran casarse. Eso sí, le había costado un ojo de la cara acelerar todo el proceso.

La intención de mi padre no era otra que conseguir sacar del país a mi mamá lo antes posible para comenzar juntos una vida en España. Y eso a mí me hacía inmensamente feliz, pero obviamente todo iba a llevar su tiempo, ya que había un proceso burocrático un tanto peculiar.

Lola había estado investigando por internet y dio con un hotel que tenía piscina con bar, era una preciosidad de una cadena muy reconocida y que se podía acceder pagando una entrada sin ser huésped, así que decidimos que después de almorzar, nos iríamos allí a pasar la tarde, ya que mis padres iban a hacer unas compras de utensilios de cocina para poder cocinar más cómodos.

Cogimos un taxi justo en la puerta de casa que nos llevó hasta el hotel, el cual se veía impresionante comparado con la realidad de las edificaciones del país.

Pagamos el acceso a los jardines donde estaba la piscina, no fue barato, ya que al cambio eran cuarenta dólares por persona, pero lo bueno es que nos

pusieron una pulserita en la que nos incluía todo lo que bebiéramos durante ese día.

El lugar era de lo más colonial y bonito, cuidado al más mínimo detalle como el resto de sus hoteles.

Dejamos las cosas sobre dos hamacas y nos metimos en el agua andando hacia la barra tan llamativa que había dentro de ella.

—Me vas a matar, me vas a matar —murmuró Lola conforme llegábamos a pedirnos dos cócteles.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas? —pregunté en el mismo momento en que dos jóvenes sentados de espalda con unos sombreros de paja se daban la vuelta.

—Por Dios, Lola. ¿Qué has hecho? —pregunté muy enfadada al comprobar que eran Jorge y Chus. La sangre se me subió de golpe a la cabeza. Y me quedé parada en el agua, bloqueada por completo.

—Tienes que escucharlos, solo te quieren dar la misma versión que me dieron a mí. Por favor, hazlo por mí Eli.

—¿Desde cuándo sabes que están aquí?

—Venían en nuestro avión, en primera clase, que es donde yo estuve sentada al principio.

—No me hace ni la más mínima gracia.

—Ha venido hasta aquí por ti.

—¿Y quién se lo pidió? —pregunté con rabia.

—Ven, por favor, salúdalos. —Tiraba de mí hacia la barra que estaba a unos pasos.

—Tú —dije señalando a Chus—, no tienes vergüenza y si te crees que porque estés con mi amiga te vas a ganar mi simpatía, estáis los dos completamente equivocados. Y tú —miré a Lola—, deberías haberme consultado esta opción.

—Eli… no haría nada que supiera que te puede hacer daño. Créeme.

—¿Y esto no me lo hace? —Me giré y miré al camarero—. Un mojito, por favor…

—Que sean dos —pidió Lola.

—Eliana, no quiero molestarte —me dijo Jorge en tono bajo y lo miré fijamente—. Solo quiero que termines de escuchar todo.

—¿Y te crees que a mí me interesa lo que tú me quieras contar o algo que tenga que ver con tu vida?

—Solo quiero hablar contigo, sin conflictos.

—¡Qué arte! Sin conflictos dice, cuando eres tú el único que los has ocasionado todos. Jorge, que tu vida no tiene nada que ver con la mía y que no me debes una explicación que no necesito, ni quiero. Solo os pido que me saquéis de vuestros problemas y vidas, que están solo llenas de codicias y mentiras.

—Esta novela sí que se está poniendo buena, mami —dijo el camarero.

—Pues a ver si te metes en tus asuntos —le respondí bordemente porque me pareció de una falta de respeto increíble.

—Tranquila, mami, solo intentaba sanar un poco el ambiente contaminado.

—¿Qué parte de que la dejes en paz no has entendido? —le preguntó Jorge en tono muy serio y este se fue al otro lado de la barra.

—Jorge, te bloqueé de todos lados, renuncié a mi trabajo, me aparté de todo. ¿Por qué me haces esto?

—Por mil razones, pero la más importante es porque te amo…

—Perdónalo, mami, no lo ves que está sufriendo —dijo de nuevo el camarero que parecía que tenía la oreja puesta en nuestra conversación y al final me hizo reír.

—A ti te gusta jugártela por lo que veo —le contesté mientras la cara de Jorge mirándolo era de aguantar la risilla.

—Perdón, perdón —dijo apretando los dientes y desplazándose de nuevo un poco hacia el otro lado. Chus y Lola estaban a un lado de la barra junto a nosotros, pero no hablaban.

—Jorge, de verdad, no quiero malos rollos con nadie, lo he pasado muy mal y aún no estoy recuperada de todo lo que se me vino encima. No quiero estar mal contigo ni pelear, no tengo ni siquiera fuerzas, pero no quiero saber nada de todo lo que pasó en tu vida y lo que se llevó en parte por delante la mía.

»En consideración a Lola y a la relación que tiene con Chus, os quiero respetar, pero también necesito que aceptéis mi negativa a querer saber nada más. Me parece genial que para vosotros todo tenga una bonita explicación que solucionaría todos los males, pero ya te digo yo que eso sería un milagro y en esos no creo.

—*Asere*, lo tienes bien duro de pelear.

—¿Por qué no te callas? —le preguntó Jorge, pero esta vez con una carcajada, la misma que yo estaba echando al ver el valor que tenía el camarero de seguir metiéndose en nuestra conversación.

—Eso intento, pero me lo estáis poniendo muy duro. —Se apartó de nuevo mirando a Lola y Chus que estaban a carcajadas limpias.

—¿Qué me decías?

—Nada, Jorge… —Solté el aire y negué.

—Solo te pido que no nos apartéis estos días que vamos a estar en Cuba y que me des la oportunidad de que te muestre mi mejor versión. No soy esa persona que crees —dijo tragando saliva—. No te pido nada y acepto no hablar del pasado, pero vamos a darnos una tregua y comenzar de cero.

—De cero dice, qué valor, *asere*.

—Tú hoy terminas despedido —le advirtió Jorge señalándole con el dedo.

—Eso me lo tendrá que decir mi jefe, y ese es el que me metió aquí para animar el ambiente. Tú, mejor preocúpate de solucionarlo con esa chica, que lo de echarme lo vas a tener bien duro.

—Nada de duro, salís despedidos los dos. —Te tendió su copa—. Otro cubalibre.

—Tú tendrás mucha plata, pero no tendrías esta alegría, *asere*.

—No es por la plata, es porque soy el dueño de este hotel y de todos los de la cadena —le sonrió.

—Se tenía que decir, y se dijo —murmuró Chus dejándome a cuadros.

—Los huevos se me han puesto en la garganta y me estoy asfixiando —dijo el camarero poniendo cara de moribundo—. Prometo por San Pedro que no volveré a dirigirme a ningún cliente. —Se puso a santiguarse antes de ponerse a preparar el ron con cola, al que llamaban cubalibre.

—¿Es verdad eso? —le pregunté un tanto flipada, porque era una cadena conocida y de lujo que jamás vinculé con él.

—Sí —murmuró.

—No tenía ni idea…

—Hay muchas cosas que no sabes.

—Imagino, pero bueno, felicidades. Me he quedado sorprendida.

—Y encima le hemos pagado la entrada —murmuró Lola poniéndose bizca. Ochenta euros que nos ha costado la broma.

—Ahora os lo devuelven a la salida —murmuró Jorge sonriendo.

—El pacto era que no íbamos a pagar y que en la puerta nos dirían que a la salida lo abonásemos para que no sospecharas de nada, pero no sé qué pasó que nos pidieron clarito el dinero —decía Lola mirándolos en plan reproche, obviamente bromeando.

—Eso es cosa de Chus que sabes que no para quieto y me pidió que no avisara en la puerta para hacerte la broma.

—Una duda —interrumpí—, ¿mi padre sabe que estáis aquí? —pregunté mirando a Lola.

—Sí —contestó Jorge—. Lola le contó la versión de todo y que yo quería venir a este viaje para hablar contigo.

—¿Y aceptó fácilmente? —pregunté extrañada e intentando interpretar todos sus gestos.

—Quiso hablar primero conmigo y un día antes del vuelo nos reunimos para tomar un café. Le expliqué todo un poco por encima, sin entrar en

muchos detalles, pero fue suficiente para que entendiera mi necesidad de hablar contigo, y es que me tenías bloqueado de todas partes. No te enfades con él, por favor.

—Para enfadarme con él, primero me tengo que pelear con Lola porque tiene mucha culpa de todo, pero no tengo ganas de perderla otra vez, aunque me den ganas de cogerla por los pelos y pasearla por todo el Malecón.

—Conmigo no, que yo me muero de penita —dijo ella poniendo cara de puchero.

—No más peleas, estoy dispuesta a empezar de cero y con el tiempo ir escuchando tu versión, pero jamás daré un paso más allá de una amistad.

—Mami, no escupas para arriba. —Se volvió a ir de la lengua el camarero y soltamos todos una carcajada mientras él pedía perdón con gestos mientras se alejaba.

—Vas a querer mucho al verdadero Jorge —dijo Chus apretando el hombro de este.

—Sí, hombre, ahora lo vais a querer beatificar.

—Me gustaría que solo estuvieras al tanto de algo que hablé con tu padre y que aceptó.

—Ya me espero cualquier cosa —murmuré y miré al camarero que nos miraba y le hice un gesto de que me pusiera otro mojito.

—Me he ofrecido a ayudarlo a sacar a tu madre rápido de la isla, tengo muchos contactos y medios. Quiero ayudaros en esto.

—¿Puedes? —Se me hizo un nudo en la garganta, porque esa era mi prioridad hoy en día, y si tenía que aliarme con el diablo para conseguirlo, no dudaría en hacerlo por ella.

—Claro que puedo, solo necesitábamos la sentencia firmada de divorcio de tu padre, y ya me encargué de que la tuviera.

—Pero se suponía que era porque él pagó mucho dinero…

—Bueno, algo te tenía que decir hasta que supieras la verdad…

Capítulo 5



Estaba en *shock* por todo lo que me estaba encontrando en un día que parecía que iba a ser de lo más normal, ilusa de mí.

Levanté mi cabeza ante una presencia que noté y vi que estaban entrando en la piscina mis padres.

—Qué valor tenéis de venir —les dijo Lola a gritos, y mi padre arqueó la ceja sonriendo.

A mi madre le quedaba el bikini precioso, era uno de los que le habíamos traído. Tenía la piel más tersa que yo. Era espectacular la figura que lucía.

—¿No os han hecho pagar cuarenta euros? —les preguntó Lola causando una risita grupal.

—No tendrían valor —respondió mi madre, que venía directa a darme un besito.

—Por lo que veo os conocéis y todo —solté al ver que ni presentaciones, ni nada.

—Esta mañana los conocí cuando fui con tu padre a lo del trabajo —me respondió mi madre acariciando mi pelo—. Tiempo al tiempo, *mija*, muchas veces se sanan las cosas y nos muestran otras que desconocíamos.

—Pues como sean peor, apaga y vámonos.

—Mami, estás muy sensible…

—¡Este no se calla ni, aunque lo amenacen con fusilarlo! —dijo Lola causando una risa en todos y les explicó un poco por encima mientras él se hacía el loco atendiendo a otros, pero con la oreja puesta en todos lados.

Y yo tenía la sensación de que muchas cosas no cuadraban y de que, además, tenía tantos sentimientos encontrados que no sabía si reír, llorar, liarme a collejas, recriminarles a todos su normalidad o salir corriendo.

Me aparté hacia un lado con mi madre mientras mi padre hablaba con Jorge.

—Mi *amol*, él no es mal hombre y sí que enredó todo mucho en vez de haberse callado la boca y liarla más. Yo sé su historia y estoy convencida de que cuando converse contigo, te darás cuenta de que no hizo nada tan grave como para que lo crucifiques. Que lo hizo de *pinga*, sí, pero no para reprocharle nada grave, todo lo contrario. Su lealtad le hizo no manejar la situación bien y hacer creer cosas que no eran. Él te ama, solo hay que ver cómo te mira, *mija*, si está enamorado perdido.

—No entiendo nada. ¿Ya echó a Rebeca?

—*Mija*, eso te lo tiene que contar él, merece al menos ser escuchado.

—Pues le va a dar tiempo a tomar muchos cubalibres antes de que eso suceda.

—Sabes, tu papá nunca supo la verdad de lo que sucedió cuando no quise saber de él al quedar embarazada de ti y vio una reacción en mí que no fue justa y que no se esperaba, pero luego me escuchó y se dio cuenta de que la historia contada desde la verdad tenía un trasfondo diferente y un porqué, no merecía ser juzgada.

—Me voy a volver loca, pensé que venía a Cuba a sorprenderte a ti y la que no dejo de sorprenderme soy yo desde el vuelo —resoplé agobiada.

—¿Crees que con lo intuitivas que somos las mujeres y más las madres, iba a dejar que se te acercase si supiera que te podría hacer más daño? Y menos aún tu padre, mi *amol*, estamos para ti y por ti.

—Necesito tiempo, pero pondré de mi parte para que no haya mal rollo. Si algo deseo con el corazón es verte salir de esta isla.

Jorge hablaba con mi padre, pero no dejaba de mirarme. Tenía claro que debía haber una razón de suficiente peso para que todos estuvieran de su parte, pero había cosas que, ni con toda la justificación del mundo, iban a conseguir aliviar el dolor que me había hecho sentir cuando yo más lo necesitaba.

Nos acercamos hasta ellos y mi padre me echó la mano por el hombro y besó mi sien.

—Me está diciendo Jorge que nos podríamos alojar todos en el hotel, que tienen bastantes *suites* disponibles.

—Por la virgencita de la Caridad del Cobre, que jamás dormí en una habitación con aire acondicionado y oliendo a nuevo —murmuró mi madre juntando sus manos a modo súplica.

—¿Cómo es aquí el tema de las comidas? —preguntó Lola intrigada— Porque en la casa tenemos un supermercado montado.

—Son productos de larga duración y envasados bien, lo único es lo que compramos esta mañana fresco, pero eso se lo podemos dar a Caridad —planteé.

—Creo que nos venimos —dijo mi padre aguantando la sonrisilla y viendo por mi respuesta que no me estaba oponiendo a la propuesta. Para ser sinceros, aquí íbamos a estar más cómodos y fresquitos. Incluso el baño iba a

ser más confortable, ya que en la casa de mi madre había que ducharse encima casi del inodoro.

—Me alegra que aceptéis, y por el tema de las comidas no os preocupéis que, aunque está muy lejos de lo que estamos acostumbrados, tenemos bastantes productos de calidad.

—Yo duermo con mi churri para vigilar que no me lo robe ninguna cubana —dijo Lola.

—Por mí no os preocupéis, porque yo duermo sola de lo más feliz y a mis anchas.

—Estarán las cuatro *suites* correlativas junto a la de Chus, que está pegada a la mía.

—Mira qué bien, así todos unidos jamás seremos vencidos.

—Lola, por favor —murmuré negando.

—Creo que deberías pedir otro mojito, porque los otros dos no te hicieron efecto. —Me hizo una burla.

Todo en mi vida estaba pasando a la velocidad de un rayo y me daba vértigo. Solo que ahora volvía a sentir ese enganche emocional a Jorge del que me había desprendido en parte a base de muchas lágrimas.

Lo miraba y sentía que se me paraba el corazón. Era obvio que lo seguía amando con esa intensidad casi mágica que surge cuando sentimos algo muy fuerte por alguien. A pesar de mi amor, seguía reprochándole interiormente que hubiera permitido que sucedieran muchas cosas, cosas que imaginaba que en cualquier momento hablaríamos y que tendrían una justificación, pero eso no borraba el dolor de haberme sentido de lo más tirada y traicionada.

Intenté entrar en la conversación de ellos a la vez que mi mente seguía sumergida en esos líos y sentía que nuestras miradas gritaban lo que nuestros

labios callaban.

—A mi jefe y sus acompañantes que no les falte de nada —dijo Yeison, el camarero poniendo una bandeja con frutas y un cuenco de maní, que así les llamaban a los cacahuetes.

—Qué buena pinta, cómo se nota que para los hoteles dejan las mejores piezas —dijo Lola que no se callaba ni una—. Ya estamos tardando en hacer el traslado.

Y así fue como, a las siete de la tarde cogimos los cuatro en un taxi hacia casa para recoger las maletas, mientras mi madre preparaba la suya con la ropa que le habíamos traído. Le dimos todos los productos frescos a Caridad, que decía que nosotros éramos la bendición de su casa. Nos hacía mucha gracia lo efusiva que era y cómo expresaba sus sentimientos.

Yo seguía en *shock* con lo de Jorge, al que por nada del mundo esperaba en la isla, pero que estaba de nuevo poniendo mi vida patas arribas, de eso que no le cupiera ni la menor duda.

No eran ni las ocho y media cuando ya estábamos de nuevo montándonos en un taxi después de acomodar nuestras maletas en el maletero y encima de nosotras tres en el asiento de atrás.

Jorge y Chus nos esperaban en la recepción con las llaves y nos llevaron hasta la planta donde estaban las *suites*. Lola se metió en la de Chus, mis padres en la suya y yo le quité la llave a Jorge de la mano, entré en la habitación y cerré la puerta. Me puse la mano en la boca para que no se escuchara mi risa.

Era preciosa y amplísima, con una terraza a la que no le faltaba detalle y con unas vistas completas al Malecón. Esto ya era de otro nivel.

Coloqué mi ropa en el armario y me di una ducha que me supo a gloria. Habíamos quedado en ir a cenar a La Habana Vieja y dar un paseo por esa zona para vivir la ciudad de noche.

Elegí un vestido corto y de tirantes en blanco ya que era muy fresquito y cómodo. Me puse unas sandalias planas del mismo color, por lo que iba de lo más conjuntada y, además, elegí un bolso pequeñito con asas largas para cruzármelo en color rosa chicle.

No estaba preparada para lo que había sucedido, pero no podía evitar sentir que el hecho de que viniera hasta aquí por mí y hablara con mi padre para justificar sus acciones, me pareciera un acto de lo más bonito.

Capítulo 6



Los escuchaba en mi puerta antes de que mi padre diera tres rápidos golpecitos que era como su sello personal.

—Ya estoy —dije abriendo y vi cómo la mirada de Jorge se clavaba en mí.

—Estás preciosa, mi vida —murmuró mi padre pellizcándome la mejilla.

—Sí, pareces una princesita —decía mi madre emocionada en el momento justo que Lola aparecía por la puerta.

—Muy guapa, sí señor —murmuró Jorge y noté cómo me subían los colores.

Entramos en el ascensor y Lola me guiñó un ojo, emocionada. Para ella, que todos pudiésemos convivir de algún modo en armonía imagino que debía ser un alivio, aunque lo que todos esperaban era que se diese la conversación entre Jorge y yo, algo que no me apetecía en absoluto porque ya estaba cansada de lidiar con tantas cosas.

Nos fuimos andando, ya que el restaurante en el que íbamos a cenar estaba a un paseo y así podíamos disfrutar del ambiente que ya se iba notando por las calles, porque el calor no era tan sofocante.

Y a pesar de la situación tan fuerte que se notaba en el país, todos llevaban una sonrisa en la cara.

—Ahora no nos dice nada nadie, cómo se nota que vamos con hombres y con una cubana.

—Madre de una española, os lo recuerdo —dijo ella muy orgullosa.

—Entonces tú puedes obtener la nacionalidad cubana, ¿no? —me preguntó Chus para buscarme de algún modo la lengua.

—Qué gracioso eres —dije con ironía y volteando los ojos.

—Lo mismo mi primo te lo puede arreglar rápido.

—Ya te la has buscado —le dijo Lola dándole una colleja.

—No le hagas caso —murmuró Jorge sonriéndome.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro —murmuró andando a mi lado mientras los demás iban con sus parejas delante.

—¿Desde cuándo eres el dueño de los hoteles y por qué con todo lo que se habla de esta cadena nunca nadie te nombró como tal cuando pasó lo de tu luna de miel?

—Lo de mi viaje —rectificó para no llamarlo así.

—Era tu luna de miel, te fuiste después de casarte.

—¿Lo rebatimos o te aclaro lo del hotel? Más que nada para ir poniendo orden a todo. —Apretó los dientes.

—Lo del hotel. —Se me escapó una risilla.

—La cadena abrió su primer hotel hace diez años en Punta Cana, y luego nos fuimos expandiendo por todo el Caribe, pero dada la aceptación que tuvo, se siguieron abriendo en diferentes puntos del mundo y sigue creciendo.

—En aquellos entonces tenías veintiséis años. ¿Lo abriste tú?

—No, la abrió una familia acaudalada de Miami, pero su mala gestión y defalco de dinero que hacían para aparentar una vida de élite, los llevó a verse en apuros a pesar de cómo iba creciendo la cadena. Ahí fue cuando entró, hace poco más de tres años, el padre de Rebeca, llevándonos hasta esta familia a la que debíamos de salvar financieramente.

»Acordamos que, si en tres años no nos devolvían el dinero más los intereses, la cadena hotelera se transferiría nuestra empresa, la que hoy es mía. Hace dos semanas que ejecutamos el acuerdo y se registró a nombre de mi sociedad, justo dos días después de nuestro viaje a Sevilla.

—Por eso querías tú casarte, para quedarte también con este imperio y de ahí a que protegieras todo tanto… —dije con tristeza viendo más clara su ambición.

—No, no era la cosa como te conté, pero es lo primero que se me ocurrió. No tenía que casarme para quedarme las sociedades, ya que mi padre era el que ya quería retirarse y que yo me quedase a cargo de todo. Es más, desde días antes de mi boda ya estaba todo puesto a mi nombre.

»Y para terminar de contarte lo del hotel, cuando el padre de Rebeca nos consiguió esos clientes, pactaron una suma que le entregamos como comisión y el puesto de su hija en nuestra empresa con unas cláusulas para que no pudiésemos echarla.

—¿Y la has conseguido echar ya?

—He vendido las oficinas y la sociedad de inversión a un alto precio, con el acuerdo de que se queden con toda la plantilla.

—¿¡Has vendido la empresa!? —grité incrédula y todos se giraron al escucharme entendiendo que por fin estábamos hablando algo del tema.

—Tengo más sociedades, y, si te digo la verdad, el suficiente dinero como para no trabajar más. Los hoteles generan mensualmente unas ganancias muy importantes. Seguiré haciendo algunas inversiones puntuales, pero quiero vivir una vida más relajada.

—¿Y qué dijo tu padre?

—Es lo que él deseaba, así que encontramos la oportunidad perfecta con el tema de la cadena hotelera para dejar ya el tema de la empresa de inversión, que requiere mucho tiempo y atención a las operaciones.

—Pero no entiendo algo, si tanto dejan los hoteles, ¿cómo es que no pudieron devolveros el préstamo?

—Porque pidieron demasiado dinero para tapar otras cosas. Ya sabes que nuestro trabajo es invertir en algo que nos de la seguridad de una buena devolución o quedarnos las propiedades que pusieron como garantía.

—Eso sí lo entiendo, sé de qué iba el trabajo, pero no me cuadra que algo tan beneficioso como esta cadena la hayan perdido de esa manera.

—Mucha gente se ve de golpe con mucho dinero que no saben administrar y terminan arruinándose por completo por mucho que tengan un negocio que les de rentabilidad. Si tiene otros agujeros más grandes, al final terminas arrastrando con todo.

—¿Y cómo has hecho para hacer frente a todo lo de la cadena? Porque imagino que eso no es fácil.

—Nos hemos quedado con todo el equipo de asesores, gabinete legal y personal que llevaban el tema. Después de revisar bien los expedientes, nos dimos cuenta de que las gestiones se estaban haciendo de manera impecable. El verdadero problema era la familia, que endeudaba esos beneficios debido

a las deudas que tenían. Desde el principio, todo ha estado bajo control —sonrió.

—¿Y en este hotel saben que eres el dueño?

—Sí, claro, no todo el personal, pero sí los encargados de cada puesto. De todas maneras, este es el único hotel de la cadena que no es cien por cien nuestro. En esta isla somos propietarios de la mitad, y la otra mitad es del gobierno, aunque todo lo gestiona mi sociedad.

—Joder, eso no me lo imaginaba. Pues sí que está aquí la cosa bien controlada por el régimen.

—No lo digas muy alto a ver si salimos presos —murmuró causándome una risa.

Se hizo un silencio y Jorge nos indicó que ya habíamos llegado al restaurante. La entrada era preciosa y tenía un jardín con muchas mesas en donde había reservado una para los seis.

Me había impactado el hecho de que hubiera vendido su empresa, pero si se la habían pagado bien y tenía la vida solucionada con todo lo que poseía, lo entendía. Eso sí, me quedaban muchos flecos en el aire del porqué su boda con Melissa y muchas cosas de las que pasaron con Rebeca, Valentino y toda la mierda que metieron. Imaginaba que en estos días iba a ir saliendo de dudas.

Yo misma me contradecía al no querer saber nada, pero a la vez iba sintiendo la necesidad de saberlo todo. Mi cabeza iba a mil en estos momentos y sentía que todo era como sacado de una película.

Nos sentamos y Jorge se acomodó a mi lado mientras mi madre lo hacía al otro, sin dejar de acariciar mi rodilla. No tardaron en traernos una botella de vino blanco y servirnos una copa a cada uno.

Jorge había encargado seis langostas y dos bandejas de pescado frito. La verdad es que la presentación fue de lo más exquisita y aunque este lugar tenía pocos platos, como la mayoría de los restaurantes en la isla, eran de calidad.

—Óiganme, ustedes me vais a engordar a mí —dijo mi madre chupándose los dedos con la langosta.

—Engorda, que todavía te lo puedes permitir —dijo mi padre acariciándole la espalda. Estaba como un jovencito recién estrenando amor, y es que a los dos se les notaba lo cómodos que se sentían juntos.

—¿Qué tal el vino? —me preguntó Jorge.

—Bien, entra fácil, lo malo el subidón que dé.

—Es como todo, en la medida que se abuse sienta de una manera u otra —sonreía mirándome como queriéndome transmitir muchas cosas.

—Yo quiero otra langosta —dijo Lola de lo más eufórica, ya que le había encantado.

—Yo tengo una en la habitación para ti —le dijo Chus, haciendo que mi padre escupiese el trago de vino que estaba dando.

—No cambia, esta mujer no cambia —dije mirándola muerta de la risa.

—Mira, me has manchado mi vestido nuevo —le reprochó mi madre entre risas.

—No te preocupes que en el hotel tienen una buena lavandería y te lo dejarán como nuevo —dijo Chus—. Y encima gratis, que aquí tenemos al cascarón de huevo —se refirió a Jorge que le miraba arqueando la ceja y con la sonrisilla suelta.

Cuando terminamos de comer nos dirigimos hacia el Malecón, eso sí, después de comprar una botella de ron, hielo y refrescos.

A mi madre le gustaba muchísimo un trago y fue la primera en pedirlo, como una quinceañera. No es que fuese ninguna alcohólica, pero eso de compartir con los demás un ratito y tomar su cubalibre, era para ella algo de otro nivel.

Me sentía cómoda con ellos y es verdad que las cosquillas que me causaba Jorge en el estómago cada vez eran más constantes. No es que estuviéramos todo el tiempo hablando, porque a él se le notaba que iba con prudencia para no agobiarme, pero estaba ahí, a mi lado y haciendo todo lo posible por no molestarme con cualquier comentario.

Seguía haciéndome mil preguntas, pero al mismo tiempo me daban miedo las respuestas que estas pudieran tener. Había una fuerza que me empujaba hacia él, pero por otro lado que me alejaba, sabía que ese miedo era el producto de todo lo mal que lo había pasado. Para ser sincera, lo que más me había jodido era que Valentino hubiera jugado conmigo y, encima, se convirtiera en el mensajero de los secretos que yo le había confesado.

—¿Estás bien? —me preguntó mi padre al ver que tenía la mirada perdida en el mar mientras escuchaba la canción que cantaba un grupo de cubanos que estaban cerca.

—Sí —sonreí mirándolo y saliendo de mis pensamientos—. Estoy bien, tranquilo.

—Hija, espero que poco a poco vayas comprendiendo el porqué de que yo haya accedido a que todos estuvieran aquí —me dijo apartándome un poco para que hablásemos tranquilos.

—Lo sé, papá, pero es que estaba muy saturada. Sé que voy a terminar agradeciendo que hayas tomado esas decisiones que en un principio no comprendí. Jorge me contó algo, pero aún me quedan muchas dudas y no sé si me gustará cuando me las resuelva.

—Te puede gustar más o menos, pero debes comprender que cada uno gestiona su vida como buenamente puede o sabe. Él no te debía nada, es verdad que han pasado cosas en las que te has visto envuelta, de algún modo todos estuvisteis involucrados, pero poner las cosas en su lugar y aprender, es cosa de sabios. No te voy a decir que Jorge sea ningún santo, pero ¿acaso lo somos el resto? Lola te quiere mucho, más de lo que imaginas, y no falta mucho para que te des cuenta de ello.

—Me estás poniendo más nerviosa.

—Pues no tendrías que estarlo, simplemente deberías dejarte llevar y disfrutar del tiempo que pasemos aquí.

—¿Sabes? Está siendo todo tan bonito que me da miedo que se estropee —le confesé—. Por mucho que haya querido alejarme de Jorge, para mí es muy importante, ya que me dejó tocado el corazón y aunque quiera negármelo, al verlo comprendí que era lo que realmente necesitaba. Al igual que Lola, con su aparición en el avión me dio más vida de la que tenía. Por no hablar de mamá; no sé ni cómo, pero la amo con todo mi ser y agradezco a la vida por haberme dado a alguien como ella, que con solo mirarme le da verdadero significado a la palabra madre.

—¿Y yo qué? —Carraspeó y luego sonrió.

—A ti te amo desde siempre y te tenía de mi lado. Eso sí, mira que hacerle caso a la asquerosa de Sonia —negué incrédula, recordando que había sido para matarlo.

—No me lo vas a perdonar en la vida. —Rio negando.

—Sí te lo voy a perdonar, si terminaré perdonando a estos cabrones —me refería a Jorge y Chus—, ¿cómo no lo voy a hacer contigo si me has regalado en vida dos locales que con lo que me pagan gano el doble que trabajando? —me pregunté a mí misma causándole una carcajada—. En mi vida he tenido más dinero en la cuenta desde que me ingresaron el primer mes.

—Dame un abrazo, mi pequeñaja. —Nos abrazamos y de repente escuchamos cómo todos aplaudían al vernos así.

—Yo sueño con que un día también me lo des a mí —me dijo Chus para buscarme la lengua, ya que quería acortar distancias y yo se lo estaba poniendo difícil.

—Sigue soñando, majo, que todavía te tengo entre ceja y ceja —le dije y vi cómo mi madre se santiguaba.

—*Mijo*, más vale que empieces a rezar y a ser un buen hombre con mi hija, o te veo siendo el marginado del grupo.

—Señora, gracias por su sabio consejo —le contestó este bromeando y mi madre no se lo pensó y le dio una colleja.

—Para que espabiles.

—Señora, si le hablé de usted y todo.

—Por tonto. —Se llevó otra y vi como Lola se apartaba para que no le cayera otra a ella.

—Gracias por defenderme, amor —le dijo a ella cuando vio que se apartaba.

—Para luchar contra esta mujer estoy yo, vamos —contestó refiriéndose a mi madre.

—Lo ves, *mijo*, ella es lista, a ver si aprendes. —Se llevó otra más.

—Ismael, con todos mis respetos, ¿podrías abrazar a esta mujer para controlarle los brazos? No sé, entretenla un poco.

—Esta mujer —intervine yo—, te está dando todo lo que yo debí darte, así que mastiga y traga.

—Verás que voy a tener que llamar a mi madre para que venga a Cuba a poner orden.

—Por meter a tu madre. —Le dio otra y ya todos explotamos a reír.

—Te las buscas solo, tío —dijo Jorge.

—¿A él no le das una por hablar? —le preguntó Chus a mi madre.

—A ese deberíais besarle todos los pies por lo que ha hecho por cada uno de vosotros y lo que está haciendo por ayudar a mi familia, así que ni se os ocurra referiros a él, a mi Jorge, ni mencionarlo —dijo mi madre, causándome la sensación de que había muchas cosas que yo no sabía y que eran de esas precisamente de las que hablaban cuando me decían que era él quien me las tenía que contar. Jorge sonreía mirándola con un brillo en los ojos que era de especial agradecimiento por sus palabras.

Capítulo 7



Mis padres se despidieron después de tomarse la copa y se dirigieron hacia el hotel, ya que decían que se querían tomar la última en la habitación y desde la tranquilidad. Estaban de lo más acaramelados el uno con el otro.

—Tu madre se ha desfogado conmigo.

—Te jodes —le respondí sonriendo, y Jorge se echó a reír.

—Muy bonito, sí señor, a mí me la tienes jurada. ¿En qué momento se convirtió este en San Jorge?

—No es ningún San Jorge, simplemente no me provoca como lo haces tú. —Me encogí de hombros.

—Por provocar a mi amiga. —Le metió Lola una colleja que este hasta se agachó y nosotros rompimos a reír.

—Escucha, tapona —le dijo a Lola que estaba doblada de la risa— que luego no me vengas haciéndome la pelota ni carantoñas para que te haga un masajito, que no.

—Me lo vas a hacer si no quieres que te dé un puñetazo en los huevos mientras duermes.

—Eso es un delito por amenazas.

—Pues ya sabes, busca a la poli y si encima les dejas un billetito, verás el arresto que me meten. —Le hizo un guiño.

—El arresto y otra cosa, que estos saben negociar por todos lados —decía mientras Jorge negaba sonriendo y rellenando las copas.

—Si es que eres un celosillo. —Se fue para él y le dio un beso en los labios —. De aquí nos vamos con un crío en mi vientre.

—¿¡Qué dices!? —le preguntó este asustado, mientras Jorge y yo nos miramos riendo.

—Lo que escuchas, si en el fondo lo estás deseando. Ya dejé mi trabajo y soy libre para cuidar a nuestra familia, mi amor —le decía ella acercando sus morritos.

—¿Cómo que has dejado tu trabajo? —pregunté pensando que estaba disfrutando de unos días de vacaciones.

—Eso también te lo tiene que explicar este. —Señaló a Jorge, que arqueaba la ceja mirándola y aguantando la risa.

—Al final, va a ser cierto que tú y yo debemos tener una conversación muy seria —murmuré mirándolo con la sonrisa de medio lado.

—Cuando quieras —contestó en voz bajita.

—Eso, eso, tenerla —dijo Lola que estaba en todas—. Por cierto, antes de que la tengáis podríamos ir a visitar La Bodeguita del Medio, que según leí y me contaron muchas veces, es indispensable cuando se viene a la ciudad, dicen que hacen el mejor mojito del mundo y que es uno de los lugares más turísticos de la ciudad, y que ahí estuvieron grandes personalidades del mundo.

—Esta acaba de descubrir América —murmuró Chus y se llevó otra colleja.

—Por mí podemos ir ahora, ya se nos acabó la botella.

—Normal, si somos un batallón para una sola —dijo Chus que se rascaba el cuello.

—Venga, vamos —se animó Lola poniéndose a hacer pasos de baile de salsa.

—Perdonad que os moleste —nos dijo una señora de unos setenta años acercándose a nosotros—. Yo sé que aquí todos van a los turistas a pedir y a engañar, pero tengo a mi hijo malo y necesito comprar un medicamento y allí —señaló para la acera de enfrente— hay una farmacia que lo venden. No quiero dinero, solo que la compréis ustedes, pido ayuda para calmar el dolor a mi hijo —dijo rompiendo a llorar.

—Tenga —dijo Jorge sacándose unos billetes cubanos del bolsillo y entregándoselos—. Espero que esto pueda aliviar un poco más vuestra situación.

—*Mijo*, que la virgencita de la Caridad del Cobre te bendiga a ti y a todos tus familiares y amigos.

—Gracias, espero que se recupere pronto.

—Es mucho dinero, esto no lo veo yo ni en cinco años.

—Tranquila, sé que lo administrarás muy bien.

—Todos los santos me lo bendigan a usted. —Le cogió la mano y se la besó.

Se me había hecho un nudo en la garganta y no pude reprimir mis lágrimas. Me encantaba el gesto que había tenido con ella.

—¿Cuánto le has dado por curiosidad? —preguntó Lola emocionada.

—Al cambio, como unos doscientos dólares. Se le veía la honestidad y eso a ella le ayudará bastante.

—Joder, me he emocionado —dijo Chus poniendo cara de niño pequeño.

—Pues no se notó, anda que tú te has rascado el bolsillo —le recriminó Lola volteando los ojos.

—Yo cuando vea otro ser de luz como esa mujer. A ella ya la ayudó Jorge, y es bueno repartir equitativamente.

—Te has ganado otra colleja —dijo abriendo la mano, pero Chus cruzó la carretera de la avenida a toda hostia aprovechando que no venía ningún coche.

Obviamente no se podía ir ayudando a todo el mundo porque si no terminarías arruinado, ya que la mayoría de las personan tenían necesidad en esta isla, pero sí era cierto que a algunas se les podía ver la desesperación en la cara, como era en este caso que solo deseaba calmar el dolor de su hijo.

La Habana Vieja tenía algo especial, y se podía sentir en cada rincón por el que íbamos pasando. La noche estaba de lo más animada y había un montón de turistas disfrutando por las calles y bares de la zona. Las terrazas estaban abarrotadas. Y yo estaba empapándome de ella junto a Jorge, ¿quién me lo iba a decir?

Llegamos a La Bodeguita del Medio y vimos que faltaba menos de una hora para cerrar, por lo general la gente venía a vivirla de día.

Las paredes estaban llenas de grafitis de los visitantes y de firmas de personajes famosos, invitando a perderse en cada una de ellas para ir

descubriendo los diferentes rostros conocidos que habían venido aquí mientras sonaba el son de la música de este país que te atrapaba por completo y te envolvía en el ambiente.

—Toma —me ofreció un mojito Jorge.

—Gracias —sonreí mirando a Chus y Lola que se movían a ritmo de la canción pegados a la barra—. No sé quién está peor.

—Cincuenta, cincuenta. —Carraspeó con la sonrisilla.

—Ya te digo. —Reí.

—Estaba pensando si te parecería bien que mañana fuésemos a pasar el día a la playa.

—Por mí perfecto, solo es cuestión de preguntarlo al grupo.

—Bueno, yo había pensado en los dos solos.

—Ah. —Me reí poniéndome roja por completo—. También me parece bien.

—Estupendo. Te va a encantar el sitio al que te voy a llevar.

—No lo pondría en duda. Cuba me sorprende con cada rincón, así que imagino cómo serán sus playas.

—Todas son preciosas, pero algunas son para quedarse una temporada en ellas.

—Tengo todo el tiempo del mundo, te recuerdo que estoy desempleada. —Carraspeé.

—Pues entonces coge ropa para regresar al día siguiente, así te podré enseñar la vida de ese lugar por la noche.

—Mi madre te va a matar… —Me reí.

—No, ella me animó a llevarte.

—Pero bueno, ¿tanto tiempo tenéis para hablar a mis espaldas? —Me reí.

—Más del que imaginas. —Reía.

Tenía la sensación de que estaba en una montaña rusa. Unos días atrás no lo quería ni ver y ahora me moría por pasar cada segundo a su lado, a pesar de todas las incógnitas que aún tenía en mi cabeza.

Tomamos el mojito, que sí, que estaba muy bueno, pero también hay que decir que sobrevalorado, ya que en el hotel de Jorge los hacían también riquísimos y no por eso estaba considerado el mejor de la isla, pero imagino que eso vendría de antaño y ya se le quedó el título que lo reconocía mundialmente como el mejor de la isla.

Salimos del local y nos dirigimos hacia la Plaza Vieja donde había una terraza de lo más animada y que por suerte tenía una mesa libre que parecía que nos estuviera esperando.

—Yo vuelvo al ron con cola —dijo Lola cuando el camarero se acercó.

—Yo también —comenté.

—Para nosotros también —dijo Chus refiriéndose a Jorge y a él.

—Por cierto, mañana no contéis conmigo —dije riendo y mirando a Lola.

—Ni pasado… —remató Jorge consiguiendo que mi risa fuera más grande.

—Pues se van a quedar tus padres solos de luna de miel, porque Chus y yo nos vamos un par de días a Varadero, en plan playita.

—¿Ahí es dónde vamos nosotros? —le pregunté a Jorge.

—No, no es ahí.

—Menos mal. —Solté el aire y al escuchar sus risas me di cuenta de que se me había visto el plumero.

—Hija, disimula un poco, que encima que estamos aquí todos por ti… —Volteó los ojos.

—De la forma que tú hayas interpretado mi respuesta, es tu problema, no el mío. —Me encogí de hombros.

—Pues hay dos formas de verlo: una, que ahora el único que no te molesta es Jorge y los demás somos un incordio; y dos, que deseas estar a solas con él. Si hay una tercera, adelante, estoy deseosa de escucharla.

—Chus, dale una colleja que yo la tengo enfrente y no llego.

—No, no, que esta es tan salvaje que me da una hostia aquí mismo y lo mismo hasta la aplauden.

—Por los padres no hay problema, porque mañana después de desayunar tienen que hacer unos trámites burocráticos y van a estar entretenidos. Luego ya disfrutarán del hotel relajados y también les vendrá bien disfrutar de ellos a solas.

—Qué bien habla el jodido —dijo Lola por Jorge—. Si es que es el mejor jefe que he tenido.

—¿Jefe? —pregunté arqueando la ceja.

—Eso que te lo cuente él —respondió ella rápidamente al ver que se le había escapado algo que no estaba previsto—. Yo que vosotros, me iba más de dos días a donde quiera que os vayáis a ir, porque vais a necesitar mucho tiempo para hablar.

—Me da a mí que voy a meter ropa de más, por si acaso. —Carraspeé mirando a Jorge, que no dejaba sonreír sin quitarme la vista de encima.

—Toda la que quieras, será por tiempo, lo de tus padres nos va a llevar a estar una buena temporada en la isla, hasta vamos a tener que renovar el visado de treinta días —dijo a carcajadas Chus.

—Pues mira, así aprendemos a hablar cubano —dijo Lola.

—Te la has ganado, vida, te la has ganado —dijo Chus después de darle a ella una colleja.

—¿Qué pasa que te crees que es fácil hablar el cubano? Eso es toda una lengua, como nosotros con el andaluz, no todo el mundo logra hablarlo ni perfeccionarlo, eso tiene todo un aprendizaje.

—Quitarle el vaso de las manos —dije negando.

—Desde luego que os creéis cultos y no tenéis ni idea de lenguas.

—Claro que sí, guapi —le contesté dándole la razón de la loca.

—¿Y a dónde te llevas a doña fina? —le preguntó Lola a Jorge refiriéndose a mí.

—A un cayo de la isla.

—Hostias qué guay, están llenos de resorts, a esos me tienes que llevar tú otro día —le dijo a Chus.

—Al que vamos no es turístico ni se habla de él, es una pequeña isla privada que se alquila completa y en la que solo hay una villa en la que se alojan personajes públicos que quieren disfrutar sin ser vistos.

—Hostias, pues nos vamos con vosotros.

—¡Una mierda! —exclamé riendo y saliéndome sin pensarlo.

Estuvimos un rato riendo sin poder parar, y es que me había salido del alma, pero era la realidad, a mí me apetecía estar a solas con Jorge y hablar largo y tendido desde la tranquilidad.

Regresamos al hotel y quedamos en vernos en el desayuno a las ocho de la mañana, ya que con esto del cambio de horario nos despertábamos muy temprano.

Jorge parecía desear que le dijera que pasara a mi *suite* y lo invitara a tomar algo de lo que había en el minibar, pero no, lo iba a hacer esperar hasta el día siguiente, demasiado ya se me habían notado las ganas de perderme con él.

Me tumbé en la cama abrazándome a la almohada y sonriendo a la vez que suspiraba imaginando los posibles escenarios que nos podía tener deparado el futuro.

Capítulo 8



Salí de la ducha con la toalla envolviéndome el pelo, cuando llamaron a la puerta. Eran las siete y media de la mañana y pensé que serían mis padres.

—Hola, para la señorita Eliana.

—Buenos días. Gracias. —Me aparté para que entrase con la bandejita que me traía y que colocó en la mesa que había pegada a las puertas de la terraza.

—Qué tenga un buen provecho.

—Gracias —sonreí.

Obviamente era cosa de Jorge, no me hacía falta una nota para interpretar el gesto que había tenido.

Un vaso de zumo de naranja, un café a mi gusto y tres onzas individuales de chocolate. Abrí la puerta que daba a la terraza y me encendí un cigarrillo, llevándome para fuera el café en la mano y disfrutando de esas vistas que daban a la ciudad y al Malecón.

Quién me iba a decir a mí que aquí en Cuba no solo tenía una madre y una parte de mis orígenes, sino que también iba a encontrar todas las respuestas a todo lo que me había pasado en tan poco tiempo y que tan tocada me había dejado.

Disfruté de cada onza y del zumo, después de tomar el café y antes de terminar de vestirme y preparar la bolsa que iba a llevar con mis cosas.

Los escuché en el pasillo a todos y salí hacia fuera dando los buenos días.

—Por cierto, Jorge —le dijo Lola—. Has tenido un bonito detalle con el predesayuno que nos has enviado a la habitación —dijo, y tuve que aguantar la risa porque pensé que el detalle solo había sido conmigo, pero me alegraba que los demás también hubieran tenido ese privilegio y atención por su parte.

—Es verdad, nos vino genial —dijo mi padre mientras mi madre afirmaba acariciando mi espalda.

—Veo que has preparado una bolsa de viaje —me dijo ella.

—Sí, mamá, me voy a una playa con Jorge hasta mañana —dije y Jorge carraspeó—. En principio, que quién dice mañana dice pasado —rectifiqué causando una risa en todos.

—Nosotros estaremos entretenidos entre papeleos y disfrutar del hotel. También iremos a dar una vueltecita por la casa mañana para ver que todo está bien, aunque si hubiera pasado cualquier cosa ya me hubiera llamado Caridad, pero me gusta darle una vueltecilla a aquello.

—Perfecto.

El desayuno me impresionó mucho porque a pesar de estar todo muy limitado, ellos lo tenían muy bien y era suficiente para quedar satisfecho. Más que suficiente, porque no faltó tampoco el guacamole que tanto nos gustaba para tomar con la tostada.

Nos despedimos de todos y nos dirigimos a la puerta del hotel donde nos esperaba un coche. Me hizo asegurarle que llevaba el pasaporte encima, ya que me dijo que debía de ir documentada, cosa que entendí cuando llegamos al aeropuerto.

Lo más sorprendente fue que nos esperaba un pequeño avión privado, al que llegamos en un carrito después de pasar el control policial y que abordamos para dirigirnos a ese cayo privado.

El vuelo fue breve, no duró ni cuarenta minutos cuando ya estábamos aterrizando en la pista que tenía la isla que, conforme nos íbamos acercando me di cuenta de que era lo más parecido al paraíso, con tantas palmeras, arena blanca y aguas cristalinas de un azul turquesa. Entre las palmeras se podía vislumbrar la villa con una piscina infinita que impresionaba por su diseño tan fino.

Al aterrizar y a pie de pista, nos esperaba un carrito en el que metimos nuestras pertenencias, mientras Jorge lo conducía hasta la villa. El camino era precioso, justo en medio de la isla, dividiéndola en dos.

Estaba observando todo y sentía cómo la naturaleza era la que prevalecía, podía escucharse y daba una paz increíble.

Llegamos a la villa que era una locura de bonita, con techos altos y puntiagudos, en una sola planta y todo diáfano, menos el baño. Al abrir la puerta, me sorprendió ver que no tenía techo, pero estaba decorado con un gusto increíble, manteniendo el encanto colonial del país

El resto consistía en una cocina de concepto abierto, el comedor y una habitación con zona de vestidor que era una cucada, como todo lo demás en ese lugar, no dejaba de sorprenderme.

Unas grandes cristaleras con puertas daban a la piscina, que estaba situada en la misma arena y mirando hacia el mar, que se encontraba a escasos metros. Hamacas, camas balinesas, un columpio con un cartel de madera arriba con la palabra «Cuba» y una mesa de madera con cuatro sillones cómodos y amplios en el porche.

Jorge sacó dos cervezas de la nevera y nos sentamos a tomarlas con unos chicharrones recién hechos.

—¿Y quién dejó esto aquí? —pregunté ajena a cómo funcionaba la cosa.

—Anoche dejé un listado de cosas que quería que me dejaran preparadas y esta noche dejaré las de mañana y así hasta que me pidas que nos vayamos —sonrió.

—¿Y quién los trae?

—La empresa que gestiona el alquiler de la isla. De todas maneras, si se te antoja algo puedes pedirlo a cualquier hora que ellos te lo traen, obviamente a un precio mucho mayor.

—Lo que hace el dinero, ni sabía que existían estas cosas. —Me reí.

—Pues disfrútala, esta isla no se merece menos.

—El agua impresiona por su belleza.

—Sí, la verdad es que está serena y completamente cristalina.

—¿Y cómo lo has encontrado?

—Buscando alquileres de lujo en el país a pie de playa.

—Y tan a pie, como que estamos rodeados de agua. —Me reí—. ¿Qué es eso de que le has dado trabajo a Lola? —pregunté intrigada.

—La despidieron del trabajo porque se enfrentó a su jefa, ya que no le daba los días de vacaciones seguidos que necesitaba para poder venirse aquí contigo.

—¡No!

—Tranquila, para ella ha sido una liberación. La finiquitaron y yo le prometí que cuando regresemos de Cuba, la contrataría para trabajar

telemáticamente con el equipo de publicidad de la cadena hotelera y eso le hace mucha ilusión.

—Gracias, Jorge, te lo digo de corazón —murmuré emocionada porque si mi amiga se quedaba sin trabajo por estar a mi lado, a mí me causaría una tristeza profunda. Cada vez me sorprendían todos más.

—No tienes que dármelas, poco a poco irás comprendiendo todo, tampoco quiero saturarte, solo espero que me perdones llegado su momento y que a partir de ahora disfrutemos en armonía de este lugar en el que somos unos privilegiados por poder estar.

—Pues sí, ni en mis mejores sueños me hubiera imaginado en un lugar así.

—Lola te quiere mucho, eso que no se te olvide nunca.

—Lo que nunca me entrará en la cabeza es porqué se lio con Rebeca.

—Eso tiene su historia. —Se echó a reír.

—La que quiera, pero se pusieron las botas.

—¿Tú lo viste?

—Se dieron muchos picos delante de mí.

—Picos, tú lo has dicho…

—¿Te ha dicho que no se acostaron?

—A dormir sí, pero de ahí a más, ya te digo que no.

—¿No es bisexual? —me referí a Lola.

—Ni la una, ni la otra. —Arqueó la ceja.

—No sé si darme un baño antes de escuchar el bombazo, porque algo me dice que lo será. —Me reí negando y preguntándome con qué más me iba a sorprender la vida.

—Menos mal que te veo más receptiva a escuchar y entender.

—¿Qué remedio me queda?

—Chus le pidió que se encargase de Rebeca para evitar que causara problemas en mi boda o cargársela de algún modo por su obsesión por mí, pero no te lo quiso contar para no ponerte nerviosa ni que la riñeras. El caso es que Rebeca te había dicho que había estado con Chus para que no sospecharas de sus sentimientos hacia mí y para que tu amiga se separara de él, y así que no tuvieras nada fácil que nos viéramos.

—Qué hija de puta.

—El caso es que todo se fue de las manos. Lola se metió tanto en el papel que terminó llevándosela al huerto, a sabiendas de que a Rebeca no le gustaba. Su intención era mantener a Lola lejos de Chus, y al mismo tiempo, arrastrarte a ti hacia Valentino para así quitaros de en medio y luego hacer que os enfrentarais, rompiendo ese vínculo que os unía y haciendo que Chus y yo nos distanciásemos más de vosotras.

—No entiendo muchas cosas, pero está claro el fin. El caso es que Lola luego la dejó tirada.

—Por supuesto, en cuanto Chus le aseguró que todo estaba ya en orden, ellos nunca se separaron. Lo que pasa es que Chus no era consciente de todo lo que había planeado Rebeca, manteniendo a Valentino como su fuente de información, a pesar de que ella ya no formaba parte del juego; él era solo un peón en su estrategia.

—Y digo yo…

—¿Cómo se dieron cuenta de todo?

—Eso es.

—Yo fui quien escuchó a Rebeca hablando con Valentino por teléfono en varias ocasiones; no me preguntes cómo, pero incluso aquellas en las que yo no estaba en el país, las pude oír después. Me di cuenta de todo y le hice una visita a él, advirtiéndole que tenía menos de veinticuatro horas para buscar una excusa para dejarte, pero que lo hiciera o iba a terminar muy mal contigo si escuchabas tú misma todo. Le dejé claro que no debía mencionarle nada a Rebeca.

—¿Y aceptó así de fácil?

—No le quedaba de otra, estaba en muy mala situación, créeme.

—Qué decepción de todo y menos mal que era su amor platónico… —dije con ironía.

—Cuando te fuiste me volví loco y comprendí que no debía perder el tiempo buscando la manera de echar a Rebeca cuando era yo el que no quería estar ahí. Fue justo en el momento que tuve claro que vendía la sociedad de inversiones y las instalaciones, solo quería apartarme de toda esa mierda.

»En ese momento caí en la cuenta de que, a pesar de tener todo el dinero del mundo, no podía adquirir lo que más quería: a ti —dijo consiguiendo que se me comenzaran a escapar unas lagrimillas mientras un gran nudo se me formaba en la garganta—. No quería tampoco que dos amigas siguieran enfrentándose por mi deseo de venganza contra Rebeca; eso no merecía la pena, porque tú estabas por encima de todo eso.

—¿Y cuándo se lo contaste a Lola?

—El mismo día que firmé la venta de la empresa. Y créeme, tanto Chus como yo, nos llevamos una hostia a mano abierta que nos estuvo picando dos días. Estaba claro que nos la merecíamos. Chus le pidió un favor que se fue de las manos y Rebeca aprovechó para metérsela doblada.

»En fin, lloró de rabia diciendo que tenía que hablar con tu padre y ese mismo día se reunieron. Ahí fue cuando le dijo que os veníais a Cuba y al día

siguiente me reuní con él yo y le conté toda la verdad. Fue al mismo momento en que Lola habló con su jefa y terminó echándola. Todo fue una locura en muy poco tiempo.

—Lo de Melissa ya me lo cuentas otro día —murmuré temblorosa y en *shock* a la vez que se me escapaba una risilla.

—Tranquila, lo de Melissa ya mañana si eso —contestó en tono bajo y sonriendo. Comprendía que estaba en estos momentos de lo más saturada y que más información me iba a terminar bloqueando del todo.

La historia era completamente surrealista, revelando un nivel de maldad inimaginable en una persona, por el simple hecho de tener una obsesión enfermiza hacia alguien, porque, al fin y al cabo, era eso lo que la había llevado a actuar con tanta malicia. Y eso que parecía una mosquita muerta…

Capítulo 9



Me había puesto el bañador de florecitas en tonos celestes, blanco y vainilla que aún no había estrenado y que era monísimo. Me había costado media hora el salir del *shock* y la tristeza en la que me vi sumergida.

Salí a la terraza y vi que Jorge me esperaba en la orilla, que estaba a pocos pasos. Se le veía pensativo mirando hacia el horizonte con las manos atrás.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, no te había escuchado llegar.

—Normal, aquí solo se escucha el romper de las olas y la fauna que hay aquí.

—Da mucha paz.

—Demasiada. Si fuera mía la isla tengo claro que viviría aquí.

—Pero solo lo harías una temporada.

—No, no, a mí con este entorno y teniendo para comer y beber, no me hace falta el mundo para nada, allí solo hay ruido, malicia, competitividad…

—También pasan cosas bonitas —dijo mientras avanzábamos un poco hacia dentro.

—Sí, pero son las que menos. En todo caso hablo por mí, que vaya vida más movidita he tenido.

—Te ha venido todo junto.

—Te juro que no he sido tan mala para toda la que me dio mi supuesta madre y todos vosotros, y para colmo Valentino, que, siendo sincera, de él no me lo esperaba.

—No llores. —Acercó su mano para secar las lágrimas de mis mejillas.

—¿Qué no llore? Si encima de todo tuve que comerme el amar a alguien que estaba acusado de intento de asesinato y al que nadie creía menos yo —me señalé con el dedo pulgar—, porque yo sabía que tú no habías sido. Y volviste todo prepotente, frío y tratándome feo.

—Hombre, estabas con otro ¿qué querías que te tocara las palmas?

—Tú te habías casado con otra, Jorge. ¿Qué esperabas? Y además ibas a ser padre y te fuiste de luna de miel. ¿No te pusiste en ningún momento en mi lugar?

—Dicho así suena muy feo, pero no era de esa manera exactamente. —Me cogió la mano y comenzó a acariciarla—. Estás que vas a explotar con todo, quédate tranquila, disfruta del día que ya mañana hablamos de esto, ¿sí? —Me pellizcó la mejilla.

—¿Se terminó de recuperar de las lesiones? —pregunté con sinceridad.

—Sí —sonrió—, obviamente que psicológicamente aún está afectada, pero está mucho mejor. Hoy precisamente recibí un mensaje de ella

—¿Habláis?

—Todos los días —sonrió.

—Pero…

—Nada es lo que parece y como te dije, me inventé una historia para capear el momento y no contar la verdad, ese fue mi crimen.

—¿La amas?

—¡No! —Rio negando—. Pero sí que la quiero mucho.

—No entiendo nada.

—¿Mañana? —Me acarició la mejilla.

—No, no, mejor ahora que quiero saber ya todo y pasar página.

—¿Un bañito y una cerveza?

—Vale —sonreí.

Nos zambullimos en el agua y nadamos unos minutos antes de salir hacia fuera y meternos en la piscina a tomar una cerveza fresquita mientras hablábamos.

El caso es que Melissa era su mejor amiga de toda la vida y era la que iba a heredar una fortuna si se casaba con un hombre con el que llevara, al menos, cinco años de relación. Sin embargo, el problema es que ella era lesbiana, lo que ponía en riesgo esa herencia. Jorge, al darse cuenta de la situación, se ofreció a ayudarla y desde hacía cinco años fingían tener una relación un tanto especial, y digo especial porque en el último año dieron a entender tener muchas diferencias para que la gente pensara que estaban abocados al fracaso y que se separarían poco después.

Los padres de Melissa no estaban al tanto de esta realidad y entre ellos había muchos resquicios ya que, si ella no cogía la herencia en dos años, pasarían a ser ellos los herederos, de ahí que comenzaran el noviazgo con tiempo suficiente para que sus padres por nada del mundo se salieran con la suya.

Lo del embarazo era una estrategia para dejar afianzado que el matrimonio estaba más que consumado y con anterioridad.

—Y ¿por qué te fuiste a la luna de miel si todo era mentira?

—Porque ella me lo pidió, ya que le daba mucha cosa fingir que nos peleábamos al día siguiente y como ella sabe darme en la fibra sensible, le hice ese último favor.

—¿Y sus padres?

—Aún siguen diciendo que yo tuve la culpa de lo que pasó y que he conseguido que su hija no los mire a la cara.

—¿No les habla?

—No, ella ha cobrado la herencia y se ha ido a vivir a Miami, quiere comenzar una nueva vida allí, Se compró una casa preciosa en la que se siente libre y feliz.

—¿Ya cobró la herencia?

—Tal como vino del viaje, no esperó ni a terminar de recuperarse. Lo de Miami ya lo tenía apalabrado desde antes y había hecho las gestiones para poder vivir allí, aunque en ese tema la ayudé yo gracias a unas empresas que tengo allí.

—La que has liado pollito. —Dejé caer mi cabeza sobre mis brazos que estaban apoyados al borde de la piscina donde estaban las cervezas.

—Soy un tonto que fui de gracioso y terminé comiéndome mi propia mierda, pero no soy el hombre tan ogro que creías.

—No, no, has pasado de ser un ogro a ser el gilipollas más grande que he conocido y no por las cosas bonitas que has hecho, sino por liarla tú solito inventándote cosas para exculparte de la boda. Lo único que has conseguido ha sido echarte más mierda encima y liarla a lo grande.

—Aunque no lo creas, lo voy a pagar muy caro todo.

—¿Por qué dices eso?

—El saber que te acostaste con Valentino amándome a mí, es el dolor más grande que he sentido en mi vida y que sentiré cada día de esta.

—Esto lo hemos pagado todos, pero créeme que te hace muy grande y que tengo que decir, aunque me duela, que eres una gran persona a la que estoy encantada de volver a conocer.

—Dame un abrazo, por favor. —Abrió sus brazos.

—Eres muy tonto, hijo. —Lo abracé con todas mis fuerzas.

—Te quiero muchísimo, Eliana, te lo juro por lo más grande que tengo en mi vida, que son mis padres.

—Pues a conquistarme de nuevo porque no te lo voy a poner fácil. —Le hice un guiño.

—Ni antes tampoco me lo pusiste…

—¿Me has apretado la nalga?

—Solo fue un apretón de afecto. —Carraspeó.

—Qué lástima… —murmuré acercándome a esos labios que tanto deseaba besar.

—Mucha lástima —dijo acercándose más para terminar besándome a piquitos pequeños que luego pasaron a ser mordisquitos hasta liar nuestras lenguas como era de esperar.

Jamás había durado tanto un beso en mi vida, pero es que ninguno quería parar y era una forma de intentar saciar todo lo que habíamos deseado desde hacía muchísimo tiempo.

Rodeó su cintura con mis piernas y me sacó de la piscina llevándome directamente hacia la cama donde me colocó con cuidado para luego colocarse entre mis piernas, en ese momento fui consciente de que abajo tenía toda una artillería.

Se movía sensualmente provocando que me estremeciera de placer y de deseo, anhelando que se fundiese con mi cuerpo y me ayudara a liberar toda la tensión que llevaba dentro.

Se deshizo de la parte de arriba de mi bikini y, después de mirar con deseo mis pechos, llevó sus labios a uno de ellos, lamiéndolo y mordisqueándolo, llevándome a un placer tan intenso que ya sentía dolor en mis partes.

Esas que no tardó mucho tiempo en conocer, después de desprenderse también de la parte de abajo del bikini y quedarse mirando mi entrepierna, mientras su mano cogía toda mi zona y la apretaba, dejando escapar sonidos de placer.

Introdujo sus dedos entre mis labios vaginales mientras que con su otra mano pellizcaba mis pezones. Sus dedos eran como una varita mágica capaz de ponerme al límite con cada movimiento, y no se andaba con rodeos; no se conformó con introducirme dos dedos, luego metió tres y empezó a moverlos para dilatar bien la zona, a la vez que con su pulgar jugaba con mi clítoris.

Grité de placer cuando su cabeza bajó hacia mi entrepierna y sus labios se prepararon para dejar paso a su lengua, creando una obra maestra que me hizo chillar de felicidad. Alcancé el orgasmo más intenso de mi vida y sentí cómo mis piernas temblaban como nunca antes.

—Me has matado —dije con la voz entrecortada y falta de respiración.

—Pues se te mata con bien poco…

—Por Dios Jorge, esas manos —dije mientras de nuevo volvían a juguetear con mi cuerpo cuando aún no me había recuperado lo más mínimo.

—Dime que pare y lo hago, pero si no lo haces, prepárate para la segunda ronda. —Besó mi cadera mientras apretaba con la mano bien abierta mi nalga y hasta notaba cómo rozaba la entrada de mi culo.

—No te voy a decir que pares, pero sí que me des unos segundos. —Reí nerviosa al notar sus descarados dedos que iban jugando por todas mis partes —. Por ahí no. —Me carcajeé más fuerte al notar su dedo indagando por detrás.

—Relájate y disfruta, no te pongas barreras.

—Me pongo nerviosa.

Me hizo un gesto para que me colocara bocarriba y abrió mis piernas de par en par. Me miraba con una mezcla de deseo y descaro, el mismo que utilizaba para sorprenderme en este nuevo lado de él que no conocía hasta ahora. Me estaba gustando el control y la serenidad que mostraba mientras yo me sentía como si estuviera volando.

Introdujo sus dedos en mi vagina antes de colocarse en la entrada y penetrarme de una sola estocada, en la que me tuvo que agarrar o hubiese salido disparada.

Tras penetrarme de forma rápida e intensa en repetidas ocasiones, mientras sus manos jugaban con mis pechos, me levantó de una manera casi mágica y comenzó a guiarme sobre él, que estaba de rodillas.

Tenía un miembro bastante generoso que se hacía notar y a veces parecía que me iba a partir en dos.

De nuevo, me hizo a un lado y me puso en ‘cuatro’, mientras me daba unos azotes en la nalga que me hacían gritar y jadear al mismo tiempo.

Tenía una resistencia increíble, tanta que me hizo poner de mil maneras y al límite de nuevo, con sus dedos rozando mi clítoris, lo que hizo que cuando él llegó al orgasmo, yo volví a tener otro.

Fuimos al baño a lavarnos y cuando me estaba poniendo el bikini, me agarró por detrás y me hizo poner las manos en el sofá.

—Jorge, por Dios que me tiembla todo.

—Abre las piernas —dijo ayudándome con las suyas, y comencé a escuchar un ruido.

—Jorge…

—Levanta las caderas…

Había puesto en mi clítoris un Satisfyer, que no tenía ni idea de dónde había salido. Estaba a mínima velocidad para conseguir estimularme gradualmente mientras notaba su pene jugueteando en la entrada de mi ano.

—Ni se te ocurra por detrás, por Dios —dije con la voz sin fuerzas y sintiendo cada vez un placer mayor.

—Confía en mí. —Movía su pene a pequeños empujoncitos y subía la velocidad del aparato, consiguiendo así poner más intensidad al momento.

Y la fue subiendo poco a poco, mientras se movía en intentos de penetración que no llevaba a cabo, pero que me llevaron a un orgasmo de lo más loco, en el que por poco me desgarro la garganta al gritar en el momento de la explosión.

—De esta no sobrevivo —murmuré caída sobre el sofá.

—Date la vuelta.

—Jorge, no puedo. —Me reí nerviosa sabiendo que ahora iba a por su turno.

—Date la vuelta —murmuraba besando mi espalda.

—No puedo.

—¿Prefieres por detrás?

—No, no. —Me giré de manera inmediata.

Y lo volvimos a hacer en el sofá sin dejar de mirarnos a los ojos. Si algo estaba descubriendo, es que Jorge era un hombre muy activo sexualmente y que sabía cómo manejar el cuerpo y los tiempos de una mujer…

Capítulo 10



Sin fuerzas y amenazándolo para que no se acercase a mí en unas horas…

—Tranquila, que voy a preparar la mesa —decía levantando las manos mientras que yo, cerveza en mano, huía para mantener una distancia entre nosotros—. Siéntate tranquila.

—Cuando te sientes tú.

—Tengo que traer los platos, pero créeme que te voy a dar una tregua.

—Esto es el paraíso, pero como me tire tres días así, regreso con anemia.

—Ya será menos. —Me hizo un guiño y estiró su mano indicándome de nuevo que tomara asiento.

—¿Qué has pedido como menú? Más que nada, porque no he visto lo que hay en la cocina —sonreí con ironía.

—Puedes entrar a revisar la nevera y el mueble. —Carraspeó.

—Ni de coña, prefiero que me sorprendas…

—Pues entonces deberás tener paciencia. ¿Qué prefieres comer con cerveza o vino?

—Cerveza, ya que estamos mejor no mezclar.

—Vale, no tardo. ¿Quieres que ponga un mantel en la mesa?

—No, por Dios, vas a estar peor que mi padre que no puede comer sin mantel.

—Tranquila, yo soy igual que tú, prefiero el plato directo sobre la mesa. —De nuevo me regalaba otro de esos guiños que me sacaban una sonrisa de oreja a oreja.

Se adentró dejándome con la risa suelta. En mi vida me imaginé a un Jorge tan frenético. No dejaba de sorprenderme en todos los sentidos y estaba descubriendo que sí, todos tenían razón y es que debía darme la oportunidad de conocer al verdadero Jorge.

Apareció unos minutos después sin nada y con una cerveza en la mano.

—¿Qué pasa que no me vas a dar de comer?

—Estoy friendo patatas para acompañar el medio cerdo que tengo en el horno calentando, y que hicieron a la brasa.

—Ajá, ¿me estás diciendo que tienes medio cochinillo en el horno?

—Eso es. —Arqueó la ceja—. Y tiene la piel de lo más crujiente.

—Esta mañana chicharrones; ahora el cochinillo con patatas, me vas a deformar el cuerpo.

—Está todo pensado, luego una hora de entrenamiento como lo de antes y tu cuerpo soltará todas las calorías de más que haya acumulado.

—Ni de coña, prefiero no comer, que no será el caso, porque me muero de hambre, pero que te digo ya que prefiero que se me quede en el culo. —Ladeé la cabeza dándolo por hecho.

—¿Tan mal te fue? —Reía.

—No, pero que no estoy yo ahora para otro meneo de esos. Anda ve a mirar las patatas que se te van a quemar.

—Si quieres que mejore en algo solo tienes que decírmelo.
—¡Jorge! —protesté riendo y se marchó de igual manera hacia dentro.

Apareció con la bandeja del horno y el medio cochinillo que se veía perfecto, parecía que estaba dormido.

—Ahora traigo las patatas.

—Esto dan ganas de cogerlo en brazos y mecerlo.

—Mejor te lo comes. —Se marchó riendo.

Le tiré una foto y se la envié a mi padre que no tardó en contestarme que si lo llega a saber se vienen con nosotros. La verdad es que tenía una pinta espectacular y a mí cada vez me daba más hambre. Eso sí, no podía mirarle la cara, así que opté por ponerle en ella una servilleta que cuando la vio Jorge comenzó a negar riendo a carcajadas.

—Pobre cochinillo, encima lo han partido por la mitad y a saber quién se está comiendo la otra parte.

—Seguramente otros turistas con servicio de esta agencia.

—Tienes una lógica con la que están a punto de catalogarte como genio. —Volteé los ojos.

—Ya te digo que lo soy, lo único es que te está costando frotar. —Me hizo un guiño antes de sentarse.

—No me piques, que te puedo demostrar que el rey es rey hasta que la reina quiere.

—Cuando quieras…

—¿Y eso en qué escuela lo has aprendido?

—En la de la vida. —Le hice una burla.

—Prefiero no interpretar tus palabras. —Su tono ya no era muy sonriente.

—Te lo has llevado por dónde no es. —Carraspeé.

—No sonó muy bien que digamos.

—¿Celoso?

—Hasta ahora, nunca lo había sido.

—Siempre hay una primera vez, pero creo que no te he dado motivos. —Me encogí de hombros.

—Esa ha sido muy buena. —Me señaló esbozando una risilla.

—¿Te he dado motivos?

—No, solamente te fuiste con otro. Un detallito sin importancia.

—Espero que eso no me lo estés echando en cara de verdad, Jorge, sería un ataque muy bajo por tu parte.

—Eres tú la que has empezado.

—No me lo puedo creer. —Reí, pensando que todo esto era una broma de él y que se estaba haciendo el ofendido—. Vamos, si tú me dices que ahora te va a cambiar el carácter por una conversación que no iba por el sentido que tú pensabas, es para coger las maletas e irnos.

—Hasta pasado mañana no vienen a por nosotros…

—Me voy a nado, tú no me conoces.

—Mucha suerte. —Cogió un trozo de cochinillo y lo puso en mi plato.

—¿De verdad, Jorge? —Aparté el plato—. ¿De verdad?

—Estoy callado, simplemente te he contestado, porque si quieres un monólogo, me lo dices.

—¡Me has echado en cara lo de Valentino!

—No me grites, Eliana.

—¿Y qué quieres que te ría la gracia? Están muy bien todas tus justificaciones, te las he comprado todas sin ponerte en duda en ningún momento, he sido de lo más comprensiva, pero eso no te quita toda la responsabilidad de las cosas que pasaron, incluida esa. Y ahora cómete el cochinillo tú. —Me levanté y me fui hacia el agua.

Comencé a llorar de rabia, a mí no me duraba nada bien dos minutos seguidos. Demasiado bonito había empezado el día para ser cierto.

Lo que tenía claro es que no le iba a permitir que me echase en cara lo más mínimo y si le dolía que se tomara un paracetamol, como todos los que me tuve que tomar yo por los dolores de cabeza que él me dio.

No tenía el derecho de arruinar algo que se suponía que había luchado por recuperar, pero parecía que cargaba con unos fantasmas con los que no sabía lidiar, y en parte, todo había sido por su culpa. Si tan solo me hubiera dicho la verdad o hubiera actuado de otra forma…

Me di un baño y comencé a flotar, disfrutando de los pececillos de colores que nadaban a sus anchas a mi alrededor. El fondo del mar se veía increíble, como si fuera un cristal.

Salí del agua y me dejé caer en una de las hamacas techadas, justo al lado de la orilla, disfrutando de la suave brisa que venía.

No había hecho ni el más mínimo gesto de venir a por mí, esa parte de él en estos momentos no me la esperaba y me dolía muchísimo. Si no se dignaba a venir, que no contara con que yo iba a arrodillarme ante él después de su comentario tan grosero.

Lo que más me jodía es que no se me había quitado el hambre y con solo de pensar en ese cochinillo, que tenía una piel de lo más crujiente, se me hacía la boca agua.

—Te lo dejo aquí. —Me asusté al escuchar su voz, ya que no me la esperaba. Me puso el plato con patatas, los cubiertos y la cerveza en el ala de madera de la hamaca que era para apoyar las cosas.

—Gracias —murmuré sin mirarlo.

Sentí cómo se marchaba y miré hacia el plato que estaba para hincarle el diente a todo. Además, lo había preparado con cariño y se notaba en la manera que estaba todo colocado. No era un mal hombre, pero tenía la sensación de que lo de Valentino lo tenía muy presente y que podría darme más de un golpe bajo por eso, aunque yo no me iba a andar con chiquitas.

Y era medio orgulloso, porque había tenido el detalle de traerme la comida, pero no había sido capaz de disculparse y pedirme que me fuera a

la mesa con él o sentarse conmigo, porque aquí cabíamos tres personas, más que una hamaca era una cama balinesa.

Me comí la comida y me quedé de lo más llena. Debo reconocer que había estado de lo más exquisito.

Capítulo 11



Llevé el plato y la botellita de cerveza hacia la cocina, que era donde él estaba recogiendo lo que se había ensuciado.

—¿Te ha gustado? —me preguntó al verme aparecer.

—Sí, estaba muy rico.

—Hay más, ¿quieres repetir?

—No, no, me he quedado saciada, gracias.

—Hay helado de vainilla.

—Más tarde quizás, ahora me apetece más un café. ¿Quieres uno?

—Claro.

Me puse a prepararlo mientras él terminaba de fregar.

—¿Nos lo tomamos en la piscina?

—Vale.

Cogí los dos vasos y los llevé hacia allí mientras él terminaba de barrer, pero no tardó en llegar.

Me senté dentro de la piscina, en una especie de bordillo que había al lado y que miraba hacia la casa, y dejé los cafés en el borde. Jorge, por su parte, se quedó de pie en el centro, en un absoluto silencio, mientras miraba hacia el mar dándome la espalda, aunque podía verlo de perfil porque estaba un poco más a la izquierda. Su expresión era seria.

—¿Tú crees que vamos a estar cómodos dos días de esta manera?

—Eres tú la que dijiste de irte a nado, y al verte caminar hacia el mar, pensé que lo harías. Si te has arrepentido, no hay problema, pero no pidas algo que tú misma aceptaste.

—Ay, mi madre —murmuré poniéndome la mano en la frente—. ¿En serio me has traído hasta aquí para mostrarme tu parte más imbécil?

—No me insultes.

—No me grites, no me insultes…Tú lo que quieres es que sea un florero, pero a mí no me vas a hacer sentir mal porque mi tono de voz sea a veces más fuerte porque me sienta atacada. Y menos por llamarte imbécil. Si vas a dirigirte a mí con esa indiferencia y a echarme cosas en cara cuando tú tienes mucho que callar, prepárate, porque no me voy a quedar callada ni mucho menos medir mis palabras. Si te molesta, llama a alguien y que vengan a buscarme, porque me voy directa a casa de mi madre y no voy ni pasar por tu hotel a recoger nada.

—A mí no me amenaces…

—Lo dicho, imbécil al cuadrado. —Di un sorbo al café y me encendí un cigarrillo.

Menos mal que no respondió a lo último porque estaba tan calentita que podía soltar por mi boca lo más grande. Me dolía porque lo amaba con todo

mi corazón y me moría por abrazarlo, pero obviamente si hiciera eso le daría pie a que volviera a atacarme con lo mismo cuando le viniera en gana, y eso no podía permitirlo porque al final estaríamos cada dos por tres tirándonos los trastos.

Me parecía muy injusto por su parte, ya que se suponía que venir a este lugar debería convertirse en algo bonito después de todo lo sucedido. Por eso me dolía su comportamiento, porque no entendía cómo podía arruinar las cosas con tanta facilidad. Luego decía, pero es que él solito se las buscaba.

—Lo más jodido —se giró dirigiéndose a mí— es que yo he reconocido todos mis errores, pero tú el tuyo no.

—¿Qué no? ¿No te parece suficiente haberme sentido traicionada por él?

—Pero no lo exteriorizas, a veces tengo la sensación de que te dolió el hecho de que él te dejara.

—¿A veces? ¡Qué me estás contando! De verdad, lo tuyo no tiene sentido común alguno.

—Tú no quieres que lo tenga porque no te conviene.

—Anda, llama a tu amiguita y dale por saco a ella, que es la niña repelente, da asco escucharla hablar —le solté para dejarle claro que yo también me sabía defender.

—No es ninguna niña repelente, es una buena actriz que hacía ese papel para joder a Rebeca, lista, que eres muy lista —dijo ocasionándome una carcajada.

—Pues mándale saludos de mi parte. — Y saqué el dedo corazón para hacerle una peineta.

—Yo podría hacer un corte de mangas bien fuerte para que saludaras a Valentino. Ah no, que te ha fallado. —Hizo un «chis» con su boca y negó

orgulloso creyendo que me había dado duro.

—Hazlo bien grande, no tienes huevos.

—Los tengo.

—Hazlo —lo provoqué.

—Para él. —Y vaya si lo hizo con fuerza y furia.

—Pues él ni se enteró y tú tienes el brazo rojo de cojones. Creo que te has dejado los huevos ahí. Me ratifico, eres imbécil. — Me reía a carcajadas a la vez que hablaba.

—Todas las mujeres sois iguales.

—Menos, Melissa, dilo.

—Efectivamente. —Se echó a reír negando.

Y así nos tiramos unos minutos con la risa suelta y sin poder ni hablar. Sinceramente esto pintaba que iba a ser una guerra de poderes entre dos caracteres bastantes fuertes.

Jorge se dirigió a la casa y regresó con dos mojitos que había preparado. Los colocó en el borde de la piscina y entró en ella.

—A mí, con que me prepares estas cosas y me des de comer, no hace falta ni que me hables.

—¿Me estás volviendo a buscar?

—Ni me había dado cuenta de que habías estado desaparecido.

—Luego el imbécil soy yo…

—Menos mal que comienzas a reconocer las cosas.

—Claro que sí, mujer, claro que sí —dijo con toda la ironía del mundo.

Estaba quemado, creo que lo estuvo todo el tiempo desde que se enteró de lo mío con Valentino, lo que no entendía por qué ese empeño de ayudar, estar, llegar hasta mí, contar la verdad, querer estar conmigo y un sinfín de cosas cuando estaba con esa herida que no lo dejaba avanzar.

Y me dolía, pero a la vez, para ser sincera, me hacía sentir que le importaba, aunque hubiera preferido que no me lo hubiera hecho saber con ese tono y de esa manera.

Aguanté la risa al recordar que me había hecho subir al cielo unas horas antes para luego mandarme al infierno. ¿Me pretendía volver loca?

—Te voy a decir una cosa. —Me dirigí a él que seguía mirando hacia la playa sin moverse, como si fuera un Playmobil. Giró su cabeza y me miró—. Es una duda nada más. Cuando me dijiste que querías empezar de cero, ¿desde qué parte te referías?

—Si no tienes nada mejor que decir que el silencio, ahórrate tus palabras —sonrió de mala gana.

—Ya no eres mi jefe, el de Lola sí, pero mío no —dije en tono burlón.

—¿Qué parte no has entendido del silencio?

—Creo que el que no has entendido mi respuesta eres tú —dije en tono bajo pero chulesco—. Pero vamos, vergüenza debería darte ponerte de esa manera y estropear todo de golpe.

—La única que te has sentido ofendida eres tú y la que comenzaste a amenazar con que te ibas a nado.

—¿Y te hubiera gustado que lo hubiese hecho? ¿Eh?

—Me hubiera gustado que mostraras arrepentimiento. Simplemente eso…

Se salió de la piscina y se tiró en una de las hamacas. Me daba la sensación de que a cabezón no le ganaba nadie, pero vamos, que no me iba a rendir tan fácilmente.

Salí y me envolví el cuerpo en una toalla antes de meterme en la casa para ponerme ropa interior y una camiseta. Me dirigí a la cama y me dejé caer en ella de lo más fresquita, ya que estaba a la temperatura perfecta gracias al bendito aire acondicionado que tenía la villa.

Capítulo 12



Me desperecé volviendo a la realidad después de haberme echado una siesta de campeonato. El mal rollo con Jorge no me había quitado el sueño, y hasta ese momento aún lo veía como una rabieta por su parte que no estaba gestionando bien.

—¿Quieres un café o directamente la cena? —preguntó desde la barra de la cocina y en plan indirecta por todo lo que había dormido.

—Un café con unas tostadas, agradecería una buena merienda —contesté con una sonrisa de lo más irónica mientras me levantaba.

—¿Con qué deseas las tostadas? —me preguntó cuando me dirigía al baño.

—Con amor, con mucho amor y el resultado será exquisito —volví a sonreír con ironía antes de desaparecer para lavarme la cara.

Estaba guerrero, parecía que había estado esperando a que no hubiera nadie para sacar esa otra versión suya, por no hablar de ese momento de desenfreno que no quiso perderse antes de montármela de esta manera.

Salí con todo mi descaro y estaba terminando de poner en la mesa del porche la merienda.

—Pues sí que me lo has hecho con mucho amor. ¿De dónde has sacado la Nutella?

—No quieras saberlo —dijo provocándome una carcajada.

—Yo creo que en el fondo eres gracioso, solo que te cuesta sacar esa parte.

—Eres muy poco empática, pero disimula al menos un poquito.

—Eso sería empatía forzada, pero si tú quieres lo intento.

—No intentes nada, las cosas que no se hacen con el corazón terminan muy mal.

—Pues aplícate la reflexión, majo. —Mordisqueé la tostada que estaba riquísima y de lo más dulce, como diría Lola.

—Eres de cabeza dura.

—Hazme el favor y déjame comer las tostadas en paz que me van a sentar hasta mal.

—Pero si eres tú la que no dejas de pincharme con todo.

—¡Escucha! —Di un porrazo en la mesa bien fuerte—. A mí, o me preparas un cubo lleno de mojito y me animas la fiesta, o vas a conocer a la Eliana a la que nunca te hubiera gustado tener que enfrentarte, así que tú decides.

—Ahora eres tú la que tienes la palma de la mano colorada. —Me devolvió lo del corte de mangas. Reía a carcajadas.

—Eres un niño pequeño, Jorge, no te ves —dije con la risa suelta y mirándolo mientras negaba.

Pues no entendía qué le había hecho tanta gracia, pero era imposible cortarle la risa y ahí seguía doblado mientras yo lo miraba sin perder la risilla y comprobando cómo tenía la capacidad de ser todo un hombre en algunos momentos y todo un niño en otros. Eso sí, mi merienda me la seguía comiendo.

—¿Ya? —pregunté cuando vi que aminoró la risa.

—Casi, casi.

—Entonces, ¿te apetece lo de los mojitos?

—Yo preferiría un ron que tengo ahí, que es muy exclusivo.

—¿Cuánto la botella?

—Tres mil euros. —Carraspeó.

—¿Me estás vacilando?

—Para nada…

—Pues a mí el ron me gusta con cola.

—También hay.

—¿Me estás diciendo que nos vamos a beber una botella de ron de tres mil euros con refresco?

—Pues claro.

—Desde luego que el sentido común no lo da el tener dinero. —Solté el aire, incrédula.

—Ni el creerse muy lista. Voy a preparar dos. —Entró en la casa llevándose el plato y mi taza de café.

Regresó con la botella, los vasos, una cubitera de hielo y los refrescos.

—Qué pena de dinero —dije mirando la botella mientras servía las copas.

—Nos la regaló Melissa para que nos la tomásemos a su salud. —Aguantaba la risa.

—¿La saludaste de mi parte? —pregunté con sarcasmo por la peineta que le envié como saludo.

—No, pero no dudes que lo haré. —Me puso mi copa delante.

—¿Un brindis por la Meli? —Levanté la copa.

—¿No prefieres por tu amigo Valentino?

—No te tiro el líquido de mi copa porque no creo que tenga otra oportunidad de probarlo, porque desde luego que no seré la imbécil que tire el dinero de esta manera. Definitivamente, te estás haciendo daño tú solo.

—¿A qué está bueno?

—Más que tú. —Le hice un guiño de malicia.

—Jamás he alardeado de mi físico.

—Ya lo haces con el dinero, porque hay que ser muy estúpido para pagar este dineral por una botella.

—Pues sí que te duele, ni que fuera el dinero tuyo.

—Cállate, porque al final sacas a la borde que hay en mí y puedo ser muy cruel. —Di un trago grande a la copa.

—Voy a poner un poco de música de la tierra. —Señaló a un bafle que había traído y tenía sobre una mesa de dentro.

—Mejor, ponla, porque para lo que hay que escuchar… —murmuré para mí.

Comenzó a sonar ese son tan peculiar y distintivo de esta isla que invitaba como poco a mover el cuerpo desde la silla.

Apareció intentando moverse a ritmo de ella y me recordó lo nefasto que era moviendo el cuerpo. Lo podía atacar por ahí, pero con una copa de tres mil euros, una isla privada, una música para mover el esqueleto y el hombre que me robó una noche el corazón ¿para qué iba a perder el tiempo discutiendo?

Me levanté y, sin pensarlo, fui a por él, le cogí su brazo para que me abrazara y con la otra mano en alto intenté comenzar a dirigirlo a ritmo de salsa, mientras a él le aparecía una gran sonrisa.

—Dale, papi —lo animé mientras yo movía mis caderas con soltura de un lado a otro y él intentaba seguirme a paso robotizado.

—Mira, mira, si te estoy llevando yo —decía animado.

—Claro que sí, estoy flipando con tus avances, tú no habrás hecho un cursillo de baile en tu luna de miel, ¿verdad? —pregunté con la suerte de que le causé una carcajada.

—Mira, mira, cada vez más suelto.

—Súper suelto, di que sí. —No se lo creía ni él, pero para qué provocarlo.

—Venga, sirvo otra copa —dijo cuando terminó la canción y me solté con el cuerpo destrozado de esos movimientos y tirones que me había dado en un intento de hacerme creer que era todo un artista de la pista.

—Claro que sí, vamos a brindar con clase. —Miré a la botella.

—¡Por mi niña! —La levantó.

—Di que sí, gracias.

—Cuando digo mi niña, me refiero a Melissa. —Soltó una carcajada.

—Claro que sí, tú buscándotela solito. —Le di un trago a la copa que acababa de servirme y me puse bizca a la vez que ponía cara de resignación.

—Ella es mi niña; y tú, eres mi vida. Que no se te olvide. —Me hizo un guiño.

—¡Toma ya! Verás que al final vas a ser romántico y me vas a sorprender y todo.

Me tenía que reír con él, la verdad es que no me esperaba que fuese de esta manera que era la más real, ya que, aunque no supiera cómo hacerlo estaba expresando sus sentimientos. Quería comprenderlo porque también entendía que desde su visión pudiera haberle causado demasiada rabia, como a mí me causaron otras que no por eso tenía que estar echándoselo en cara.

Copa tras copa en mano, nos fuimos relajando y teniendo conversaciones absurdas que conseguían que terminásemos llorando a carcajadas.

A veces no sabía si Jorge se hacía el ingenuo en algunas cosas o lo era de verdad, porque tenía cada salida que estaba fuera de la lógica.

Capítulo 13



La botella había ido bajando de manera considerable y cada vez se notaban más los efectos, ya que no dejábamos de reír y a veces, incluso, ni nos entendíamos.

—Quiero hacerme una foto sentada en el centro de la pista de aterrizaje —pedí levantando la mano y señalando con el dedo hacia arriba.

—También es de despegue.

—No me lo imaginaba —murmuré haciéndome la incrédula, más que nada para hacerme también la ingenua.

—Vamos, hay una luna llena perfecta y seguro que te hago la mejor foto del mundo.

—Deberíamos ir andando porque podemos sufrir un accidente con el carrito, ya que hemos bebido mucho.

—Somos los únicos que estamos en la isla. —Rellenó de nuevo las copas para llevárnoslas.

—Pero podemos chocar con una palmera o algún objeto natural que se nos interponga en el camino.

—Pues nos vamos andando, solo hay que cruzar un trozo.

—Vale. —Me levanté y comenzamos a andar.

Se suponía que debíamos ir rectos para buscar la mitad de la isla, pero a mí me daba la sensación de que íbamos haciendo zigzag y se nos estaba haciendo una eternidad el llegar.

—A mí me da que estamos andando hacia el lado y no hacia el frente de la isla.

—¿Tú crees?

—Y la copa se me ha acabado —murmuré lamentándome por ello.

—Toma la mía. —A él le quedaba un poco.

—Gracias. —Me la tomé de un trago y le sonreí feliz.

Me cogió de la mano y un poco después por fin vimos la pista y corrimos hacia ella como si acabásemos de descubrir una parte del mundo.

Me senté emocionada en medio y puse pose de *influencer* total.

—Pero dame el móvil —me dijo riendo.

—¿Qué móvil? Tíramela con el tuyo y luego me la pasas.

—Yo no lo he traído —dijo llevándose la mano a la cara y dejándome con toda la cara partida.

—Desde luego que las únicas luces que tienes son para gastarte tres mil euros en una botella —le recriminé negando.

—No, no, las pocas luces las tienes tú en creer que me los he gastado. Yo pedí una botella de Habana Club normal que me dejaron en la cocina, pero había la extra premium vacía de adorno y la rellené con la barata. —Me hizo un guiño.

—Tú eres gilipollas. —Me reí.

—No me insultes —me decía con la risa suelta y señalándome mientras yo me levantaba.

—Tú céntrate y encuentra el camino recto hasta la casa, que me duelen las piernas de andar.

—¿Te llevo en mi espalda?

—¡Sí! —grité emocionada y se giró para que me subiera.

Y el salto no estuvo mal, lo que falló fue la resistencia de Jorge que nos hizo aterrizar a los dos en la pista.

—¿Estás bien? —preguntó arrastrándose hasta mí.

—Como un cristo —dije mirándome los brazos, llenos de rasguños, igual que mis piernas y el resto del cuerpo. Lo mismo que él.

Me ayudó a levantarme y nos miramos antes de estallar en una carcajada.

—Tus padres van a pensar que nos hemos matado —dijo mirándome toda magullada.

—Lo que no van a tener claro es quién recibió más. —Me salían las carcajadas con cada palabra.

—Vamos, que en cuanto lleguemos te curo. —Me echó la mano por el hombro y me quejé porque no había trozo de mi cuerpo que no tuviera una

magulladura.

—¿Seguro que es por aquí?

—No, pero sí, vamos a intentarlo. —Se reía a carcajadas y es que el alcohol había hecho mucha mella en nosotros.

—No suena muy convincente, pero vuelvo a confiar en ti una vez más.

—Gracias, Melissa.

—De nada, Valentino —murmuré y rompimos a llorar de la risa, tanto que hasta tuve que pararme y cruzar los pies para no orinarme encima.

No fue fácil, pero después de asomarnos por diferentes vías para aclararnos un poco, ya que teníamos poca lucidez, conseguimos llegar a la villa donde nos metimos directamente en la ducha para limpiar la piel.

La verdad es que me quedé impresionada al mirarme al espejo, ya que hasta un lado de mi cara estaba en carne viva y ya empezaban a dolerme bastante algunas zonas. Así que, además de curarnos con lo que encontramos en el botiquín, también decidimos tomamos un paracetamol, porque sabíamos que el dolor iría en aumento.

Me puse las bragas, una camiseta corta por encima y me tumbé en la cama bocarriba sin quererme mover. Jorge se acostó solo con el bóxer y de la misma manera, ya que él estaba tan lleno de arañazos como yo.

—Tu padre me mata cuando te vea.

—O me mata a mí si te ve a ti primero. —Nos reímos.

—Mañana vamos a regresar con el carro y en buenas condiciones, pero la foto te la vas a hacer como Jorge que me llamo.

—Pues voy a salir divina de la muerte —ironicé porque no había parte del cuerpo que se librara y no se notaran los daños.

—No nos vamos a olvidar del día de hoy en la vida.

—Ya te digo yo que no. —Me reía, aunque me dolía al hacerlo, ya que los movimientos era lo que peor me venía en estos momentos.

—¿Te has arrepentido de estar con Valentino?

—Mira, Jorge, no te doy un codazo ahora mismo porque voy a salir perdiendo yo —dije mientras él reía a carcajadas.

—¿Y lo bonito que es pelear y luego hacer el amor para arreglarlo?

—Para hacer el amor estamos nosotros. Y por Dios, deja de hacerme reír que me duele todo el cuerpo. Y solo llevamos un día. Más vale que nos controlemos, porque capaz y todo que mañana tengan que venir los equipos de emergencia a por nosotros.

—¿Te imaginas? Y fijo que me ponen de nuevo a mí en el ojo del huracán. —Se reía—. Al final me voy a conocer todas las cárceles del mundo.

—Pues la de aquí tiene que ser bonita —dije con ironía.

—¿Has traído maquillaje? Algo tenemos que hacer porque así me niego a aparecer contigo.

—No, si quieres apareces solo y tal cómo estás, que es cuando en lugar de a la cárcel te van a mandar directo al cementerio, y con GPS para que te anuncien que has llegado a tu destino. —Me reía a carcajadas a pesar del dolor que los movimientos me ocasionaban.

—Mañana va a ser bonito…

—¿Cómo de bonito?

—Tanto, que lo vas a recordar más que el día de hoy.

—A mí no me asustes, que conociéndote puede ser la mayor de las ironías.

—Que no, de verdad, que lo tengo todo pensado. —Hizo un intento de acariciarme la cara, pero al girarse se lamentó.

—No te muevas, tú no te muevas —le dije riendo.

—Verás que mañana vamos a parecer dos robots moviéndonos.

—Mientras me pueda mover, que parezca lo que sea, pero me temo que va a ser un día duro y no de bonito como tú lo quieres pintar.

—Confía en mí.

—No me queda otra, eres el único que hay en esta isla en medio de la nada.

—Y si fuésemos más, creo que me seguirías eligiendo…

—Ya salió su parte romántica —murmuré riendo.

Capítulo 14



No debían de ser ni las siete de la mañana, y ya tenía los ojos como un búho y había pasado una noche de mierda en la que me había desvelado mil veces por los dolores que me causaba el moverme por inercia. A todo esto, había que añadir que sentía un zumbido en mi cabeza fruto de la ingestión de alcohol que nos habíamos dado el día anterior.

—Eli, ¿estás bien? —me preguntó Jorge que no se movía ni lo más mínimo.

—Bien jodida, creo que no me voy a poder ni levantar. El coco me va a explotar.

—Ya voy a por una pastilla y prepararte un zumo —dijo intentándose levantar, pero parecía que le costaba un mundo.

—Todo esto es culpa tuya. —Me reí.

—¿Mía? Ya estabas tardando en echarme un dardo envenenado. —Se reía mientras se dirigía al baño primero.

—Sí, tú fuiste el que me dijiste que saltara.

—Reconoce que lo hiciste violentamente.

—Pero ¿qué dices? —Me reí.

No podía reírme porque el dolor era insufrible. En mi vida me había hecho tantas magulladuras juntas, ni cuando me caí de la moto con Lola.

Me fui incorporando como buenamente pude y me dirigí a la cocina para ir preparando los cafés.

—¿Qué haces levantada?

—Me niego a permanecer tumbada en esa cama.

—Pues no te veo yo hoy para mucho uso y disfrute.

—Pues lo mismo que te veo yo a ti, pero vamos a tener que echarle valor al asunto y no quedarnos prostrados en una cama porque eso nos hará más mal. Es el último día en la isla y hay que aprovecharlo, además, esta noche me tienes que hacer la foto de la pista.

—Valor tienes en nombrarla.

—Me lo prometiste.

—Bueno, no fue una promesa como tal, pero tuve una palabra y esa la voy a cumplir así vaya a rastas.

—Y tenemos que bañarnos en la playa para sanar las heridas antes.

—Eso va a escocer mucho, no sé si estás preparada.

—No lo estaba para aguantarte y aquí estoy. Por cierto, me dijiste que iba a ser un día muy bonito, para recordar.

—Sí, sí, va a ser precioso, ya lo verás, tú solo déjate llevar.

—Si me dejara llevar, me hubieras dejado en la cama todo el día —negué volteando los ojos.

—¿Y no es bonito descansar merecidamente?

—Bueno, digamos que prefiero descansar en la piscina tomando un refresco o zumo, porque de alcohol no quiero ni oír hablar.

—Si nos hubiéramos tomado el de tres mil euros, estoy seguro de que no tendríamos resaca.

—Sí hombre, ahora va a resultar que el alcohol hace daño en según qué precio.

—Pues sí, tiene mucho que ver.

—Prepara unos huevos que quiero desayunar como Dios manda.

—Lo tenía contemplado, además haré unas tiras de beicon.

—Muy hechas y crujientes, por favor.

—Y con aguacate al lado.

—Se me hace la boca agua…

Preparó unos platos que eran dignos de ser disfrutados en calma y con el paraíso que teníamos ante nosotros. Nos sentamos en el porche.

Le di un trago al café y me encendí un cigarrillo, disfrutando de esa preciosa mañana que era una estampa sin igual. Me había costado un mundo acomodarme, al igual que le había pasado a Jorge, y es que nos habíamos dado una hostia que nos iba a dejar secuelas unos días.

Después de deleitarme con unos minutos de silencio mientras me fumaba el cigarrillo, procedí a comerme la tostada de beicon, huevo y aguacate que tenía una pinta espectacular.

—Te ha salido deliciosa —murmuré excitada por esa explosión de sabores que deleitaban a mi paladar.

—Me alegro, para que veas que no todo lo hago mal. —Carraspeó.

—Bueno, jamás dije eso, pero ayer te ganaste más de una colleja, lo que pasa es que fui benevolente.

—Pero me puse así con razón.

—¿Qué parte de qué íbamos a tener un día bonito se te ha olvidado? —rebufé ocasionándole una risilla.

—La parte en que, por desgracia, eso me cuesta olvidar en muchos momentos.

—Pues si quieres te busco un buen psicólogo para que vayas a terapia.
—¿Qué tal si vamos los dos juntos?

—Yo no tengo ataques de celos ni de cuernos.

—¿Me has llamado cornudo?

—No tenía nada contigo, es más, te casaste con tu mejor amiga —sonreí con ironía.

—¿Te molesta que lo sea?

—Para nada, ¿has notado algo que te de pie a pensarlo?

—Bueno, ayer le mandaste un saludo con un dedo. Te parecerá bonito. —Reía.

—Eso es lo más bonito que le podía dedicar para lo que me podría haber salido por la boca.

—Pero ella no te hizo nada.

En esos momentos me llegó un mensaje de mi padre diciendo que buscásemos en las noticias los titulares de Rebeca.

Nos miramos extrañados por lo que hubiera podido pasar. Nos dispusimos a buscarlo en nuestros móviles.

«*Detenida la recepcionista del señor Alonso tras una exhaustiva investigación por las autoridades españolas en colaboración con las de la isla, y en la que se ha podido conseguir pruebas de que la señorita Rebeca fue la que pagó una suma para que hicieran desaparecer a su mujer. Siendo ella la que orquestó toda la trama.*

Sigue en dependencias policiales a la espera de comparecer ante el juez, que previsiblemente ordenará prisión preventiva hasta que se celebre el juicio»

Justo cuando nos miramos incrédulos, le entró una llamada de Melissa que, seguramente, debía haberse enterado también de la noticia.

Jorge andaba de un lado hacia el otro mientras hablaba con ella y eso que estaba dolorido de las magulladuras, pero estaba nervioso y lo entendía, a mí me había dejado en *shock*. ¿Hasta dónde podía llegar la obsesión para sacar esa maldad humana? Aunque imagino que eso le venía de fábrica porque a nadie se le ocurriría hacer algo así a no ser que fueras un descerebrado.

Estuve mensajeándome con mis padres, ya que teníamos un grupo. Estaban alucinando porque obviamente les había pillado por sorpresa, como a todo el

mundo. Jamás se nos pasó por la cabeza la más mínima posibilidad de que ella pudiera haber tenido que ver en algo de eso.

Jorge estuvo un buen rato en esa llamada, pero tal cómo colgó le entró la de su padre y también estuvo un rato hablando con él, momento que aproveché para hablar con Lola, tras colgar a mis padres.

Todos estábamos flipando en colores, todos, nadie se lo esperó para nada y es que esto sí que nos había dejado a todos fuera de juego.

Preparé dos cafés y nos sentamos después de que él terminara de hablar con su padre. Estaba pálido y con la mirada perdida.

—Jamás imaginé que ella fuese capaz de hacer daño físico a nadie, y eso que la veía capaz de meter a cualquiera en un buen lío, pero de ahí a que mandara asesinar a Melissa, va un mundo. Ojalá le caiga todo el peso de la ley —murmuró con los ojos brillantes intentando reprimir sus lágrimas—. Dice mi padre que ha leído que ella contactó con un intermediario que tenía mano en esa isla. Vamos, que buscó una mafia de esas que por desgracia hay en todos lados.

—Lo va a pagar, Jorge, lo va a pagar; y tu mejor amiga está a salvo —dije provocándole una risita.

—Me gusta esa ironía tuya.

—Pues aprende, hijo, que la tuya es lamentable. —Reí.

—Aunque duela, me alegro de que hayan encontrado al principal responsable para que se enfrente a la justicia.

—Sí, al final lo van a pagar todos. —Estiré la mano y le acaricié la mejilla.

—Lo hemos pagado todos, porque por su culpa hemos pasado momentos muy duros.

—Por desgracia tienes razón, pero piensa que ahora estáis donde queréis y que, gracias a Dios, ella se recuperó.

Me levanté como buenamente pude y me senté en sus piernas a pesar de que eso nos provocaba dolor, pero nos fundimos en un abrazo que dejamos que durara unos minutos porque lo dos lo necesitábamos, nos necesitábamos…

Capítulo 15



Desperté sabiendo que era el último día aquí y aunque el día anterior estuvimos en *shock* por lo de Rebeca, pasamos el día de lo más relajados porque apenas nos podíamos mover, fueron bonitos esos baños y esos ratos en la hamaca riendo por parecer dos incapacitados a los que les costaba un mundo hacer cualquier cosa.

—Buenos días, preciosa. —Me dio un beso en los labios—. ¿Mejor?

—Buenos días, exjefe. Parece que me pasó otro camión por encima, estoy jorobada por cada parte de mi cuerpo.

—Preparo el desayuno y te doy otro paracetamol. —Besó mis labios.

—Te ayudo, tú estás igual de jodido. —Me reí incorporándome y poniendo cara de tragedia.

—Tranquila, a tu ritmo, voy a ducharme rápido. —Me volvió a dar otro beso.

Me di una ducha rápida después de que él se diera la suya, que fue a la velocidad de la luz. Momento que aprovechó para terminar de preparar el desayuno, ya que yo le había dejado sobre la encimera todo.

Me daba pena dejar este lugar atrás, a pesar de que casi nos matamos de verdad, entre discusiones y aterrizajes fallidos, pero aquí estábamos desconectados del mundo, solo él y yo.

Después de desayunar, recogimos las cosas y dejamos encima de la mesa las llaves, marchándonos en el carrito hasta donde nos esperaba el avión, que ya habíamos escuchado aterrizar.

La tripulación nos miró extrañados al vernos llegar en esas condiciones.

—¿Estáis bien? —preguntó la azafata preocupada.

—Solo fue un mal aterrizaje —dijo Jorge causándome una carcajada.

Le conté por encima a las dos azafatas la realidad de lo que pasó cuando fuimos a tirarnos una foto que nunca hicimos, por cierto, y que, como íbamos con unas copas de más, quiso cogerme en su espalda y aterrizamos como un avión. Las pobres reían mientras negaban incrédulas.

El vuelo lo pasaron llenándonos de atenciones y charlando con nosotros, cosa que se nos pasó el tiempo tan rápido que cuando nos dimos cuenta ya estábamos aterrizando en La Habana.

Un coche nos esperaba en la puerta del aeropuerto para llevarnos al hotel, donde fuimos directos a mi *suite* para recoger todo y llevarlo a la suya, tal y como habíamos decidido el día anterior.

Lola y Chus llegarían de Varadero más tarde y mis padres estaban haciendo unas gestiones y nos encontraríamos con ellos a la hora de comer.

Coloqué todo en el armario que había libre y bajamos a la piscina a tomar algo. Al vernos, el camarero se puso a silbar como disimulando. Me moría de la risa con él.

—Hola, Yeison —saludé feliz.

—Por la virgen de la Caridad del Cobre, mami, ustedes estáis terribles de ver. ¿Os atacó un león? —preguntó mirando a Jorge que aguantaba la sonrisilla.

—Nos fuimos a hacer un safari por la jungla de Jamaica y fue terrorífico —dije bromeando.

—*Mija*, allí todo el mundo va a fumar y a estar *happy*, no a meterse por la selva como si fueseis monos.

—No lo pensamos —murmuré haciéndome la víctima.

—¿Y qué os pongo para aminorar vuestro sufrimiento?

—A mí ponme un mojito —contesté sin dudarlo.

—A mí una cerveza —le pidió Jorge sonriendo y mirándolo un poco expectante a lo que Yeison pudiera decir, ya que era de lo más cómico e impredecible.

—Desde luego que parece que venís de la guerra —murmuró mientras se ponía a preparar el mojito.

Mis padres estaban al tanto de todo porque les hicimos una videollamada el día anterior y se llevaron las manos a la boca al vernos, así luego no se llevarían la sorpresa, ya que le drama ya lo habían montado. Mi madre nos puso de irresponsables para arriba, cosa que lo hizo con su arte y gracia, pero soltar nos lo soltó.

—¿Y a ti qué te pasa que no dejas de suspirar? —le pregunté a Yeison.

—Mi novio, *mija*, que tuvimos un enfado y no se le ocurrió otra cosa que beber y refugiarse en los brazos de su ex.

—Me suena la historia —murmuró Jorge.

—Yo no lo tenía de ex —contesté negando y resoplando.

—Ahora tengo dos opciones: perdonarlo y ser el cornudo de Cuba, o dejar al hombre que amo.

—Las dos opciones son jodidas —contestó Jorge y no dudé en darle una colleja.

—Joder, qué ligerito has podido mover ahora el brazo —se quejó.

—¿Entonces qué me aconsejáis? —preguntó el pobre que se sentía ignorado.

—Yo te aconsejo que no seas rencoroso y que, si lo amas, hagas borrón y cuenta nueva —dije.

—Qué fácil lo ve todo.

—Te lo buscas solo. —Le di otra colleja.

—Jefe, no es por nada, pero yo era tú y no contestaba más.

—Buen consejo por tu parte que no te callas ni una —le dijo Jorge negando.

—Pues sí que es rencoroso. —Se persignó poniendo cara de terror.

—No lo sabes tú bien —le contesté mirando a Jorge que disimulaba para no cobrar otra colleja.

Nos quedamos en la piscina por lo menos dos horas más, hasta que aparecieron mis padres y nos sentamos con ellos en la terraza para comer.

Estaban súper emocionados, ya que gracias a la mano de Jorge y todo lo que se había pagado, ya habían hecho las entrevistas y se casaban a la semana

siguiente, que era el primer paso para poder inscribirlo en España. Iban a acelerarlo todo para que pudiera salir del país con nosotros lo antes posible. Yo me puse de lo más contenta y feliz con la noticia, hasta se me escaparon algunas lágrimas.

Aún no nos habían puesto de comer cuando aparecieron Lola y Chus, que venían como dos conguitos de morenos, al igual que nosotros. No tardamos en darles la noticia.

—La boda tiene que ser por todo lo alto —dijo Lola aplaudiendo emocionada.

—Sí, que yo he visto en fotos que alquilan hasta los coches antiguos descapotables que están por toda La Habana —dije emocionada.

—Tenemos que conseguir un vestido de novia impresionante —dijo Lola —. ¿Aquí hay tiendas de novia?

—Aquí los alquilan, *mija*, que es mejor, porque para un día no merece la pena gastarse tanto dinero.

—Pues nos ponemos manos a la obra, mamá.

La emoción se podía ver reflejada en todas nuestras caras, pero las de mis padres eran de otro nivel. Eran como dos jovencitos a punto de conseguir el sueño de casarse y encima eran jóvenes, porque mi madre solo tenía cuarenta y seis y mi padre cincuenta y cinco, a lo que había que añadir que estaban físicamente perfectos. Formaban una preciosa pareja.

A partir de este momento y durante los siguientes días, todo comenzó a rondar en torno a la boda. Nos volcamos en preparar todo para hacer de ese día el más especial de toda nuestra estancia en la isla.

Con Jorge estaba en todo momento como el perro y el gato, y es que no había momento ni día en que no me soltara una puyita acerca de lo de Valentino, y lo más gracioso es que lo hacía cuando nadie lo podía escuchar

para él seguir quedando de señor correcto y perfecto. Me sacaba de quicio en menos de un segundo.

Pero lo amaba con todo mi corazón y, además, estaba utilizando todos los recursos a los que él tenía acceso en la isla para conseguir que ese día fuera tal y como estábamos soñando.

De lo que estaba segura es de que esta vivencia en una parte de mis orígenes, no se me iba a olvidar en la vida. Cuba se me iba a quedar en mi corazón para siempre por tantos momentos vividos.

Capítulo 16



Y de nuevo me volví a enganchar con Jorge en uno de esos reproches que no se podía callar y decidí que, por hoy, ahí se quedaba.

Salí del hotel con Lola agarrada del brazo. Llevaba tal cabreo que, nada más poner un pie en la calle, me enganché el tacón del zapato en el agujero de la tapadera de una alcantarilla de mierda, de esas que hace un siglo que no arreglan.

—¿Dónde vas? ¿Te has creído *Superwoman*? —me preguntó ella mientras se partía, porque casi salgo disparada por los aires.

—Casi me doy una hostia terrible. Parece que me ha mirado un tuerto, pero como Eliana que me llamo que esto lo cambio yo. Que te entre en la cabeza, Lolita, que esta va a ser nuestra gran noche —dije en tono chulesco y maldiciendo la alcantarilla.

—Anda, si ha sonado como la canción de Raphael, guapa, si es que, al final, llevamos nuestra tierra en las venas.

—¿Qué Raphael ni Raphael? Ni menciones a ningún tío, que estoy de todos hasta…

—Ya, ya, hasta la punta del pelo. Pero luego llega Jorge y es como si fuera un mago, te saca la varita y…

—No, no, déjate…que te juro que me tiene ya al límite. Venga, ¿cogemos un coco-taxi y nos vamos a bailar?

—De eso sí que tengo yo ganas. De bailar…

—De bailar, de beber, de coger una buena borrachera y de todo lo que haga falta. Le voy a dar una buena lección a Jorge para que se le quiten las putas ganas de echarme más en cara lo de Valentino. ¿Pues no parece que he matado a alguien?

—Eso ya lo sé yo, pero que te conozco Eli, que luego resulta que estás enamorada de él y te entran los siete males.

—A mí lo único que me va a entrar esta noche es hasta el agua de los floreros por el cuerpo, ya lo vas a ver…

—No sé para qué te hago caso. A saber, cómo terminamos.

—Me haces caso porque eres mi amiga y tienes que estar para lo bueno y para lo malo, hasta el último día de nuestras vidas.

—Joder, qué solemne, ni que me fuera a casar contigo.

—Mejor nos iría. Yo, cualquier día, me hago lesbiana. Y tú… Tú ya has probado el pescado igual que la carne, así que no te digo nada.

—Ya tardaba en salir el temita, la madre que me parió. —Se rio ella.

Yo es que me ponía como loca con esos ataques de celos incontrolados que le daban a Jorge. Me faltaba el oxígeno y necesitaba salir a la calle para evadir todas las cosas malignas que se me pasaban por la cabeza, que cuando yo explotaba había que echarse a temblar. Además, que el cuerpo me pedía marcha y marcha le iba a dar, que para algo estábamos en La Habana.

Lola me seguía el rollo. Mi Lolita iba monísima como yo, las dos con unos vestidos ideales y con zapatos de tacón alto. Los pies nos echarían fuego a lo

largo de la noche, pero nos importaba un pimiento. Nos lo íbamos a pasar de muerte, aunque yo me imaginaba a uno que también pasaría unos celos de muerte. Que le dieran, que me estaba comiendo el coco cantidad y no me lo merecía, que iba a pagar mi condena y la de todo Dios.

Yo me moría por montarme de nuevo en uno de esos llamativos coco-taxi que tanto me gustaban, y ya tenía preparado el móvil en modo cámara cuando paró uno delante de nosotras.

—Señoritas, ¿dónde las llevo?

—Pues donde esté toda la marcha aquí en La Habana —le contesté mientras me daba la vuelta y se la daba a Lola, para hacernos un selfi con el coco-taxi detrás.

El hombre sacó también su mejor sonrisa y puso el pulgar hacia arriba.

—Venga, arreando, súbete —me pidió Lola.

Hay días que todo te sale regular tirando a mal, pero yo no pensaba hacer caso de las señales.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté a mi amiga al levantar la pierna y escuchar un ruidito sospechoso.

—Tu vestido, que vas más apretada que los tornillos de un submarino, guapa. Y míralo, que se ha descosido…

Miré mi costado y estaba en lo cierto: el vestido se había descosido.

—Anda, mira qué fresquito —le comenté, porque me dejaba parte del costado al aire—. ¿Pues sabes lo que te digo?

—Ya, que ahora tienes que ir a ponerte otro… Me voy a cagar en todo lo que se menea, hoy nos va a pasar de todo.

—¿A ponerme otro? No te lo has creído ni tú. Esto lo igualo yo de momento.

Sin pensarlo, tiré del otro costado y lo descosí también. Ya llevaba los dos igual y me sentía la mar de fresquita, además a lo Shakira.

A Lola le dio un ataque de risa y al conductor del curioso vehículo lo mismo. El hombre no podía parar de reír, y a punto estuvimos de chocarnos con otro coco-taxi, pues las lágrimas le empañaron los ojos.

—Lo que hubiera faltado, salir despedida del cacharro este cuando aún me quedan resquicios del aterrizaje en la pista…

—Como aquella vez, ¿te acuerdas, Eliana? En la feria, cuando nos subimos en la olla y casi salimos volando las dos…

—Ay, qué buenos ratitos hemos pasado, amiga. Y más que vamos a pasar, porque esta noche tú y yo quemamos La Habana.

—No, señoritas, disfrútenla, que La Habana es para gozarla, pero no para prenderle fuego —nos comentó el hombre y las dos nos echamos a reír. Lo que le faltaba ya a la ciudad, verse prendida en llamas.

Y tanto que era para gozarla. Pasamos por delante del Malecón y allí había gente tocando la guitarra, bailando y pasándolo bien. Yo, que llevaba mucha marcha en el cuerpo a consecuencia del cabreo, me puse de pronto de pie para saludar y me di con el techo del coco-taxi, de manera que caí en lo alto de Lola, que no podía reírse más.

—Eso te pasa por querer saludar con la manita, ni que tú fueras la difunta reina Isabel de Inglaterra —me comentó y me dio el ataque de risa.

—Claro que sí, ¿tú no me has visto las hechuras? Igualita…

—Es verdad, llevas un tipo de infarto, qué agradecida fue contigo la vida.

—Pues como el tuyo, que así tienes a Chus, babeando por ti.

—Y tú a Jorge, tonta. No te tomes las cosas tan a pecho, si bebe los vientos por ti.

—Pues que los beba, que los beba, que yo me pienso beber todo lo demás. Ciega a mojitos me voy a poner esta noche.

Lo tenía muy claro. Y más, cuando nos bajamos en la zona de marcha y descubrimos que cada calle es como un concierto al aire libre, que la vida nocturna de La Habana hay que experimentarla a son de salsa.

Del coco-taxi nos bajamos moviendo ya las caderas y del tirón, sin pensarlo lo más mínimo, nos metimos en una de las discotecas más punteras de la capital.

Nada más llegar, ya nos echaron el ojo. Había un par de chicos en la puerta que, con mucho arte, nos preguntaron.

—Ole el arte de las españolas, ¿de dónde sois?

—¿Y vosotros? ¿Es que tenéis un radar puesto? —les pregunté yo.

—Un radar porque somos de Málaga y vosotras no podéis ser de muy lejos. Yo me llamo Borja y mi amigo es Bruno —Se presentaron aquellos dos turistas españoles.

—¿Borja? Y ahora dirás que no eres pijo —le contesté porque era monísimo, igual que su colega, pero pijos los dos hasta caerse de espaldas.

—Oye, que los pijos también tenemos derecho a ligar, ¿qué pasa? —me respondió con gracia.

—Pues mira, tienes razón. Tira *pá* dentro —le dije pensando en que la noche no pintaba mal.

—Eliana, acuérdate de que…

—Que te calles, Lola, que esta noche no pienso escuchar a nadie. A mí me ha tocado tela las narices quien tú ya sabes, así que ahora le voy a dar una razón para que se enfade de verdad.

—¿De quién habláis?

—De un chico que se llama Jor…

—¡¡De nadie!! —le chillé.

—Bueno, y de mi novio, porque a esta no le interesa que lo diga, pero yo tengo novio y se llama Chus.

—¿Vas a seguir largando? Al final perdemos hoy la amistad tú y yo, pero de verdad —la amenacé.

—No, por nosotros no, que ni mi amigo ni yo somos celosos. —Se unió a la conversación Borja.

—Eso es verdad. —Le dio la razón Bruno.

Aquellos dos tenían pinta de haber ido hasta allí para comérselo todo, de eso era de lo que tenían pinta. Y yo tenía unas ganas de cachondeo para vengarme que no estaban escritas y hoy era el día, más que nada porque me había terminado de tocar las narices.

En fin, que hasta dejé que el tal Borja me cogiera de la cintura para entrar en la discoteca. El otro intentó lo mismo con Lola, aunque se llevó un manotazo por su parte que le dejó todos los dedos marcados en el brazo. Y a mí… a mí me dio un ataque de risa que parecía que estuviera borracha por mucho que acabásemos de entrar.

La marcha dentro era total, un verdadero ambientazo. Los ritmos latinos sonaban por las diferentes pistas de la discoteca.

—Yo siento un calor infernal, Lolita, este clima me agobia —le contaba a mi amiga porque muy bien no es que estuviera.

—Eso es por el berrenchín que traes encima, pero cuando te tomes un par de copas se te pasa.

—Un par de docenas me pienso tomar esta noche. Y van a invitar los pijos, como Eliana que me llamo.

—No les des demasiada confianza, que ya tú sabes, mi *amol* cómo se lo quieren cobrar esos —me respondió poniendo acento cubano y haciendo que tuviera que salir corriendo al cuarto de baño, porque estaba frenética y me hacía pis de tanto reír.

Mi amiga estaba en lo cierto. Y yo tenía la maldición encima de que cualquiera que se me acercase me recordaba demasiado a Jorge y eso me ataba de pies y manos. Al menos, ellos no lo sabían y mientras pensaran que se lo iban a comer todo con nosotras, allí estarían los dos haciendo los primos.

Primos en realidad no sé si serían, pero palique tenían un rato. Anda que no charlaban, y encima bailaban bien.

Comenzó a sonar *La Gozadera* de Gente de Zona y a mí los pies es que se me iban solos.

Borja me cogió por la cintura mientras yo le daba un sorbo largo al mojito que me acababa de poner en las manos.

—Anda que como este piense que lo sorbes todo igual, se creerá que le vas a volver los ojos. No te suelta, ya te digo yo que no te suelta. —Se partía ella.

—Tú calla y aprende. Mira. —La provocaba yo.

—Aprendo de cómo nos metemos en líos —me respondió ella.

—¿Tú cuándo te has vuelto una aburrida? Que no me entere yo, ¿eh?

—¿Una aburrida? Vas a ver lo que es bailar —me retó tirando del brazo de Bruno.

El pijo tenía una copa en la mano que no pudo caer en sus bermudas, no. Su contenido me cayó en todo el escote, el cual vino corriendo a secarme Borja, que era un poco sobón, eso se veía de lejos.

—Que corra el aire, estate quietecito, que así estoy más fresquita —le advertí en cuanto lo vi en plan pulpo.

—Mujer, si yo solo quería ayudar…

—Pues no ayudes tú tanto, que se te ve el plumero.

—Mejor el plumero que no la pluma, porque por si no te habías dado cuenta, a mí me gustan mucho las mujeres.

—Me la he dado porque tus ojos de pijo parecen rayos X, que las vas fichando a todas, machote. Pero vamos, que para lo que a mí me importa…

—¿Cómo a todas? Si yo no tengo ojos más que para ti. Y otra cosa, que todavía no me has dicho de dónde eres ni de dónde es tu amiga.

—Es verdad, pues mira somos las dos del mismo sitio; de donde a ti no te importa. —Ya me estaba saliendo la borde que había dentro de mí y eso era porque no podía quitarme a Jorge de la cabeza.

—Oye, no me trates mal, que si me interesas es porque nunca se sabe cuándo está uno ante la mujer de su vida.

—Una tontuna más como esa que me sueltes y te baño con mi copa. Te voy a poner las ideas fresquitas y lo que no son las ideas también… —dije con una sonrisa de lo más frívola.

El pijo me estaba comenzando a tocar las narices. Eso sí, tanto él como su amigo estaban frenéticos. Esos igual se habían metido algo más que una buena cena antes de ir a la discoteca, que no descartaba yo nada.

Comenzamos a bailar los cuatro y hay que reconocer que lo hacían con mucho arte. Nos llevaban muy bien y yo lo que quería era olvidarme de todo, algo que parecía que no funcionaba mucho… Y también el buen puñado de mojitos a los que me invitaría, porque yo necesitaba alcohol en vena esa noche y esos sí que me podrían aportar resultados.

Terminó la primera canción y siguieron otras muchas. Unas veces bailábamos con ellos y otras con más chicos, pero Borja y Bruno siempre estaban ahí para volver a pillarnos.

—Les estamos dando muchas confianzas. Estos dos se van a creer que se comerán algo esta noche y conmigo no, desde luego —me decía mi amiga por lo bajini.

—Qué cansina eres y qué te gusta comerme el coco. Que bailes ya, joder —le pedí dándole un empujón y terminó en lo alto de una pareja.

La noche iba de baños, porque la copa que tenía el chaval en la mano acabó encima de su novia, que era cubana.

La chica, súper cabreada, se volvió con la intención de coger por los pelos a mi amiga y yo activé la furia rabiosa yéndome hacia ella también.

Si no nos arrancamos unos cuantos manojos de pelos fue porque los pijos nos separaron. Al final, acabaron encarados con el novio y nosotras los dejamos allí discutiendo y salimos corriendo con nuestros mojitos.

—Tía, qué fuerte —me dijo Lola.

—De fuerte nada. Si no ha habido leña, tonta…

—Todavía no, pero ahora lo mismo la hay. —Me señaló al fondo de la discoteca.

—Pero ¿qué están haciendo esos dos aquí? Es que manda huevos, pero huevos que manda.

Allí estaban los dos: Jorge y Chus. Esos nos habían estado buscando hasta dar con nosotras y no sabíamos cuánto tiempo llevaban allí.

—¿Estás bien? —le preguntó Chus a Lola, acercándose algo preocupado, pero también con cara de enfado.

—Estupendamente, no te preocupes, cariño —le respondió ella.

—A ti no te pregunto porque veo que estás divina —me soltó Jorge con retintín.

—Pues nada, ya tienes dos buenas noticias: esa y que no necesitas gafas. ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Pues comprobar que te lo sabes pasar genial sin mí, aunque no es la primera vez, la verdad.

—¿Otra vez vas a empezar? ¿Va en serio? Tú de esta te enteras, ya te digo yo que te enteras —le amenacé porque no tenía el momento para gilipolleces y era lo que me faltaba.

Igual también la noche me confundía como a mucha gente, que para colmo estaba en Cuba, aunque también pudiera ser que me confundiera el alcohol de los muchos mojitos que ya llevaba en el cuerpo, una de dos… todo podía ser, porque yo no me lo pensé mucho y me fui en dirección a Borja, quien se había librado de meterse en una buena pelea con el novio de la chica por los pelos… Es un decir, porque ese pelo no es que tuviese mucho y, aunque era muy guapo, estaba más bien rapado.

Lola me hacía gestos de que no la liara más, gestos todos ellos que me traían absolutamente sin cuidado, no hay ni que decirlo.

—Ven aquí, que vamos a bailar tú y yo —le pedí cogiéndole de la mano.

Él no había visto a Jorge y, aun así, ya estaba temiendo meterse en otro lío.

—Oye, ¿esto no tendrá truco? Porque estoy comenzando a pensar que eres más peligrosa que una metralleta.

—Tonterías, ¿qué truco va a tener? Tú ahora, después de que has podido perder los piños, arrima ahí la cadera y a bailar, que vamos a darlo todo —le dije con el alcohol corriendo ya con total libertad por mis venas.

Quien también tenía ganas de correr era Jorge. En su caso, de correr hacia Borja. La mirada de ira que nos estaba echando era tremenda. Yo es que lo estaba provocando a tope, eso no lo voy a negar.

Comenzamos a bailar y Jorge no nos quitaba ojo de encima. Le vi tomarse dos cubatas de dos tragos, con eso os lo digo todo.

Cuanto más bebía él, más ganas de provocar sus celos me entraban. Quizás por eso le envié a Borja señales equivocadas. Y quizás por eso el pijo trató de besarme.

Se lio el taco, para qué vamos a decir otra cosa. Si digo que Jorge saltó por encima de la cabeza de alguno para llegar hasta Borja, no es que esté exagerando, es que literalmente fue así. En un visto y no visto.

Lo único que sé con certeza es que llegó hasta él y le dio un puñetazo que lo tiró de espaldas.

Entonces su amigo Bruno se acercó corriendo a encararse con Jorge y, antes de que se encontrara también con su puño, se dio con el de Chus, que ya estaba también metido en el lío.

Bruno acabó en el suelo con Borja y a mí, que tenía una cogorza como un piano, me dio por reírme. A ellos les hizo menos gracia y tanto Chus como Jorge nos cogieron de las manos antes de que allí se liara más gorda.

—Que no, que yo quiero seguir bailando —le decía haciéndole burla a Jorge.

—Tú ya has bailado bastante por esta noche, ¿no te parece? O, mejor dicho, has dado el cante, porque lo has dado y bien —me reprochó él.

—Cuidadito con lo que dices, ¿me oyes?

—No, no voy a callarme porque a ti te dé la gana. Estás jugando con mis sentimientos, Eliana, y lo peor es que también tú los tienes; tú sientes por mí.

—Yo siento el momento en el que habéis aparecido, ¿te enteras? Me lo estaba pasando superbién sin ti, que sepas que no me haces ninguna falta y que…

No me dejó decir nada más. Enfermo de celos como yo le había puesto, solo acertó a darme un intenso beso en la boca. Un intenso beso que tapó cualquier posible intento de contraatacar con mis palabras, las cuales no se correspondían para nada con la realidad. No obstante, es que no podía dejar que se pusiera así conmigo cada vez que los celos aparecieran por su mente. Eso no podía ser.

Capítulo 17



Y llegó el gran día, ¡¡mis padres se casaban!!

Quién me lo hubiera dicho un tiempo atrás. Cuántas vueltas da la vida y qué emocionantes todas.

—Jorge, es que no me lo puedo creer —le dije nada más despertarme y frotándome los ojos.

—Pues ya es hora de que te lo creas, preciosa. Te apuesto lo que quieras a que tu madre está tan nerviosa como tú y lo digo porque, aunque sea la novia, es difícil que lo esté más. —Me besó.

—Ay, Dios, tengo que ir a verla y tener un desayuno de chicas hoy. Vosotros os quedáis con papá, ¿vale? —le pregunté mientras me levantaba de un salto aun a riesgo de marearme y todo.

—De acuerdo, Chus y yo nos encargamos de tu padre, pero dime antes, ¿no se te olvida nada?

—Ay, es cierto. Recuerda que tienes que ponerte la corbata que va a juego con mi vestido.

—Eso ya me lo has dicho un millón de veces.

Sabía muy bien a qué se estaba refiriendo, pero a mí también me gustaba pincharle.

—Pues ni idea entonces…

—Ven aquí, dame mi beso o cerraré la puerta con llave y no podrás salir.

—Y te has creído que mi padre no la echará abajo en ese caso. —Reí.

—Es verdad. No sé si tiene más ganas de casarse o de que tú asistas a esa boda. Venga, te dejaré marchar, seré benevolente.

Lo hizo, pero en plan pulpo, tocándome y besándome por todas partes. Yo apenas me coloqué un vestidito fresco para llamar a la puerta de la habitación de mi madre y luego a la de Lola, con la intención de bajar a desayunar.

La que me trajo al mundo me abrió con una sonrisa de oreja a oreja mientras Lola salía también de su habitación.

—Eliana —le dijo mi amiga— qué buenos colores tienes. Yo creía que la noche de boda es la siguiente al enlace y no la anterior.

Sacó su risa. Mi madre estaba feliz como la vida misma y enseguida se vino a desayunar con nosotras. Ya estábamos en el comedor cuando se nos unió su amiga Caridad, la cual venía vestida ya para la ceremonia.

—Pero *mija*, qué pronto te has arreglado —le dijo mi madre.

—Hombre, claro. Yo tenía que venir para no perderme el desayuno, menudo festín. Si esto parece ya el convite.

—No, Caridad, el convite va a ser la bomba, ya lo verás —le advertí.

—Ay, Eliana, qué contenta estoy por ti. Si es que te lo mereces todo…

Lola, que era guasona igual que Caridad, comenzó a cantarle a mi madre por María Jiménez y ella se partía cuando se enteró de eso de que se merecía un príncipe o un dentista.

—Un príncipe no será, pero para mí es el más bonito —murmuró a la vez que suspiraba en plan quinceañera.

—Ay, mamá, haz el favor de callarte, que voy a empezar a llorar hoy y no terminaré hasta mañana. Mira, la carne de gallina me la has puesto.

—Quita eso, que así se me pone a mí cuando me da cistitis —me dio Lola un codazo y todas nos reímos.

Tras el desayuno, del que mi madre apenas probó bocado porque decía que no le entraba nada en la boca, algo que provocó nuestras carcajadas, nos fuimos directas para su habitación donde nos esperaba el precioso vestido de novia que le habíamos alquilado.

Aunque pensamos en contratar a alguien para que la peinase y maquillase, mi madre era una mujer muy sencilla y prefirió que la arreglásemos entre todas.

Caridad se las apañaba genial con el pelo, y entre Lola y yo la maquillaríamos. Así todo quedaba en familia. A quien sí le permitimos entrar fue al fotógrafo, para que tomara las primeras imágenes mientras ella se ponía una batita de raso que le regalé para el comienzo de la sesión de fotos.

Cuando ya le íbamos dando las últimas pinceladas, Caridad pronunció las palabras mágicas.

—Ahora me tomaba yo un mojito.

—¿Tú quieres uno? —le pregunté.

—Pues claro y yo otro —me contestó Lola, a quien le faltaba el tiempo.

Y a mí me faltó tiempo para llamar al servicio de habitaciones, por lo que en cuestión de unos minutos acudió una chica con una bandeja y un mojito por cabeza, el cual nos beberíamos en un abrir y cerrar de ojos.

—Eliana, ¡¡que seas muy feliz, *mija*!! ¡¡Te lo mereces!! —Brindó por ella Caridad y las demás asentimos, chocando nuestros refrescantes vasos.

No es porque se trate de mi madre, pero iba ideal… Le teníamos muchas sorpresas reservadas para ese día, uno de los más emocionantes de su vida. Yo solo quería que pudiera sentir la felicidad en estado puro. Era tan joven… Todavía tenía toda la vida por delante. Y mi padre sabría hacerla feliz, eso yo lo tenía claro.

El momento de colocarse el vestido fue de lo más emocionante. De corte sirena y confeccionado en *crepé*, contaba con una preciosa cola de esas que llaman de estilo «catedral». Una auténtica virguería sin mangas, que para algo era cubana y se casaba en La Habana con un escote corazón y una cintura entallada que realzaba su figura al máximo.

—Mamá, ¡¡papá se va a caer de espaldas!! —le chillé al verla vestida de novia.

—*Mija*, esta niña tiene razón. Este hombre va a dar tremendo batacazo hacia atrás cuando te vea. Si es que pareces una artista de cine —añadió Caridad.

—Estás para comerte, bombón —terminó por decir Lola.

—Mamá, tú no dejes que esta te mire demasiado, que estás de muy buen ver y ella tiene mucho peligro. —Me reí a carcajadas.

—No, si vas a seguir. —Me correteó por la habitación mi amiga.

Ella y Jorge serían los testigos de la boda, por lo que él llamó a nuestra puerta a la hora convenida para llevársela del brazo.

—¡¡¡Qué me caso!!! —exclamó emocionada.

—Que te dejas las flores, mami, que te las dejas —le recordé mientras se las colocaba entre las manos, las cuales le temblaban tela.

—Hija, qué feliz estoy. Mira, si es que voy hecha un flan…

—Sí, un flan de chocolate, mamá. Que Lola te mira como a un bombón. —Seguí con las bromas.

Nos fuimos todas para abajo. Lola y mi padre salieron antes para el juzgado y nos esperarían allí.

Los ojos de mi madre se aguaron ante la imagen del precioso coche que le habíamos alquilado, un magnífico y llamativo descapotable clásico ante el que se volvió loca.

—Pero ¿ahí me voy a subir yo? Qué lujo —decía mientras Jorge la ayudaba a subirse y yo sostenía su cola para que no se la pisara.

El chófer ya los esperaba y les dio la bienvenida. Mi madre nos lanzó un montón de besos antes de que se pusiera en marcha, un momento que yo grabé. Ay, por favor, qué imagen más simpática con ella chillando y el ramo por los aires. Un poco más y sale volando…

El coche dio un par de vueltas de más para que el resto estuviéramos al pie del juzgado cuando la novia llegase. Si ella estaba atacada, mi padre era un auténtico manojo de nervios al lado de Lola, quien me miraba emocionada.

Mi amiga sabía muy bien que, después de todo lo que yo había pasado en la vida al lado de una mujer que se llamó mi madre y nunca me quiso bien, ese día suponía para mí que un sueño se hiciera realidad.

Apenas pude contener las lágrimas durante toda la ceremonia, que no fue larga, pero sí emotiva. Y a la salida del juzgado les sorprendimos con una

verdadera lluvia de pétalos, con una copa y con un grupo que comenzó a cantar, por lo que mi padre y mi madre «salsearon» allí mismo.

Se les veía felices y enamorados. Él la movía como si fuese una muñequita y no podía dejar de besarla mientras bailaban.

—La va a gastar —le decía yo a Jorge mientras aplaudíamos al final del baile.

—Si no te gasto yo a ti… —Me besaba en el cuello y donde cayera. Le encantaba el *outfit* elegante, pero muy sexy, que escogí para un día tan especial como aquel.

El convite lo celebraríamos en el hotel, que para eso no podíamos estar más enchufados, aunque por la noche saldríamos a bailar por La Habana Vieja.

En el mismo coche descapotable se fueron ambos y, al llegar al hotel, ya les esperábamos con más música, más copas y con un buen montón de sorpresas para que el día resultase simplemente maravilloso.

Todo era emocionante, pero, principalmente, la forma en la que se miraban ambos. Jorge y yo les habíamos preparado el convite más romántico del mundo, todo muy al gusto de mi madre, a quien ya conocíamos lo suficiente para acertar en cada decisión.

Mi padre se mostraba muy agradecido con él y a mí no paraba de decirme lo orgulloso que se sentía, mientras a mi madre cualquiera de los detalles le sacaba una lagrimilla de felicidad.

En el momento de cortar la tarta, ambos quisieron que les ayudara yo, por ser su hija, mientras Jorge grababa y hacía fotos, las cuales nos quedarían como el mejor de los recuerdos de un día inolvidable.

De allí salimos con mucha bebida y comida en el cuerpo, pero el día no había terminado ni mucho menos. Nos quedaba una celebración nocturna por

La Habana Vieja en la que derrocharíamos arte, pero también risas y buen rollo, que para eso estábamos en un lugar mágico donde los haya.

El local reservado para el baile tenía una preciosa terraza al aire libre, donde se nos venían muchas horas, donde el baile y el alcohol serían los protagonistas junto a los novios.

Un nuevo grupo se encargaría de la música en directo y todos demostramos lo mucho que nos gustaba bailar, entrando allí en parejas y formándola a lo grande.

Un *photocall* de lo más simpático, por el que fuimos pasando, nos sirvió para dar el pistoletazo de salida a una fiesta en la que no faltó nada a ritmo de salsa.

Para colmo, a mi padre le dio por decir unas palabras y mi madre se emocionó tanto, comenzando a llorar como una cría, que protagonizó la escena más tierna del día.

Hasta fuegos artificiales se dejaron ver cuando cayó la noche, lo mismo que atracciones de todo tipo que hicieron de aquel día uno que jamás se borraría de nuestras mentes.

Jorge se mostró de principio a fin no solo muy pendiente de mí, sino también de mis padres, algo que no tendría vida para agradecerle pues, de todas las bodas que pudieran haber celebrado, aquella fue la mejor.

—Esto te lo tendré que compensar de algún modo —le dije yo mientras bailábamos tan cerca el uno del otro que parecíamos hacer el amor de pie.

—Y no creas que no me lo pienso cobrar —me advirtió arqueando una ceja.

—Y no sé quién disfrutará más, si tú cobrándotelo o yo pagándotelo. —Le guiñé un ojo.

—Espero que tú, siempre tú, aunque sabes que yo disfruto viendo cómo lo haces. —Me besó.

Estaba muy romántico y entregado esa noche. No le había salido por la boca ningún tirito de los suyos sobre el tema de Valentino, probablemente porque sabía que no era una ocasión para eso. Y, además, que ya se había liado a lo grande unos días atrás cuando salí con Lola y ellos aparecieron.

—Ya lo sé, ya… Me gusta todo contigo y no tengo palabras para agradecerte todo esto —insistí.

—Y yo te repito que no te saldrá gratis —añadió apretando una de mis nalgas.

Cómo me gustaba todo lo que me hacía. La música de salsa es perfecta para transmitir esa corriente sensual y sexual que ambos sentíamos. Jorge me ponía en órbita y yo, aunque me lo estaba pasando genial, ya soñaba con estar a solas con él e imaginaba cómo me quitaría ese vestido que miraba como si le gustara mucho, pero también como si me sobrase.

Al final de la celebración, nos despedimos de mi madre y de mi padre, que ya subían a disfrutar de su noche de bodas.

—*Mija*, qué boda más bonita. Qué bien me lo he pasado —le decía Caridad a mi madre mientras le daba un beso.

—Ya lo hemos visto, si es que has ligado, Caridad —le contestó mi padre, que no podía estar más contento.

—Que no, hombre, que no me lo digas más —le contestó la mujer, que se ruborizaba porque nos dimos cuenta de que uno de los integrantes del grupo musical se había interesado por ella y se tomaron algo juntos antes de salir de allí.

—¿Qué no? Pero si te está esperando, amiga. —Le señaló mi madre y a ella le salieron unos colores en los mofletes que ni a Heidi.

—Ay, qué nervios, *mija*, deséame suerte…

—Con que tengas la mitad que yo, ya vas servida —le dijo mirando a mi padre—. Pero te deseo la misma, cariño —se despidió.

Mi madre era una buena mujer, algo que sin duda a mi padre le apasionaba. Pero que fuera tan bonita por fuera como por dentro también contaba. A él se le caía la baba con su recién estrenada esposa y que se tratara de mi madre era ya el colmo de los colmos, el hombre no podía sentirse más feliz.

Jorge me abrazaba mientras los veíamos marcharse en dirección a la habitación. Mi padre se la comía a besos y ella, que más bonita no podía estar, se dejaba querer.

Él también comenzó a besarme detrás de la oreja y me estremeció por completo. Cada vez que se acercaba así, cada vez que le sentía tan entregado, cada vez que intuía que el sexo con él se avecinaba, yo me deshacía por dentro.

Les dediqué a mis padres una última sonrisa que no contemplaron, pero que tenía la certeza de que les llegaría. De una manera u otra les llegaría. Qué feliz me sentía por ellos y cuánto se merecían todo lo bueno que les pasase.

Lola y Chus ya estaban en su *suite*, ya que se habían encerrado los primeros. Otros que esa noche iban a tener marcha…

Capítulo 18



Jorge me ponía siempre, eso no lo podía yo negar. Pero después de un día tan emocionante como el que habíamos tenido, mejor no digamos ya.

Nos lo habíamos pasado de auténtico vicio. La boda salió de lujo y los últimos bailes de la noche, esos que disfrutamos ya a tope con el alcohol saliéndonos hasta por las orejas, habían hecho que nos subiera la fiebre a los dos.

El sexo con Jorge estaba a otro nivel, por lo que yo me iba humedeciendo camino de la habitación, esa que miraba al Malecón. No era la primera noche que me lo hacía mientras yo disfrutaba de esas vistas, pero sí apuntaba a que sería la más especial.

Ya antes de subir a la habitación, en la puerta del hotel, me cogió en brazos.

—Me parto, ni que yo fuera la novia. —Reí.

—Tú serás lo que tú quieras ser, preciosa.

—Míralo a él, si se va a poner romántico y todo.

—Yo me pongo contigo como tú quieras. Sabes lo que siento por ti…

—Sí, en estos momentos, unas ganas que no veas de darme…

Fui a decir un disparate que, entre risas, terminó él con un beso de tornillo que me calló por completo.

Ya una vez dentro de la habitación, me encantó la forma en la que comenzó a quitarme el vestido. Lo digo, así como si hubiera sido romántica o algo, cuando lo cierto es que me encantó porque a Jorge le salió el «empotrador» que llevaba dentro y la lio, tirando de sus muchos botones a la vez, y provocando que todos estallaran al mismo tiempo.

Yo también estallé, pero en risas, lo mismo que él, y a punto estuvimos de caernos de la enorme cama en la que me tenía bocabajo. Viendo ya que el vestido estaba totalmente arruinado, tiró también de la falda y la hizo pedazos.

Cómo me ponía cuando hacía ese tipo de cosas. La fuerza de sus manos, el gesto con el que me miraba, para mí era todo de infarto y mi corazón comenzó a bombear sangre a toda pastilla.

No solo notaba acelerarse a mi corazón, también me invadió un temblor en la entrepierna que dio paso a un humedecimiento total de mi interior, el cual parecía echar fuego al contacto con sus dedos. Y digo al contacto con ellos porque de inmediato tiró de mi tanga hacia el lado y me hizo estremecerme por completo.

Cuando creí que esa íntima y pequeña prenda interior estaba a salvo, una risita maliciosa por su parte me hizo ver que no era así. Me había engañado por unos segundos, pero su destino sería el mismo que el del vestido.

Con los dientes, el tanga me lo arrancó y lo hizo pedazos con gesto morboso, antes de actuar del mismo modo con el sujetador.

—Toma ya, con lo que me ha costado —le solté entre carcajadas.

Ni siquiera me contestó. No lo hizo al menos con palabras, sino que llevó sus manos a mi cara y me metió un par de dedos en la boca. Mi humedecimiento fue a más en un instante en el que no dudé a la hora de interpretar un gesto que llevó los mismos dedos al interior de mi vagina. Con ellos dentro, comenzó a removerlos y yo a humedecerme más y más.

La otra mano la puso sobre mis pechos. Las caricias que irían dirigidas a mis pezones los endurecieron una barbaridad. Él sabía cómo retorcerlos, cómo pellizcarlos y cómo hacerme subir tan alto que la excitación me invadiera por completo.

Solté un grito de placer que le puso en alerta. Nada para él como uno de esos gritos y entonces potenciaba aquello que estuviera haciendo.

Se puso de espaldas a mí y, por unos segundos, de frente a un espejo. No esperaba yo que me pusiera así y me excité muchísimo. Tanto, que solo hizo falta eso y poco más por su parte, para que un primer orgasmo me asaltara, haciendo que todo mi cuerpo se llenara de una capa de sudor muy fino, pero que me envolvió por completo.

Me tumbó entonces en la cama y bocarriba. Las impresionantes vistas que me ofrecía la habitación la convertían en el mejor de los marcos, en el mejor telón de fondo para vivir esa escena sexual que me hacía hervir, como si se tratase de un volcán en erupción capaz de subir la temperatura hasta abrasarnos a ambos.

Supe muy bien lo que venía a continuación. Lo supe porque el sexo ya no tenía secretos para nosotros, lo cual no significaba que él no tuviera el poder de sorprenderme en la cama, algo que hacía siempre.

A lo que me vengo a referir es a que a ciertos gestos suyos ya los identificaba y la manera de acercarse de Jorge apuntó a que su lengua entraría en acción.

—¿Se puede saber cómo la tienes tan bien entrenada? —le pregunté justo cuando la hundió en mi sexo.

—Y a punto siempre para ti, preciosa —me respondió parando por unos segundos.

Cuando me estaba excitando al máximo y de pronto paraba, yo sentía que me envolvía en una bola de fuego, que las llamaradas me recorrían el cuerpo, como si mi piel fuese recorrida por…

—¿Es que me estás dando con un soplete? —le pregunté burlona, con tanto alcohol como tenía encima.

—No, no tengo un soplete, pero sí que puedo soplarte —me informó mientras de su boca comenzaba a salir viento dirigido a refrescar mis partes más sofocadas.

Me flipaba el sexo con él. De principio a fin, era toda una experiencia que me llevaba a un punto de excitación brutal. En cada uno de sus gestos, de sus movimientos, yo me sentía derretir.

Una vez que me hubo recorrido con su lengua, se centró en mi clítoris y entonces supe que no pararía hasta que ese orgasmo me hiciera chillar de placer para él.

La forma en la que recorría mi clítoris era brutal y también cómo me lo acariciaba, una vez que su lengua descansaba. Cuando me corrí para él y entre gritos, mi esencia se derramó y no dudó en recogerla con la punta de su lengua.

La tremenda excitación que sentía se dejaba ver en sus ojos, los cuales brillaban al máximo. Ese brillo contagiaba a los míos, y ambos terminábamos echando chispas.

Me puso entonces de pie, con la intención de llevarme contra una pared. Le gustaba que apoyase las palmas de las manos en ella para comenzar a penetrarme, dejándome sin movimiento, apretándome contra esa pared en la que yo no encontraba escapatoria. Y por supuesto que tampoco quería encontrarla.

Camino de ella, me di la vuelta y tomé su miembro con mi mano. Lo encontré no solo erecto, sino tremendamente caliente. Mi mano ardía al contacto con él cuando me agaché y entonces la que pasó a arder fue mi boca, que abrí mucho para facilitar la entrada de un pene que encontré en su máximo esplendor.

—Ufff. —Salió de su garganta.

Yo no podía murmurar nada, ni tampoco responderle de ningún modo que no fuese el de llevarme ese miembro hasta la entrada de mi garganta, de la que también parecía salir lava, de lo caliente que estaba.

Me gustaba devolverle el favor. Él sabía como nadie, llevarme al límite cuando su lengua bajaba hacia la parte sur de mi cuerpo y yo, yo no quería renunciar a estar a su altura.

Me encontraba acuclillada y con el Malecón de fondo, que estaba siendo el mudo testigo de una relación sexual tremendamente ardiente.

Jorge me agarraba por el pelo mientras yo buscaba sus ojos con los míos. Algo que me volvía loca era no perder el contacto visual con él en momentos así.

—Sigue, por favor, no pares —me rogaba.

No, yo tenía la más mínima intención de parar. Más allá de eso, deseaba demostrarle hasta qué punto podía llevarle, hasta qué punto hacer que su cordura se volviese locura antes de entrar en mí.

Él estaba tan loco por mí como yo por él. Y en esa locura que ambos sentíamos nos queríamos perder.

Su pene se fue endureciendo tanto al contacto con mi boca y con la entrada de mi garganta, que pronto tuve claro que apenas nos quedaba margen. Si por mí hubiera sido, habría provocado que terminase de ese modo, antes de darle

unos minutos para recuperarse y volver a empezar, ya que Jorge no necesitaba más que eso.

De todos modos, y como digo, no solo dependía de mí, por lo que salió de mi boca y buscó la entrada de mi vagina con su pene, no sin antes ladear mi cabeza, apoyándome contra la pared que daba a la terraza, para que contemplara las mejores vistas.

Con todo y con eso, lo más bonito que allí había eran sus ojos y su rostro al completo, que no podía resultarme más atractivo. Jorge era guapo a rabiar y ningún otro hombre en el mundo me ponía como él.

Entró en mí de una fuerte estocada que me puso en órbita.

—Esta para que te acuerdes de quién te lo hace como nadie —me susurró en el oído.

No podía evitarlo. Lo de Valentino le seguía rondando la mente y le salía en el momento menos pensado. Y si había alcohol de por medio era más sencillo todavía.

—Si ya lo sé, no se me olvida.

—Pues para que siga siendo así. No quiero acordarme —me confesó mientras me embestía con más firmeza.

—Es que no tienes por qué hacerlo. Él ya no significa nada para mí —le respondí buscando sus ojos para que encontrara la verdad en los míos.

—Es que lo pienso y no lo soporto. No lo soporto —prosiguió dándome más y más fuerte.

—¿Es que acaso no ves que es contigo con quien quiero estar? ¿Es que no lo ves? —le pregunté.

No me respondió nada más. Cuando los celos le atacaban, algo que ocurría a menudo, prefería actuar a hablar. Y entonces salía su parte más salvaje y primitiva.

Vi de lejos que íbamos a echar un polvo increíble. Siempre lo eran con él, pero había algunos que me llevaban a lo más alto.

Esas primeras y fuertes embestidas las acompañó con un movimiento de dedos sobre mi clítoris, un movimiento que me excitó muchísimo y que me llevó enseguida de nuevo a gritar para él, en ese caso su nombre.

Cuando Jorge me notaba así de entregada, parecía convencerse de que era con él y solo con él con quien yo quería estar. Y por ese motivo, él se excitaba más y más. El sexo entre ambos se hacía más crudo, más fuerte, más intenso.

Cuando por fin terminó, cuando le llegó el alivio y yo me estremecía por completo, me volví y besó mis labios.

Besándome sin parar, me tomó en brazos y entonces fuimos a parar a la cama, en la que caí bocarriba mientras su cuerpo me cubría. Sus gestos eran posesivos y yo reconozco que eso me excitaba mucho.

Ya sabía que no tardaría en recuperarse. Mientras me besaba y acariciaba mi cuerpo, su miembro comenzó a levantarse de nuevo. Yo estaba exhausta en ese momento y él lo sabía. Fueron muchas horas y el polvo que acabábamos de echar no había sido cualquier cosa.

Sin embargo, yo tenía claro que él se encargaría de todo. En esa ocasión en la cama, volvió a entrar en mí y luego acarició mi rostro, despejándolo de pelo.

Se veía venir que comenzaría a hacerme el amor, pues era capaz de ser el más salvaje y el más romántico en la misma noche, y eso era algo que me hacía enloquecer.

A partir de ese momento, pegó su cadera con la mía, haciendo que ambos cuerpos parecieran uno solo. Él se encargaría de todo. Yo solo me dejaba mecer por sus brazos con la sensación de que estábamos navegando en un océano de olas húmedas, en el cual se había convertido nuestra cama.

Jorge llevaba el timón y yo solo me perdía en sus ojos, unos ojos que derrochaban amor y en los que me fascinaba perderme.

Sus embestidas en aquella ocasión fueron más moderadas, saliendo y entrando de mí con mimo, dibujando círculos en la entrada de mi vagina con la punta de un miembro que me penetraba como si fuese un cuchillo y yo mantequilla caliente. La misma que, repito, se derretía para él.

Estaba dispuesto a provocarme más de un orgasmo de nuevo. Él no renunciaba jamás a esa posibilidad. Y yo, yo acariciaba su rostro mientras me cogía a sus fuertes brazos.

También nosotros parecíamos estar de luna de miel. En aquella cama, bien podíamos pasar por recién casados de esos que desean entregar lo mejor del uno al otro. En momentos así, me sentía en el paraíso con un hombre que me hacía sentir como si no fuese de este mundo.

La noche acabó entre besos y arrumacos como pruebas de que todos los tipos de sexo pueden darse en cuestión de unas horas. El Jorge «empotrador» dio lugar a ese otro en cuyos ojos podían leerse las palabras «te quiero», lo mismo que en los míos.

Así nos asaltó la mañana, deseosos de dormir un rato juntos y abrazados tras un día, el anterior, que no pudo ser más emocionante.

Capítulo 19



Dejábamos Cuba para volver a España. En el caso de mi madre, todo era tan novedoso para ella que los nervios los tenía a flor de piel.

No creo que me equivoque cuando afirmo que una vida al lado del que ya era su marido y de mí, su hija, le hacía tanta ilusión que apenas le costaba mirar atrás, aunque la despedida de su amiga Caridad sí que fue más que emotiva.

Una vez no nos quedó nada que hacer allí, emprendimos la vuelta, aunque con la promesa de regresar algún día, pues no solo era la tierra de mi madre, sino un lugar en el que habíamos pasado momentos inolvidables y del que nos despedíamos con el mejor sabor de boca.

Llegamos con tiempo al aeropuerto, pues no queríamos sobresaltos. Haber podido organizar la salida de mi madre de la isla tuvo lo suyo y no queríamos que nada lo enturbiara. Para ser realista, salía un tanto de aquella manera por los favores que habían hecho a cambio de dinero.

Jorge me notaba nerviosa y no dudó en preguntarme.

—¿Qué te pasa, Eliana? Estás que te subes por las paredes.

—Es que esto me resulta tan bonito que en algunos momentos creo que va a salir mal —le conté por lo bajini.

—¿Te refieres a lo nuestro? A ver, sé que en muchos momentos no te lo pongo fácil. Me cuesta dominar los celos que siento cuando pienso en lo de Valentino, pero tú mejor que nadie sabes que estoy por ti. Ven aquí. —Me acarició mientras me ahuecaba en su pecho.

—Ya, ya, si no me refiero a lo nuestro —suspiré.

—Ah, vaya, ¿y entonces?

—Pues no sé, es una sensación rara. Y me da un poco de miedo porque…

—Me está entrando hasta a mí —me interrumpió Lola— es que tú no sabes cómo es. Cuando comienza a presagiar algo, al final se lía.

Mi padre y mi madre estaban a lo suyo, en plan tortolitos. No paraban de darse besos y hacerse arrumacos. Ni siquiera habíamos pasado la zona de embarque, porque como ya digo acudimos con mucho tiempo por delante.

Yo miraba el panel que anunciaba la salida del vuelo y más nerviosa me ponía. No era la primera vez en mi vida que me pasaba algo así. Se trataba de una especie de pálpito al que mis padres permanecían totalmente ajenos, y mucho mejor.

Todos estábamos sentados hasta el momento del embarque, en el cual cada uno tiró de su maleta de ruedas. La de mi madre era roja, un modelo bastante básico y no excesivamente grande.

Cuando la vi salir con ella esa mañana del hotel, no dudé en preguntarle.

—No tengo demasiadas cosas, hija —me contó —. Y las que tengo, no merecen la pena demasiado. No soy una persona apegada a nada material. Lo mejor que tengo en la vida no es nada que se pueda comprar, sino a tu padre y a ti.

Esa respuesta por parte de ella me había llamado mucho la atención, por lo que entendí que, a la hora de comenzar una nueva vida en España, mi padre

le compraría todo lo necesario, no teniendo que cargar desde allí con más cosas de la cuenta y dejando para que los demás que se quedaban en la isla pudieran usarla.

Como digo, por fin nos levantamos para pasar la zona de embarque y entonces comenzó la fiesta, por llamarla de alguna manera. Mi madre fue a echar mano de su documentación, la cual había dejado en un bolsillo posterior de la maleta, cuando la cara se le cambió.

—No está, la he perdido —le comentó a mi padre, a quien no le dio un patatús allí mismo de milagro.

—Eliana, pero si eso no es posible. Yo mismo he visto cómo la ponías ahí esta mañana.

—Ya se lio, ya se lio, qué peligro tienes. —Me miraba Lola.

—Es verdad, voy a tener que darle la razón —suspiró Jorge.

—¿Tú también? Hombre, por Dios, un poquito de por favor, que yo no tengo la culpa de nada. Yo solo sé que, de vez en cuando, me da un pellizco en la barriga y eso significa que se va a liar gorda.

—Al final no me voy a España. —Comenzó a llorar mi madre y nada en el mundo pudo enternecerme más—. Nos tendremos que separar otra vez, aunque sea por poco tiempo. Maldita sea.

—Yo de ti no me separo ni con agua caliente, amor. Si tú te quedas, yo me quedo también —le aseguró mi padre, quien estaba enamorado de ella hasta las trancas.

—Anda, pues yo también —les dije a los dos, porque a mis padres no los dejaba allí tirados.

—Y yo contigo. —Dio un paso al frente Jorge y no me lo comí allí mismo porque estaban mis padres delante, que si no…

—Chus, pues tú y yo no nos podemos ir tampoco, que este aeropuerto es como el barco de Chanquete y de aquí no nos moverán —se refirió mi amiga a la mítica serie de televisión *Verano azul*, pero es que allí todos estábamos igual.

Me quedé mirando a mi madre y de pronto sentí cómo que se me encendía una luz dentro.

—Mamá, abre la maleta.

—Hija, ¿para qué? Si yo estoy segura de que los documentos los dejé fuera, en el bolsillo.

—Abre la maleta que igual nos llevamos una sorpresa.

—¿Una sorpresa? Según se está poniendo el tema de calentito, lo mismo nos salta un perro rabioso de dentro y nos tienen que poner hasta la vacuna del tétanos —opinó Lola, quien no veía el tema nada de claro.

—Sí, sí, una sorpresa. Tú hazme caso, mamá, que creo que esto tiene una explicación. Acabo de caer en una cosa…

—Pues tú dirás, hija. Yo abro la maleta y ¡mira lo que hay!

Lo dijo sin mirar, pero las carcajadas de Lola sonaron en todo el aeropuerto.

—Yo no es por nada, pero, o cambias de bragas o el marido te va a durar menos que un caramelo en la puerta de un colegio, Eliana —le comentó mi amiga mientras sacaba una de las enormes bragas de la maleta.

—Esas no son mis bragas, son de señora mayor —se quejó mi madre.

—Ya decía yo, si con estas podemos salir volando. En vez de coger el avión, las convertimos en un globo aerostático. —Se las puso encima de la

cabeza la payasa de Lola.

—Pero vamos a ver, querida, si estas no son tus bragas, ¿qué hacen en tu maleta? —le preguntó mi padre.

—Papá, que dicen que el amor atonta, pero lo tuyo ya es de hacértelo mirar, ¡que esta no es la maleta de mamá!

—Ay, Dios mío, que este modelo es muy común y alguien me ha dado el cambiazo —comentó ella.

—Creo recordar que había una señora mayor, con una pamela grande, sentada al lado de nosotros… Y para mí que tenía una igual. —Hice memoria de un hecho al que no le di importancia en su momento, pero que la tenía, claro que la tenía.

—¡Hay que encontrarla! —gritó Jorge, quien retrocedió y tuvo que dar explicaciones al guardia, puesto que todos comenzamos a correr en dirección a las zonas comunes del aeropuerto y aquello parecía un atentado.

—¡Mi amor, te prometo que yo encontraré tu maleta! —le gritó mi padre como en una declaración de amor y ella le sonreía.

—Sí, papá, que te ha quedado muy romántico, pero corre, que como la señora esa embarque, a saber, dónde va a parar la maleta de mamá.

Yo no había visto correr a mi padre así en la vida. Se le notaba el enamoramiento. Y yo tampoco iba a permitir que mi madre se quedara en la isla, por lo que eché a correr igualmente.

Hay momentos en la vida en los que mueres de amor y lo último que me podía yo imaginar era que vería ese día a Jorge sobre ruedas. Y no porque le hubieran salido unas en los pies, sino porque le soltó un fajo de billetes a un chaval *skater* que estaba a punto de embarcar también y que no le hubiera dado el monopatín de otro modo.

A mí es que me puso verlo así y sentí tal emoción que comencé a silbarle mientras él se abría paso entre la gente subido en el monopatín. Todos le seguíamos de lejos porque iba mucho más deprisa hasta que nos sorprendió desde el otro lado del aeropuerto con la maleta en alto. Lo que no sabía él en ese momento era que la señora mayor, que no sabía de qué iba el tema, se lo tomaría fatal y, sin más, le arreó con su bolso en la cabeza.

Cuando por fin nos subimos al avión, todavía barajábamos qué llevaba la señora en el bolso, pero como mínimo debía ser una plancha, porque al pobre de Jorge le hizo un chichón en la cabeza del tamaño de un huevo.

—Yo te voy a cuidar, que te lo has merecido —le decía sentada a su lado y cogida de su mano.

—Queréis acabar conmigo. Tu familia y tú parece que os lo habéis propuesto, pero desde ya te digo que no te librarás con tanta facilidad de mí —me decía mientras se echaba la mano a la cabeza y se le notaba el gesto de dolor. Menos mal que la tenía bien dura.

Capítulo 20



Tres días llevábamos en España en los que Lola había estado con fiebre y muy mal cuerpo, a pesar de los medicamentos que le recetó el médico, que no parecían hacerle efecto. Al contrario, veíamos que la situación iba a peor y yo estaba en contacto continuo con Chus.

Fue en ese momento en el que su madre decidió llevarla directamente al hospital al que le acompañó también Chus.

Chus: *Nos la llevamos al hospital, está cada vez más decaída y hasta delirando. Esto no es normal, Eli, debe tener un virus o algo.*

Eliana: *Claro, deberían haberle hecho pruebas cuando fue al médico, no entiendo cómo recetan sin averiguar qué tiene y encima dan por hecho que lo que tenía era el cansancio del viaje.*

Chus: *Eso pensamos su madre y yo. Luego te cuento.*

Eliana: *Mantenme informada.*

Chus: *Claro, tranquila.*

Estos primeros días había sido todo de lo más impresionante, ya que ver la cara de mi madre descubriendo las cómodas condiciones en las que vivíamos

y los supermercados repletos de todo, había sido para ella cuanto menos sorprendente y fascinante. Se iba sola al súper a dar vueltas, y es que para ella eso era como un parque de atracciones.

Me había instalado en casa de mis padres porque Jorge estos días tenía reuniones con sus asesores y abogados, además de tener que cerrar algunos temas que dejó en el aire cuando se marchó de manera precipitada a Cuba, pero iba y venía a casa a verme y habíamos quedado que, en unos días, cuando él terminara de cerrar todo, me iría a su casa un tiempecito. La verdad es que no queríamos llamarlo irnos a vivir juntos, pero en el fondo eso era lo que deseábamos, ya que como él me decía, tenía que llevarme la mayor cantidad de cosas posible para que no extrañara nada de lo mío.

Mis padres también lo entendían así, veían la ilusión de Jorge en pasar el máximo tiempo posible conmigo.

Habían pasado unas horas cuando recibí un mensaje con noticias de Lola.

Manuela: *Cariño, Lola está muy mal. Las pruebas le han salido catastróficas, ya que tiene todos los niveles de lo más descompensados. El problema no es solo eso, también han descubierto que tiene algunos órganos hinchados. No saben exactamente qué le está pasando, pero la tienen que ingresar, dar medicamentos por vena y llegar al problema para poderle poner una solución con tratamiento. Estoy que me muero de la pena. Una madre nunca está preparada para esto. Dicen que por ahora tienen que ser prudentes.*

A todos nos cayó como un jarro de agua fría y la preocupación era evidente. Estaba claro, que lo que quisiera que tuviera no había dado la cara hasta ahora.

Jorge hizo unas gestiones y consiguió que la trasladaran al mejor hospital de la ciudad que también era uno público, pero tenían unos especialistas bastantes buenos y era muy reconocido por ello.

Y fue una gran idea, porque después de hacerle mil preguntas a Lola y tenerla dándole medicamentos en vena, llegaron a la conclusión de que traía de Cuba algún tipo de bacteria, y que ahora tenían que dar con cuál era, ya que, al ser propia de aquella zona, era más difícil de averiguar, pero que estaban en ello y que a través de las heces iban a hacer mil pruebas hasta dar con la que era.

Achacaban a que la había contraído a través del agua, ya que, aunque se bebiera embotellada, si luego le añadías hielo ese se hacía con agua local y podía transmitir cualquier bacteria. Incluso un día nos bañamos en una piscina un tanto poco higiénica en una visita que hicimos a las afueras de la ciudad, y aunque nosotros también podríamos habernos contagiado, tuvimos defensas para luchar contra eso y ella no.

El caso es que ahora estaba con medicamentos, pero necesitaban dar con la bacteria para poderle poner el tratamiento correspondiente.

Yo iba tanto por la mañana como por la tarde a verla al hospital e intentaba animarla, pero estaba claro que no tenía fuerzas ni ganas de nada.

—Venga, Lola, que cuando estes bien, nos vamos a ir a buscar a Bruno y Borja —le murmuraba causando que le saliera una sonrisa mientras negaba.

—Vais a ir más lejos —decía Chus riendo con indignación.

—Hasta que Jorge y tú no nos pongáis un anillo en el dedo, no tenéis derecho a nada.

—¿Qué se sabe de lo de Rebeca? —preguntó Lola.

—Está en la cárcel y el juicio por lo visto va a tardar. Melissa va a declarar por videollamada y Jorge presencialmente, están esperando a que les notifiquen.

—Así se pudra ese bicho —dijo Chus, con ese comentario que le había salido del alma.

Tres días después nos comunicaron que ya tenían claro qué tipo de bacteria era y también nos dieron la alegría de que los órganos se habían deshinchado y las analíticas ya estaban normales. Así que en cuanto empezaran a darle el tratamiento específico, iría mejorando a lo largo de los días. Eso nos puso a todos de lo más contentos. Un día después le quitaron el gotero y le dieron el alta con el tratamiento que debía tomar durante tres días.

No solo era una alegría por su estado de salud, sino también para todos, especialmente para Chus y su madre, quienes no la habían dejado sola ni un momento y se turnaban para dormir. Ellos también se merecían descansar, y aunque yo me había ofrecido para quedarme con ella alguna noche, el deseo de ambos por estar a su impidió que eso sucediera.

Estuve con ellos comiendo en su casa porque hoy era el último día que Jorge necesitaba para organizar sus cosas. Por la mañana, nos iríamos a su casa y yo me instalaría allí por el momento. No la conocía aún, ya que él decía que quería que la viese después de unos cambios que estaba aprovechando para hacer.

Manuela compró debajo de su casa un surtido de pescado frito que comimos, menos su hija, que a ella le dimos el puchero que mi padre nos había acercado y que le iba a venir bien, con la suerte que por coincidencia lo había hecho el día anterior para que mi madre lo probase.

Después de comer, Manuela y yo nos fuimos al súper para que ella pudiera hacer una compra mientras Chus se quedó en la casa cuidando a Lola.

Fuimos en mi coche porque era en un polígono a las afuera de la ciudad donde estaba el supermercado al que ella quería ir, pero antes pasamos a por mi madre que si se enteraba de que habíamos ido sin ella le podía dar algo.

—Por la virgencita de la Caridad del Cobre, este es más grande que los de la ciudad, pero ¿de dónde sacan tanta comida? Qué pena de mi Cuba que están todos en la miseria por culpa del gobierno que tenemos —se quejó mi madre.

—El mundo está muy mal repartido, es una lástima —contestó Manuela.

—Mamá, coge lo que te apetezca, no te quedes con las ganas.

—No, *mija*, que tenemos la cocina que se va a caer con tanta comida, pero es que me encanta descubrir nuevos productos para ir probando poco a poco.

—Se te acaba de hacer la boca agua —le dijo Manuela cuando mi madre se quedó mirando la sección de bollería recién hecha.

—Venga, mamá, no te prives, cógete algunos para casa.

—*Mija*, que me va a dar un dolor de estómago, que no dejo de comer y tu padre se cree que estoy desnutrida y está todo el día haciéndome comidas —dijo causándonos una carcajada.

—Cógelo, mujer, mejor morir comiendo que pasando hambre.

—Tiene usted razón —le dijo a Manuela y se giró a coger unos cruasanes rellenos de chocolate.

Dejamos a Manuela primero en su casa y la ayudamos a descargar, también salió Chus al que le íbamos dejando las bolsas en la puerta y él las iba metiendo hacia dentro.

Mi madre entró un momentito para darle un besito a Lola y casi me tengo que liar a dar bocinazos porque no había manera de que saliera y es que cuando le daba a la lengua, no había manera de callarla.

Cuando regresamos a nuestra casa, mi padre nos esperaba con un bizcocho de limón que había hecho. Nos echamos a reír a la vez que mi madre sacaba la bollería que había comprado.

—Yo esforzándome para sorprenderos con el bizcocho y vosotras comprando bollería.

—Fui yo, mi *amol*, que no me pude resistir y ellas me tocaron las palmas como decís vosotros.

—Haces bien, cariño —le dijo este acariciándole la espalda.

Merendé con ellos antes de disponerme a preparar las cosas que me faltaban por preparar para llevarme al día siguiente a casa de Jorge.

Hoy no iba a venir a cenar porque había quedado en ir con sus padres a un restaurante italiano con unos tíos suyos. Me ofreció la posibilidad de ir, pero me negué en rotundo ya que habían pasado tantas cosas que me daba cosa aparecer así de golpe, aunque él ya le había hablado a sus padres de mí y las intenciones que tenía con esta relación, aparecer en una reunión donde habría otros familiares cómo que no me parecía. Había que dar tiempo al tiempo.

Capítulo 21



Nada más levantarme le puse un mensaje a Lola preguntándole cómo se sentía. Me fui a lavarme la cara y aparecí por la cocina a por un café encontrándome ya a mis padres allí.

—A vosotros os echan de la cama.

—Hija, tenemos que hablar contigo.

—Papá, no me asustes por Dios, que no estoy yo para más sobresaltos —dije mirando a mi madre a ver si en su cara descifraba algo.

—Ayer hicimos algo que nos confirmó lo que sospechábamos, pero esta mañana lo hemos repetido y sí, está más que confirmado, vas a tener un hermanito o hermanita.

—Ay, qué me caigo. —Aparté la silla y me senté—¿¡Estás embarazada, mamá!?

—Sí, hija. —Me miraba esperando a tener clara mi reacción.

—¡Por Dios! Si ahora mismo lo que os tocaba es ser abuelos, no padres. ¡La qué habéis liado! —Me puse la mano en la frente.

—Sabemos que tenemos una edad, yo más que ella, pero hija, vino sin buscarlo y estamos felices por ello.

—Yo también lo estaré en unos minutos que digiera la noticia. —Solté el aire.

—Verás que al final le va a costar asumirlo a la niña más que a nosotros —dijo mi madre—. Y mira que yo pensaba que la pérdida de la regla era por la perimenopausia.

—Mamá, pero ¿tú estás preparada para lo que se te viene?

—Sí, mi *amol*, y esta vez no tendré que desprenderme.

—Pues habrá que felicitaros por la faena tan grande que habéis hecho. —Me levanté y primero abracé a ella y luego a él.

—Hija, aún tenemos fuerzas y cuando dejemos de tenerlas quizás ya tenga su familia formada, además, sé que tú serás su mayor apoyo.

—Pero no le podré insultar ni dar collejas como hacen los hermanos, seguro que será mi debilidad y lo consentiré tanto que luego no habrá Dios que lo aguante.

—Yo lo haré *influencer*, que ahora muchas madres lo hacen con sus hijos desde bien pequeños y lo mismo se gana un dinero desde bien pronto.

—¡¡¡Mamá!!! Aún no lo has tenido y ya lo quieres exponer y explotar, de verdad, un poquito de sentido común que veo que os falta a todos —resoplé.

—Hija, te estás estresando —me dijo mi padre riendo—. Es una bendición que viene a la familia y los dos nos merecemos con esto, completar todo lo que no pudimos hacer juntos.

—Que sí, que lo entiendo y que debéis estar como en una nube, pero que es muy fuerte la noticia, demasiado.

—Están llamando —dijo mi madre.

Me levanté y fui a abrirle a Jorge que traía una preciosa sonrisa y se le notaba que estaba feliz porque hoy, por fin, nos íbamos a ir para estar juntos y a solas.

—Felicita a los campeones, que vienen de Cuba con churumbel en camino —le dije mientras nos dirigíamos hacia la cocina y a sabiendas de que mis padres nos estaban escuchando.

—¿En serio? —les preguntó a ellos a la vez que se asomaba arqueando la ceja.

—Y tan enserio, por la virgencita de la Caridad del Cobre.

—¿No tenéis otra virgen? Siempre mencionáis a la misma —dije riendo.

—Felicidades —dijo Jorge abrazándola y luego hizo lo mismo con mi padre—. Es muy buena noticia.

—Buenísima —murmuré con ironía y se rieron.

—Le está costando digerir la noticia.

—Mamá, que es muy fuerte, que no me habéis comunicado que vayáis a adoptar una mascota, que me habéis soltado que estás preñada y eso jamás se me pasó a mí por la cabeza.

—Ni a mí, ni a mí —dijo ella dándolo por hecho con gesto de cara incluido.

Después de tomarnos un café, Jorge me ayudó a llevar todo a los coches y cuando digo todo, era toda la ropa de todas las temporadas, mis enseres personales y demás, había dejado la habitación solo con los muebles.

Lo seguí con mi coche, ya que también me lo llevaba, obviamente. A estas alturas yo aún no sabía ni en qué zona vivía, jamás le había preguntado sobre ello y él lo había guardado como el mayor de los misterios.

Cuando se abrieron las puertas de aquellos grandes muros que se veían kilométricos, me di cuenta no solo que vivía en una zona rural, sino que tenía una finca preciosa de ensueño dónde muchas novias desearían que estuviera disponible para el día de su boda.

Había caballos, kilómetros de césped y un camino de piedras que era una pasada. La construcción principal tenía un frente y dos laterales, creando un patio en el centro, con techos en todas las paredes que formaban un enorme porche alrededor, lleno de rincones perfectos para relajarse, comer o disfrutar de una copa. En medio, a todo el largo y ancho, una preciosa piscina a la que no le faltaba una cascada de piedra y palmeras que te hacían sentir en otro mundo.

El edificio era de una sola planta, con un apartamento de lujo para invitados en el ala derecha y otro enorme en la izquierda, que daba a un lateral de la finca en lugar de al patio para tener más intimidad, ya que ahí era donde vivían Paco y María, que era el matrimonio que se encargaba de la casa y la finca; él se encargaba del mantenimiento y ella de la limpieza y comida.

El amplio frontal se asemejaba a una mansión, con una profundidad impresionante, era la zona que él habitaba. La cocina, enorme, contaba con una isla central, mientras que el salón, que parecía sacado de una película, era de estilo contemporáneo, aunque con un toque rústico que lo hacía de lo más acogedor. Dos baños se encontraban en los pasillos, y al fondo de uno de ellos, su habitación que era tipo *suite* y ocupaba todo el largo, con un vestidor y un baño de dimensiones descomunales. Yo estaba flipando. Además, había

tres dormitorios adicionales con su propio baño y armarios empotrados gigantes.

Todo estaba decorado con un gusto tan exquisito que no podía salir de mi asombro, incapaz de apartar la vista de cada rincón, cada uno más bonito que el anterior.

Jorge estaba feliz de haberme impresionado y vaya si lo había hecho. Todo el exterior e interior imponía con el blanco de sus paredes y los adornos en piedra.

Después de colocar todas mis cosas en el vestidor y baño, nos fuimos hacia el otro lado de la finca, frente a la casa, donde tenía la bodega y una edificación aparte, que era como una mezcla de mesón rociero y zona de fiesta, con bar incluido y mesas por todos lados, además de una especie de escenario.

A Paco y María se les veía dos señores muy humildes y cariñosos. Se notaba el afecto que le tenían a Jorge, para el que llevaban tres años trabajando, incluso antes de estar terminada la finca ellos ya estaban instalados aquí pendientes a todo.

Todo me parecía una mezcla de perfección envuelta en naturaleza, al fin y al cabo, esto era como vivir en el campo y eso a mí me encantaba. Estaba gratamente sorprendida y asimilando todo.

María nos preguntó a qué hora queríamos almorzar y Jorge le dijo que, a las dos, ya que para eso aún faltaba una hora y antes queríamos tomar un vinito sentados bajo ese porche, en el que cada rincón era más bonito que el anterior.

—No te imaginaba por nada del mundo viviendo en una finca —murmuré mientras brindábamos sonrientes—. Te hacía en un chalé con una arquitectura moderna y mirando al mar.

—Pues ya ves, soy más de campo y mirando al monte. —Me hizo un guiño.

—Me has sorprendido por completo, además aquí no hace falta mucho para vivir con todas las comodidades. Me imagino en invierno lloviendo y en pijama tomando un café.

—Con tu hermanito correteando por aquí.

—Ay, por Dios que eso no lo digiero, me ha caído como un jarro de agua fría.

—Pues debería alegrarte.

—Sí, pero no estaba preparada para eso. Que sí, que, pensándolo en frío, ella tiene derecho a sentir lo que es tener a su hijo en brazos y poderlo criar, demasiado que se tuvo que desprender de mí. Ellos ahora se merecen vivir todo eso juntos, pero, que, aunque son jóvenes, para ser padres ya tienen una edad. No sé.

—Va a ser tu pequeño gran amor.

—Lo sé, pero joder, cuesta. —Me reí nerviosa.

Y costaba, porque era algo que me había venido así de golpe, pero estaba claro que había sido la impresión que me había llevado con la noticia, pero que pronto pasaría, porque la felicidad de mis padres estaba por encima de todo.

Capítulo 22



Llevaba cuatro días en la finca, que me recordaba a la de los toreros, y a la que solo le faltaba la plaza para las corridas; y en la que yo estaba más que encantada viviendo todo con mucha ilusión.

No habíamos salido en absoluto y disfrutábamos enormemente de esta tranquilidad, que era de las mejores que había experimentado. Eso sí, la sombra de Valentino se hacía presente cada día, aunque fuera sutilmente, y es que eso a Jorge lo tenía completamente envenenado; le iba a llevar un tiempo el desprenderse de ese sentimiento tan feo.

El día anterior habían venido a cenar los padres de Jorge, los cuales aparecieron con un precioso ramo de flores para mí. Me emocionó mucho ese detalle y el cariño que me mostraron en todo momento.

Paco y María eran extremadamente cuidadosos, y cuando estábamos dándonos un baño en la piscina, ni siquiera se asomaban para darnos así una mayor intimidad. Era una pasada lo correctos que eran, consiguiendo con ello que todo fuera mucho más cómodo.

Si bien es cierto, más de una vez aparecí en la cocina para aprender del arte culinario de María y es que cocinaba de vicio. Además, la realidad es que me encantaba charlar con ella y que me explicara muchos aspectos de su vida, como el hecho de que llevaba con Paco desde los quince años y ahora tenían casi sesenta. O, que antes trabajaban para los padres de Jorge desde que se

casaron y que este era un niño de apenas dos años, de ahí a que les hubiera pedido que se vinieran con él y sus padres lo hubieran apoyado.

Hoy venían mis padres y los chicos, así que almorzaríamos a mediodía una paella y por la noche haríamos una barbacoa. El día se vestía de fiesta.

Estaba desayunando la tortilla con queso que me había preparado María, y que tanto me gustaba, mientras Jorge disfrutaba de una tostada con aceite y jamón, a la vez que hablaba por teléfono con su asesor por alguno de sus temas, que ni yo entendía ni me interesaba, solo deseaba estar con él.

Lola y Chus llegaron los primeros y bien temprano, así que se apuntaron al desayuno que María no dudó en prepararlo con todo el amor del mundo.

—Ya tienes muy buena cara —le dije acariciándole la mejilla.

—Ya estoy lista para celebrarlo hoy a golpe de mojitos —sonrió feliz—. Por cierto, le he traído a tu madre un regalito: unos patucos y un chupete, que en mi familia siempre se ha dicho que son los primeros regalos para una mujer embarazada.

—Yo le voy a regalar una caja condones, porque no me fio ni un pelo de estos y capaz de montar una guardería —dije provocando una risa en todos.

—Hija, tómatelo de otra forma, entiendo que te ha chocado, pero es una alegría para todos.

—Grandísima alegría —sonreí con ironía y me dio una colleja.

—Por tonta.

—Joder, como se nota que ya el bicho ese lo sacaste de tu cuerpo —negué rascándome la nuca.

—Pues pon más alegría. Tus padres necesitan tu apoyo y cualquier gesto tuyo les puede causar tristeza y ya sabes que ellos no se lo merecen.

—Ya lo sé, pero déjame hacerme la víctima un poco. —Le hice una burla.

—Más tonta y no naces. —Volteó los ojos.

Estuvimos hasta las once de la mañana en plan chachara y tomando cafés, hasta que ya Jorge propuso pasar a las cervezas, aquí no había término medio.

Lola y yo nos metimos en la piscina que tenía dentro unos taburetes para sentarse y apoyarse en el borde de esta. Me recordaba a la de la isla que tenía un bordillo que nos servía también de asientos.

—Me voy a vivir con Chus —me confesó emocionada.

—Eso ya lo sabía yo, lo que pasa es que esto que te ocurrió te frenó y por eso aún no te has ido.

—Efectivamente. Además, voy a ayudar a Chus desde casa con su trabajo, ya le he dicho a tu chico que no me dé de alta. —Se rio.

—Ya me lo dijo ayer cuando le escribiste.

—Eso que se ahorra, porque me iba a contratar por pena de perder el puesto en la peluquería.

—Qué palo lo de tu jefa.

—Y grande, no me lo esperaba, pero allá ella. Todo lo que aquí se hace, aquí se paga y ella es una desagradecida, al fin y al cabo, es lo que me ha demostrado, pero bueno, no hay mal que por bien no venga. ¿Y tú que planes tienes?

—Pues no lo sé, pero a ver, mientras viva aquí que no pago ni un duro y recibo la renta de los alquileres, no creo que me parta mucho los cuernos en buscar trabajo. —Nos reímos—. Pero sí quiero empezar a hacer cosas por internet, no sé, crear algo, ya me vendrá la inspiración.

—Aquí poco te puede hacer falta, disfrútalo.

—El ático de Chus en la playa es una pasada, me lo enseñó Jorge en fotos.

—Sí, yo ya había estado antes de ir a Cuba, es una auténtica joya y estoy deseando estar ya viviendo allí. Aún me puedo dar algún baño en la piscina con esas vistas; por un lado, al mar y por el otro, a la ciudad —decía emocionada.

Mis padres llegaron y la cara de mi madre al vernos en la piscina y ver todo el entorno fue un poema.

—Por la virgencita de la Caridad del Cobre, esto es mejor que los palacios que tienen los Castro por toda Cuba.

—Vamos, Eliana, métete —la animó Lola—. Bueno, no, primero abre ese paquetito de regalo que hay sobre la mesa.

—¿Un regalo para mí? —preguntó sorprendida.

—Bueno, no exactamente, pero tú ábrelo.

Mi padre la miraba atento para ver qué contenía el sobre, y a los dos se les dibujó una amplia sonrisa en sus caras al ver el chupete y los patucos.

—Es un regalo de los cuatro, no nos alcanzó para más por todos los gastos que hemos tenido con el viaje a Cuba —dijo Chus bromeando y haciéndonos soltar una carcajada.

—Vuestro apoyo es el mejor regalo que nos podéis hacer, pero gracias, nos gustó mucho —dijo mi mamá aún emocionada sin soltar las cositas de sus manos.

—Claro que te apoyamos, aunque a esta le cueste salir del *shock* unos meses —bromeó refiriéndose a mí.

—O unos años —dijo Chus.

—Tampoco os paséis. —Reí a carcajadas.

Mi madre se metió en la piscina después de dejar bien guardadito en su bolso los regalos y quitarse la ropa. Se vino directa para comerme a besos.

—*Mija*, ¿tú me quieres mucho?

—Pues claro, mamá. ¿Acaso lo dudas?

—¿Y vas a querer al bebé mucho? —Puso cara de puchero.

—Ya lo quiero, mamá. —Me reí acariciándole la cara.

—Pero un buen susto te llevaste.

—Aún lo tengo, pero estoy feliz, muy feliz, será muy bonito tener un nuevo miembro en la familia. Vosotros os merecéis vivir juntos un momento así, del que yo seré participe también.

—Ya me salieron las lágrimas, hija.

—Si que es eres muy sensible. —Me reí abrazándola.

—Quita —me apartó Lola de mi madre—, que ahora me toca a mí un ratito. —La abrazó la muy descarada mientras yo me reía observándolas.

La paella la prepararon entre mi padre, Jorge y Chus, por supuesto que también iban a comerla María y Paco que se sentarían con nosotros. Es más, Paco se acercó a tomar una cervecita con los hombres mientras nosotras seguíamos en la piscina disfrutando del momento chicas.

Para nuestra sorpresa, de repente aparecieron los padres de Jorge con una tarta, y es que los habíamos animado a venir la noche anterior, pero nos

dijeron que tenían un compromiso y no sabían si lo podrían eludir.

Nuestros padres conectaron rápidamente y se integraron del tirón. La madre de Jorge no dejaba de hablar con la mía sobre Cuba, ya que había estado en varias ocasiones y por lo que escuchaba era un lugar al que siempre le gustaba regresar.

Había una mesa tan grande en un ala del porche que nos sentamos diez y no estábamos ni pegados. Disfrutaba mucho de lo que ofrecía la finca y lo fácil que se volvía todo allí.

A María la tuvimos que reñir un par de veces porque estaba pendiente a todo para que no nos faltara un detalle, cuando queríamos que disfrutara con igualdad, pero era imposible, porque eso ella lo llevaba en las venas. Jorge la amenazó con atarla a la silla.

Toda la tarde en la piscina mojito en mano, menos mi madre, a ella la teníamos a agua fresquita y algún que otro zumo que le preparamos estilo tropical.

Lo mejor de todo es que sentía que ahora sí tenía una familia de verdad, implicada, unida y a la que podía disfrutar como tantas veces había añorado y si a eso le sumaba Jorge, apaga y vámonos porque a felicidad en estos momentos no me ganaba nadie.

Pasamos un día increíble que se alargó tomando copas hasta mucho después de la barbacoa que hicimos por la noche, y en la que no había problema, ya que todos se iban a quedar a dormir porque por habitaciones no sería.

Capítulo 23



Los días pasaban y yo estaba de lo más feliz en la finca en la que vivía desde hacía dos semanas.

Me acababa de despertar cuando me di cuenta de que Jorge ya no estaba en la habitación, al igual que otras mañanas en la que se levanta temprano, hacía un poco de deporte, se duchaba y tomaba un café mientras yo aún seguía disfrutando de la cama.

Miré el móvil y tenía un mensaje de un número desconocido. Lo abrí y casi se me baja la tensión al ver una foto en la que aparecían Rebeca y Jorge dándose un beso:

«Soy Valentino, con esto quiero demostrarte que él tampoco jugó limpio…»

¿Qué parte de la historia había faltado para que de repente apareciera una información tan contundente como esta, en la que se veía claramente que en algún momento de sus vidas Rebeca y Jorge estuvieron juntos?

Me sequé las lágrimas mientras la miraba y llegué a la conclusión de que, por lo corto que tenía el pelo Rebeca, esa foto debía de tener por lo menos un año.

Conté hasta mil para no hacer ninguna tontería en caliente y me metí bajo la ducha un rato mientras pensaba cómo le iba a entrar a Jorge, pero conociéndome, no iba a haber método que consiguiera calmarme y más con el genio y temperamento que yo tenía.

Salí de la habitación y saludé a María mientras me preparaba un café y ella se ofrecía a hacerme el desayuno que deseara, pero le dije que hoy me había levantado sin apetito, ella no dejó de insistir.

Jorge estaba leyendo las noticias en su móvil cuando me saludó feliz y se levantó a darme un beso. No dije nada, me senté y le envié por WhatsApp la foto, y al abrirla le cambió la cara.

—¿Qué es esto?

—No sé, dímelo tú que eres el que por lo visto tiene un montón de secretos.

—Esto no es lo que piensas. ¿Quién te la envió?

—Valentino, a la vez que me avisaba que tú tampoco jugabas limpio.

—No he estado con Rebeca en mi vida, y esto fue en una fiesta de la empresa en la que se emborrachó e intentó besarme varias veces. Seguro que le pidió a alguien que captara el momento.

—¿Y piensas que me lo voy a creer?

—No lo sé, pero sé lo que tengo que hacer. —Se levantó y lo observé cuando me di cuenta de que se montaba en el coche y se iba de la finca.

Comencé a llamarlo, pero no me lo cogía. Algo me decía que iba a buscar a Valentino y eso me ponía de lo más nerviosa porque con las ganas que le tenía, ahora con esto, podía llevarlo a soltar toda su ira y liarla parda. No me lo quería ni imaginar.

Le pedí a Chus que lo llamase, ya que lo puse al tanto. Este confirmó la versión y me dio datos que me había dicho Jorge y que yo no había compartido con él. Me sentía de nuevo imbécil.

Durante dos horas todos estuvimos desesperados llamándolo, cuando recibí una llamada de su abogado diciendo que estaba declarando, ya que había sido detenido por propinarle una paliza a un individuo, obviamente se trataba de Valentino.

Cogí mi coche y me fui hasta las comandancias de la policía donde me comunicó de nuevo su abogado que lo iban a dejar detenido hasta la mañana siguiente que pasase a disposición judicial.

Valentino había presentado un parte de lesiones que le habían dado en el hospital. De nuevo mi vida volvía a ponerse patas arriba.

El abogado se había encargado de que no le faltara nada de comer durante todo el día y, según me dijo, no se podía hacer nada hasta la mañana siguiente que lo presentaran ante el juez.

Estuve todo el día en casa de mis padres que intentaban consolarme, pero no por eso dejaban de estar preocupados por Jorge. Por la noche regresé a la finca a dormir y me acosté pronto para ir a primera hora hacia el juzgado con Chus y Lola, que me recogerían a las ocho de la mañana.

A ratos caía en un sueño ligero, mientras la noche se alargaba sin fin. Me sentía culpable por haber dicho nada, pero a la vez me decía que tampoco era justo quedarme callada, al que se le había ido de las manos era a él. Aunque quería que saliera indemne de todo esto, no podía justificar lo que había hecho, ya que no se debe llegar a la violencia bajo ningún concepto.

Chus y Lola me recogieron y nos dirigimos hacia donde se iba a celebrar el juicio, pero era temprano así que nos sentamos en una terraza que había enfrente hasta que llegara el furgón con Jorge. Su abogado ya lo esperaba en la puerta y lo podíamos ver desde donde estábamos sentados.

Cuando vi a Jorge comencé a correr hacia él y lo abracé fuerte. Los policías no me dijeron nada, solo que tenían que entrar.

Pudimos acceder a la sala del juicio donde apareció Valentino con un ojo morado y un cabestrillo en el brazo. Lo miré con todo el desprecio y asco del mundo, y tuvo que apartar su mirada.

El juicio comenzó, y ahí me enteré de que no solo había cobrado Valentino, sino que Jorge le había roto la puerta de la autocaravana de una patada.

La jueza me admitió como testigo y comencé a contar todo lo que Valentino me había hecho, culminando con el mensaje para evidenciar su provocación en todo momento, a pesar de que lo tenía bloqueado en todas partes.

Dictó sentencia, en todo momento, condenando a Jorge; obligándolo a pagar una indemnización por los daños físicos y materiales a Valentino, por un importe de dos mil euros, además de una multa de diez euros diarios durante un mes. No le impuso pena de prisión, ya que entendió que todo esto era producto de la provocación de Valentino que, aunque no justificara la actuación de Jorge, sí atenuaba las circunstancias del caso, por decirlo de algún modo, porque yo no entendía el lenguaje que se gastaban los jueces.

Salimos del juzgado y nos despedimos del abogado montándonos en el coche de Chus; ellos se sentaron delante y yo junto a Lola detrás. Obviamente Jorge estaba muy enfadado conmigo por haber desconfiando de él, pero bueno, ya sabía lo que le afectaba el tema de Valentino y esto iba a ser motivo de disputa unos días. Aunque esperaba que no.

Los chicos comieron con nosotros y Jorge apenas me dirigía la palabra, cosa que me hacía presagiar que cuando estuviésemos solos me iba a cantar las cuarentas. Y así fue…

Entramos en la habitación cuando nos quedamos solos y me miró fijamente, yo ya sabía que iba a soltar lo más grande.

—Espero que te hayas quedado a gusto…

—No, el que se ha debido de quedar a gusto eres tú haciendo esa salvajada.

—¡Estoy hasta los huevos de todos ellos!

—No, lo que te pasa es que no eres capaz de olvidar lo que pasó entre él y yo.

—Me señalaste creyendo esa foto.

—¡Quería una explicación!

—Estoy harto de ese tío, ese que te arrastró a él y tú te dejaste llevar.

—Jorge, la que estoy cansada soy yo, no aguanto más esta situación y aunque a veces intento entenderte, créeme que me lo estás poniendo muy difícil. —Rompí a llorar.

—No lo supero, lo reconozco y lo que más me duele es que tenga las agallas de ponerse en contacto contigo para intentar joder lo nuestro.

—Somos más fuertes que él, lo nuestro es de verdad, Jorge, no podemos dejar que nada ni nadie lo empañe.

—Me duele mucho, lo intento obviar, pero no puedo —dijo rompiendo a llorar y abrazándome.

—Eres tú todo lo que quise siempre, no lo dudes, Jorge.

Lloramos abrazados y luego nos tumbamos en la cama donde de la misma manera nos quedamos dormidos. Lo estaba pasando muy mal con el tema de Valentino, pero yo iba a conseguir por todos los medios que lo olvidara y se diera cuenta de una vez por todas que todo mi mundo solo tenía un nombre, y

era el suyo: Jorge, al único que había amado con toda la fuerza de mi corazón.

Capítulo 24



Casi dos meses habían pasado desde que mi madre anunció que estaba embarazada, por lo que estaba de tres, motivo por el cual hoy tenía esa ecografía que tanta ilusión nos hacía por si le desvelaban el sexo del bebé.

Ese día Jorge tenía una reunión y yo acompañé a mis padres a la consulta para vivir ese momento, donde desde el minuto uno con los latidos del corazón no pude evitar llorar como una Magdalena.

—Es claramente una niña y todo se ve perfecto —dijo el doctor dejándonos a todos con la boca abierta.

A mis padres les daban igual lo que viniese, pero decían que si era una niña la llamarían Mía, cosa que a mí me parecía genial ya que era un nombre precioso.

Salimos de allí de lo más emocionados y nos fuimos a una churrería a comer unos churros con el cafelito. La felicidad se podía ver en nuestros rostros.

Le tiré una foto a la ecografía y se la mandé a Jorge y a los chicos, que pronto comenzaron a bromear diciendo que si se parecía a uno u a otro. Lo único que se veía era lo formadita que estaba y lo bien que iba todo.

Me despedí de mis padres y me fui hacia un centro comercial para ir a una tienda de pijamas que me gustaba muchísimo y como ya estábamos casi entrando en noviembre, el fresquito cada vez era más notable y eso que el clima en el sur era buenísimo. Quería hacerme con tres pijamas bonitos para estrenar en estos días en los que apetecía estar acurrucada en el sofá, cómoda y café en mano.

Mi vida en la finca era de lo más tranquila y apasionada, ya que me había dedicado a estudiar *online* preparándome para los exámenes de todos los títulos de inglés de Cambridge. Ahora estaba empezando por el B1, y se me estaba dando bastante bien, gracia a que, durante todos mis años de estudio hasta finalizar bachillerato, había estudiado el idioma y siempre había sacado unas notas excelentes, ya que se me daba genial.

Estaba encantada con todo, menos con esos ataques de celos que le daban a Jorge y le cambiaban el humor, pero bueno, solo era cuestión de que cuando eso sucedía, yo le plantaba cara y no dejaba que se pusiera por encima de mí. También he de decir que eso nos proporcionaba vidilla para que todo no fuera tan monótono.

Algo que enfadaba a Jorge es que yo no quería encontrarme con Melissa, es más, ni cuando se hacían videollamadas yo me asomaba, solo me mostraba ante él por unos segundos para sacarle el dedo y recordarle así que le mandase saludos.

Sinceramente, no tenía nada en contra de esa mujer, ya que ella estaba en la vida de Jorge muchísimo antes de que yo apareciera. Sin embargo, le dejé claro que mientras no superara a Valentino, yo no quería tener ningún tipo de relación con ella. Y anda que no habían sido las veces que me había insistido en ir a Miami a verla, pero mi respuesta siempre era la misma: una peineta, que al menos conseguía sacarle una sonrisilla.

Entendía que era su mejor amiga, según palabras de él, y yo no sería la que intentara romper nada, todo lo contrario, lo entendía y me parecía desde el punto de vista de los dos, de lo más bonito, ya que el uno por el otro habían hecho cosas que otras amistades ni hubieran contemplado.

Claro que me daba rabia que no fuese yo su mejor amiga, pero él siempre me decía que a una amiga no la podía amar y que eso eran dos conceptos que debían ir por separado. Que una era la persona que sabía que siempre iba a estar y la otra la que esperaba que fuera el amor para toda su vida.

Yo siempre le advertí que se agarrara los machos cuando me sacara un mejor amigo, y él terminaba atacándome con lo mismo, Valentino.

Me decanté por cinco pijamas, una bata, dos pares de zapatillas, que eran monísimas, y hasta ropa interior de lo más dulce, que yo era más de confort que de sensualidad para eso. Al colocar todo sobre la mesa de la caja, me di cuenta de que había un precioso neceser en tono amarillo pastel y al lado las brumas corporales. La tentación fue irresistible y cogí uno de cada. Apenas gastaba dinero y solo ahorraba, ya que Jorge no me dejaba pagar nada, así que no me sentí culpable por disfrutar de este capricho en la tienda.

—Son doscientos sesenta y cuatro euros. ¿Efectivo o tarjeta?

—Tarjeta. —Escuché detrás de mí y una mano le daba la tarjeta.

—¿Qué haces aquí? —Me reí al ver a Jorge aguantando la sonrisilla y la chica se quedó con una sonrisa en la cara.

—Acabo de hablar con tu padre y me dijo que venías hacia aquí, que querías comprar unos pijamas. —Me hizo un guiño y me dio un beso antes de meter el pin para aprobar la compra.

—¿Ya has terminado la reunión?

—Ya estoy libre por unos días, ¿me invitas a comer?

—Claro. —Me reí negando.

Cogió las bolsas y nos dirigimos hacia mi coche para dejarlas en el maletero. Después subimos a una brasería que había en la última planta y que

tenía unas vistas espectaculares, nos pedimos una parrillada de carne y unas cervezas sin alcohol, ya que luego debíamos conducir.

—Así que una hermanita.

—Sí, me encanta, va a ser la princesita de la familia.

—El nombre es precioso.

—Sí, Mía, va a ser de todo el mundo. —Me reí.

—Por cierto, había pensado en que podríamos hacer una escapada de tres o cuatro días a alguna ciudad de Europa.

—¿Sí? —pregunté emocionada.

—Claro, ¿dónde te apetecería?

—Al único sitio que he ido ha sido a Cuba, por lo que cualquier lugar me parecerá una pasada y más que no serán tantas horas de vuelo.

—Pero alguno te hará más especial ilusión que otro, todo el mundo en un primer contacto desea ir por ejemplo a París y tirarse una foto con la Torre Eiffel.

—Eso nunca lo entenderé. ¿Qué tiene de especial tirarse una foto delante de una torre de hierro? Para eso me la tiro aquí con una de las de telefonía y seguro que hasta con un fondo más bonito.

—Lo dicho, ya miro algo que vea especial, porque miedo me da nombrarte Roma.

—Efectivamente, allí la gente va a tirarse fotos con piedras. Tampoco lo entenderé.

—Me lo temía. —Reía—. Gracias —le dijo a la camarera que nos acababa de traer la bandeja con la parrillada.

—A mí me gustan las ciudades que son para pasear y que parecen salidas de cuentos.

—Vale, ya te pillo el concepto.

—Que tengan su propia personalidad y se distingan del resto. Me gustan los cambios de cultura.

—Ya, más o menos, voy teniendo claro a dónde llevarte…

—Pues quiero que sea sorpresa —dije emocionada.

—Vale, no lo dudes que lo será, solo prepara la ropa esta noche que mañana nos vamos.

—Pero si aún no has comprado los billetes. —Me reí.

—Tú hazme caso.

Después de comer pasamos por una de las tiendas del centro comercial y nos compramos algunas prendas que nos llamaron la atención para el viaje. Él eligió para mí un vestido blanco de algodón con una caída preciosa, era de manga larga y se notaba que abrigaba. Con una camisa vaquera y unas deportivas seguro que quedaba genial.

—Doña María —dijo Jorge entrando en la casa animado.

—Dígame señorito —le contestó ella con ese tonito gracioso.

—¿Me da usted permiso para escaparme unos días con esta señorita?

—Tiene usted todo el permiso del mundo —sonreía ella.

—Pues mañana nos vamos a primera hora.

—Pasadlo bien. ¿Qué os apetece cenar? He hecho unos huevos rellenos y también hay caldo para poderos preparar una sopa de picadillo.

—Me encanta la idea —murmuré emocionada.

—Genial —confirmó Jorge.

Comencé a preparar mi equipaje en una maleta de mano y una mochila, metí dos pijamas y unas zapatillas de lo que había comprado, ropa interior, la ropa nueva y algunas prendas más, así como un neceser con mi perfume, máscara de pestañas, pintalabios y productos de higiene personal, y listo, ya lo tenía todo preparado para dejarme sorprender con el destino.

Nos sentamos en el salón para cenar lo que María había preparado antes de retirarse.

—Qué ganitas tenía hacer un viaje por Europa —dije emocionada mientras me deleitaba con la sopa que estaba riquísima.

—Bueno, quién dice Europa dice cualquier sitio. Por cierto, tenemos que coger los pasaportes.

—¿Pasaportes? No me dirás que de nuevo vamos a coger un avión de largo recorrido.

—Yo no digo nada, todo será una sorpresa —sonreía.

Después de cenar llamé a mis padres y les dije que me iba unos días a algún rincón del mundo. La idea les pareció genial y desearon que disfrutara mucho de este nuevo viaje.

Nos acostamos pronto porque me advirtió que íbamos a madrugar, así que me acosté abrazada a él y la más feliz del mundo.

Capítulo 25



Café en mano y todo listo para salir hacia esa nueva aventura que me hacía mucha ilusión.

Una vez montados en el coche, me sorprendió que no nos dirigiéramos en dirección al aeropuerto de Sevilla, sino que íbamos en dirección contraria, pero después de tanto misterio me di cuenta de que estábamos entrando en el puerto de Tarifa, donde estacionó el coche.

—¿Nos vamos a Marruecos? —pregunté flipando ya que aquí era donde se cogía el ferry para Tánger.

—¿Querías cultura y diferencia? La vas a tener a lo grande. —Me hizo un guiño mientras sacaba el equipaje del maletero.

¡A Marruecos! Estaba flipando en colores porque en la vida me imaginé ir a visitar ese país. No por nada, pero nunca apareció en mis planes.

Era un lugar que despertaba en mí una mezcla de emociones, algunas buenas y otras no tanto, pero que, llegados a este punto, tenía curiosidad por descubrir.

Apenas pasaron unos minutos antes de que subiéramos al ferry, que zarpaba en veinte minutos. Una vez a bordo, fuimos a buscar a la policía marroquí que había dentro del barco para que sellaran nuestros pasaportes, lo

cual era necesario para desembarcar al llegar. La verdad es que fue muy rápido, ya que al ser el primer barco del día no iba muy lleno.

Compramos un par de cafés y salimos a la cubierta exterior para sentarnos en uno de los muchos bancos que había, para disfrutar desde fuera la travesía.

Cuando comenzamos a navegar, me apoyé en la barandilla y disfruté viendo el movimiento del mar mientras me fumaba un cigarrillo.

—¡Jorge, delfines! —grité causando que muchos se levantaran para verlos, como hizo él acercándose a mi lado—. Nos están siguiendo, qué bonito —decía emocionada mientras los grababa.

El trayecto apenas duró una hora, y ya estábamos atracando frente a la medina de Tánger, que lucía majestuosa sobre la colina. Mirando hacia la izquierda, se podía ver la playa y la ciudad nueva, creando un contraste increíble.

Salimos del puerto donde abordamos un taxi que nos llevó al hotel que estaba en la parte nueva frente al mar, muy cercano a la medina a la que se podía llegar en un paseíto.

El hotel era de cinco estrellas y recién renovado. ¿Y a qué no sabéis a quién pertenecía? Pues eso mismo, era de la cadena de la que él era propietario.

Todo moderno, pero con acabados árabes, era una fusión perfecta y de lo más bonita. El vestíbulo era precioso y en él nos recibieron con un té y un montón de atenciones, ya que sabían quién era Jorge.

El botones nos acompañó hasta la *suite* que había arriba del todo, con una terraza y unas vistas a la playa que eran alucinantes. Nos tenían preparado sobre la mesa unas pastitas, frutas y antes de que se fuera el botones, ya nos habían traído café, té, zumo de naranja y tostadas. Eran apenas las nueve y media de la mañana, ya que aquí había una hora menos que en España, por lo

cual cogimos el barco de las nueve y llegamos a Tánger a esa misma hora local.

Nos sentamos en la terraza, ya que no hacía mucho frío, la temperatura estaba perfecta y como tenía puesta una sudadera podía disfrutar de este momento tan especial.

—¿Has visto la avenida cuando hemos venido y ahora que no hay apenas gente?

—Sí, pero imagino que es porque vivirán en otras zonas más adentro.

—No, no te imagines nada, por las tardes cuando cae el sol verás a miles de personas, se pone todo como una feria.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—Por cierto, imagino que la mayoría de tus hoteles ni los conoces.

—Algunos sí, pero el resto no, tendremos tiempo de ir conociéndolos poquito a poco.

—Ahora entiendo lo del vestido blanco largo, es ideal para este lugar.

—Efectivamente, incluso te puedes poner un pañuelo en la cabeza dejado caer y tirarte unas fotos chulísimas. Luego en la medina verás muchas tiendas que los venden.

—Si es que tienes unas ideas geniales. —Aplaudí emocionada.

El desayuno era una barbaridad de completo, incluso había huevos fritos, y no dudé en comerme dos con la tostada. Teníamos unas vistas increíbles y estaba disfrutando el momento muchísimo.

—Aquí imagino que será muy difícil conseguir alcohol —me pregunté por la prohibición que tenían por su religión.

—En los hoteles es donde suele haber, aquí tenemos.

—Me parece genial porque los turistas tienen derecho a tomar lo que quieran. Obviamente no en la calle, hay que saber respetar, pero que no nos tengamos que privar de ciertas cosas.

—Ellos no se meten en nada, ni en la forma de vestir, ni en muchas otras cosas. Verás hasta mujeres marroquíes vestidas como tú e incluso fumándose un cigarrillo por la cara.

—Sí hombre…

—Ya lo verás. Vas a conocer un país que nada tiene que ver con lo que imaginabas.

—Pues quiero sorprenderme, porque, aunque tenga mis dudas, quiero darle la oportunidad de vivirlo de primera mano y sacar mis propias conclusiones.

—Así debe de ser —sonreía, y a mí se me caía la baba.

Después de tomarnos el desayuno de lo más relajados, estuvimos dos horas sentados en la terraza, decidimos irnos a la calle, pero antes, fuimos a conocer las instalaciones del hotel, ya que las zonas ajardinadas y de restauración no las conocía.

Los jardines eran impresionantes y la piscina una maravilla, sería una lástima no poderla utilizar, ya que no era época, así que me iba a quedar con las ganas. Había mesas repartidas por todos lados tanto para desayunar, comer, o tomar algo.

Salimos del hotel y nos dirigimos en dirección a la medina paseando por la avenida por el lado de la playa. Era cierto que había coches y personas por la

calle, pero no en exceso, así que debía de ser verdad eso de por la noche todo se transformaba y se llenaba de vida.

El paseo se pasó en un suspiro mientras andábamos con nuestras manos entrelazadas y charlando sobre las primeras impresiones, que aún no habían sido muy grandes, lo bueno estaba por llegar y fue cuando comenzamos a adentrarnos en la parte antigua de la ciudad, la medina, zona que estaba amurallada.

De golpe y porrazo es como si me hubiera transportado a la historia del país donde podía empaparme de la cultura y arquitectura de sus edificaciones. Todo eran casas bajas entremezcladas por tiendas, bares, panaderías, pastelerías y un sinfín de comercios que parecían haberse parado en el tiempo y que se hubieran quedado en la época de los años cincuenta, por los menos. Era fascinante la sensación que me causaba verme en medio de callejuelas y calles que formaban un laberinto en el que no se sabía por dónde se iba a terminar.

Nos encontrábamos en medio del Zoco Chico, un lugar cubierto por la esencia del país donde la artesanía tradicional llamaba la atención y te hacía perderte en ella. Además, había un montón de bares con ofertas gastronómicas del país.

Vi una pared de pañuelos que me llamó mucho la atención. Llevaba unos pantalones vaqueros con unas deportivas y una sudadera en color rosa pastel, por lo que uno blanco me atrapó de inmediato, además de que iba a juego con mi bolso de piel en ese color que era grande y llevaba cruzado en mi cuerpo.

—Son sesenta dirhams —dijo el señor dándonoslo en una bolsita.

Jorge sacó el dinero que había sacado del cajero para tener la moneda oficial y le pagó al hombre.

—¿Cuánto es sesenta dirhams? —pregunté cuando salimos de la tienda.

—Seis euros, tienes que quitarle la última cifra para entender el cambio. Si te piden cien son diez euros, si te piden mil, son cien y así con todas las cantidades.

—Y si me piden doce dirhams sería un euro con veinte.

—Acabas de ponerme la piel de gallina —dijo produciéndome una carcajada.

Fuimos andando hasta el Gran Zoco, que era una pasada; pero para ser sincera, el pequeño me había gustado mucho más, es como que tenía más esencia y era más real. No sé, era mi percepción, pero, de todas maneras, todo era asombroso.

Aproveché cada rincón para que me hiciera fotos con el pañuelo en la cabeza y todas me gustaban muchísimo. También nos hicimos selfis juntos que quedaron de lo más bonitos.

Llegamos a una plaza, donde captó mi atención la Gran Mezquita en una tonalidad verde.

—Esta plaza es como un punto de encuentro, pero ya te digo que todo se ve al caer el sol.

—Pues mira con la gracia esa, el caso es que el turismo puede disfrutar el día sin tanta masificación.

Después de un paseo de lo más largo y bonito en el que cuando nos dimos cuenta, eran las tres de la tarde y aún no habíamos comido, decidimos coger un taxi para que nos llevase a un restaurante que Jorge ya tenía mirado.

La verdad es que disfruté mucho el paseo y deseaba verlo por la noche, cuando se convertiría en un bullicioso espectáculo de ir y venir de gente. Eso sí, ahora por la mañana los chiquillos pidiendo monedas nos la habían dado mortal, ya que se nos acercaban y perseguían como moscas.

Capítulo 26



El lugar que había escogido para comer me pareció de lo más fascinante, ya que era en un palacete árabe donde el lujo y la tradición iban de la mano en todo momento.

Nos acomodaron en un rincón del patio interior donde me senté en la parte que era el sofá de la pared y Jorge enfrente en un butacón.

—Pide tú por los dos que yo no tengo ni idea de este tipo de comida —dije abriendo el privado con mis padres para mandarles unas fotos.

—Vamos a probar uno de los grandes guisos de aquí, el tajín. ¿Qué prefieres de cordero o ternera con ciruelas?

—No sé, me da igual, todo me gusta, lo dejo en tus manos.

El camarero nos trajo las cervezas, dado que en este lugar que era de lujo las tenían, y nos puso unas olivas aliñadas a su manera que cuando las probé me salió un gemido increíble.

Pidió un tajín de ternera con ciruelas y una ensalada marroquí.

—Pero aquí es típico el cuscús, ¿no?

—Sí, pero no lo vamos a comer todo junto, eso para esta noche o mañana.

—Qué borde eres hijo. —Me reí.

—No he dicho nada malo. —Arqueó la ceja.

—Pero lo has soltado de una manera que parecía que te estaba incitando a pedirlo.

—Tú estás con sueño a falta de echarte una siesta.

—Y de un buen polvo, para qué mentir —dije causándole una carcajada.

—Lo anoto, pero anoche eras tú la que me decías que te dejara dormir.

—Normal, teníamos que viajar temprano, pero vamos, que ya sabes que si hubieras insistido…

—Eso, échame la culpa a mí.

—Siempre la tienes. —Me reí mientras miraba los mensajes de mi padre echándome piropos y diciendo que disfrutara muchísimo.

Nos trajeron la comida y destapó el tajín que venía en una cazuela alargada de barro con una tapa. Tenía una pinta impresionante y a mí se me estaba haciendo la boca agua.

—Dios, qué rico —dije saboreando el trozo de carne entremezclado con la ciruela que me había metido en la boca, y todo era una explosión brutal—. Joder con lo cerquita que tenemos Marruecos y qué desconocida es.

—Ya te está impresionando.

—Tengo ganas de conocer más y recorrer esos lugares esta noche, en los que debe de haber una vida increíble.

—Pasearemos de nuevo por allí y mañana te llevaré a otro sitio que también te va a gustar mucho, y que es un contraste muy grande con respecto a Tánger.

La ensalada tampoco tenía desperdicio y estaba riquísima, tanto que no dejamos ni un trocito de lechuga ni de nada de lo contenía, que no era poco.

Salimos del restaurante más que satisfechos, no solo por lo rico que estaban los platos, sino por la comodidad del lugar y la profesionalidad de los camareros que estaban totalmente a la altura de un lugar como este, y encima eran de lo más simpáticos.

Llegamos al hotel y me quité la ropa para echarme un rato cómoda, pero no me dio lugar a quedarme ni siquiera con una camiseta, cuando Jorge terminó de desnudarme sin darme tregua.

Lo más gracioso es que mi velo fue a parar a mis manos que ató en mi espalda dejándome inmovilizada en parte.

Se sentó en el filo de la cama y me puso delante de él consiguiendo que todo mi cuerpo se erizara.

—¿Preparada para jugar? —preguntó mirándome fijamente mientras llevaba una mano a mi pecho y lo acariciaba a la vez que le daba un ligero pellizco a mi pezón.

—¿A jugar a qué? Porque yo me veo atada y aquí el único que tiene ventajas eres tú, que estás a dos manos. —Me reí sintiendo los pellizcos en mi pecho que cada vez eran más intensos.

—¿Y no te parece bien el juego? —Deslizó su mano por mi barriga y llevó sus dedos a mi zona donde con un toque me indicó que abriera las piernas.

Los introdujo hasta el final e hizo un movimiento con ellos que de nuevo me sacó un gemido entremezclado con un quejido. Luego los sacó para

llevarlos a mi clítoris donde los movió un poco con tranquilidad, pero apretando para ponerme más a tono.

—Ponte de rodillas… —me ordenó mientras se quitaba los pantalones y el bóxer, indicando lo que debía de hacer.

Obedecí, entonces cogió su pene ya erecto y lo agarró para que me lo metiera en la boca. Comencé a mover mi cabeza de dentro hacia fuera lamiendo con ansias su miembro y jadeando del calentón que tenía.

Las cervezas que me había tomado durante la comida me tenían de lo más desinhibida y tenía ganas de todo. Además, que para eso Jorge tenía muchas tablas, y nunca dejaba de sorprenderme. Y esta vez no iba a ser menos.

Retiró su miembro de mi boca y se levantó para colocarme con medio cuerpo sobre la cama con las piernas sobre el suelo para así dejar mis caderas al alza.

Noté cómo se dirigía a algún lugar de la *suite,* donde pude escuchar cómo abría un cajón e imaginé que iba a coger alguna cosa. Regresó y dejó algo mi lado sobre la cama y que no pude ver, ya que mi cara estaba mirando hacia el otro lado.

Puso sus manos sobre mis nalgas después de escuchar cómo se había puesto un guate de látex, al que le había echado un líquido aceitoso que hacía que su roce fuera aún más sensual e intenso. Sabía lo que iba a hacer, ya que no era la primera vez que sus dedos jugaban con mi ano y terminaba penetrándome con uno de ellos. A mí eso me excitaba muchísimo, aunque siempre me ponía nerviosa.

Su dedo comenzó a hacer pequeños y lentos círculos para ir buscando la manera de dilatarlo y entrar poco a poco. Con su otra mano noté cómo me iba metiendo algo por la vagina y solté el aire. Era una especie de consolador un tanto gordo y que se ponía en marcha haciendo como unos movimientos laterales en círculos.

Comencé a gritar de placer mientras su dedo me excitaba al máximo desde atrás.

—Hoy te voy a follar por aquí —murmuró jugando con el interior de mi culo.

—Jorge, no. —Reí con la respiración agitada y poniéndome muy nerviosa mientras notaba que el vibrador se movía con más ligereza.

—Claro que sí y lo estás deseando…

Sacó el dedo y noté cómo se quitaba el guante y lo tiraba al suelo. Se puso un preservativo, cosa que no solía hacer la mayoría de las veces, pero esta vez iba a ser por detrás.

—Jorge, por Dios, eso no va a entrar —exclamé cuando noté que iba jugando con ella para acomodarse, además de llevar un kilo de aceite sobre todo su miembro por encima del preservativo.

—Relájate y disfruta. —Se echó un poco hacia adelante y me apretó uno de mis pezones.

Recogió mi pelo en su mano y comenzó a tirar de mi cabeza a la vez que me iba penetrando mientras yo chillaba de placer y de la sensación tan fuerte que iba teniendo. Era como si fuera a explotar, pero a la vez lo deseara hasta el final.

Y fue entrando hasta que consiguió su objetivo y comenzó a moverse lentamente en penetraciones muy cuidadas, pero que no por eso dejaban de provocarme la sensación tan fuerte que tenía.

Al gritar con más fuerza, me propinó una nalgada para rebajar el tono, pero me la dio bien fuerte. Aquello se estaba convirtiendo en una locura total, y un aprendizaje con los que Jorge nunca dejaba de sorprenderme.

Deslizó su mano con destreza, encendiendo el succionador a máxima potencia y colocándolo sobre mi clítoris, desatando una locura de sensaciones mientras sus penetraciones eran cada vez menos delicadas, lo que hizo que llegáramos al clímax al unísono. Me dejé caer rendida hacia delante, sacando su pene de golpe, y luego él sacó el vibrador de mi interior.

No me soltaba las manos de detrás. Lo escuché en el aseo y luego vino hacia mí y me giró dejándome bocarriba con las manos aún en mi espalda.

—Sube las piernas y échate más hacia arriba.

—Jorge, me acabas de dar la de Dios, ahora quiero descansar —dije riendo, pero por su mirada me daba a mí que venían los penaltis.

—Abre bien las piernas. —Se colocó delante de mí abriéndolas en condiciones.

—No puedo, no me he repuesto, me has dado la del pulpo —le pedí clemencia con la risa nerviosa.

—No me vas a convencer, enana.

—Pues estoy incómoda sobre mis brazos, ya podrías ponérmelos hacia arriba.

—No te muevas. —Cogió como un sobre de color plata que estaba totalmente precintado y lo partió sacando lo que claramente se veía que eran tres bolas chinas y bien gorditas.

—Te has pasado con las medidas macho y, por cierto, ¿eso lo traías desde España? Qué vergüenza si nos llegan a haber registrado y te sacan todas esas cosas, y más en un país árabe —dije causándole una risita.

—No me cierres las piernas —dijo poniendo la primera y más gorda en la entrada de mi vagina y abriendo los labios con la otra mano.

—Dios, esto da mucha presión.

—Entonces elegí las perfectas.

—Tus muelas —resoplé al notar la presión de la segunda.

—Venga la última.

—Pero no empujes tanto que me la vas a sacar por la garganta —me quejé riendo y notando una presión súper fuerte.

Una vez colocadas, llevó dos de sus dedos a mi clítoris y comenzó a estimularlo. A mí me dolía todo el cuerpo, pero de nuevo conseguía que el placer apareciera pidiendo más guerra.

Con una mano comenzó a tocarlo a toda velocidad mientras con la otra jugaba con mis pezones, pellizcándolos sin piedad; sonreía escuchando cada gemido que salía de mí.

Se subió a la cama poniéndose al contrario encima de mí, medio apoyado, para que su pene cayera en mi boca. Se lo mordisqueé a ritmo de la excitación y sin cortarme un pelo. Él seguía jugando con su dedo a la vez que alternaba con sus labios y dientes mordisqueándome la zona sensible y poniéndome aún más excitada, si es que eso era posible.

Nos corrimos a la vez, por lo que no pudo evitar mancharme todo el pecho. Me la había dado mortal y no solo eso, después de soltarme me arrastró hasta la ducha sin quitarme las bolas chinas y allí comenzó a lavar todo mi cuerpo con una esponja y sus dedos que seguían juguetones.

Estaba que me caía de sueño, entre el madrugón, el paseo, las cervezas y ahora todo esto, solo quería dormir.

Nos tumbamos en la cama después de secarnos echándonos desnudos el uno sobre el otro. Ahora sí, por fin, nos tocaba nuestro merecido descanso.

✣ ✣ ✣

Si por la mañana la ciudad me había cautivado, al atardecer con todo repleto de gente, me estaba dejando sin palabras.

Una tremenda mezcla de una misma cultura, la tradicional y la moderna, se cruzaban por la calle dando paso a un país árabe que en muchos aspectos se veía que iba occidentalizándose. De hecho, eran muchas las jovencitas que lucían vaqueros, camisetas y sin velo, por lo que comencé a comprender que el tema de la ropa más que una imposición, era una tradición que hoy en día llevaban los que querían. Obviamente, habría muchas familias con una mentalidad muy antigua que se opusieran a ello, pero no era lo que se transmitía en la calle.

Paseamos por la medina en la noche, y era todo un hervidero de gente comprando y paseando. Me encantaba la vitalidad que me rodeaba y me sentía dichosa de poder estar viviendo esta experiencia, que me haría regresar a España con un concepto diferente de este país.

Terminamos en un restaurante en el que había un grupo marroquí amenizando la noche a todos los turistas que disfrutaban de la gastronomía del país, y donde nos animamos a comer el cuscús y una pastella de pollo que estaba para chuparse los dedos.

Luego regresamos tomando un helado por la avenida Mohamed VI, que era en la que estaba el hotel, y disfrutamos del paseo de lo lindo.

A pesar de haber dormido la siesta, en cuanto nos tumbamos en la cama, abrazamos a Morfeo.

A la mañana siguiente, nos levantamos y pedimos el desayuno al servicio de habitaciones, que tomamos tranquilamente en la terraza de nuestra *suite*. En cuanto terminamos, decidimos ir a recorrer otra parte de Tánger, donde me sorprendió con la oportunidad de montar en camello, y, aunque me puse muy nerviosa ni lo dudé. Al final terminé lanzándome a hacerlo, ya que sabía que de lo contrario podría arrepentirme.

Me grabó vídeos y me hizo muchas fotos que quedaron preciosas, capturando la gran aventura que estábamos viviendo en este país y que me servirían para recordar siempre.

Estuvimos visitando unos lugares más modernos de la ciudad y terminamos de compras en un centro comercial del que salimos con varias bolsas.

Fueron tres días que aprovechamos a lo grande para hacer infinidad de cosas, sobre todo, impregnarnos de la fascinante cultura que había en el país y que se percibía tan diferente a nuestras costumbres, pero a la vez tan iguales en muchos aspectos.

Y tocaba regresar de nuevo a nuestras vidas en el mismo barco que nos trajo hasta este continente africano del que me llevaba un montón de sensaciones, sobre todo, la de querer regresar para seguir conociendo otros lugares de este país.

Capítulo 27



Habían pasado unos meses desde que me vine a vivir con Jorge y eran las primeras fiestas navideñas que íbamos a pasar juntos. Nos hacía muchísima ilusión.

Aprovechamos el puente de diciembre, como marcaba la tradición, para adornar la finca de cara a las fiestas y vaya si lo conseguimos, haciendo de las tierras y sus edificaciones todo un espectáculo.

En el porche, a un lado del frontal, pusimos un belén gigante, y todo decorado con paja y vallas de madera. Se había dejado un ojo de la cara en ese rincón, y esperábamos que las figuras nos duraran para toda la vida, por lo menos.

Los árboles estaban adornados con unas pequeñas luces brillantes que hacían de la noche un verdadero espectáculo, al igual que las que estaban repartidas por las cornisas del techo y las columnas del porche.

Amanecimos en la finca ilusionados por la fiesta que haríamos para la cena de Nochebuena, que era esa noche, y que la culminaríamos con la comida de Navidad. A lo largo del día comenzarían a llegar y teníamos las habitaciones y apartamento preparados para acomodarlos a todos.

Estos días, Lola y Chus, los pasarían con nosotros, y Nochevieja en casa de los padres de él. Se unirían a la fiesta Manuela, mis suegros y, María y Paco,

que estarían presentes como uno más, aunque durante el día María estaría con el tema de las comidas mientras los demás echaríamos un cable, al menos yo, que no pensaba dejarla sola con todo el trajín.

Nos asomamos a la cocina y saludamos a María indicando que desayunaríamos en el porche, como tanto nos gustaba. A pesar de ser pleno invierno el clima estaba genial y, además, él había tenido la genial idea de poner en nuestro rincón de desayuno y comida favorito, unas estufas exteriores grandes que hacían que se estuviera genial a cualquier hora.

En pijama que desayunábamos más felices que unas perdices y más hoy, con la emoción de poder pasar junto a nuestros familiares y amigos, unas fiestas tan señaladas y en la finca. ¿Qué más se podía pedir?

A Jorge le entró un mensaje de sus abogados en el que le informaban de que Rebeca había sido condenada a seis años de prisión, lo que significaba que al menos tenían que pasar dos años hasta que pisara la calle, ya que podría empezar a salir una vez cumpliera una cuarta parte de su condena.

Nos alegramos muchísimo por ello, había atentado contra la vida de Melissa, y eso no podía pasarse por alto, mínimo debía hacerse justicia y se había hecho. Aunque pocos años le habían caído para la desgracia que podía haber causado.

Jorge le mandó un mensaje a Melissa para felicitarle las fiestas y comentarle lo de la sentencia, y ella le contestó muy contenta y nos mandó un mensaje a los dos. Como siempre sonreí y le saqué el dedo a Jorge para que se lo mandase como saludo. Eso era tan tradición como las fiestas navideñas.

Lola y Chus llegaron en pijama, tal cual, con su maletita, pero en pijama que se notaba que lo estaban estrenando.

—¿Habéis tenido la poca vergüenza de venir así? —les preguntó Jorge riendo.

—Siempre chuleáis de que un desayuno aquí en pijama es de otro nivel, pues habéis provocado que a la niña se le haya metido en las narices venir así —dijo Chus señalando a Lola.

—Si os llega a pasar algo por el camino, la gente hubiera flipado al veros así —dije negando y riendo a partes iguales.

—Pues si hubiéramos tenido un accidente, los de la ambulancia lo tendrían fácil para mandarnos al hospital ya con el pijamita y todo —dijo esta, cogiendo una tostada de la bandeja.

—Lo de vosotros es para hacérselo mirar —decía Jorge negando.

—Tú calla, que lo vuestro sí que tiene delito —le contestó ella chupándose los dedos de la mermelada que había juntado.

María trajo más café y pan, sonriendo al verlos así vestidos. La verdad, es que estas cosas solo podían pasar con mi amiga Lola, aunque para qué mentir, yo también era igual y lo hubiera hecho en caso contrario.

—Al final, mis padres aceptan tu invitación, ya que mi tía está con fiebre y no van a cenar juntos —dijo Chus.

—Qué bien, pues ahora sí que podemos decir que vamos a estar todos.

—Mis benditos suegros, ¡qué emoción! —dijo con ironía Lola, y le di una colleja ya que me pillaba cerca.

—Te quejarás de ellos que son dos santos benditos contigo.

—Muy bien dicho —me dijo Chus y esta le dio otra colleja en cadena.

Para vernos a los cuatro en pijama y tan tempranito, pero conociéndolos, sabía que ellos iban a aparecer los primeros.

Después de darnos el atracón mañanero, tomar un par de cafés y fumarnos unos cigarrillos, Lola y yo nos fuimos a la cocina a echar una mano a María. Los chicos se pusieron con un cochinillo que habían comprado ya partido en dos y que iban a hacer en el horno de piedra que había junto a la barbacoa, al principio de uno de los laterales.

Paco apareció con un montón de marisco que Jorge había encargado en el mercado, y cuando digo un montón, me refiero a kilos y kilos, en los que no faltaron: patas, bocas, langostinos, langostas, buey, cigalas repletas de huevas y un sinfín de delicias más que nos dejaron completamente asombradas.

—No veas con Jorge, cómo se las gasta con la Navidad. ¡Viva el derroche! —exclamó Lola.

—Somos muchos, además mañana también se pondrá en la comida.

—No, si a este paso vais a estar comiendo marisco toda la semana. Qué barbaridad.

—Pues mira, por mí no hay problema porque me encanta.

—¿Lo vais poniendo todo colocado bonito en estas bandejas? —nos preguntó María.

—Claro —dijimos a unísono.

—Así se quedan preparadas con un pañito húmedo por encima y en el frigorífico que hay en la despensa, que ese está vacío.

El de la cocina era gigante, tipo americano con dos puertas, una parte era el congelador y la otra la nevera, pero claro, estaba lleno hasta los topes porque como decía, a exagerado no lo ganaba nadie a Jorge, y lo había petado todo.

Llevamos las bandejas al frigo que habían quedado de lo más perfectas, hasta todos los langostinos y demás mirando en la misma dirección. Una obra de arte habíamos preparado y que ahora se reservaría hasta la noche.

María estaba rellenando un pavo que ella misma había limpiado y al que le estaba poniendo por dentro huevo duro, taquitos de jamón de pavo, trozos de queso, ciruelas, carne picada y nueces. Luego lo metió en el horno.

Una vez hecha la pieza, se corta a rodajas y quedan perfectas. Además, le preparó a parte una salsa de zanahorias y otra de Roquefort, para que cada uno se la echase al gusto.

A la vez estaba haciendo una olla de puchero para hacer tentempiés de sopa de picadillo por si la cosa se desmadraba por la noche o simplemente a alguien le apetecía, si no hoy, al día siguiente.

La íbamos ayudando en todo lo que nos pedía que pelásemos o hiciésemos, aunque teníamos que preguntarle mil veces porque no era capaz de mandarnos a hacer nada, así era María, pero nosotras no dejamos de insistir y lo conseguimos, al menos poner un granito y hacerle compañía.

A la una de la tarde aparecieron mis suegros que, al vernos a todos en pijama, no se les ocurrió otra cosa que entrar a dejar sus bolsas en la habitación y ponerse los suyos. Me encantaba su humor y lo bien que se acoplaban a todo.

Sus padres habían traído una tortilla gigante de patatas que habían hecho al horno, aunque con las patatas fritas, pero de esa manera podían darle una forma cuadrada y con eso del truco de echarle un poco de leche, quedaba de lo más hecha por fuera y jugosa por dentro. Esta era para el mediodía para ir entrando en calor, como ella decía copa de vino en mano, que acababa de servirle Jorge.

Además, habían traído una bandeja de croquetas que estaban solo listas para freír y que se habían currado los dos, cincuenta de puchero y cincuenta de bechamel de marisco.

Mis padres llegaron en pijama, literal. Les había contado todo por mensajes y aprovecharon la información para venir directamente a juego con los demás. A mí madre cada vez le crecía más la barriga y estaba preciosa.

Obviamente, no venían con las manos vacías y trajeron una empanada gallega de atún que era kilométrica y que había encargado en la panadería de unos gallegos que tenían mucha fama. También traían una cesta gigante llena de productos de dulces navideños a la que no le faltaba ni un solo detalle.

Y, por último, mi padre tuvo los santos cojones de tirar tres mil euros a la basura y regalarle a Jorge la botella de ron exclusiva con la que me engañó en la isla de Cuba. Le había contado a mi padre la historia en aquellos momentos y este, que tenía muy buena memoria, le sorprendió con una de verdad que le había comprado para este día.

—Papá, ¿has tirado tres mil euros a la basura? —pregunté incrédula.

—He ganado un hijo al que no he tenido que mantener en mi vida —se refirió a Jorge y se vio la emoción hasta en la cara de mis suegros—, que menos que le dé un caprichito una vez en la vida. ¿No crees?

—Yo espero que te luzcas con mis regalos de Reyes o me voy a empezar a preocupar —murmuré en alto bromeando.

—A ti te regalé el coche.

—Es verdad, pero vamos, que me lo merecía con creces. —Me reí y mi madre sonreía escuchándonos con la risilla suelta mientras nos miraba al uno y al otro.

—De verdad, muchas gracias, esta noche lo tomaremos. —Le abrazó.

—Tres mil euros para una ronda de copas —volví a murmurar para luego echar una carcajada de incredulidad.

Nos pensábamos que algunos vendrían por la tarde, pero no, todos aparecieron antes de la comida y con las manos llenas. No había visto tanta comida junta en mi vida.

Eso sí, hasta María y Paco terminaron poniéndose un pijama a la hora de comer, porque de esa guisa habíamos terminado todos y pintaba que así nos íbamos a quedar todo el día y la noche, así que antes de comer nos duchamos y nos pusimos otro nuevo.

En la comida nos pusimos las botas picoteando todo lo que habían traído, lo que más triunfó fue la tortilla y las croquetas, todo había que decirlo, aunque la empanada también fue muy repetida y otros entrantes como unas tablas preparadas de jamón y queso que habían traído los padres de Jorge o los canapés que había preparado Manuela.

Las botellas de vino no paraban de venir desde la bodega de Jorge y es que no duraban ni una ronda, ya que todos estábamos bebiendo menos mi madre, que se lamentaba de ello y le hablaba a la barriga para decirle el sacrificio que estaba haciendo por ella. Nos reíamos mucho con ella porque estaba de lo más nerviosa por no poder tomar una copa, con lo que le gustaba una fiesta.

Comimos en el porche, ya que había una mesa gigante en la que cabían catorce personas, y con eso de las estufas se estaba tan bien que hasta proponían que aquí mismo fuera la cena y no dentro.

Para poneros en contexto, terminamos de comer a las siete de la tarde, porque fueron tres horas las que estuvimos picando relajadamente mientras tomábamos un vino tras otro.

¿Quién era el bonito que cenaba a las nueve o diez de la noche si estábamos hartos como pavos?

El caso es que pasamos a las copas y, charla por aquí y charla por allí, eran las once de la noche cuando sacamos el marisco a modo picoteo y decidimos dejar el cochinillo para el día siguiente.

Nos reímos lo más grande con mi madre. Chus y Jorge se cayeron a la piscina, borrachos y en pijama, pero no soltaron la copa en ningún momento, y mi padre, sin pensarlo, se tiró detrás. María nos cantó una copla mientras

todos la escuchábamos emocionados. Mi madre, agotada, se acomodó un ratito en sofá y allí se quedó roncando. La música nos llevó a cantar rumbitas hasta las cuatro de la mañana, cuando María apareció con una deliciosa sopa de picadillo que todos agradecimos de lo más felices, justo lo que necesitábamos antes de irnos a dormir.

Capítulo 28



—Están todos desayunando, vida.

—Para ellos. —Saqué el dedo sin despegar mi cara de la almohada.

—¿Serás grosera?

—Grosero tú, que has venido a despertarme cuando la cabeza me retumba por todos lados.

—Venga, te tomas una pastilla con el desayuno.

—¿Y por qué no me lo traes a la cama?

—Porque nuestra familia está ahí fuera, menos los padres de Chus y Manuela, que ya se han marchado.

—Sí, Manuela tiene una comida en casa de su hermana y los padres de Chus tienen visita hoy, por lo visto de unos familiares del pueblo.

—Mira qué bien te acuerdas de todo. —Comenzó a meter sus dedos en mis costillas para hacerme cosquillas.

—Para, para que me duele la cabeza.

—Venga, a desayunar.

—Vale, pero me doy una ducha antes.

—Eso hice yo hace un rato y me vino genial. Te doy diez minutos. —Me dio un beso y me ayudó a levantarme.

Todo me daba vueltas aún y me quedé un rato paralizada debajo del agua de la ducha. Lo recordaba todo a la perfección, pero me había pasado tres pueblos bebiendo.

De nuevo, me coloqué otro pijama y, sinceramente, era lo mejor que me podía haber pasado en estas fiestas en las que siempre uno se vestía con sus mejores galas, pero ¿y lo cómodo que era estar así?

Salí con la pastilla en la mano dando los buenos días y poniendo cara de estar muriéndome. Me la tomé con un poco de zumo.

—Toda la culpa la tiene este. —Señalé a Jorge—. Por cierto, ¿en qué momento nos tomamos la botella de tres mil pavos? —pregunté porque eso no lo recordaba.

—En ninguno, a ver si te crees que con el rebujo que llevábamos iba a poner esa joya sobre la mesa. Esa está guarda para luego, que pinta que hoy no vamos a estar todo el día empinando el codo.

—Qué no, dice. Chus, valor tiene tu amigo en ponernos a prueba —dijo Lola causándonos una carcajada bien grande.

—Pues entonces la botella se guardará para otro momento. La tengo custodiada y no la pienso soltar —decía Jorge orgulloso de ello.

—La niña no deja de darme patadas, verás que va para la selección femenina de España.

—¡Mamá, por Dios! —exclamé para luego reírme.

—La niña será lo que quiera ser, hija.

—Claro que sí, pero es que tú tienes unas cosas —negué volteando los ojos.

María nos sorprendió con dos bandejas de churros que ella había hecho y que le salían mejor que los de las churrerías. Esa mujer tenía unas benditas manos que hacían que yo estuviera más que encantada con sus comidas.

Y no faltó el chocolate para mojar, si no, que se lo dijeran a mi madre que hasta el pecho se estaba manchando como los niños pequeños, aunque como ella decía, no había bebido alcohol, pero un homenaje de azúcar se iba a dar. La verdad que el resto de los días se cuidaba mucho.

La mañana transcurrió en calma y, al fin, logramos preparar una mesa navideña preciosa y elegante. Los platos y presentaciones lucían impecables y el cochinillo estaba increíblemente bueno, del que solo quedaron huesos y dientes. Además de muchas otras cosas, como de nuevo el marisco y el pavo relleno, que todos probamos con una de las dos salsas y nos chupamos los dedos. Hasta la aplaudimos por lo bueno que estaba.

Comimos con refrescos y agua, no hubo nadie capaz de ingerir, hasta ese momento, ni una gota más de alcohol.

Había tanta comida que convencimos a mis padres y a los de Jorge para que se quedaran hasta el día siguiente, así podrían cenar esa noche y comer al día siguiente antes de irse. No hubo que convencerlos mucho. A Lola y Chus, no les dije nada, ya que ellos no tenían intención de irse en dos o tres días, como ya nos habían advertido varias veces.

Por la tarde merendamos los dulces navideños que trajo mi padre y también una tarta de tocino de cielo que había hecho María, y que arrasamos por completo.

La cena también la preparamos bonita y temprano, porque todos estábamos cansados y habíamos pasado todo el día de cháchara. Así que nos fuimos a la

cama pronto, aunque mi madre se durmió antes y ni siquiera llegó a cenar.

Estaba feliz, emocionada de haber pasado unas primeras Navidades con mi madre y súper especiales por todos los que habían formado parte de ellas.

Me acosté con una sensación de paz y felicidad que me llenaba el corazón por completo. De la misma manera que me levanté al día siguiente y comprobé la hora.

—Joder, son las diez de la mañana, hemos dormido once horas —dije alucinando.

—El cuerpo es sabio y nos dio lo que necesitábamos. —Se revolvió hacia mí.

—Quita, quita, que voy a ducharme y me voy a poner unas mallas y una sudadera con mis deportivas, ya está bien de tantos revolcones y pijamas —dije riendo y escapándome de él para meterme en la ducha.

Y parecía que todos nos habíamos puesto de acuerdo, que cuando salí al porche no había ni Dios en pijama.

Desayunamos unos cruasanes que había hecho María y que rellenó con jamón de pavo y queso. Todos repetimos de lo buenos que estaban.

Estuvimos jugando a las cartas, charlando y tomando algún que otro café a lo largo de la mañana hasta la hora de la comida.

Fue después del postre cuando los padres de Jorge y los míos se marcharon. Nos dieron las gracias por todo y se notaba que se iban satisfechos por cómo se lo habían pasado.

Nos quedamos los cuatro, eso sí, nos fuimos a echarnos una siesta como Dios mandaba, que ya los compromisos se habían acabado.

Los padres de Jorge me habían regalado por Santa Claus un precioso bolso de firma, que era de lo más bonito y práctico para cualquier *outfit*. Mis padres me habían regalado una cazadora preciosa que vi un día en un escaparate y dije que era una cucada.

La realidad es que fue toda una sorpresa por ambas partes porque, realmente, nosotros éramos de Reyes, pero habían tenido un detalle muy bonito, como el de mi padre con la botella para Jorge.

Cuando nos levantamos de la siesta ya estaban en el salón Lola y Chus tomando un café y con la mantita por encima, nos unimos a ellos poniéndonos de igual forma en el otro sofá.

Al final decidimos pasar el resto de tarde-noche viendo pelis a golpe de palomitas y refrescos. Nos apetecía mucho a los cuatro y también nos venía bien descansar de esa manera.

Estábamos tan hartos de las comidas de estos días, que decidimos pedirnos unas hamburguesas con sus menús que traían a domicilio y que tanto nos gustaban a Lola y a mí.

Se quedaron con nosotros tres días más, y es que, la verdad, en la finca se estaba de muerte.

Nochevieja la pasamos en casa de mis padres, que prepararon la cena. Los padres de Jorge se habían ido a pasarlo en París en plan romántico, me hizo mucha gracia, pero me encantaba que disfrutaran de la vida.

Acabar y empezar el año con mis padres y Jorge fue lo más bonito que había vivido en mi vida, y es que ahora sí que sentía lo que era tener una familia de verdad y un amor que había llegado para quedarse.

Capítulo 29



Los meses volaban de una manera vertiginosa…

Hay cosas que se ven venir y otras que no. Y nosotros no le echamos mucha cuenta a mi madre cuando en aquel almuerzo de domingo, resultó que de pronto le dio una patada a mi silla, pues estaba a su lado.

—Mamá, si quieres que te pase algo de la mesa, no tienes más que pedírmelo, no hace falta que me des patadas —le comenté porque un poco más y me tira.

—*Mija*, si no es eso. Es que me ha pasado lo mismo que cuando me puse de parto de ti, que se me ha ido la pierna sola.

—Será una casualidad, mami, porque todavía te faltan unos días. Mira, coge un poquito de pan y mójalo en la salsita esta, que tiene Pedro Ximénez y está de vicio. Se te va a pasar todo, ya lo verás.

—No estoy yo muy segura, hija. La verdad es que no lo estoy.

—Venga, venga, haz barquitos… Te hago uno, que no me entere de que te quedes tú con antojo de nada. Abre la boca —dije muerta de la risa.

—Si es que no me entra, *mija*, parece que se me ha cerrado el estómago.

—Ya, ahora se te ha cerrado el estómago, pero otra cosa no se te cerró, que menudo berrinche me llevé en su día. Venga, venga, no me hagas hablar. Come y calla.

Le metí un trozo de pan con salsa en la boca a la fuerza. Mi padre me miró como queriéndome decir que había sido un poco bruta, pero ni caso le hice.

—A ti lo que te pasa es que te has puesto un poco celoso. Ven aquí, anda, que también te tengo un trocito de pan.

Jorge se partía de la risa viéndome. A él es que mis cosas le hacían muchísima gracia. A mí madre le debieron hacer menos, porque lo cierto es que no tenía muy buena cara, estaba como desencajada.

Igual podía haber sido yo más lista, aunque reconozco que achaqué su malestar a que estaba más inflada que un globo en la recta final del embarazo y que ya tenía los tobillos como dos botijos, a consecuencia de la retención de líquidos.

Sin ir más lejos, aquella misma mañana le había tenido que poner los zapatos, pues les habíamos invitado a que se quedaran en la finca con nosotros para que ella se sintiera más acompañada en esos días, en los que estaba muy sensible y lloraba por todo.

De pronto, la miré y tenía las lágrimas a punto de salirle.

—Ay, mami, ya te ha entrado otra vez la pena, no ganamos para pañuelos de papel, menudo festival de hormonas que me tienes ahí dentro. Venga, venga. Toma uno y te puedes sonar los mocos también, que eso te deja nueva.

Sé que decía muchas tonterías, pero al final con ellas siempre arrancaba sus risas. Mi madre era una buena mujer y yo tenía que ayudarla en esa etapa tan especial.

Salí con Jorge esa tarde, pues teníamos un compromiso, y cuando llegamos ellos ya estaban acostados. La fiesta comenzó de madrugada, cuando escuché

voces que entre sueños me pareció que podían corresponder a las de unos ladrones. Imaginación siempre he tenido mucha.

—Jorge, prepárate porque nos van a atracar —le comenté entre sueños.

—¿Qué dices? ¿Quién nos va a atracar?

—Hazme caso, que sé lo que me digo. He escuchado voces. Y todo por tener dinero. Se siente, te ha tocado.

—Yo lo único que siento es que son las tantas de la madrugada, cariño. Y que nos vamos a desvelar, y yo no he escuchado nada.

—Ah, ¿no? Listo, que eres tú muy listo, ¿y ahora tampoco? —le pregunté porque algo volvió a sonar.

—Ay, Dios, ahora sí, pero es un lamento, ¡es tu madre, Eliana!

—¡La madre que me parió! —exclamé de golpe.

—Esa misma. Y por cómo suena, yo te diría que se ha puesto de parto.

—¿Cómo se va a poner de parto si todavía le faltan unos días?

—Cariño, porque eso tampoco es una ciencia exacta, ¿no la oyes?

—¡Corre! ¡Hay que llevarla a la clínica! No vaya a ser que se ponga de parto aquí, que yo no puedo con la sangre. Me da un patatús, vaya…

Me levanté y corrí para coger las llaves del coche.

—¿No se te olvida algo, Eliana? —me preguntó mientras se vestía.

—Decirle que ojalá sea una horita corta, ya lo sé. Y el caso es que será lo que tenga que ser, que igual se está retorciendo la pobre hasta mañana, a

saber.

—No me refería a eso…

—Claro, porque no eres tú quien tiene que parir, ¿no te acabo de decir que eres muy listo? Pues lo eres, claro que lo eres. Qué coraje me da…

—No es eso, cariño. Es que vas en camisón y sin bragas.

—Anda, pues es verdad. Me lo podías haber dicho antes.

Me vestí a la carrera y enseguida entré en el dormitorio de invitados que ocupaban mis padres. Mi madre estaba ya de pie, con los ojos hasta bizcos por las primeras contracciones.

—Ay, mamá, que al final va a ser verdad que estabas de parto y yo tentándote con la salsa de Pedro Ximénez. Bueno, mejor, que así te has llevado un gustito para el cuerpo, porque lo que toca ahora…

—*Mija*, ahora estoy viendo las estrellas de dolor.

—Y eso que la noche está encapotada, que se ha levantado una niebla que parece que va a salir algo raro entre las tinieblas, lo mismo sale Drácula del armario.

—Cariño, si el armario es empotrado —contestó Jorge muerto de la risa.

—Y Drácula puede ser extraplano, como las compresas. No me contradigas que sabes que a estas horas no soy persona. Mamá, no es por nada, que tú sabes que ahora estoy muy contenta con ella, pero ¿mi hermanita no tenía otra hora para venir al mundo? Venga, papá, cógela de un brazo y yo del otro, que la vamos a meter en el coche.

—Hija, que estoy de parto, no inútil…

—Qué seca, mamá, a mí no te pongas borde a estas alturas.

Para qué hablaría. El karma ya estaba al acecho y nada más decirlo me cayó un caño de agua en los pies, en unas deportivas nuevas, una cucada que estaba estrenando ese día.

—Mamá, ya no digo nada más. Me cierro la cremallerita ahora mismo —le dije echándome mano a la boca y haciendo como que la cerraba.

Nos metimos en el coche y yo, muy espabilada, me senté con Jorge delante.

—Papá, ahora mami lo que necesita son mimitos, dáselos tú —le pedí viendo que sus contracciones iban a más y tras notar que le había arreado un pellizco a mi padre de categoría tras una de ellas.

—Sí, hija, sí —me contestó él con un poco de ironía.

—Jorge, y tú pisa el acelerador, no vaya a ser que la niña venga con prisas y comience a sacar el cabezón aquí en el coche, que a ver luego quién es el guapo que limpia lo que pueda liar.

—Eso quisiera yo, *mija,* que naciera tan pronto. veinticuatro horas de parto que me pasé contigo, fíjate.

—Ay, mamá, qué tormento, ¿y te han quedado ganas de tener más? No te digo lo que pienso porque no es el momento, pero que ya hablaremos tú y yo —le dije viendo que la pobre comenzaba a sudar a chorros.

—Lo que me faltaba. —Le escuché decir a Jorge en ese instante.

—¡Toma ya! ¡Nos están persiguiendo! ¡Qué emoción!

—¿Emoción? Es la Guardia Civil, Eliana —suspiró.

—Eso ya lo veo, que no estoy cegata. Mamá, tu parto se va a hacer viral. Nos van a detener.

—¿A detener? Déjame que hable yo con ellos, *mija*.

—Mamá, que esa no es tu voz, ¿estás poseída?

Más o menos debía estarlo. Lo digo porque cuando uno de los agentes se asomó, ella abrió su ventanilla y le habló en un idioma que yo no conocía.

—Lo siento, señora. —Se echó él hacia atrás como si en lugar de palabras, por la boca de mi madre lo que saliese era algo lo más parecido al ácido—. Ya veo que está de parto, que vaya bien.

—Venga, Jorge, arreando y que diga mi madre lo que diga, yo esto lo veo muy adelantado.

A partir de ese momento, mi madre siguió hablando en varias lenguas que no debían de ser ni oficiales. Era eso o que echaba muertos por la boca, porque yo entender no es que entendiera ni una palabra. Llegamos a la clínica y enseguida la monitorizaron.

—Eliana, el parto va muy bien y tiene pinta de que va a ser rápido —le comentó Julia, su ginecóloga, quien ya nos estaba esperando porque la habíamos avisado.

—¿Lo ves, mami? Tanto quejarte y esto va a ser visto y no visto.

—Más duele, *mija*, más duele —me contestó y eso sí lo entendí. Como también debió entender ella lo que grité cuando me dio un apretón en la mano que un poco más y me la parte por siete sitios a la vez.

No la tuvieron demasiado tiempo en la habitación porque estaba dilatando a todo trapo. De manera que Julia enseguida pidió que la llevaran al paritorio.

—Mami, yo me voy a quedar aquí rezando por ti, ¿vale? Ya verás que enseguida tienes a mi hermanita dándote la brasa encima. No te va a caer nada… Pero tú te lo has buscado, ¿no querías más niños? Pues ahí lo tienes.

—No, hija, tú te vienes con nosotros al paritorio. —Tiró mi padre de mi mano.

—¿Qué dices, papá? ¿Has bebido? Qué irresponsable, ¿no? Eso no está nada de bien. Te lo digo para que lo sepas.

—¿Cómo voy a beber, Eliana?

—Pues yo qué sé, igual ha sido ha sido por los nervios y no lo recuerdas.

—Morro tienes tú, amor, que estás tratando de zafarte —me susurró Jorge.

—Mira el listo. Pues entra tú —le dije en tono provocador.

—¿Cómo voy a entrar yo, si soy su yerno?

—A mí no me andes con tópicos, ¿eh? Que mi madre es muy buena gente, no es la típica suegra para echarle de comer aparte, ¿tú qué te has creído?

A mí es que la falta de sueño me sienta fatal. O, mejor dicho, lo que me cae como una patada en el culo es que me despierten después de haber dado una primera cabezadita, como había ocurrido esa noche.

—Hija, ¿cómo va a entrar Jorge? Tienes que ser tú. —Mi padre no me dio opción.

Nada de eso estaba hablado. Para mí que, si él la había embarazado solito, también se comería lo del paritorio sin necesidad de la presencia de nadie más. Y no, que me encontré con el pastel de que también tenía que entrar.

Lo entendí muy pronto, cuando comenzó el parto en sí y a ese hombre se le puso la cara del color de la cera. Quería hacerme la prudente y no hablar por no ofender, pero tenía ganas de decir algo. No, en realidad no es eso, es que no me atrevía, hasta que abrí el pico.

—Mami, para mí que deberías darte prisa, porque a papá se le está poniendo un color demasiado feo en su rostro, para mí que este hombre no está bien.

Mi madre no me contestó, ni falta que hizo. De la mirada que me echó, me dejó callada. Y entonces fue cuando mi padre comenzó a tambalearse, como si fuera un balancín y se desplomó de repente al suelo. Menudo bombero teníamos en casa…

—¡Hombre al agua! Digo, ¡hombre al suelo! —exclamé, y vinieron a atenderlo— Mami, igual debería irme también, que aquí la cosa se está poniendo regular. Igual es que hay algo en el ambiente o qué sé yo.

—Tú de aquí no te vas —me anunció con una voz que daba miedito. De verdad que mi madre era un encanto, pero esa noche era como si me la hubiesen cambiado.

A mi padre lo sacaron de allí y ella me cogió la mano. Yo solo le pedía a Dios que aquello se acabara pronto porque si no, me iban a tener que cortar la mano, que esa mujer apretaba como si llevara toda la vida poniendo tornillos en un taller, qué barbaridad.

—Ya está casi, ya falta nada y menos, te estás portando como una campeona, Eliana —le anunció Julia.

Me dio por asomarme y vi una matita de pelo monísima. Y no era de mi madre precisamente, que nadie piense mal. Era de la cabecita de mi hermana, que no podía ser más peludita.

—Ay, mamá, que ya casi está ahí, que ahora es verdad —le comenté con tal emoción que las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas como

puños.

—¿Sí, *mija*?

—¿Te iba a mentir yo? Además, que me estoy emocionando mucho. No sabía que a una cosita tan chiquita se la podía llegar a querer tanto —le confesé.

—Pues yo sí lo sabía, porque te he querido siempre y tú naciste igual de chiquita.

—Eso espero, porque para salir por ahí, no veas…

Un poco mareada también estaba, pero eso no se lo iba a decir a ella. Dejé que me apretase la mano todo lo fuerte que quisiera y sin quejarme. Bastante le dolía a mi madre, como para hacer el tonto.

—¡Ya viene! —nos anunció Julia y entonces el cuerpecito de mi hermanita resbaló al completo hacia fuera.

—¡Mami, ya está aquí! ¡Y va a ser cantante! —le chillé porque la niña rompió a llorar y nos demostró que tenía unos pulmones impresionantes.

—Mi niña, mi niña. —Comenzó a llorar ella también—. Mis niñas— corrigió al mirarme, y yo asentí medio en protesta por casi olvidarse de mí, que ya tenía mis añitos, pero también la necesitaba ahora que la tenía.

Nunca me había sentido tan orgullosa de alguien como de ella en ese momento. Mi madre había demostrado ser una mujer todoterreno que podía con todo. La pobre, tenía el flequillo que se le podía exprimir y, aun así, no dudé en besar su frente.

—¿Quieres cortar tú el cordón umbilical? —me ofreció Julia. Un bonito gesto que no esperaba.

—Es que no soy demasiado habilidosa para esas cosas, déjalo mejor, no sea que la líe.

—No la puedes liar, mujer, si yo te indico por dónde.

—Venga, sí, Eliana —me animó mi madre.

—Vosotras lo habéis querido —asentí mientras lo hacía con lágrimas en los ojos.

La recién nacida era una auténtica preciosidad y la criatura más tierna que hubiese visto nunca. Después de que se la pusieran a mi madre en el pecho, y se quedase allí tranquilita durante unos minutos, me llegó el turno y me dejaron cogerla en brazos.

Morí de amor, no puedo decir nada más. Morí en el momento en el que abrió sus diminutos, pero vivos ojos, y me dedicó aquella mirada infantil tan cargada de vida que cargó mis pilas.

—Hola, cosita, soy tu hermana mayor —le dije emocionada—. Te tengo que confesar que cuando supe que vendrías al mundo me puse un poco tonta porque soy así, pero ahora siento que no te puedo querer más. Bienvenida a la familia. —Le acaricié esa espaldita tan suave que tenía, con un tacto a piel de melocotón y un olor a vida que no olvidaré jamás, por muchos años que pasen.

Capítulo 30



Aquella tarde, sospeché que algo estaba sucediendo. Me había levantado con demasiados pálpitos, y algo me decía que ese viaje que habíamos hecho a Brujas y del que regresábamos al día siguiente no sería uno más.

Todo había surgido de un modo un tanto improvisado. Viendo una noticia, se me antojó ir a Brujas, vamos, que me encapriché como si hubiera tenido un amor a primera vista con ese lugar. Y Jorge, que era de los que siempre estaba atento a cualquier señal que yo pudiera dar, lo preparó todo de manera rápida y mágica.

En fin, que llegó el fin de semana y me encontré subida en un avión sin comerlo ni beberlo. Me lo dijo de sopetón e hice la maleta a la carrera, que para eso yo no ponía ni problema, sería por viajar y descubrir…

Brujas siempre me había llamado la atención y más cuando leí que era una de las ciudades más románticas del mundo. Con Jorge me encantaba viajar y sumar lugares para nuestra historia, esa que iba viento en popa y a toda vela.

Me enamoré de la ciudad. Cierto que mi corazón estaba ocupado por mi chico, pero sus canales con cisnes, sus escondidos parques, esos patios interiores tan elegantes que te encuentras a la vuelta de cualquier esquina y todo lo que poseía, provocó que me enamorase más todavía.

De aquella escapada me encantó todo. Hubo un momento ese mediodía que me resultó súper bonito, y no fue otro que cuando él improvisó un picnic en el conocido como Parque de la Reina Astrid.

Jorge era así. Siempre pensé que era un ser especial y que con ello conseguía hacer magia a cada momento, que conseguía que cualquier ocasión tuviera algo para recordar.

Y por esas cosas, desde ese momento comencé a detectar un brillito en su mirada de lo más sospechoso. En el fondo, siempre lograba sorprenderme, como bien os decía y podía imaginar que algo se venía, pero nunca qué exactamente.

Habíamos charlado, reído, contado anécdotas y hasta andado descalzos por todo el parque, en el que se mostró más enamorado que nunca. Había algo en su mirada, algo que sonaba a anuncio.

—¿Me estoy perdiendo algo? —le pregunté mientras mordisqueaba un exquisito pan que acompañó al resto de la comida, en la que no faltaba de nada.

—Yo sí que me perdí algo y me lo perdí durante todos los años en los que no nos conocimos, ¿me quieres explicar dónde estabas?

Siempre que me decía eso, era porque quería escuchar la misma respuesta, la cual yo le daba junto con la mejor de mis sonrisas.

—Esperándote, ¿dónde iba a estar?

—Yo también te esperaba —le hice un guiño.

—Sí, pero tú no perdías el tiempo mientras —le buscaba yo la lengua, algo que me encantaba.

—No, no, por ahí no vayas. Tú tampoco lo perdiste, que te faltó el tiempo para lo que tú ya sabes.

—Ya tardaba en salir Valentino —le respondí tapándome los ojos con las manos. También él aprovechó para tapar mi boca con la suya y me tiró de espaldas en el césped.

Una señora mayor que estaba allí leyendo, nos hizo una señal. En principio, creímos que se estaba molestando por nuestras muestras de amor en público, pero pronto comprendimos que si había puesto el pulgar hacia arriba era porque le parecía fantástico eso que estábamos haciendo.

Pues bien, como os digo, regresábamos al día siguiente. En el poco tiempo que llevábamos allí, nos habíamos recorrido Brujas de lado a lado.

En aquella ocasión, en contra de lo que solía ocurrir en otras, nos habíamos alojado en una preciosa mansión que él alquiló. No nos quedamos en ningún hotel y disfrutamos de un ambiente muy íntimo y privado.

La mansión contaba con unas vistas fascinantes de la ciudad y estaba situada a las afueras. Se trataba de una verdadera maravilla y con unos jardines de cuento de hadas.

Me resultó curioso que esa noche no saliéramos a cenar a la calle. Él me propuso que nos quedásemos y el caso es que me pareció la mejor de las ideas.

—Pues nada, nos quedamos aquí en plan informal, ¿te parece? Me pongo unos tejanos con una camiseta y vemos las estrellas tras la cena.

—Eso pretendo, que las veas, y de cerca —me contestó en un tono misterioso—. En cuanto a lo de los tejanos, yo de ti los dejaría para alguna mejor ocasión. Me gustaría que fuera una cena especial y quisiera que te vistieras acorde a ella.

—¿En plan cenita romántica? Pues el caso es que no sé si traigo algún vestido apropiado para eso.

—Sube al vestidor, estoy seguro de que allí encontrarás alguno —me sugirió mientras me guiñaba un ojo de una forma que seguro que contribuyó al calentamiento que me había entrado de golpe.

Me picó la curiosidad y salí volando escaleras arriba. Jorge era de sorprenderme mucho y no me equivoqué. En cuanto entré en el vestidor me encontré con una serie de vestidos de mi talla y que, sin duda, él había hecho llevar para mí. En total eran cinco, todos ellos verdaderamente increíbles, aunque hubo uno en color rojo pasión que me enamoró a primera vista, ceñido, con escote redondo y largo.

Lo cogí y no dudé en probármelo. Me sentaba genial, como si lo hubieran diseñado especialmente para mí. Y entonces supe que ese vestido no desaparecería jamás de mi memoria.

Bajé al ratito y él estaba mirando el móvil. Le di un toquecito por la espalda y enseguida me miró.

—¿Has encontrado algo de tu gusto ahí arriba? —me preguntó levantando una ceja.

—Algo tan de mi gusto que ya estoy deseando que llegue la noche.

—Ya somos dos…

No me detuve a preguntarle por qué había hecho eso de traer tantos vestidos y demás, hubiera sido una locura en otro hombre, pero no en Jorge, quien me daba unas sorpresas tremendas y a cada momento.

En fin, que la noche llegó y yo me arreglé con ilusión, con tanta que cuando me vio aparecer con mi melena ondulada, mi maquillaje de fiesta y aquel vestido de película, su sonrisa me lo dijo todo.

—Quiero que te pongas esto —me comentó abriendo una cajita en la que aparecieron un par de joyas en forma de pendientes que me dejaron con la boca abierta.

Yo llevaba unos que él no dudó en quitarme para colocarme aquellos dos. Después, me llevó hacia el espejo y ambos nos vimos reflejados en él. No solo yo estaba vestida de fiesta, sino que él lucía irresistible con aquel esmoquin que también estaba estrenando para la ocasión.

Me tomó por la cintura y entonces salimos al jardín. Si no hubiera sido porque el rímel se me habría corrido, me hubiese frotado los ojos, porque lo que apareció ante mí fue una escena verdaderamente alucinante.

En el tiempo que yo tardé en arreglarme, nos habían preparado una zona del jardín de la manera más romántica del mundo, con una decoración exquisita, y ya estaban a punto de servirnos la cena.

—Pero bueno, ¿por qué tanto? ¿Y por qué hoy, vida? —le pregunté casi conteniendo las lágrimas, por la mucha emoción que me provocó.

—Porque te mereces todo esto y mucho más, por eso —me contestó mientras besaba mi cuello y me hacía estremecer.

La cena fue de lujo, con una serie de exquisiteces entre las que no faltaron grandes cantidades de marisco, que es mi debilidad, la cual él conocía.

Tras los muchos platos que nos sirvieron, porque contábamos con servicio también, llegó una selección de postres que me hicieron la boca agua. Todavía los estaba degustando cuando miré hacia arriba y lo que vi me dejó paralizada.

—¿Eso es un globo? —le pregunté mirando al cielo y viendo uno aerostático.

—A ver, que no me he fijado, pues parece que sí —dijo mirando hacia el cielo.

—¿Y dices que no te has fijado? Pero si es inmenso y bonito.

—Sí que lo es, sí. Oye, y yo diría que va a aterrizar aquí, ¿no?

—¿Aquí en el jardín? Pero ¿eso cómo va a ser? Es imposible…

—No hay nada imposible, vida. Y la prueba de ello es que, después de todo lo que tú y yo hemos vivido, estamos juntos. —Me besó la mano.

La situación era surrealista, con un globo a punto de aterrizar a pocos metros de nosotros.

—Esto es cosa tuya, a mí no me engañas —le decía mientras él me sonreía pícaro.

Una vez hubo aterrizado, me invitó a acercarme a él, cogiéndome la mano. El hombre que lo dirigía fue muy amable y nos dio la bienvenida.

—¿Qué ha querido decir, Jorge? No, no, que es una virguería, pero que estas cosas me dan mucho respeto. No, no, yo no me puedo montar —le dije con la intención de salir corriendo en dirección contraria porque muy seguro no es que me pareciera.

Él me cortó el paso y me indicó con muchas risas que nadie me libraba de montarme. Yo, por mucho que traté de zafarme, terminé en sus hombros y en dirección a un globo en el que iba a vivir uno de los momentos más emocionantes de mi vida.

Lo supe en cuanto vi su sonrisa una vez que nos hubimos montado y que el globo comenzó a ascender hacia el cielo. El hombre iba a lo suyo, dejándonos a lo nuestro, y entonces Jorge me cogió por detrás de la cintura.

—Te dije que esta noche veríamos las estrellas de cerca —susurró en mi oído.

—Mientras no las veamos de una caída —le contesté apretando los dientes y poniendo cara de circunstancias.

—Eso no ocurrirá porque sabes que no te he traído hasta aquí para que te suceda nada malo, sino para demostrarte que nada es imposible cuando se

trata de nosotros. Soy un hombre con los pies en la tierra, Eliana, pero he querido separarlos de ella porque esta noche estoy en una nube.

Al decirlo, se inclinó en la cesta del globo, clavando la rodilla y mostrándome la más amplia y atractiva de todas sus sonrisas. Entonces abrió su mano y en ella encontré un anillo de diamantes cuyo brillo competía con el de las estrellas.

—¡¡Jorge!! —exclamé con la boca tan abierta que pensé que tendría problemas cuando quisiera cerrarla de nuevo.

—Eliana, no hemos llegado hasta aquí para quedarnos a medias. Sabes que voy a por todas y solo me falta, para ser el hombre más feliz del mundo, que te cases conmigo.

—¿Del mundo o del globo? —le pregunté con segundas y con una risilla nerviosa incontenible.

—De todos los lugares, ¿te casarás conmigo? —insistió.

—Me casaré contigo en esta y en todas las vidas en las que nos encontremos, mi vida —respondí emocionada mientras que mis ojos se convertían en dos ríos y el hombre que nos acompañaba ponía una musiquita romántica que me sonó como nunca en el cielo de Brujas, en el escenario más romántico que jamás hubiera podido imaginar y en una compañía inigualable.

Cuando por fin nos bajamos, ya lo hicimos comprometidos. Aquel mago del amor había vuelto a conseguir hipnotizarme con uno de sus trucos.

A partir de ese momento, pondríamos en marcha los preparativos de una boda que, como mínimo, tendría que ser tan espectacular y romántica como lo fue aquella inolvidable pedida.

Esa noche, el compromiso de ambos de levantarnos y acostarnos juntos cada día, fue más oficial. Nos queríamos casar y lo más bonito era que compartiríamos esa fecha tan especial con todos los nuestros.

Jorge me dio luz verde para que me ocupase de todo. Él me ayudaría con las elecciones, aunque deseaba que todo se hiciese a mi gusto.

—Yo he puesto la idea de casarnos y quiero que, de todo lo demás, te encargues tú. Yo estaré ahí, pero sé que tienes un gusto especial.

—Bueno, tú también tienes mucho gusto. No hay más que verme—le dije señalándome cuando nos metimos en la cama y él se reía mientras me acariciaba.

Hicimos el amor como locos hasta que el amanecer nos pilló con los ojos aún abiertos. Imposible dormir después de lo que habíamos vivido y con las muchas ganas que teníamos de amarnos. Imposible cuando los nervios me podían tras una pedida inolvidable.

Capítulo 31



Los nervios me estaban matando a una semana de la boda. Yo nunca me hubiese imaginado que estaría tan nerviosa.

Aquella mañana íbamos a la penúltima prueba del vestido.

— ¿Qué te pasa, cariño? ¿En qué piensas? —me preguntó Jorge.

—En que hoy me pruebo el vestido otra vez —le dije.

—¿Y esa cara? Ni que te examinaras para una oposición. —Rio.

—No, hijo, es que me emociono mucho. Yo no creí que sería tan romántica, pero cada vez que me lo pruebo, es que me muero de la emoción… No veo la hora de estar contigo para darnos el «sí, quiero».

—Yo sí que no la veo, preciosa. Por mucho que piense que me vas a sorprender, y estoy seguro de que lo harás, seguro que me quedo corto.

—Eso espero. Y que sepas una cosa…

—Déjame adivinarla.

—Si la adivinas, te doy un beso —le dije junto con una caricia.

—Si la adivino, me das algo más, que seguro que me lo habré ganado.

—Venga, dispara.

—Vale, pero si lo adivino, yo elijo con qué arma…

Siempre estábamos con las bromitas sexuales, que me encantaban, porque además solían tener final feliz. Con Jorge todo era frescura, diversión y picardía, porque las bromas picantes y el hablar con segundas no nos faltaban nunca.

—Vale, tú eliges…

—Pues estás pensando en que no solo vas a ser la novia más bonita del mundo, sino también la más sexy —me comentó mientras me acariciaba la cara y recolocaba uno de mis mechones de pelo.

—La más bonita lo has dicho tú, pero la más sexy… Esa sí que es mi idea. Oye, ¿tú crees que me estoy quedando demasiado flaca? Es que los nervios me consumen. Dice mi madre que, como siga así, tendrá que pasar dos veces para verme.

—Ven aquí que te vea bien.

—Tú aprovechas cualquier ocasión —le dije mientras comenzaba a acariciarme de un modo que terminaría en sexo, seguro.

—Es que podré dar mi opinión mejor si no solo miro, sino también cato. Y, además, que me lo he ganado.

—Y aunque no lo hubieras hecho. Venga, dale.

Nosotros es que no perdíamos oportunidad. Además, que a mí el sexo con Jorge me relajaba mucho y ese día lo necesitaba más aún, porque ya había comenzado la cuenta atrás.

Quedé con mi madre, con mi suegra y con Lola para la prueba. El vestido me lo tenían listo y era cierto que me ponía de lo más nerviosa cada vez que me lo probaba.

Me daba igual que ya viviera con Jorge. A mí, nuestra boda me hacía una ilusión bestial y esa no me la quitaría nadie.

No solo yo estaba enamorada del vestido. También a las demás les brillaban los ojitos cuando me lo probaba. Por cierto, que mi madre llevaba a Mía con ella porque en aquellas reuniones de chicas previas a la boda no podía faltar mi hermanita.

La cría también parecía encantada con las pruebas, como si pudiera saber lo que allí se estaba cociendo, y sus pequeñas piernecitas pataleaban en el aire.

—Ay, por favor, qué cosa más bonita —le decía yo mientras la miraba embobada.

—Tú sí que estás bonita, hija. Pero cómeme algo más, que te estás quedando en los huesos, demasiado flaca —me dijo mi madre.

—Mamá, no me digas eso…

—Claro que no se lo digas, Eliana, porque además estoy segura de una cosa: tu hija, antes de venir se ha comido algo. O al menos se lo ha metido en la boca —le soltó Lola.

—Serás guarra. Niña, que está hasta mi suegra delante. —Me reí hasta que las lágrimas me rodaron por las mejillas.

—Nada, nada, si esa es señal de amor. Yo a tu suegro no lo descuido nunca, Eliana, no vaya a ser que llegue una lista que lo quiera cuidar más.

—Claro que sí. Ni yo a mi marido tampoco —añadió mi madre—, y eso que esta cosita de vez en cuando nos da unas noches que no veas.

—Quién te lo iba a decir, mamá, a tus años —suspiré.

—Anda, bonita, que lo has dicho como si tu madre fuese la momia de Tutankamón, no te digo. —Volteó los ojos.

—Que no, Lola, no metas cizaña, que mi madre es súper joven y guapa, no hay más que verla. Pero que no creo yo que tuviera intención de traer más niños al mundo a estas alturas.

—No, no la tenía, la verdad. Pero claro, luego llegó el amor y es lo que tiene.

—Bueno, bueno, Eliana. Que yo a Chus lo quiero mucho, pero todavía no me veo con uno de esos en los brazos, me entra hasta calor de pensarlo —le dijo Lola.

—Tú calor tienes siempre, amiga. Mucho meterte conmigo, pero a Chus lo tienes que le estás metiendo los ojos para dentro —le dije a carcajadas limpias ya que era lo que me salía de los nervios que llevaba encima.

—Mala lengua, que tienes tú muy mala lengua. —Me sacó mi amiga la suya haciéndome una de sus burlas.

—Oye, pues todavía ninguno se me ha quejado.

La modista entró y nos encontró a todas entre bromas.

—Qué buena onda se va a respirar en esta boda —dijo—. Yo sé mucho de esas cosas y lo veo, es que lo veo.

Yo también lo veía, como también vi que tuvo que cogerle un par de centímetros a la cintura. Era normal, las novias suelen adelgazar a consecuencia de los nervios, así que no le di la menor importancia.

—Lo importante es que estás guapa a rabiar.

—Gracias, suegra, tú siempre tan amable.

—Y tú siempre tan pelota. —Se metió por medio Lola, que yo no sé cuál de las dos estaba más nerviosa, si ella o si yo, porque la verdad es que estaba viviendo los preparativos de mi boda como si fuese la suya.

Después de la prueba del vestido, nos fuimos a comprar la ropa interior. Yo tenía ya preparada la que llevaría de día, pero quería sorprenderle con un conjunto alucinante para esa noche.

Nos fuimos a un centro comercial en el que todas almorzamos.

—Mamá, ¿te crees que no me doy cuenta de que cada vez que me como una croqueta tengo dos más en el plato? —le advertí a esa mujer que más gracia no podía tener, la verdad.

—*Mija*, es para que tu marido tenga de dónde coger. A los hombres les gusta eso. Mira, yo tengo unas buenas cachas.

—Ya te digo, así tienes a mi padre loco. Todavía te coge y te hace otro niño a traición en cualquier momento.

—No, no, ¡¡¡de eso nada!!! Con Mía he cubierto ya el cupo. La fábrica está cerrada.

—Sí, pero mi padre tiene mucha habilidad y lo mismo la pone a funcionar otra vez en cualquier momento, ya lo verás.

—¡¡Que no!! —chillaba ella muerta de la risa.

—Pues yo echo mucho de menos otro niño en casa. Ya estoy deseando que me deis nietos. —Pegó mi suegra un acelerón.

—Primero déjame disfrutar de tu hijo, mujer…

—La que no lo disfruta. —Ya volvía Lola a la carga—. Si lo raro es que hayas adelgazado tú y no él.

—Habló la que es virgen, no te digo.

—No, no, si yo lo reconozco. Me paso las noches diciéndole «chupa Chus», como si fuera un caramelito.

Mi madre y mi suegra tuvieron que llevarse hasta las manos al estómago, pues les dolía de tanto reírse. Nos lo estábamos pasando pipa, las cosas como son, qué buen grupo formábamos. Hasta la niña parecía reírse con nuestras cosas.

La cogí en brazos y se me quedó dormidita. Parecía una bendita y yo me derretía.

—Eliana, ¿le sienta bien o no le sienta bien? —le preguntaba mi suegra a mi madre.

—Lo que me va a sentar bien es el conjunto que me voy a comprar —le aseguré yo.

—Pues que sepas que, con ese, a mi hijo le entrarán ganas de hacerte un bebé.

—Ya hemos almorzado, pero me voy a tener que tomar una copita para digerir todo esto —le comenté.

—Tú lo que quieres es que nos pimplemos una botella entre todas.

—Lola, mira que te gusta enredar…

—Claro que sí, a mí sola me gusta enredar. A ti no, venga ¿de qué nos la bebemos?

Madre mía, la que organizamos. Pedimos un licor de hierbas que entraba demasiado bien y cuando nos quisimos dar cuenta la única que no estaba perjudicada era la niña, que debía ser la que más sentido tuviera de todas.

Alguna de nosotras fue haciendo eses hasta la tienda de lencería en la que entramos con unas ganas de cachondeo que no eran normales.

—¿Es que venís de despedida de soltera? —nos preguntó la encargada.

—No, pero casi. Estoy buscando el conjunto más explosivo del mundo, ¿lo tienes aquí? Es para volver loco a mi marido. Bueno, al que se va a convertir en su marido.

—Es para que lo felicitemos en lugar de darle el pésame por haberse casado con ella —soltó Lola que no se callaba ni bajo agua.

—Ni caso, que él ya sabe que se ha llevado el premio gordo —le aclaré.

—Sí, pero ese lo pone Jorgito, y con las dos aproximaciones —le aclaró Lola.

A mi madre le dio tal ataque de risa que tuvimos que sostenerle a la niña, porque aseguraba que se hacía pis encima. Esas cosas no se pueden tomar a broma, porque resultó que llegó al baño y se encontró con la puerta cerrada. Muerta de la risa, no pudo ni avisar y cuando quisimos darnos cuenta, apareció de nuevo por la tienda.

—*Mija*, aquí dejo a la niña porque yo me vuelvo a casa con urgencia.

—Mamá, ¿te lo has hecho encima?

—No es mi culpa, es de las risas...

Con las que nos volvieron a entrar, ninguna atinaba a coger a la niña, que terminó en brazos de la encargada de la tienda. Supongo que lo hizo porque

en ella todo lo que se vendía valía un verdadero pastizal, de manera que le convenía que no me fuera por patas.

Al final me llevé un conjunto de lencería francés en negro, que hacía el verdadero contraste con el que me pondría debajo del vestido de novia. Aquel tenía una textura parecida al cuero, era una verdadera virguería, con un arnés y todo.

—Madre mía, si solo te falta un látigo —me soltó Lola en cuanto me vio aparecer con él puesto.

—No, mujer, ¿para qué le va a hacer falta un látigo? —le preguntó mi suegra, que esa parte no la veía muy clara. Normal, ella miraba por su hijo.

—Bueno, bueno, que todo se andará, que yo tengo que innovar en la cama, no sea que mi Jorge se me termine aburriendo.

—Eliana, pues mi marido a mí no se me ha aburrido, y yo pegarle no le he pegado nunca. Que yo recuerde, vaya…

—Eso digo yo, suegra, porque como hayas cogido unas cuantas como la que llevas hoy, al saber de lo que te acuerdas tú.

—¿Yo sola la llevo o la llevamos todas?

—Todas, todas, que aquí vamos a conjunto.

Para conjunto el que me llevé. A Jorge se le saldrían las bolas de los ojos el día que me viera con él puesto, de eso me encargaba yo.

Estaba súper ilusionada y todo salía cada día mejor. Es que la compañía también ayudaba y los preparativos de esa boda los estaba haciendo en la mejor.

Ya me imaginaba vestida de novia y de nuevo las lágrimas se asomaban a mis ojos. Tanto me daba la vena romántica como otra más salvaje en la que

me imaginaba liándola muy gorda en la noche de mi boda.

A ver si era capaz de atinar, también os lo digo, porque lo mismo con la borrachera que me pensaba pillar no acertaba a ponerme conjunto ninguno, que ya se vería.

No, yo quería destacar y que todo le resultara súper inolvidable a Jorge. Lo iba a flipar. Yo pensaba darle una boda, y también una noche de bodas, que no olvidara nunca. Y para eso pondría toda la carne en el asador.

Al final me llevé a la niña a mi casa, porque mi madre se terminó quedando frita una vez que llegó a la suya. No me cogía ni el teléfono, así que yo me pasé la tarde mimándola mientras pensaba en ese vestido que tanto me ilusionaba y en un día que ya estaba muy cercano en el calendario.

Capítulo 32



A 48 horas de la boda, los nervios me hacían hasta tartamudear. Jorge se moría de la risa. Él también estaba nervioso, aunque lo disimulaba mejor que yo, eso lo reconozco.

—¿Y hoy qué tienes que hacer? —me preguntó mientras me cubría de besos al levantarnos.

—Hoy tengo que ir a la última prueba del vestido.

—¿A ese del que no me das ni una sola pista? ¿Tú sabes la curiosidad que me provoca tu silencio? No me gusta verte tan callada —decía buscándome la lengua que para eso seguía siendo un experto.

—No, a ti te gusta más cuando abro el pico y también cuando grito en la cama, vamos, como si no te conociera.

—Puede ser, puede ser.

—Y, además, que la curiosidad mató al gato y que yo miro mucho por ti, no quiero que te pase nada malo. —Le acaricié la mejilla a la vez que le hacía una burla.

Al ratito me fui con todas mis chicas a la prueba. De veras que me hacía gran ilusión y, si me quedaba bien, ese mismo día me lo llevaría a casa. Al

tratarse de un vestido corto, no sería tan aparatoso como uno largo y me las apañaría divinamente con él.

Llegamos y la modista ya me lo tenía preparado. Yo me lo volví a probar y las cogí a todas de las manos.

—Pero ¿tú por qué lloras, chiquitina? —le pregunté a mi hermana, que en ese momento rompió a llorar a lágrima viva.

—Es porque está un poco estreñida, creo yo, que lleva dos días sin hacer caca.

—Vaya por Dios, mamá, a ver si es que a esta chiquitina no le gusta que me case. Pero si yo te voy a querer igual cosita, tú no me vas a perder. —Comencé a hacerle un masajito en la barriga.

—Para mí que tiene mojado el pañal, pesa mucho —le dijo Lola a mi madre al ponerla así en volandas, que parecía Simba cuando lo presentaron en *El Rey León*.

—Anda, pues es verdad, vamos a cambiarla.

—Mamá, que solo se ha hecho pipí, no seas bruta, ¿cómo la vas a cambiar por otra por tan poca cosa? —Me reí mientras negaba con la cabeza.

—Cariño, que le voy a cambiar el pañal. Ay, *mija*, qué cómica eres.

—Vale, vale, es que yo estoy de los nervios y no sé ni lo que digo.

—Ya se nota, ya.

—Trae, Eliana, que por una vez voy a hacer algo que Dios me lo pueda agradecer. Le voy a cambiar el pañal yo —se ofreció Lola.

—Oye, no me vayas a decir que mucho renegar y al final ya estás haciendo prácticas, amiga.

—Prácticas voy a tener que hacer para soportarte a ti. Madre mía, qué fuerte me parece todo.

Se sentó en una sillita y le quitó el pañal sucio. Mi suegra, a todo esto, me miraba un tanto emocionada, porque ella estaba muy entusiasmada con la boda de su hijo.

—Suegra, no es por nada, pero dime la verdad, ¿a qué molo mucho más que Melisa? —le pregunté, y ella asintió riendo y sabiendo el pique que me traía con el hijo— Claro que sí, no hace falta ni que lo digas. Si yo sé que soy tu prefe.

Yo no sé si fue porque mencioné lo de la prefe o por qué demonios, pero lo que no esperábamos fue el grito de Lola…

—¡¡Cañonazo va!! ¡¡Cuidado!! —nos advirtió a pleno pulmón.

Suerte que tuve buenos reflejos y que me dio por agacharme, porque los bebés te la lían en un momento y se quedan más panchos que largos. Resultó que mi hermanita, quien llevaba un par de días estreñida, soltó todo de pronto y aquello salió a presión.

Si no me llego a agachar, me da en todo el vestido y me lo desgracia. Y en ese momento se tienen que poner a buscar los papeles del seguro de defunción porque me muero, eso fijo.

Sin embargo, en toda batalla existe alguien que sufre daños colaterales y esa fue mi suegra, quien estaba justo detrás de mí y fue quien se llevó el cañonazo bien llevado.

—¡¡Mierda!! —exclamó.

—Pero mierda pura —asintió mi madre, quien salió de nuevo corriendo para el cuarto de baño, porque se moría de la risa y no podía aguantar.

—Mamá, si no puedes entrar, tira la puerta abajo —le recomendé— no sea que te tengas que ir otra vez.

—Hoy quien se tiene que ir soy yo, Dios mío, ¿qué come esta niña? Porque comerá bueno, pero está podrida por dentro.

—Suegra, eso ha sido el destino, para que te replantees eso de que tienes muchas ganas de ser abuela, ¿lo sigues viendo igual? ¿O ahora te lo estás pensando?

Lola pataleaba de la risa con la niña encima y la cría la imitaba, balbuceando y riendo, y eso que era una bebé recién nacida, pero parecía poseída por el Espíritu Santo o vete tú a saber qué.

Tuvimos que acompañarla a su casa y luego almorzamos juntas, sin dejar de reírnos a carcajadas por lo sucedido.

—Al menos la niña ya estará estupendamente, que temía que se nos pusiera malita en la ceremonia —decía aliviada mi madre.

—Si esta niña vende salud, mamá. Además, que ha sido mi masajito en la barriga. Al final, voy a tener hasta buena mano con los niños.

—Sí que tienen peligro tus masajes, sí. A mí ni me toques. —Se reía Lola.

—A ti no te toco yo ni con un palo, que antes nos rozamos y me diste calambre en el codo, mira si desprendes electricidad. Si llego a meter los dedos en un enchufe, no me da tan fuerte.

—Eso es que estoy electrificada por los nervios de la boda.

—Más que una valla, guapa. Menos mal que soy yo quien se casa y no tú, no me puedo ni imaginar lo que pasará ese día.

—Calla, calla, que me caigo de espaldas de los nervios, ¿tú crees que Chus me lo pedirá alguna vez?

—Pues ni idea, chica, qué quieres que te diga.

Me hice la tonta bien hecha, porque yo había escuchado campanas y bien escuchadas. Pero a mi amiga no le diría ni media palabra porque todo era sorpresa.

Para mí que estábamos viviendo el mejor momento de nuestras vidas y las pruebas así lo apuntaban. Ya no quedaba nada de nada para nuestro gran día y todas ellas serían también protagonistas.

¿Se podía ser más feliz después de todo lo que pasamos al principio?

Capítulo 33



Amaneció un día radiante, un día que ni hecho por encargo hubiera sido tan perfecto como el que lucía.

—Y es que no podía ser de otra manera ya que nos lo merecemos —le dije a Jorge mientras daba saltos en la cama literalmente, mirando hacia fuera, donde el cielo brillaba para nosotros.

—Claro que no. Te mereces el día más bonito y aquí lo tienes, aunque para bonita tú. Nunca te había visto más guapa que hoy.

—Es que he hecho un conjuro —bromeé.

—¿Le has vendido tu alma al diablo para ser la más guapa del reino?

—Puede que sí…

—Está bien, aunque no quiero ponerme celoso de ese diablo —me dijo besándome.

—No, no, deja, que ya de celos hemos tenido lo nuestro. —Reí porque comenzó a hacerme cosquillas.

—Dime al menos que tu cuerpo es mío —murmuró dejándome con una sonrisilla.

—Lo es, lo es. Y más que lo será esta noche. No es por nada, pero lo vas a flipar. No te imaginas el modelito que me he comprado.

—O sea, que, si tengo poco con los nervios de imaginarte vestida de novia, ahora resulta que también me queda un sufrimiento con lo que viene después. ¿Es eso lo que me estás intentando decir?

—Sí, sí, que también te puedes comer el coco con el otro modelito. Y con esto y un bizcocho, y como son las ocho, me largo ya.

—No seas cruel, ¿me abandonas tan pronto?

—Pues claro que sí, y no me pongas pucheros. Deja hueco en la barriga para la comida, que con lo que ha costado, hay que amortizarla. —Reí.

No iba yo desencaminada. No habíamos reparado en gastos para la que sería la boda de nuestros sueños. Nos hacía tantísima ilusión, tanta, tanta…

Salí de la casa y me dirigí a ese lugar en el que ya me estarían esperando todas las demás. La boda se celebraba a las doce del mediodía y no había tiempo que perder.

Nos casábamos por lo civil, pero en una preciosa ceremonia que se celebraría en una especie de palacio de cuento que habíamos alquilado para la ocasión.

De veras que cuando lo vimos por primera vez, los dos estuvimos absolutamente de acuerdo en cuanto a que era en ese lugar, y solo en ese, donde queríamos unir nuestras vidas.

La ceremonia sería al aire libre, igual que el banquete. El día anterior, tanto Jorge como yo, estuvimos supervisando todos los detalles bajo la atenta mirada de Soraya, la *wedding planner* que contratamos para que todo saliera perfecto.

La verdad es que el entorno parecía mágico, solo faltaban unas hadas revoloteando por allí. Mientras me iban arreglando, solo podía mirar por la ventana del salón y contemplar esa decoración tan magnífica que enamoraría a todos.

Una enorme carpa blanca a juego con las sillas y mesas, fuentes de cristal, un lago con cisnes y mucho más. Elegancia pura para que sirviera de telón de fondo a una boda que me hacía consumirme por la emoción.

Cuando el sol cayera, por la tarde, también habíamos previsto una iluminación romántica que dejaría a todos boquiabiertos, con unas guirnaldas y farolillos que le darían el más romántico de los aires al ambiente. De la misma forma, lucirían unas antorchas que yo misma elegí, todo combinado, verdaderamente alucinante.

Soraya daba las pertinentes instrucciones y, de vez en cuando, también se acercaba para comentarme cómo iba todo. El buen rollo era total desde primera hora de la mañana.

En ese salón nos vestiríamos todas, no solo yo. Quise tenerlas cerca en esas horas, como las había tenido desde que cada una apareció en mi vida. Y más en los últimos meses, en los que me habían ayudado cantidad.

A mi hermanita le habíamos encargado un vestido que colgaba de la lámpara junto al mío. Uno muy tierno e infantil, pero de la misma tela, con el que estaría para comérsela a bocaditos pequeñitos.

Mi padre sería mi padrino, igual que mi suegra la madrina de su hijo. Cuando le viera aparecer por la puerta para llevarme al exterior, ya veríamos cuál de los dos era capaz de contener más las lágrimas, pues estábamos con los nervios a flor de piel.

Mi madre estaba más volcada en mí que nunca. Si alguien, años atrás, me hubiera podido mostrar una escena de esa mujer acariciando mi pelo y tan entregada, yo es que no me lo habría podido creer. Cuando ni siquiera sabía de su existencia.

Como ya expliqué, mi vestido no era nada convencional. Me quedaba como un guante, con ese cuerpo rematado en finos tirantes y dibujando mi silueta de ese modo tan sexy, cortito y con un juvenil cinturón tipo joya que le daba el toque de distinción.

Junto con él, unas sandalias de pedrería a juego remataban el conjunto, al que solo le faltaba mi llamativo ramo de novia, que ese lo elegí en el mismo rojo de mis labios. Y, por supuesto, mi melena al aire, porque no estaba yo dispuesta a recogerme el pelo para nada, que me veía mucho más fresca y desenfadada con él suelto.

Cuando por fin estuve lista, a todas se nos escapó una lágrima de emoción. Como mínimo una, por no decir un montón.

—Mi hijo no se podía haber llevado una mujer más bonita por dentro y por fuera —pronunció entonces mi suegra, haciendo que la abrazara.

—Es verdad, qué orgullosa estoy de ti, *mija.* —Me abrazó mi madre.

—Y yo también te quiero mogollón. Sabes que mi deporte favorito es el de meterme contigo, pero eres la mejor amiga que se puede tener en el mundo, capulla. —Lola trataba de contener las lágrimas.

Ese fue el momento en el que mi padre apareció por allí. Lo hizo vestido de frac y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hora de llevarte al altar y también… También de contener las lágrimas —dijo intentando contenerse al verme.

—¿Qué te parezco, papá?

—Me pareces un bombón, ¿qué me vas a parecer?

—Pues menos mal que lo es en sentido figurado, porque con el sol que luce hoy, te podrías derretir, cariño. —Me dio Lola un beso en la mejilla en el momento de salir del salón.

Todas comenzaron a caminar para esperarme en los jardines, y entonces le di un beso a mi hermanita, que era otro bombón, pero en miniatura.

—Te quiero, pequeña —le susurré y mi madre me regaló la más bonita de las sonrisas.

Nada más salir, vi a Jorge al fondo, también de frac, y el corazón comenzó a acelerarse de tal modo que sentí hasta miedo de desmayarme. Mi padre me miró y me tranquilizó, cogiéndome fuerte del brazo.

Poco a poco, y con la música nupcial de fondo, la cual corrió a cargo de una pianista cuyas notas sonaban como los ángeles, fui avanzando con paso firme hasta Jorge, quien me recibió súper emocionado y haciéndome gestos de que mi vestido era ideal.

Tanto me iba fijando en mi prometido, que no reparé en ningún momento en el hecho de que no era mi suegra quien estaba a su lado, sino ¡¡¡Melisa!!!

No creo que me equivoque si digo que la boca se me debió abrir más que un buzón cuando me di cuenta de que era ella, pero para ese momento no pude más que echarme a reír.

—Lo siento, Eliana. Tú estuviste en mi boda y yo no podía perderme la tuya. No habría sido justo.

—Te lo compro, tienes razón —le dije sin poder parar de reír.

Por mucho que me sorprendiera, que lo hizo, y mucho, no puedo dejar de reconocer que ese gesto me enamoró todavía más de Jorge en el sentido de que me demostró la mucha personalidad de quien iba a convertirse en mi marido. Él, al que tantas veces le prohibí que ella estuviera presente, hizo lo que le vino en gana y al final tuve que darle la razón; fue lo mejor.

Mi suegra me hizo también un gesto en ese momento, pues yo la miré, dándome a entender que le había cedido gustosa el puesto porque no era pamplinosa para nada.

Cuando todo estuvo en orden, el juez que vino a casarnos, que era amigo de la familia de Jorge, dio comienzo a la ceremonia. Al tratarse de alguien conocido, la nuestra no fue una ceremonia solemne, sino una un tanto cómica en la que hizo referencia a algunos de los capítulos por los que tuvimos que pasar para llegar hasta allí.

Una vez que le escuchamos contarlo todo en clave de humor, llegó el momento del intercambio de los anillos y la mano me temblaba a tope. Jorge me la sostuvo y me la besó. Y yo casi me abalanzo sobre él y me lo como a besos también, por un gesto tan bonito como ese.

En realidad, cuando llegó el momento de besarnos, ninguno de los dos nos cortamos ni un pelo, aunque la sinfonía de fondo la puso mi hermana, que rompió a llorar a tope, como si le estuvieran pinchando con una aguja.

—Esta niña es una celosilla, mamá, no quiere que me bese —dije en alto mirando a mi madre y no faltó nadie por reír.

Comenzamos a besarnos de nuevo y ahí dimos por terminada una ceremonia que estuvo hecha a nuestra medida. A lo largo de los interminables y magníficos jardines, nos hicimos un reportaje fotográfico muy romántico y también entrañable, porque participaron los nuestros en algunas de las fotos.

Si me tengo que quedar con una de las familiares, escojo esa en la que Jorge tomó a Mía en brazos y le hizo una carantoña bajo mi atenta mirada. Esa, de hecho, la enmarcaría y pondría en nuestro salón. Qué lejos quedaban los tiempos en los que el embarazo de mi madre me sentó como un tiro.

A partir de ahí, se desató la fiesta de la comida: entrantes que hicieron las delicias de todos fueron el pistoletazo de salida que culminó en un almuerzo al aire libre que lució de un modo increíble.

El corte de la tarta, la apertura del baile, ¿cómo definir todos esos momentos que quedarían grabados en nuestra retina para siempre? Por no hablar del espectáculo musical, del de las luces al que dio paso la puesta de sol y de tantas sorpresas como teníamos preparadas para nuestros

innumerables invitados, que quisieron acompañarnos en un día en el que Jorge se mostró más enamorado aún de mí, si es que eso era posible.

Por medio, se produjo otro momento muy especial. Uno que yo esperaba con mucha alegría, como fue tirar el ramo.

Había truco, tengo que decirlo. No hace falta comentar que en muchas bodas hay tortas por coger el ramo. No fue el caso de la mía, porque todo estaba pactado con el resto de las chicas solteras, las cuales se apartaron en el momento justo, de tal manera que el ramo le cayó en las manos a mi querida Lola.

En ese instante, me sonrió tan agradecida como sorprendida. Y entonces buscó con la mirada a Chus, como queriéndole lanzar la indirecta de que el ramo ya lo tenía, con lo cual solo faltaba un pasito por su parte.

No le dio tiempo a nada porque, en cuanto se volvió, se lo encontró detrás de ella con la rodilla en el suelo y con la caja abierta de un precioso anillo que brillaba bajo el sol, como brilló la sonrisa de mi amiga.

—Pero ¿qué es esto? Es que no me lo puedo creer, no puedo. —Se llevó las manos a la boca. Y miré a su madre que estaba tan emocionada como lo llevaba toda la ceremonia. Mi querida Manuela, que no había día que me pidiera perdón por haberle hecho caso a la hija.

—¿Es que acaso habías pensado que dejaría pasar la ocasión de casarme con una mujer como tú? —le preguntó él.

—Tenía mis dudas, es cierto. Lo que pasa es que sé que eres un poco masoquista y…

Por más cosas que dijera para tratar de que no se le notase tanta emoción, a Lola no le salía la voz del cuerpo.

—Es cierto, amor, me gusta que me des caña. Todavía no me has respondido, ¿quieres que te dé toda la del mundo? —le preguntó él.

—¡¡¡Te vas a enterar!!! ¡¡¡Claro que sí!!! —ella se tiró encima de su novio y le pedí al fotógrafo que inmortalizara la escena. Otra de las mejores de un día que no tuvo desperdicio.

Cuando por fin vino a reaccionar, Lola se acercó a mí.

—Tú lo sabías todo y estabas calladita. Mira qué pedrusco, ¿no es bonito?

—Tan bonito como tú, mi niña, que eres lo más precioso que hay aquí después de mi hermanita. Bueno, es que tú también eres mi hermana.

Todos bebían, bailaban y se lo pasaban de miedo. Yo no es que tuviera especial control con la bebida, lo mismo que Jorge, solo a que mi marido el alcohol no le afectaba tanto y a mí se me iba subiendo a la cabeza un poco más.

A cierta hora de la noche, no lo voy a negar, quien más y quien menos estaba ya perjudicado por el alcohol. Entonces me dio por mirar el carrito de mi hermana y me encontré a mi madre dando una cabezada. Sí, sí, entre que no dormía demasiado con la niña y que también se lo había bebido todo, la mujer se había quedado dormida.

Mi padre estaba hablando con unos amigos de toda la vida, y fumándose un puro con ellos, cuando me acerqué a él más que alarmada, porque el carrito de la niña estaba vacío.

—Papá, ¿y mi hermana? ¿No la tienes tú? —le pregunté.

—Hija de mi vida. La niña es pequeña, pero ¿dónde te crees que puedo tenerla? ¿En el bolsillo?

En otro momento, me hubiera hecho gracia, pero reconozco que en ese no me hizo ninguna.

—Papá, ¡¡¡que nos han secuestrado a Mía!!!

—Hija, ¿qué dices? Ni que estuviera aquí la mafia rusa, ¿cómo nos van a secuestrar a tu hermana?

—Pues tú me dirás, porque para mí que… Ay, Dios mío, ya lo entiendo… Mamá no está dormida, a mamá la han drogado para llevársela. Mira…

Daba la impresión, la verdad, porque tenía una pose que era para verla, con los brazos caídos a ambos lados de la silla.

—¿Cómo va a estar tu madre drogada?

—Papá, que sí. No hay más que verla. Tú no, que puede parecer otra cosa, pero yo voy a inflarla a cachetadas para que se despierte.

—Que no, hija, que no, que no sabes lo que dices.

—Papá, ni que estuviera borracha —me quejé.

—No, qué va, hija, si te has bebido hasta el vino directamente del barril.

—Que no, papá, que te buscas la ruina, que voy yo —insistí.

—Pero ¿de qué me hablas? Si yo no le pienso pegar a tu madre, ¿estás loca?

—¿Por qué te dice que estás loca, amor? —me preguntó Jorge.

—Porque nos han secuestrado a la niña y solo mi madre puede saber quién ha sido. Aguántala, Jorge, que la tengo que despertar.

Alcé la mano en el justo momento en el que, como si se tratase de una premonición, ella abrió los ojos. Del susto, se cayó para atrás con silla y todo.

—Joder, qué fuerza tengo y eso que no la he rozado —me dije.

—*Mija*, ¿de qué va esto? —me preguntó con los ojos tan abiertos que se le iban a salir, tratando de ponerse el vestido derecho, porque cayó fatal y se le quedaron hasta las bragas fuera.

—Mamá, habla, ¿viste a quienes se la llevaron?

—¿A quién se han llevado?

—Ay, pobrecita, lo que vas a llorar. Al fruto de tu vientre. Al segundo, digo, porque es evidente que el primero soy yo. Pero esa consentida te tiene loca, lo mismo que a mí, y si no la volvemos a ver nos meterán a las dos en un psiquiátrico. Lo siento, Jorge, me vas a perder.

—Cariño, eres tú quien ha perdido la cordura. Yo estoy viendo a la niña.

—En tu imaginación, amor, en tu imaginación. Qué lástima de ti, te has casado con una loca, porque a mí la cabeza no me va a funcionar más después de esto.

—Como si te hubiera funcionado hasta ahora, chalada. A la niña la tengo yo —me habló Lola desde atrás—. Vi que tu madre estaba, así como pescando, que se le cerraban los ojos, y le dije que me la diera.

—Upss. —Me salió mirando a mi madre.

—*Mija*, si es que ni tiempo me has dado a explicarme, que si te dejo me saltas las muelas. Qué barbaridad, menos mal que no querías una hermana.

—Ay, mamá, qué alegría —dije super emocionada—. Mírala y no le han hecho nada. Si viene con sus dos manitas, con sus dos piececitos, con su….

—¿Qué le voy a hacer yo a la niña? ¿Qué dices? —se quejó Lola— Viene con todo lo que traía de serie, claro, incluyendo mucha más cabeza que tú. No he visto una cosa igual en mi vida, ¿qué te han echado a ti en la bebida?

—Nada, es solo que ha bebido tela.

—Jorge, amor, que han sido dos copitas de nada…

—Más bien querrás decir dos botellas de nada, amor.

—Y yo otras dos, no puedo con mi vida —señaló mi madre, quien dio otra cabezada allí en el suelo.

Si algo le faltaba al día para ser totalmente increíble, sucedió. Y no por eso renuncié a tomarme alguna copita más, argumentando que se me había quedado la boca seca por el susto.

Hasta altas horas de la madrugada estuvimos todos bailando y mi madre durmiendo la mona, como se suele decir, porque ella a la borrachera le unió que tenía un montón de sueño atrasado.

Poco a poco, todos se fueron despidiendo, incluida Melisa, quien se lo pasó genial y la mar de bien acompañada, ya que una invitada le echó el ojo.

—Me alegro de que hayas venido. Igual es por la cogorza que llevo, pero me alegro —le susurré y no solo eso, sino que le di un abrazo.

—Y yo también me alegro mucho. Sabía que Jorge se llevaba una joya, pero no conocía esa faceta tuya tan divertida.

Lo dijo porque todos se partieron a consecuencia de mi intento de inflar a leches a mi pobre madre, la cual se salvó por los pelos. Una anécdota que nunca se olvidaría en mi casa y que recordaríamos mil veces.

Capítulo 34



Ya he dicho que me bebí lo que no está escrito en una noche en la que también había puesto todas mis expectativas en el sexo.

No me tengo por una loca, ni fuera ni dentro de la cama, aunque he de reconocer que esa noche actué como tal. En mi defensa diré que fue el alcohol y no yo quien lo hizo.

Para empezar a abrir boca, Jorge tuvo la genial y romántica idea de llevarme en brazos hasta la puerta de nuestra habitación. Nosotros nos quedábamos a dormir allí, en un entorno ideal.

En cuanto lo hizo, se me cruzaron los cables.

—No, no, así no. A mí me llevas a caballito —le pedí.

—¿A caballito? Mi amor, que estás un poco perjudicada —lo dijo de la manera más fina que pudo— y podemos caernos, como no sería la primera vez —dijo recordando el aterrizaje que tuvimos en la pista de la isla.

—No, no, si es por eso, puedes quedarte totalmente tranquilo porque yo perjudicada no estoy. Yo estoy borracha perdida —le confesé y escuché sus carcajadas—. Mira cómo se ríe él. No te hará tanta gracia cuando llegues a la cama. Venga, ¡¡¡arre!!! —le pedí mientras iba escalando hacia sus hombros— Y no te quejes, que menuda vista tienes. Me estás viendo todas las bragas.

Ah, no, que me las he quitado antes, cuando buscaba a mi hermana, porque estaba sudando a chorros —recordé.

Llegamos a la habitación y la decoración era otra virguería que dejaba con la boca abierta.

—Mira qué cosa más bonita nos han hecho con…

Quiso decir con los cojines y una serie de adornos, alguno de los cuales me clavé porque me tiré en plancha.

—Aterrizaje perfecto —dije cuando frené en seco.

Como aquello era una especie de palacio y tenía hasta cuadras, me dio por pensar que en la parte de abajo pudieran tener alguna fusta. Como si estuviera poseída, bajé del tirón las escaleras y se la pedí a un chico del servicio.

—¿Es que la señora piensa montar esta noche? —me preguntó sorprendido.

—Mejor no preguntes, no sea que cobres tú también —le aconsejé mientras movía el trasero para traerme una.

Ya la tenía y me la metí por dentro del vestido al entrar en la habitación. De inmediato, me refugié en el cuarto de baño, donde me coloqué mi conjunto negro, que parecía yo la princesa guerrera Xena, y me dispuse a salir con él y con la fusta en la mano.

—Cierra los ojos, amor, que te voy a dar una sorpresa —le pedí desde dentro del baño.

Él debió relamerse.

—¿Una sorpresa? No sé si voy a poder aguantarme.

—No, a guantazos me iba a liar con mi madre, a ti te tocará otra cosa —le aseguré.

Se hizo el silencio. Para mí que se estaba preguntando a qué me refería cuando salí de un salto y di un fustazo en la cama. Para mí que estaba dando en el colchón y lo cierto es que lo hice con todas mis fuerzas. Lo que no vi es que le acerté de refilón en el dedo meñique del pie y el salto de Jorge no se había visto ni en las olimpiadas.

—Joder, ¡¡¡qué dolor!!!

—¿Qué dices? Si no te he dado ni nada, hijo. Ahora vas a pagar por lo de Valentino y…

Se me estaba calentando el pico, aunque para calentito el dedo suyo, el cual le vi de repente y caí en que le había dado. Sí que le había dado, la verdad.

—A ver, Eliana. Estás impresionante, ¿qué digo impresionante? Estás para que me dé un infarto al verte, pero prefiero eso a que me des con la fusta. Entrégamela que yo la guardo, anda, y ya jugamos a lo que tú quieras.

—Que no, hombre, que esto es muy divertido. Se trata de nuestra noche de bodas y hay que hacer algo original. No seas soso. Que a ti te va mucho el jueguecito. —Le hice un guiño.

—Pues sí, pero a poder ser, me gustaría poder contarlo. Dámela, cariño.

Puso la mano sin percatarse de que yo acababa de levantarla y se llevó tal fustazo en la palma que hasta yo me quedé bizca.

—¿Qué haces? ¿No ves que estoy juguetona? Si es que te las buscas tú solo. Después le irás dando a la lengua.

—Eso sí me queda, porque para mí que me vas a hacer picadillo, ven aquí y para ya que estoy viendo que esto se te va a ir de las manos y que te has

venido demasiado arriba.

Cogió la fusta al vuelo y, tirando él de un lado y yo de otro, no sé cómo fue que me la arrancó tan fuerte que no se lo vio venir, no os queráis imaginar cómo le dejó la frente cuando impactó a toda leche contra él.

—Ay, que pareces un cristo. —Me puse las manos en la boca—. Voy a tener que hacerte una cura, ¿quieres que me vista de enfermera explosiva?

—No, no, deja, que solo de pensar en lo de explosiva ya me da por temblar.

—Mira que eres desconfiadillo. Bueno, ya está bien de juegos. Ahora quiero que me hagas tuya —le pedí.

—Pero lo quieres de verdad, ¿no? Que eres capaz de cambiar de opinión y baldarme con un zapato de tacón o algo.

—Siempre pensando mal de mí —resoplé con fuerzas tirándole el aire en la cara.

—No, no es eso, pero es que va una detrás de otra.

—El karma, que te la tiene jurada. —Me encogí de hombros.

Me sentía mandona esa noche. Jorge me ponía muchísimo y el rollito ese de ama hizo que me subiera tela. Lógico que el alcohol también ayudó lo suyo.

A partir de ahí, le dejé que tomara el mando, más que nada porque no podía con mi vida. Eso sí, el trasero no dejé de menearlo, provocándole al máximo. Él me inspeccionó de arriba abajo y luego me fue despojando de cada una de las eróticas prendas, las cuales le excitaron una barbaridad.

Para ser nuestro primer asalto sexual de casados, no voy a negar que se trató de uno muy peculiar, cosa que también quedaría para el recuerdo. Y

serían muchas las veces que me pondría el conjunto para rememorar una noche que había tenido de todo.

Capítulo 35



Si cualquier luna de miel es maravillosa, una en un destino tan exótico como China, es más que recomendable.

Qué voy a contar de la nuestra, ¡¡¡pues que fue una pasada!!!

Tiramos la casa por la ventana, desde luego, que para eso una luna de miel es un viaje único e irrepetible. Y aquella no solo nos traería un montón de momentos románticos, sino también más de uno disparatado, que para eso nuestra vida se componía de un sinfín de momentos así.

China es grande, pero nosotros recorrimos un montón de rincones que no se nos olvidarán jamás. En Pekín, nos alojamos en un hotel de la cadena de Jorge. Desde la que consideran ciudad misteriosa, hasta Shanghái o Guilin, todo fue inolvidable. Y eso por no hablar de la Gran Muralla, que nos dejó a Jorge y a mí con la boca abierta.

Yo siempre había querido visitar ese inmenso país, pero hacerlo de su mano se convirtió en toda una aventura.

Tanto Jorge como yo, teníamos claro que la íbamos a recorrer del modo más intenso y divertido posible. Contratamos los servicios de un guía y ¡no os lo vais a creer! Resultó que era cubano y que se llamaba Ernesto.

Con él las risas las teníamos aseguradas, porque nada más recogernos, caímos en que no podíamos haber hecho una mejor elección.

Teníamos varias alternativas y escogimos la que nos pareció más fresca y de la que nos trajimos unas fotos alucinantes.

Lo primero que nos ofreció fue subir a la Gran Muralla en teleférico. A los dos nos alucinó la idea y no lo dudamos ni un segundo.

—No veas la envidia que le voy a dar a Lola. —Reí—. Nosotras es que hemos montado mucho juntas en teleférico —le conté echándole un poco de cuento, ya que yo no había viajado ni a la esquina, mis padres no me llevaban más que al pueblo de los abuelos cuando vivían.

—¿No me digas? No sabía yo…

—Sí, hombre, sí. Nos subimos dos veces en el del Tívoli, en Málaga. Una y al rato otra. —Eso sí era verdad.

—Ven aquí que te como a besos. Lo cuentas como si hubierais recorrido todos los del mundo.

—Ah, no, no, esos los pienso recorrer contigo. Mira qué vistas.

—Sí, no os las perdáis —nos pidió Ernesto—. Da igual cuántas veces suba al día, siempre me quedo perplejo.

Y se quedaba. El hombre era un poco intenso y también os digo que charlaba por los codos, pero era pura simpatía.

—Una vez —nos comenzó a contar entrecerrando los ojos—, me encontré con una pareja de chiflados que, cuando nos subimos, ¡se quedaron en *cuera a la pelota*!

Me eché a reír a carcajadas porque conocía esa expresión por mi madre.

—Vamos, que se quedaron como su madre los trajo al mundo, ¿no, Ernesto?

—Sí, *mami*, así mismito. Por lo visto, les ponía hacerlo así por los aires y allá que fueron. Y lo más incómodo de todo es que se pusieron ahí a darle al tema —negaba riendo mientras lo recordaba.

—¿Sin invitarte? —le preguntó Jorge, buscándole la lengua.

—Y encima eso, ¡¡¡sin invitarme y sin nada!!!

—Bueno, yo tampoco te invitaría, pero tranquilo, que no tenemos intención de dar aquí ningún numerito.

—No, ya te digo yo que no me comparte con nadie. Si yo te contara. —Me eché a reír de nuevo recordando lo de Valentino.

—Mejor que no te cuente nada, mejor que no —le dijo quien ya era mi marido, ¡¡qué bien sonaba!!

Seguimos con las bromas, y lo mejor no fue subir, que también, sino bajar. El tobogán de bajada nos divirtió muchísimo, con sus 1.580 metros y un montón de giros que me volvieron la cabeza loca.

Para colmo, resulta que Jorge bajó delante y yo detrás. Se suponía que yo debía controlar la velocidad, pero la cosa se descontroló un poco.

—Jorge, ¡corre más! —le pedí porque no daba con la palanca para bajar el ritmo y ya estaba viendo que me lo iba a comer a ese paso.

—Nena, que no puedo, que esto no da más. Si ya voy que me las pelo, verás la que se puede liar.

—Pues tú verás, ¡corre! —le chillé otra vez viendo que mis pies le iban a golpear la cabeza.

—Madre mía, pues como no salga volando ya…

—¡Corre!

La única que corrió más fui yo, porque él no podía esquivarme y terminé pateándole el coco. Un poco más y le salto por encima. Ya hubiera sido lo que faltaba para hacernos virales.

Jorge me fue frenando poco a poco y al final le hice un «sana, sanita», ya cuando estuvimos abajo. Ernesto, el guía cubano, se moría de la risa.

—Mirad que llevo años aquí, pues no he visto otra cosa igual —decía—. De *pinga*, los dos sois de *pinga*.

—Es que mi mujer es para temerle. —Carraspeó.

—Ya lo veo, ya, y lo peor es que parece que lo tiene todo controlado.

—Pues muy controlado no lo tendré, maldita palanca —me quejaba todavía revisándola cuando llegamos abajo.

—Será lo único que haya resistido a su control, Ernesto, te lo digo yo.

En la cima, que no lo he contado, flipamos con las torres de vigilancia, que ofrecen unas vistas únicas donde nos hicimos mogollón de selfis que fueron directos para nuestras redes. Parecían paisajes de esos de postal y Lola enseguida nos reaccionó.

Por cierto, que mi amiga ya andaba como loca con los preparativos de su boda. Me hacía mucha ilusión que la suya hubiera salido de la mía.

Allí arriba, al inicio de la Gran Muralla, nos encontramos con un montón de tiendas de suvenires en las que compré cositas para todos los nuestros y un pequeño gorrito para mi hermanita Mía, que esa siempre estaba en mi pensamiento. La niña me había terminado por enamorar del todo.

En fin, que la experiencia de la Gran Muralla fue de lo más alocada, pero no la única que vivimos, ni mucho menos. Se trató de un viaje lleno de anécdotas y también de sexo, porque no dudéis que, entre tanta visita, todavía nos quedó mucho tiempo para jugar en la cama, que se había convertido en nuestro pasatiempo favorito.

Cada noche hacíamos el amor, lo mismo que al despertar, ya que era nuestra manera de «besayunar», como los dos decíamos. Y luego, las cosas como son, también nos metíamos un buen desayuno, de verdad, entre pecho y espalda para afrontar un largo día de visitas.

En Pekín vistamos el Palacio de Verano, la Ciudad Prohibida, el Templo del Cielo… Pero, sobre todo, a mí me conquistaron los llamados *Hutong*, esos callejones del casco antiguo, así como el Mercado de la Seda, donde nos ofrecieron imitaciones de todos los estilos.

Shanghái, por ser tan cosmopolita, también me dejó alucinada y qué decir de la *Oriental Pearl Tower*, esa altísima torre de televisión, la más alta de todo Asia.

—Pero si es más larga que un día sin pan —le comentaba yo a él produciéndole una de tantas carcajadas.

En principio no lo llevábamos previsto, pero la torre me sobrecogió y, aunque no había entradas, Jorge se las apañó para que pudiéramos visitarla.

No sé qué le diría a la chica que se encargaba del tema, pero enseguida volvió sonriente.

—Oye, tú no le habrás ofrecido a cambio algo que solo sea mío, ¿no? —Le busqué las cosquillas.

—No me busques la lengua, no me busques la lengua, cariño, que luego me la encuentras.

—No, ¡Valentino no! —le dije entre risas haciendo la señal de la cruz, como si estuviera poseído y quisiera liberarlo.

—Ni lo nombres, ¡ven aquí!

Me cogió por alto para subir a la torre mientras yo pataleaba y hacía ver como si me hubiese secuestrado. Lo más gracioso del caso es que debí parecer muy convincente porque cuando quiso darse cuenta, tenía a dos guardias de seguridad con la porra en la mano al lado.

—Me debes la vida, porque como me dé por acusarte, te baldan a palos. —Me reí sin poder parar.

—Y encima me llevan a chirona otra vez. Habla, por lo que más quieras, habla…

Les expliqué como pude que éramos recién casados y que estábamos de broma, señalando nuestras alianzas. Y lo cierto es que eran buena gente porque se ofrecieron para hacernos unas cuantas fotos. Ellos sabían desde dónde tomarlas para que salieran las mejores perspectivas y otras que fueron para las redes.

No fueron las únicas que subimos porque desde arriba quedaron espectaculares, con esos miradores tan alucinantes que están considerados como los mejores de la ciudad.

Ya nos habíamos informado y nos inclinamos por subir a la hora de la puesta de sol, que fue un verdadero espectáculo para la vista. Jorge me abrazaba desde atrás y besaba mi cuello, mi nuca… No podía ser más cariñoso, cómo me gustaba que se comportara así conmigo en todo momento.

Desde allí grabamos también un bonito vídeo saludando a la familia. Y lo más chulo de todo, fue que mi padre me devolvió otro en el que Mía se reía al vernos. Ese sí que fue un verdadero regalo. A sus pocos meses de edad y ya nos reconocía. Y no solo eso, sino que se reía con nosotros. Qué bonita era.

Xian con sus espectaculares guerreros de Terracota fue otro de los sitios imperdibles en los que nos sumergimos con sus 7000 estatuas de guerreros y caballos.

—Tú sí que eres mi guerrero —le decía yo a Jorge mientras le tomaba fotos con ellos.

—Guerra sí que te voy a dar. Ven aquí. —Me besó como hacía a cada momento, porque si de China nos traeríamos un montón de buenos recuerdos, no sé cuántos besos nos pudimos traer también.

Como colofón del viaje, la guinda del pastel, nos perdimos en el sur del país por la orilla oeste del río Li, en la zona de Guilin.

Yo no me podía hacer una idea de lo romántico que resultaría hasta que me vi rodeada por sus montañas y plantaciones de bambú. Amanecer allí, envueltos en niebla, fue lo mejor de lo mejor.

Entrar en las cuevas con estalactitas, vivir a tope el crucero entre Guilin y Yangshuo por el río Li Jiang… todo es para vivirlo y más, si se acompaña con los espectáculos de dragones y fuegos artificiales, los cuales se realizan sobre las aguas.

En resumidas cuentas, que elegimos un destino fantástico para nuestra luna de miel, de la cual conservaríamos todos los recuerdos buenos que os podáis imaginar. Si tuviera que repetirla, volvería al mismo lugar. Y Jorge opina lo mismo.

No se me ocurre mejor manera de comenzar nuestra vida en común, ya como marido y mujer. No es que fuesen a cambiar demasiadas cosas, porque nosotros ya vivíamos juntos, pero la ilusión de haber sellado nuestro amor con la boda, esa no nos la quitaba nadie.

El día de nuestra vuelta, se dio la circunstancia de que el avión sufrió una grave avería y se canceló el vuelo. Nosotros, que estábamos acostumbrados a los sustos a la hora de volar, como cuando mi madre perdió la maleta al salir

de Cuba, nos lo tomamos con el mejor humor del mundo y hasta les enviamos otro vídeo a los nuestros, contándoselo todo como poniendo pucheros y luego muertos de la risa.

No había prisa por volver a España. Total, nosotros ya habíamos ligado y no teníamos intención de ir a comprar al Mercadona de 19 a 20 con una piña del revés. Eso se lo dejábamos a los que aún no habían encontrado a su media naranja, pues Jorge y yo sí lo habíamos hecho y, además, estábamos de acuerdo en sacarle a nuestra relación todo el jugo del mundo.

Cuando al día siguiente por fin nos subimos en el avión, no pudimos regresar más contentos. Atrás habíamos dejado un buen montón de momentos que nos llevábamos, no solo en nuestros móviles, sino también grabados en nuestras cabezas para siempre.

Me hacía mucha ilusión volver a casa y con los nuestros. Y en eso tenía mucho que ver esa pequeñaja llamada Mía que me robó el corazón. Me la comería a besos en cuanto la viera, porque ese bebé se había convertido en una parte imprescindible de mi vida. Todo era felicidad a nuestro alrededor, la misma que no nos había caído del cielo, sino que Jorge y yo nos habíamos currado porque el nuestro, era amor del bueno.

Capítulo 36



Habían pasado ya unos días de nuestra vuelta de la luna de miel, y seguía como en una nube. No había podido ser más bonita y romántica, y todo lo seguía viendo como un sueño muy real que me hacía feliz al máximo.

Aquella mañana, como todas, Jorge se levantó con ganas de marcha. Y yo, yo me marché para el baño, porque tenía unas ganas de orinar tremendas.

Me estaba ocurriendo desde la noche anterior y mucho me temí que se tratase de una cistitis que no terminaba de dar la cara.

—Un momento, por favor —le pedí mientras salía corriendo como las balas hacia el baño.

Una vez que llegué, me sentí muy aliviada. Me miré entonces el pecho, pues estaba desnuda, y noté un ligero aumento y redondeo que no venía demasiado a cuento, por lo que me levanté y me quedé mirándome en el espejo.

Recuerdo que pasé las manos por encima de ellos, me los acaricié y noté también una sensibilidad especial en los pezones. Todo aquello me mosqueó un poco y, de hecho, algo me debió notar él, porque me preguntó al verme salir.

—¿Todo bien, preciosa? Aunque a juzgar por ese cuerpazo que tienes, no puede ser de otra manera.

—Claro, claro…

Le dejé hacer. Jorge comenzó a tocarme. El deseo se veía en sus ojos y también en los míos, porque le deseaba igual que todos los días, solo que aquel andaba un poco distraída, más de lo normal.

Comencé a hacer cuentas mentales. Menos mal que él bajó hacia la parte más íntima de mi cuerpo en la que hundió la cabeza y, por tanto, estaba a lo suyo y tampoco se enteró mucho, porque contaba hasta con los dedos.

Sí, tenía un ligero retraso, pero eso no quería decir nada porque yo no era como un reloj, sino que a veces el período se me había retrasado o adelantado un poco.

Traté de quitarme la cuestión de la cabeza y disfruté de un sexo que cada día era nuevo con él, porque siempre se las ingeniaba para incluir un detalle, un gesto. Jorge era de cualquier cosa, menos de encasillarse en la cama.

Desde luego, que ocasiones no faltaban para que ocurriese y podría haber ocurrido, aunque no estuviese en nuestros planes todavía. Sonreí pensando que sí en los de mi suegra, pero ella no tenía nada que ver con todo aquello.

Cuando Jorge se marchó, me quedé a solas con mis pensamientos. Me ponía muy nerviosa. Solo de pensar en que estuviese embarazada y en la ilusión que le haría a él, pero ¿no sería demasiado pronto? Pues no, porque si lo estaba, las cosas se habrían dado así y punto.

Me vestí y me dirigí a una farmacia. Esa no era una duda con la que pudiera convivir mucho tiempo, así que lo hablé con Teresa, la farmacéutica.

—Así que igual te has quedado en la luna de miel —me sonrió.

—No tengo ni idea, porque en realidad creo que me va a dar cistitis, pero resulta que me he mirado esta mañana al espejo y he visto…

—Que parece que has pasado por el cirujano sin pasar, ¿es eso? Lo digo porque te estoy viendo el escote y sí, es cierto.

—Jorge también me lo ha mirado antes, pero no sé, como me lo mira todos los días con ojitos de deseo, ¿tú crees que puedo estarlo de verdad?

—A ver, Eliana, no creo yo que tú hayas estado de luna de miel rezando el rosario.

—Pues no, la verdad —le sonreí.

—Estar puedes estarlo, claro, ¿tú te notas algo más?

—Náuseas no tengo, ni he vomitado ni nada de eso, la verdad.

—¿Y has notado que las hormonas te bailen?

—¿Si las tengo un poco flamencas? Eso puede ser, porque anoche estuvimos viendo una peli y gasté una caja de pañuelos de papel. Era de penilla, pero la había visto más veces y nunca lloré con ese encogimiento de corazón.

—Ay, madre, que todo va concordando. Mira, allí está la vitrina con las cositas de los bebés, te lo digo por si les quieres ir echando un vistazo —me comentó riendo.

—Teresa, no me pongas más nerviosa.

—¿Nerviosa por qué? Si ha pasado, es lo más bonito y lo más natural del mundo. Con hacerte a la idea de que se te acabó el dormir a pierna suelta es suficiente. —Me hizo una carantoña porque era un encanto.

Cogí la prueba de embarazo y salí de allí temblando, ¿de verdad iba a tener un bebé propio cuando acababa de llegar otro a la familia? ¿En serio? ¿Es que aquello se contagiaba?

Llegué a casa y justo en ese momento, como si tuviera un radar, mi madre me hizo una videollamada.

—Mira, *mija*, ¿has visto lo bonita que está Mía con el vestidito que le regalaste?

—Ay, mamá, si parece una princesita. Me la como…

—Con lo poco que ha dormido esta noche, me dan ganas de dejarte, pero será mejor que salgamos a desayunar otra cosa, ¿te vienes con nosotras?

—Ahora mismo es que me has pillado un poco liada, mami.

—Tampoco tengo tanta prisa. Haz lo que tengas que hacer y te vienes con nosotras, que me encanta estar con mis dos niñas a la vez.

—Vale, vale, pues dame un rato entonces y ahora te busco.

Colgué y, atacadita de los nervios, me hice la prueba. Ni siquiera atinaba de lo mucho que temblaba.

Los minutos se me hicieron eternos con la prueba en la mano. Cerré los ojos hasta que la alarma me avisó y entonces los abrí.

No sé decir si reí o lloré. Creo que hice ambas cosas al mismo tiempo. Con la prueba en la mano y con un resultado que no era dudoso para nada supe que, iba a convertirme en mamá.

No lo esperaba, pero comencé a dar saltos de alegría. De pronto lo vi todo muy claro: Jorge también se volvería loco.

Comencé a darle vueltas a la cabeza, ¿cómo decírselo? Pues ya lo pensaría, pero de momento no abriría la boca con nadie. Tenía que dar con la manera que les hiciera más ilusión a todos los nuestros, incluido a mi marido, por supuesto.

Decidí salir con mi madre y con mi hermanita. Como complemento, me puse mi mejor sonrisa y me tiré a la calle, no sin antes echarme mano al vientre y comenzar a sentir cosas totalmente novedosas para mí.

Pasé por la puerta de la farmacia y me asomé. Teresa, que estaba atendiendo, paró un momento y alargó el cuello.

—¡¡Positivo!! —le chillé.

—¡¡Enhorabuena!! —exclamó y me señaló a una cigüeña que había en el escaparate, al lado de una línea de chupetes y biberones.

Me sentía de lo más feliz y no podía dejar de imaginar el momento de compartir la más maravillosa de las noticias con el padre de mi bebé.

Cuando me encontré con mi madre, ella me notó algo distinto.

—¿Qué te has hecho, *mija*? Te veo radiante, ¿te has cambiado el pelo? ¿Las cejas?

—No me he hecho nada, mami. Es mi nueva vida, que me sienta muy bien.

—Sí que te sienta bien, ya lo veo. Fíjate en cómo te mira tu hermana, está loca contigo.

—Y yo con ella, de verdad que sí.

La cogí y la niña comenzó a acariciar mi pelo con sus deditos. Su ternura era infinita y ya me veía yo cargando con una o con uno igual a todas las

horas, ¿sería posible que me viera con mi madre paseando ambas a nuestros bebés?

Mi vida no solo había dado muchas vueltas, sino que estas habían sido muy surrealistas.

Nos sentamos a desayunar y, por suerte, noté que seguía con buen apetito. De momento, las náuseas no me habían asaltado y ojalá que no lo hicieran.

Nos pedimos un desayuno de lo más completo, tanto de salados, como de dulces, y me puse ciega. Escuchaba a mi madre hablar de la niña embelesada, pero mientras pasaba por mi mente la idea de que debía coger hora cuanto antes para el ginecólogo, pues moría porque me confirmase que todo iba bien y porque me recetase el ácido fólico que le vi tomar a ella durante el embarazo.

—*Mija*, ¿estás aquí o en babia? —me preguntó en un momento dado.

—Aquí, aquí, mami, ¿qué me decías?

—Que ahora voy a ir a comprarle ropa a la niña, ¿te vienes con nosotras? Voy a esa tienda que tanto me gusta, en la que te conté que le pillo casi todas sus cositas. Creo que te gustará también.

—Sí, mamá, yo también lo creo. Claro, te acompaño.

Me pareció la mejor de las ideas porque iba siendo hora de que me familiarizara con ese tipo de sitios. Pronto estaría también preparando todo lo necesario para el nacimiento de mi bebé, incluyendo ropita, complementos y un dormitorio que diseñaría y que sería de dulce porque, aunque inesperado, aquel bebé no podía ser más deseado. Y eso lo tenía que celebrar por todo lo alto.

Capítulo 37



Tenía que soltarlo ya por varios motivos: porque se me podía notar en cualquier momento y porque no podía esperar más, dados mis muchos nervios.

Pensé en celebrar una gran barbacoa ese fin de semana. No tendría nada de especial a los ojos de los nuestros, porque nuestra finca siempre estaba abierta para familiares y amigos, de manera que no lo dudé demasiado a la hora de hacerlo así.

Jorge me notaba especialmente feliz y eso le ponía muy contento.

—Me encanta que todos nos juntemos esta tarde —me decía mientras me veía metida en el WhatsApp. Menos mal que no era cotilla, porque yo estaba hablando con la pastelera, a quien le había encargado una impresionante tarta con una cigüeña encima y con un montón de motivos que le iban como anillo al dedo a la celebración.

La idea era sacar la tarta al mismo tiempo que… bueno, ya lo iréis descubriendo porque había preparado varias sorpresitas para ese día.

Todos nuestros invitados fueron llegando poco a poco. Lola estaba muy enigmática, como si se oliera algo, pero también andaba tan liada con todo lo referente a su próxima boda con Chus, que eso me ayudaba a despistarla. De hecho, le di cháchara sobre la cuestión y ni me preguntó nada más.

—Ya estamos pensando en la fecha y también en el destino de la luna de miel —me decía.

—¿Y por cuál te decantas?

—Yo quiero unas islas espectaculares, las Seychelles o las Maldivas, en las que hacerme mogollón de fotos. Ya las estoy viendo.

—Pues yo lo que veo es que estás guapísima. Lo del anuncio de boda te ha sentado genial.

—Mira quién fue a hablar de belleza, ¿te has visto? Se lo acabo de decir a Jorge, que no sé qué te está dando, pero que lo siga haciendo. Bueno, en realidad sí que lo sé. —Se rio.

—Estoy muy contenta, niña. Y eso se me nota en la cara igual que a ti.

—Ya te digo, ¿has pensado en el vestido que te pondrás para mi boda? Que luego el tiempo pasa volando.

—Pues no, todavía no. —Disimulé.

No sabía ella que cabía la posibilidad de que asistiera a su boda con un bombo impresionante, así que mejor no pensar por el momento.

Jorge se acercó a mí y me besó, lo mismo que Chus a Lola.

—Menuda suerte tenemos con ellas, ¿no? —le preguntó Chus.

—Ya te digo que sí. Sinceramente, no se me ocurre que pudiera estar más feliz.

Sonreí para mis adentros porque a mí sí se me ocurría una forma y no tardaría demasiado. Él era niñero, no había más que ver lo mucho que hacía con mi hermana, de manera que ya podía verlo también con su hijo o hija en

brazos. Tenía claro que me importaba un rábano que fuera niño o niña, lo importante era que viniera bien, como se suele decir.

Ya llevaba días tomándome el ácido fólico a sus espaldas. Me ayudó a esconderlo todo el hecho de que estaba como una rosa. Eso sí, lloraba por los rincones por cualquier cosa pequeñita, por lo más mínimo, eso no lo niego. Y menos mal que el pecho de momento no me había crecido más, porque entonces no hubiera podido pasar inadvertido a los ojos de mi maridito, que siempre los tenía en mí.

Mis padres llegaron con Mía y se me iluminó la cara.

—¡Ya está aquí la reina de la fiesta! —exclamé tomándola en brazos.

—Cógela tú, mija, que yo no puedo con mi cuerpo. Ha estado brava esta noche y…

—¿Y mi padre no acudió a tu rescate, mami?

—Sí. Si tu padre es un cielo y la ha estado paseando toda la noche, pero yo no podía dormir ni con tapones en los oídos.

—Pues nada, luego te tumbas en una butaca y te quedas frita como en mi boda.

—Sí, y tú me das otro susto de muerte como entonces, que desde aquel día creo que tengo la tensión alta.

—¿Qué dices? Pero si tú no te enteraste de nada. —Me reí negando

Lo discutíamos entre risas cuando llegaron mis suegros. Ellos también estaban enamorados de Mía.

—Y pensar que algún día yo seré la abuela de una cosita de estas. —Le hizo mimitos mi suegra a la niña, quien se reía con todo el mundo.

—Algún día, mamá, no presiones —le respondió su hijo.

—Si yo no presiono, hijo. Yo solo lo dejo ahí, en el aire.

Yo tenía los pelos como escarpias. Qué poco sabía ninguno de ellos lo que me traía entre manos. Me sentía como una espía con un gran secreto de por medio, pero por poco tiempo, porque sería desvelado en cuestión de un rato.

Ya estábamos todos y mis nervios iban a más. Lo tenía todo planeado para que la noticia fuese de lo más emociónate. El ginecólogo me había dicho que el embarazo iba sobre ruedas y mis ganas de compartirlo con el resto eran inaguantables.

Ya me veía en ese mismo jardín celebrando un *baby shower* antes de la llegada de mi bebé. Me encantaban esas cosas y hasta había hecho unos cálculos que eran muy divertidos, ya que si a los tres mesecitos que tenía mi hermana en el momento de la boda le unía los nueve de embarazo, casi cumplirían años en la misma fecha, por lo que en el futuro podríamos celebrar los cumples juntos, más o menos.

Todo eran ideas que iban y venían en mi cabeza. Lo único que sentía en aquellos días era un poco de cansancio, porque sueño tenía para parar el tren.

—Mira, Eliana —le dijo mi suegra a mi madre—la que no duermes eres tú, pero aquí quien parece que está que se cae es tu hija, ¿eso cómo se come?

Todos estaban hablando un poquito de más y se quedarían flipados con la noticia, que daría tras la barbacoa.

Me metí en el baño porque había algo que tenía que hacer en relación con eso y lo hice, algo que anunciaría sobre mi vientre lo que estaba por venir.

Salí y ya todo estaba preparado para comenzar con la barbacoa. Jorge y Chus se encargaban de ella mientras los demás andaban con una copita en la mano.

—Toma una, Eliana —me ofreció Lola en cuanto me vio aparecer otra vez por el jardín.

Tuve que hacerle una cobra para que no se percatase de nada, que mi amiga era muy larga.

—No, es que no quiero empezar a beber tan pronto, que después me pasa lo que me pasa.

—¿Y desde cuándo te ha importado a ti eso? Si, por lo que contó Jorge, os lo pasasteis genial en vuestra noche de bodas…

—¿Jorge os lo ha contado? —Me dio un ataque de risa.

—Amor, algo tuve que contar, porque no era para menos. —Se excusó él.

—Más te tendría que haber dado, para que así hablaras con motivo.

—¿Más? Si todavía me arde el dedo meñique del pie…

Nos lo estábamos pasando genial. Suerte que andábamos regados por todo el jardín y que no nos sentamos a comer en una mesa, porque así continué esquivando los intentos de unos y de otros de darme una copa.

Cuando ya todos hubimos comido, abrí las puertas y entonces dejé entrar a la furgoneta de la pastelería, la cual esperaba en la puerta desde hacía un rato.

—¿A dónde vas, amor? —me preguntó Jorge.

—Lo vas a saber enseguida, tranquilo.

Les dejé entrar, pero no sacaron nada hasta que les di las instrucciones. Mientras, les entregué a todos los míos un sobre al mismo tiempo que me

levanté la camiseta y dejé mi barriguita al aire en la que se leía, ¡Estamos embarazados!

Lola fue quien la vio, porque los demás estaban mirando el contenido del sobre. Jorge, muy curioso, lo hacía cuando levantó la cabeza con los ojos empapados, al sostener la ecografía entre sus manos.

—¿Es nuestro bebé? —me preguntó cuando lo que vio en mi barriguita se lo confirmó.

—¿Tú qué crees? —le contesté—. Oye, que para los negocios eres muy listo, no tienes más que leer entre líneas.

En ese momento, abrieron las puertas de la furgoneta y no solo bajaron de ella la suculenta tarta coronada por la cigüeña, sino un sinfín de adornos que incluían multitud de globos y que anunciaban la inminente llegada de un bebé deseado a tope.

Jorge se me acercó y comenzó a abrazarme con todas sus fuerzas.

—¿Desde cuándo lo sabes, cariño? ¿Desde cuándo?

—Desde cuando me estoy mordiendo la lengua. No sabes lo complicado que me ha resultado, no tienes ni idea —le contesté sin poder evitar tampoco derramar un buen puñado de lágrimas.

—Y tú no sabes lo feliz que me has hecho, ¡un hijo! ¡Vamos a tener un hijo!

—Un nieto, vamos a tener un nieto —repetía igualmente mi suegra mirando a mi suegro.

—Mija, vas a ser mamá, lo vas a ser. —Me abrazó mi madre.

—Mi hija se va a convertir en madre. Ha pasado de niña a mujer —me decía mi padre.

—Papá, que te has parecido a Julio Iglesias —le comenté riéndome.

—Y a mí me vas a hacer tía, porque ese renacuajo será mi sobrino. —Lola también estaba tocada.

—Y mío —añadió Chus.

—Y se van a criar juntos, ¿te has dado cuenta? Mía y el bebé —observó mi madre.

—Pues sí, mamá. Con un añito de diferencia solo.

Fue una barbacoa como ninguna otra. Una en la que todos soñamos despiertos con la llegada del nuevo miembro de la familia, una noticia que les llenó de ilusión.

Cuando nos quedamos solos, a Jorge le salía la emoción por cada poro de su piel. Me cogió por la cintura y me llevó hasta una cama balinesa que teníamos colocada en ese mismo jardín, desde la cual solíamos ver las estrellas. Y también, por qué no decirlo, sobre la que nos llevábamos el uno al otro a ver fuegos artificiales en noches de pasión.

Me hizo muchísima gracia porque, poniéndome la mano en la barriga, se dirigió al bebé como si fuese Simba y él Mufasa, en El Rey León, diciéndole que todo lo que bañaba la luz era nuestro y algún día sería suyo.

—Pero si ahora no se ve nada, no hay luz que valga. Que es de noche. —Reí.

—Yo siempre veo, sea de noche o no, ¿y sabes por qué? Porque tú eres mi faro, Eliana. No sé si te lo he contado alguna vez, pero mi vida es mucho más bonita y luminosa desde que sé que no puedo perderme, porque tú estás ahí para guiarme.

En otro momento, habría hecho un chiste fácil, pero en aquel me callé porque comprendí que me lo había dicho con el corazón en la mano.

—Ay, por favor, que estoy muy sensible. —Puse cara de puchero.

—Ya notaba yo cosas raras estos días. Te pillé con la lagrimilla fuera en más de una ocasión.

—Y con otras cosas fuera también, que estas han crecido lo suyo. —Le señalé a mi escote.

—Cielos, es muy cierto. Yo venía observando cambios, te notaba más…

—Más explosiva, dilo así que me va a sentar mejor. Que sepas que ahora engordaré y…

—Y por cada kilo que ganes, me parecerás todavía mucho más bella, Eliana, eso quiero que lo sepas. Cada uno de esos, será un kilo de felicidad que añadir a la mucha que ya tenemos.

—Oye, yo estaré muy sensible, pero tú…

—Yo estoy algo tonto, ¿no? Ya me estoy dando cuenta. —Apretó los dientes.

—Y está muy bien, pero ahora no quiero que se te vaya a olvidar esa otra faceta que tanto me gusta de ti.

—Ya, ya, me hablas de la de…

—De la de «empotrador» —le interrumpí mientras le provocaba un poco sobre aquella cama que había sido testigo de un gran derroche de amor en muchas ocasiones.

Allí mismo y, por primera vez después de que ambos supiéramos que íbamos a ser padres, lo hicimos sobre una cama coronada por unas estrellas que me parecieron más brillantes que nunca, probablemente porque la alegría nos proporciona una luz que nos envuelve por completo.

Epílogo



Cinco años después…

Mis suegros celebraban ese día una gran fiesta, que para algo cumplían años de casados. Y ya eran muchísimos…

En esa ocasión querían que fuera especial, volviendo a pasar por el altar, y nos pareció la mejor de las ideas, porque en nuestra familia nos gustaba celebrarlo todo. Éramos, en general, de festejar todo lo bueno de la vida.

Llevábamos tiempo preparando el evento, porque yo me ofrecí a ayudar a mi suegra en todo lo preciso, y eso que no me faltaba faena en mi faceta de madre de familia numerosa.

Es lo que tienen los años, que te dan sorpresas. Y a nosotros nos las dieron. Tras el nacimiento de Eliana, nuestra primera hija (que terminó viniendo al mundo el mismo día que Mía, pero un año después), llegaron con el tiempo los gemelos Oliver y Adrián.

Que mi hija se llamase como yo, fue por expreso deseo de Jorge, que así me lo pidió. Me pareció muy buena idea porque de esa manera también compartía nombre con mi madre, quien se había convertido en la mejor del mundo.

Tanto Mía como Eliana actuaban de madrecitas de los gemelos, que eran dos bombones «calcaditos» a su padre. A todos se nos caía la baba con los peques, lo mismo que con las niñas, que eran dos preciosidades.

—¿Ya estás dando órdenes? —me preguntó Jorge cuando me vio ultimando instrucciones en el hotel, uno de los más emblemáticos de la cadena, en el que se llevaría a cabo la fiesta.

—Es que se me dan bien. Y si cojo una fusta, ya no te digo nada…

—Si la coges, me tienes a tus pies hasta a mí —me sonrió.

—¿Es que no te tengo de todas maneras? —me interesé, haciéndome la chulilla.

—¿Es que te lo tengo que contar todo?

A lo largo de aquellos años, nuestra relación se afianzó por completo. Jorge no solo fue el mejor amante, el mejor amigo y compañero de vida para mí, sino que también se reveló como el mejor padre de nuestros tres hijos, a quien había que sumarle a Mía, pues ella estaba incluida en todos los planes que hacíamos con los niños.

Y hablando de críos, la familia había crecido también por la parte de Lola y de Chus, pues mi amiga tardó más tiempo en decidirse, pero al final cedió y acababa de dar a luz a un «peloncete» llamado Samuel que me enamoró a primera vista. De hecho, era mi ahijado, lo mismo que Eliana lo era de ella.

Mis padres seguían igual de enamorados que siempre y se ofrecían a quedarse con nuestros hijos para que pudiésemos hacer alguna escapadita en pareja de vez en cuando, pero entonces los tenían que compartir con mis suegros, que también eran los mejores abuelos y que se desvivían por sus nietos.

Entre ellos se llevaban fenomenal, por lo que mi madre también estaba muy feliz ante aquella celebración en la que su consuegra, se volvería a vestir

de novia otra vez.

El día que nos lo contó, nos hizo mucha gracia, pero es que ella enseguida nos comentó que había pasado mucho tiempo de su boda y que nosotras no podíamos comprenderlo porque hacía muy poco que nos habíamos casado, pero que algún día querríamos repetir.

Lola pensaba que la idea estaba bien y en broma siempre decía que estaba de acuerdo, pero que, a la hora de casarse, ya le daba el cambiazo al marido. Todo con la boca pequeña, por supuesto, ya que su matrimonio con Chus iba viento en popa y a toda vela. Eso sí, en cuanto a la faceta de la maternidad, ya la tenía cumplida, según nos contaba. Y no tenía pensamiento de repetir.

Aquel sería un fin de semana muy especial que pasaríamos todos juntos, igual que en fechas contadas, como en las Navidades y en las vacaciones de verano, donde cada año escogíamos un hotel distinto de la cadena familiar para disfrutarlas todos juntos.

Después de la boda de Lola y de Chus, que también fue alucinante, ya habíamos cubierto el cupo, por lo que la de mis suegros nos llenó a todos de emoción.

Eliana y Mía les llevaron los anillos. Ellos estaban dispuestos a correr el riesgo de que los gemelos las acompañaran, pero a mí me pareció una idea un tanto suicida, porque esos dos pequeños terremotos nada tenían que ver con las niñas, que nos salieron mucho más tranquilitas.

Con los niños en brazos, vimos casarse de nuevo a mis suegros, renovando unos votos que ya serían para siempre. Y sentí la necesidad de volver a renovar los míos con Jorge algún día, cuando fuésemos mayores, tras envejecer juntos.

Cuando estás tan enamorada de un hombre como yo lo estaba de él, no concibes una vida sin tenerlo al lado. Con él, el universo me hizo el mejor de los regalos, que luego completó con la llegada de los niños.

Si tuviera que ponerle rostro a la palabra felicidad, yo no dudaría en ponerle el suyo. Y no digo con ello que todo nos hubiese resultado fácil porque sabéis que no fue así. No obstante, cuando se trata de un amor que merece la pena, no existe más opción que luchar para ver cómo crece y crece cada día.

Al lado de Jorge conocí también el significado de la palabra amor en mayúsculas. Y nunca dejó, ni un solo día, que me olvidase de eso que me quedó marcado a fuego, pues nunca me dio el más mínimo motivo para pensar que no estuviese a mi lado, apoyándome, cada hora de cada día de los años que ya habíamos compartido.

Os cuento una anécdota. Cuando mis suegros salieron de la iglesia y se escuchó un «¡Vivan los novios!» yo me volví hacia él y le besé como si nos lo estuvieran diciendo a nosotros, como si acabásemos de casarnos. Estoy segura de que, si mi corazón saltó en mi pecho como lo hizo, fue por la sencilla razón de que, con mi marido vivo en una constante luna de miel, en una que es más dulce cada día.

Y ahora estábamos disfrutando de la felicidad a pesar de todo y todos, que, por cierto, Rebeca había salido de la cárcel y se fue a vivir a Italia con un novio que se echó y hasta salió en titulares.

Melissa se casó unos meses atrás con una afamada actriz con la que vivía en Miami dónde se celebró el enlace, y Jorge y yo fuimos en una escapada de cinco días para que él fuera el testigo y para así, poder estar con ella en ese día tan importante. Eso sí, fuimos sin niños.

De Valentino solo nos enteramos de que seguía en el camping trabajando en su escuela de surf y que vivía con una joven a la que conoció impartiéndole un curso.

La vida seguía, pero nosotros habíamos proseguido nuestro camino dejando atrás todo lo vivido y enfocándonos el uno en el otro.

Felicidad, esa que llevaba el nombre de Jorge…

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Twitter: @ChicasTribu